

**El país del caos ●●● Epílogo para  
itinerantes, revolucionarios de  
salón y otros paseantes en Corte**

cuadernos de

# **ruedo ibérico**

**31**  

---

**32**

junio  
septiembre  
1971





c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe  
RAMON BULNES  
JOSE MARTINEZ  
JORGE SEMPRUN

# ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :  
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction  
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

6, rue de Latran, Paris 5.

Téléphone : 325-56-49

C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

juilo-septiembre 1971

**31**  

---

**32**

número

Ayuntamiento de Madrid



# sumario

De un libro inédito. A manera de editorial de estos Cuadernos de Ruedo ibérico (31/32): Epílogo para itinerantes, revolucionarios de salón y otros paseantes en Corte	3
Hilario Eslava : Crónica del país del caos	13
4 páginas de Reivindicación del conde don Julián de Juan Goytisolo	22
Rafael Lozano : Notas sobre la pornocrítica	25
Juan Martínez Alier : Jesús Ynfante : la prodigiosa aventura del Opus Dei	31
Carta sin respuesta	33
En la Plaza de Oriente. Fotos Fotos-Pizzi y textos de Francisco Franco	35
Loa a Franco y los Estados Unidos donde la realidad supera a la ficción : El Economista : ¡ ¡ Bienvenido, Mister Marshall !!	46
José Martín-Artajo : Censura con MAYUSCULA y censura con minúscula	49
*** : El año X de las Comisiones Obreras. Historia y análisis de un proceso de degradación política	53
Horacio Nuño : « Izquierdas » y « derechas »	69
Xavier Domingo : Erótica hispánica	85
Manuel Durán : Cuatro poemas	93
José Corrales Egea : Don Julián y la « destrucción » de España	97
Julio Rodríguez-Puértolas : Sobre la generación del 98 y otros mitos	103
Dos inéditos de Valle-Inclán	113
<b>Otros libros</b>	
José Corrales Egea : El compromiso en la poesía española del siglo XX	119
Juan Martínez Alier : Charles W. Anderson : The Political Economy of Modern Spain	121
Juan Andrade : Dos estudios sobre el desarrollo de la política de la segunda República española	123
*** : Los anarquistas de James Joll o la historia como crítica ad hominem	129
Fragmentos de una antología de la « pornorreligión » y de la « pornocoba »	
Dibujos de Vasco	

Condiciones de suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico en la página 2

Ayuntamiento de Madrid



## Novedad Ruedo ibérico

**Kepa Salaberri**

# El proceso de Euskadi en Burgos Sumarísimo 31/69

**I. Decreto-Ley sobre Rebelión Militar, Bandidaje y Terrorismo :** 1. Introducción. 2. Caracteres generales del decreto. 3. Antecedentes, formación e historia del decreto. Cuadro comparativo. 4. Examen del Decreto sobre Rebelión Militar, Bandidaje y Terrorismo. 5. Derecho comparado. 6. Jurisdicción y procedimiento para juzgar los delitos del Decreto del 21-I-1960. 7. Conclusiones. Decreto y procesos. **II. El sumarísimo 31/69 en Burgos.** 1. Naturaleza y característica de los procesos políticos. 2. Consejos de guerra en la Capitanía general de Burgos. 3. Preliminares. Las detenciones. 4. Escritos de acusación y escritos de defensa. 5. La vista del Consejo (del 3 al 9 de diciembre). 6. Inédito compás de espera (del 10 al 27 de diciembre). 7. Sentencia e indulto (del 28 al 30 de diciembre).

320 páginas

33 F

## Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

6, rue de Latran, Paris 5

Teléfono 325 56 49

CCP 16 586-34 Paris

Precio de venta : cuaderno ordinario : 7 F ; cuadernos atrasados (hasta el n.º 6) : 14 F ; colección completa (números 1 a 24) : 150 F.

Condiciones de suscripción :

6 cuadernos  
ordinarios

Francia

35 F

América (correo ordinario)

7 US \$

América (correo aéreo)

16 US \$

Otros países (correo ordinario)

7 US \$

La suscripción a **Cuadernos de Ruedo Ibérico** da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico o de aquellas editoriales que representamos. Pídase catálogo.

El primer suplemento anual de **Cuadernos de Ruedo ibérico** es **Horizonte español 1966**. Precio : 51 F. El suplemento anual de 1967 es **Cuba : una revolución en marcha**. Precio : 48 F.



**Páginas de un libro  
inédito a manera  
de editorial de  
estos  
" Cuadernos  
de Ruedo ibérico "  
[31/32]**



# **Epílogo para itinerantes, revolucionarios de salón y otros paseantes en Corte**

La revolución falangista resulta poca cosa, así observada. Y no hay más ; no hay más en los hechos, pero tampoco hubo más en las primeras intenciones. ¿De dónde la nostalgia, las frustraciones y la melancolía izquierdizante ? Quizá proceda de conciencias individuales, iluminadas con palabras nunca meditadas ni entendidas ; quizá de quienes fueron deslumbrados por la música aparente de un estilo aunque ramplón sonoro Gentes que eran a quienes apuntaban con sus idealizaciones y su banal terminología de combate. La brutalidad de la instalación de « las derechas » españolas puede que haya sorprendido incluso a quienes se esforzaron por defenderlas e instalarlas en un poder sin trabas. Es posible. Pero tampoco esa sorpresa engendra un distanciamiento radical. Tam-

poco el disgusto de verle la cara real al resultado obtenido, que ellos suponían embellecido por el « ni esto ni aquello », los caminos intermedios y los juegos de palabras sobre las clases, el capital, la empresa, la economía objetiva y la España exacta, ha producido una radicalización revolucionaria.

Hasta ahora, y en general, la Falange ha tenido necesariamente que responder a su condición parasitaria y depender de ella. Falange no puede abandonar un tronco nutricional sin seguridad de encontrar otro en las inmediaciones. La Falange actual es una Falange en oferta ; la oferta de la tercera fuerza para una presentación renovada de la envejecida carátula del régimen. Si la permanente boca abierta del jefe del Estado en un gesto de sacralizada bobali-



conería, y su balbuceante estrechar de manos sin orden ni concierto, no es ya «rostro» para un régimen tecnificado y diligente, menos aún lo son las propuestas y las formas de la Falange clásica. La modernidad y la adecuación a Europa de la Falange de 1933 y años siguientes es la modernidad y adecuación que hoy aportan esas otras fuerzas, indudablemente algo más preparadas que aquel puñado de pirotécnicos verbales que fueron la Falange hasta la guerra civil. Además Franco se ensangrentó demasiado, demasiado deprimado y con demasiado encarnizamiento. Cumplieron bien los falangistas con la misión asignada, hicieron su trabajo con eficacia en ese campo, aunque no fueran los únicos. Esa tarea realizada con dedicación y pocos escrúpulos —el «supremo arte de ganar el cielo con las armas en la mano», que decía aquella piadosa alma de Eugenio Vegas Latapié<sup>1</sup>— les especializó excesivamente, creyendo obtener así garantías permanentes de poder delegado. Pero los matarifes no son los cocineros.

Las terceras fuerzas se han apresurado a hacer nuevas ofertas. Hasta Fraga Iribarne con su centrismo crítico. Y, poco antes de su muerte, Manuel Hedilla, proponiendo un vago «Frente Nacional de Alianza Libre» que lo mismo puede rotular una iglesia presbiteriana que una agencia de matrimonios; aunque alguna publicación amiga lo calificase de la «solución final a la trayectoria de la Falange en la paz», aclaración que, salvo que maneje «solución final» en el mismo sentido en el que lo empleaba Eichman, oscurece aun más si cabe la titulación elegida. Las terceras fuerzas están en las «oposiciones leales», en la «izquierda nacional», en los centros creadores y aun críticos, en «contra las izquierdas y las derechas»; con una renovación de vestuario formal que consiste no en crear nuevas imágenes sino en volver a utilizar las máscaras antiguas con

algunos remiendos de terminología añadida y tomada de prestado. Las nuevas ofertas recuerdan la calificación del acto fundacional de la Comedia por Ledesma Ramos; otra vez los mismos, otra vez las idénticas derechas haciéndose llamar de otra manera, otra vez, de cara a la verdad de un pueblo expoliado, la misma «mercancía averiada» que dijera Ledesma.

La elección se ha facilitado hasta el máximo para que nadie se obligue a grandes ejercicios opcionales. Fraga en el poder, Fraga en la oposición, otra vez Fraga en el poder para después poder contar, pasado el plazo necesario, con un líder de oposición llamado también Fraga. Siquiera se trate, en el caso de Fraga, de una delegación de poder y una resignación de opositor<sup>2</sup>. Una trampa más, pero en este caso de las más burdas.

1. Este bendito cruzado dice también en el prólogo a la **Defensa de la Hispanidad**, edición realizada en plena guerra: «Uno de los últimos recuerdos que conservo de Maeztu, es la felicitación calurosa que me expresó con ocasión del prólogo que, en junio de 1936 puse a la novela, de ambiente mejicano, titulada **Héctor**, en cuyo prólogo hacía un llamamiento a la guerra civil y una apología, en determinadas circunstancias, del atentado personal.»

2. En **ABC** de noviembre de 1967 decía algo parecido Torcuato Luca de Tena, hombre nada sospechoso no ya de progresismo ni siquiera de creer en terceras fuerzas; plenamente inserto en el reaccionarismo más cerril, que ha demostrado otra vez con el pretexto del Consejo de guerra de Burgos, a consecuencia del cual y de su conducta dimitieron repugnados el redactor-jefe y un redactor. En una crónica parlamentaria reproducida por numerosos periódicos, y citada por algún articulista regocijado, no pudo por menos de escribir, con el título de «La diferencia que hay entre votaciones y elecciones», este comentario respecto a como se deciden los puestos de dirección del Consejo Nacional del Movimiento: «Allí donde se presentaba, para secretario primero, don Licinio de la Fuente y de la Fuente, como candidato único, fue elegido el único candidato para secretario primero, don Licinio de la Fuente y de la Fuente. Don Agustín de Asís Garrote, candidato exclusivo para el puesto de secretario segundo, tuvo la sorpresa de ver elegido para secretario segundo a don Agustín Asís Garrote. Más reñida, si cabe, fue la elección de los cuatro consejeros por el grupo de los de designación directa, pues siendo los aspirantes don Jesús Florentino Fueyo, don Antonio María de Oriol, doña Pilar Primo de Rivera y don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, resultaron electos —¡oh manes de la fortuna!— don Jesús Florentino Fueyo, don Antonio María de Oriol, doña Pilar Primo de Rivera y don Alejandro Rodríguez de Valcárcel.»



No todas lo son tanto. En otras han caído incluso quienes teóricamente se han proclamado siempre revolucionarios convencidos de que, en principio, la revolución pasa por las clases y su lucha, su pugna y sus tensiones siempre presentes, lo que incluye las discriminaciones seriales de bienes, cultura, lenguaje, etc., y en definitiva, por la posesión de los bienes y la variabilidad tanto cualitativa como cuantitativa de la participación de la mayoría en su gobierno y administración.

Cierto que en España la confusión es importante, y las más sorprendentes opiniones pueden ser dadas sin producir colapsos en los interlocutores. Todavía un ilustre jurista español es capaz de decir en un seminario sobre marxismo, que lo que él reprocha a Cuba es que se teme que no se permitirá la creación de un partido político que represente los intereses de los capitalistas, lo que parece una falta de libertad imperdonable. Evidentemente, en España, ni siquiera los ilustres juristas parecen haberse enterado de nada. Y ciertos revolucionarios, itinerantes de la escalada del izquierdismo gratuito, hacen suya inadvertidamente una antigua anécdota norteamericana aunque transportada al mundo de la sociedad socialista. La anécdota contaba la redacción del hijo del millonario tejano encarado con el tema de «La pobreza». Con una cierta lógica, lo desarrolló describiendo una familia tan pobre que el padre era pobre, la madre era pobre, los hijos eran pobres, el mayor-domo era pobre, el chófer era pobre, el jardinero-jefe así como sus ayudantes eran pobres y todos los criados eran igualmente pobres. Mucho me temo, y aun podría dar comprobaciones que dejarían al descubierto cierta aproximación sentimental al mundo reflejado en esa anécdota, que algunos revolucionarios españoles creen en una sociedad socialista y sin clases en la que los patronos sean socia-

listas, los consejos de administración sean socialistas, papá sea socialista, la banca privada sea socialista, los millonarios sean socialistas y los peones de albañil sean también socialistas. Y pobres en este último caso, para que las dos historietas se encuentren en el absurdo, como las paralelas dicen hacerlo en el infinito.

Las trampas de clase no dejan de funcionar, y están siempre instaladas, y en una situación como la española, de tan larga necesidad de resistencia tanto a los mecanismos policiaco-represivos como a los ambientales-represivos, la fatiga de las convicciones llega en ocasiones a hacer caer en ellas aunque se siga siendo capaz de recitar de memoria, en público o en privado, los largos encadenamientos de razones que forman el discurso revolucionario. No es, ni mucho menos, una acusación. Ni siquiera es un reproche. Es una constatación diaria. Y posiblemente inevitable. La fatiga de las convicciones, mantenidas en un medio inhóspito cuando no declaradamente hostil y persecutorio, hace caer cada día a un observador puntual de la realidad en alguna de las numerosas trampas tendidas por el sistema para defenderse.

Y una de ellas, lo he señalado ya al observar la «manera de ser» de José Antonio Primo de Rivera, es la trampa de los buenos modales y del diálogo **inter pares**. No es esto un rechazo de los diálogos posibles sino de muchas de las maneras en que se plantea o se pretende plantear el diálogo entre revolucionarios y no revolucionarios, y en ocasiones el aún más difícil diálogo entre clases, a partir de una representación más o menos válidamente arrogada. Es la desconfianza en cómo se plantean muchas veces esos diálogos y sobre todo de la consideración de **inter pares**, que es siempre falsa. Porque el revolucionario no es admitido **nunca** entre los miembros de la clase puesta en



causa por la revolución. Y si aparentemente admitido, física o intelectualmente admitido, o lo es porque su peligrosidad revolucionaria es nula y entonces perfectamente digerible por el excelente estómago de la burguesía que lo asimila casi todo ; o lo es porque se espera fundamentalmente su neutralización ; o lo es por elementos que operan al servicio de la clase dominante pero no son miembros de ella, elementos que juegan como intermediarios en situaciones de transitoriedad. O bien una facción de la burguesía trata de utilizar la fuerza real de las clases oprimidas como masa de maniobra para resolver en un momento dado, y a su favor, puntos de fricción política consecuencia de sus contradicciones internas, entre las que operan la diferente visión de ese momento concreto y de su desarrollo histórico como clase. Sé que todo esto está perfectamente sabido por cualquier proclamado revolucionario, y sin embargo, quizá por lo que Bertrand Russell llama « el complejo de persona decente », también sé que muchos caen repetidamente en esa trampa del « ser admitido » que significa una promoción al estadio de personas aceptadas paritariamente en la discusión. Es cierto que la permanencia en **ghettos** es difícil y en ocasiones inútil, pero si la razón de un diálogo es la confrontación o la contrastación filosófica únicamente, sin incidencia en las praxis respectivas —y estoy pensando en muchos de aquellos interminables diálogos entre marxistas y cristianos que llenaron una época— al mundo que se considera explotado esas conversaciones no le sirven para nada, aún más, le desarma en cierto modo pues mientras la historia demuestra que ningún explotador o intelectual a su servicio ha dejado de serlo por contrastaciones filosóficas, los hechos de cada día sí aportan el dato de que manteniéndose estrictamente en ellas el intelectual marxista abandona a

menudo su instrumental crítico y su incidencia en las necesidades de las masas, con lo cual a cambio de ser admitido como « persona decente » en la sociedad burguesa deja a la puerta, para ser aceptado en el diálogo y la convivencia, esa caracterización fundamental que le movió a iniciarlo.

La fatiga de las convicciones opera en un mundo perfectamente organizado para que ningún filtraje deje de funcionar y pasen los **justos** significa tanto los « mejores » como « los preciosos »— a disfrutar de las ventajas de una sociedad cargada de tentaciones para el intelectual ; porque es evidente que las tentaciones propuestas al picador de mina son distintas y son menores. Es muy importante el dato de la influencia de la sociedad y del medio burgueses sobre el intelectual. Incluso, naturalmente, y a él me refiero, sobre el intelectual marxista pero situado en esa sociedad y medio aludidos, y desarrollando en ellos su vida y su oficio. La presentación a través de sus poderosos medios propagandísticos de la revolución como una gestión provisional y desaforada del poder ha « hecho su camino » en la medida en que se establece una preocupada atención por dar de ella una imagen **lo más parecida posible** a la imagen externa que presenta la sociedad burguesa. Orden, patriotismo, respetos varios, numerosos elementos de mimetismo burgués podrían citarse como ejemplo de esa preocupación por ser aceptados. Eso en principio supone a su vez la aceptación de que la apariencia de la sociedad burguesa se corresponde con la realidad de esa sociedad, lo que ya sería una concesión muy grave, pero además arrastra la necesidad de adecuar la forma de la sociedad socialista preconizada a las falsas apariencias de la sociedad burguesa.

Pero si se acepta el lenguaje de clase



impuesto, si se acepta el concepto de orden impuesto, si se acepta la moral de clase, como se acepta en tantas ocasiones por un puritanismo preocupado por rehacer la vieja imagen de « las hordas revolucionarias », ¿ cómo y contra qué se hace la revolución dado que aceptamos el saber para qué se hace ? Es decir, ¿ qué es preciso desmontar para que una revolución total, en profundidad, creadora de una nueva sociedad y unas nuevas relaciones humanas que se correspondan con las nuevas relaciones de producción, sea posible ? Para unos, todo e inmediatamente. Para otros, quizá todo, pero sin prisas. O lo que vaya siendo posible en la medida en que es posible. Y más respuestas perfectamente imaginables.

Todo ello se centra de inmediato en el problema de la revolución y de la contrarrevolución en España; en la España de hoy, de ahora mismo. Y por lo tanto de su viabilidad mañana. Es arriesgado olvidar la capacidad de la burguesía para crearse mecanismos de defensa; mecanismos de defensa que pueden tomar incluso apariencias formales revolucionarias. Y que llegarían al más alto grado de utilidad contrarrevolucionaria si manejaran conceptos marxistas o lograran utilizar el romanticismo de alguna inolvidable figura de luchador revolucionario. E incluso si se diera el caso de movimientos que, aunque convencidos de su proposición revolucionaria, sirvieran objetivamente para dificultarla. Y eso puede suceder en una doble dirección; o porque la propuesta revolucionaria sea insuficiente o porque sea excesiva. De cuál sea la oferta revolucionaria a una demanda de progreso histórico, a una demanda presente o potencial de progreso histórico dependerá el futuro. Si constantemente, y en toda ocasión, y aun señalándola como fin necesario y hacia el que únicamente está encaminado todo acto intermedio, se rehusara proponer

la oferta revolucionaria, se ulcerará la táctica y el desplazamiento hacia un revisionismo complaciente resultará inevitable. Pero también, y en ciertas circunstancias con mayor proporción de riesgo, puede resultar no ya inoperante sino incluso contrarrevolucionario el otro extremo. Porque si ciertamente no es revolucionario confundir los medios con el fin y abandonar la lucha de clases, su lenguaje propio —el abandono de su lenguaje peculiar es ya un índice de real abandono potencial—, sus exigencias de planteamiento teórico, para un hipotético futuro, también puede jugar una función contrarrevolucionaria situar los objetivos revolucionarios más allá de las posibilidades de los revolucionarios. Más allá de las posibilidades revolucionarias de los revolucionarios. Sé que la crítica es más fácil que la aportación de indicaciones válidas, pero también sé que la crítica es hoy más que importante, necesaria, así como que las indicaciones para salir de un momento cuya dificultad nadie puede negar, tanto como la confusión que lo preside, no es una obra individual sino una tarea colectiva. Lo que me parece cierto es que la línea de respuesta a las actuales necesidades revolucionarias en España no pasa ni por un voluntarismo de la colaboración con cualquiera, en todo momento y a cualquier precio, ni por un enfoque apasionado de cuál sea el problema real a resolver, ni por un revolucionarismo también a cualquier precio e incluso a contracorriente de la situación real no analizada sino teorizada, que no es lo mismo.

Hablaba en la introducción a este libro de la tremenda despolitización, y la ignorancia de hechos términos y su significado exacto, por que España atraviesa, citando algunas frases de unas alumnas de un colegio religioso. Sé que esto puede parecer contradictorio con la aparente efervescencia que hasta en centros de



segunda enseñanza incita superficialmente a creer en una radicalización estudiantil no sólo política sino incluso revolucionaria. Creo que no existe tal contradicción. Y no sólo porque esa activa inquietud se produzca en medios muy limitados de ciudades muy concretas, con mayor índice de politización producido por circunstancias históricas y sobre todo por la gravitación de un importante núcleo industrial y por tanto obrero, sino incluso por cómo se produce esa radicalización en muchos casos. Estudiantes que pasan de la total indiferencia a un manejo de palabrería marxizante que no tiene **tampoco** ningún sentido real. Universitarios que antes de leer a Marx o a Lenin, con las prisas, empiezan ya por alguna especialización crítica del marxismo; como el pagano que ingresara automáticamente en el cristianismo por Pelagio, sin gran interés por Cristo, supongo que habrá algún bujarinista encandilado predicando por ahí una revolución especializadísima. Estudiantes que se saben las derivaciones —por lo menos de nombre— antes que la generalidad que quizá no se sepan nunca. En un coloquio universitario, un estudiante que estuvo sosteniendo posiciones confusamente contrarrevolucionarias dijo al finalizar, un tanto apesadumbrado por las respuestas que habían obtenido, que el problema era que no se le había entendido, porque él en realidad era « althuseriano ».

Pero además, en muchos casos, esas especializaciones duran un par de años, en algunos casos tres, como gran esfuerzo hasta terminar la carrera, y después los protagonistas se callan o descubren súbitamente que la tecnocracia y la sociedad de consumo han terminado con la lucha de clases. Descubrimiento que curiosamente hacen en el momento exacto en que ellos, hasta entonces estudiantes y miembros de una clase en el sentido en

que lo es la familia a la que pertenecen, pasan a ser precisamente datos computables de una clase explotada, aunque se les conceda la opción de colaborar en la explotación en puestos subalternos. Porque como dice el en otro tiempo de moda Gorz : « La dominación de una clase sobre otra, en efecto, no se ejerce solamente por el poder político y económico, sino por su percepción de lo posible y de lo imposible, del porvenir y del pasado, de lo útil y de lo inútil, de lo racional y de lo irracional, del bien y del mal, etc. Esta percepción es vehiculada por todo el tejido de las relaciones sociales, por el porvenir objetivo que determina su permanencia, su resistencia al cambio. Pero es también vehiculada al nivel específico del lenguaje (principal instrumento u obstáculo de la toma de conciencia), de los medios de comunicación de masas, de la ideología y de los valores a los que la clase dominante somete la ciencia, la técnica, e incluso **la vida** (es decir, las necesidades fundamentales, llamadas « instintos », y las relaciones inmediatas, sexuales por ejemplo, entre individuos). Dicho de otro modo, las posibilidades, las aspiraciones y las necesidades que las relaciones sociales excluyen en los hechos, son reprimidos y censurados (en el sentido freudiano, no en el policiaco) al nivel específico de su posible toma de conciencia, por el condicionamiento en profundidad que ejercen sobre las conciencias la ideología y el modo de vivir dominante. » André Gorz : **Le socialisme difficile**. Y cito precisamente a Gorz, además de por el dato concreto de esas afirmaciones, porque fue el autor tan no leído como exaltado por los mismos que después corrieron de no leer a Althusser a no leer a Marcuse con el mismo entusiasmo citante, y que ahora esperan ansiosamente la aparición de un nuevo profeta del « más a la izquierda que dios » si se me permite la expresión.



La existencia de este juego, con proclividad a servir como un elemento válido dentro de los mecanismos de defensa de la burguesía, no excluye sin embargo, la también existencia de grupos que podrán ser reducidos y aun minúsculos, pero que son indudablemente importantes; por su aportación crítica algunos de ellos, por el intento de replantearse constantemente la función de la vanguardia revolucionaria en algún otro. Ni excluye el hecho de que un cierto lenguaje conciliador, por el otro extremo, pueda resultar un riesgo superior a las ganancias a obtener en cuanto a progresión de la conciencia revolucionaria. Porque en la España actual, la derecha políticamente antifranquista, o no franquista —derecha referida a la concepción de la sociedad socialista, sean cuales sean los nombres con que coyunturalmente se bautice— tiene una doble perspectiva sobre ese lenguaje conciliador: sabe que ésa es únicamente una táctica transitoria y por tanto no la necesita y rechaza las propuestas, o la necesita en la medida en que para forzar su juego contra el poder político necesita de la clase obrera como masa de maniobra; o bien la derecha sabe que esa propuesta es fiable y duradera y entonces eso se debe a que conoce el carácter reformista real de la oferta y de la izquierda que se la hace. En este supuesto, sólo en la segunda variante de la primera hipótesis hay una posibilidad de juego aprovechable para los intereses de las clases explotadas; es decir, una posibilidad de continuar la marcha revolucionaria después de retirado el importante obstáculo político que imposibilitaba un desarrollo normal —organizaciones, publicaciones, etc.— de la clase obrera, del campesinado, de los técnicos y cuadros que tratan de adquirir y de expandir en sus capas profesionales una conciencia revolucionaria. Naturalmente que entre las proclamaciones

de revolución armada —expresión muchas veces de una lógica exasperación ante la brutalidad y el cinismo de la sociedad implantada— que rechaza todo reivindicacionismo inmediato, en ocasiones porque quienes proponen el maximalismo revolucionario no advierten la necesidad de ese reivindicacionismo —ya se sabe: el padre era pobre, la madre era pobre, el mayor-domo...— y un revolucionarismo de salón que dialoga con todo lo que le echen, pero siempre a un nivel puramente abstracto, es difícil un diálogo. Sin embargo, entre quienes, además de una propuesta crítica estimable, y necesaria, aportan una nueva vitalidad revolucionaria, ellos entre sí y con los movimientos revolucionarios históricos, el diálogo hasta ahora prácticamente imposible parece imponerse con mayor lógica que tantos otros penosamente perseguidos. Admitiendo ahora como hipótesis de trabajo que las declaraciones de revolucionarismo de todos los dialogantes corresponda a algo más que a una rutinaria o propagandística designación.

El antes citado diálogo entre « cristianos y marxistas » concretamente se ha practicado **ad nauseam**; llegando a extremos incluso grotescos, como prescindir de situaciones concretas dadas, producidas o mantenidas por militantes obreros que **además** eran cristianos, para seguir conferenciando sobre la trascendencia y la contingencia con cristianos que **además** admitían la contrastación filosófica con quienes no lo eran, a un nivel puramente especulativo por la no representatividad de clase de los creyentes participantes. En este terreno me parece que se llevó Garaudy los máximos honores con afirmaciones sobre cielos sin estrellas y mundos sin Dios, o con párrafos como el que recojo de **Del anatema al diálogo**: « El segundo hecho irrecusable es que sobre este globo terrestre, sobre este navío bogando en el espacio con tres mil millo-



nes de hombres a bordo y al que las disensiones de su tripulación pueden ahora en cada instante hacer naufragar, dos concepciones del mundo animan a los hombres; centenares de millones de ellos encuentran en las creencias religiosas el sentido de su vida y de su muerte, el sentido mismo de nuestra historia humana y, para centenares de millones de hombres y mujeres, el comunismo da un rostro a las esperanzas de la tierra, un sentido también a nuestra historia. Es una condición inexcusable de este siglo; el porvenir del hombre no podrá ser construido ni contra los creyentes ni tampoco sin ellos; el porvenir del mundo no podrá ser construido ni contra los comunistas ni tampoco sin ellos.» Afirmaciones que entronizan la ambigüedad como fórmula y desvían la atención de la lucha de clases que es por donde pasa el porvenir del mundo; porque desde luego el mundo del futuro no va a hacerse ni con los creyentes, ni contra los creyentes, ni sin ellos, en tanto que tales creyentes, y en un cierto sentido ni con los comunistas —de cualquier disciplina u obediencia— ni sin ellos, ni contra ellos, sino a partir de otras categorías dialécticas que no tienen que ver con ese planteamiento.

Quizá esa fuera otra de las trampas propuestas por el mecanismo defensivo de la burguesía. Como lo es un cierto manejo del patriotismo y de la familia, como lo es el derecho, tan venerado en ocasiones incluso por quienes saben que se trata de una superestructura de clase; convencionalismos aceptados para que todos caminemos en el más perfecto ordenamiento de la sociedad instaurada. Como lo es la moral social y el concepto de delito en la actual sociedad, según los que ostentosos delinquentes contra la colectividad y la propiedad común, en tanto que poseedores, fraudulentamente apoderados, de los bienes comunes, son considerados como

los representantes de un orden y una honorabilidad que un revolucionario debe denunciar constantemente.

La respuesta, incluso de presuntos revolucionarios como los nacionalsindicalistas, es afirmar que ese planteamiento supone la subversión total del orden y la moral de la clase en el poder. Ciertamente, de eso se trata. Pero no por extrañas o desconocidas razones sino como respuesta al prolongado ejercicio de un poder opresivo por parte de las clases dominantes. Como respuesta a la decisión de mantener la subversión desde el poder. Alterar plena y radicalmente esa subversión establecida es la revolución precisamente. Porque nada es gratuito, ni ocasional, ni fortuito. Todo lo que se plantea en las sociedades clasistas, burguesas, está en función de su dominación y de perpetuarla. Todo. Por eso todo lo que en ellas se plantee desde una concepción revolucionaria debe ir encaminado hacia la destrucción de su orden, primero, para la posterior implantación de un orden distinto, de un orden real. No hay vacíos ni pausas en la Historia. No hay páginas en blanco. Ni amnesias parciales en la conciencia colectiva. La sociedad burguesa no sólo quiere y tiene el poder, desearía además el poder indiscutido. Y pretende el poder honorable. Frente a él, todos los momentos son parte del enfrentamiento definitivo.

El riesgo de confundir antifranquismo con revolución ha producido también innumerables confusiones. Supongo que intencionadas. El que existan grupos políticos que quizá tengan una oferta crítica válida pero que revolucionariamente no aporten más que una angustiada, o frívola, o en ocasiones crispada, o en ciertos casos irresponsable urgencia de romper con su clase en la medida en que tratan de enfrentarse con las primeras materializaciones de su poder, tampoco permite negar esa capacidad y aun esa necesidad crítica mediante



generalizaciones esquemáticas. Como no puede reducir la exigencia crítica interna de un movimiento revolucionario, sea el que sea. No es haciendo ordenados militantes sin imaginación aunque con disciplina como se resuelven las dificultades revolucionarias en un país como España, y en las nacionalidades peninsulares que pugnan por expresarse a través tanto de las opresiones como de sus propias y graves contradicciones. El romper con la clase para incorporarse a un movimiento revolucionario es más complejo que un simple gesto de exasperación individual, que suele tener la duración de lo que duren los más inmediatos problemas planteados, y exige una prolongada asimilación histórica. Pero tanto mediante idealizaciones tumultuarias e hipercríticas como con la ordenada eclesialidad de una disciplina mecánicamente asimilada se corre el riesgo de jugar ocasional o definitivamente una función contraria a lo propuesto y de ser instrumentalizados por las clases y grupos en el poder.

Una izquierda respetuosa —pero respetuosa, ¿con quién? ¿Con las continuas violencias de clase de la derecha, aunque sea la derecha antifranquista?— o una extremosidad revolucionaria «para asustar» y autoafirmarse, no son, parece, el camino mejor para un futuro revolucionario. Claro que cada día hará un poco de camino, pero la apertura de un debate, ya que hemos dialogado tanto, todos y con tan distintos, entre las diversas interpretaciones del análisis actual de la lucha revolucionaria quizá impidiese la aparición de otro mecanismo de autodefensa del sistema para sustituir a los actualmente descompuestos. Sin olvidar que los movimientos críticos aparecen cuando y porque se ha dejado un terreno libre para ocuparlo. El vacío difícilmente se produce, salvo

como figura retórica. Todo espacio dejado libre, hacia la izquierda como hacia la derecha, es inmediatamente ocupado por una fuerza nueva. Que será, en el caso de la izquierda, realmente revolucionaria o no, quiero decir, coherentemente revolucionaria o no; que será en ocasiones solamente una protesta limitada en el tiempo y en la necesidad de quien la expresa. Pero, ¿quién, cómo y por qué ha dejado un lugar vacío en el reivindicacionismo o en las posibilidades de concienciación revolucionaria?

Los itinerantes de la revolución como respuesta personal a una sociedad difícil; los revolucionarios de salón, del diálogo y el lento retraso del fin a través de unos medios que suponen la dilación efectiva en la aceptación de responsabilidades revolucionarias reales; los cumplidores de pequeñas tareas; los expectantes, los fatigados, los desorientados, los disponibles, quienes tienen conciencia clara de su efectividad revolucionaria o creen tenerla; incluso los paseantes en Corte —como la picaresca llamaba a los cesantes que recorrían Madrid en la espera de un destín— de la integración con disculpa o sin ella, víctimas de esa fatiga de las convicciones que corroe implacablemente; todos en esta difícil situación de España, de Cataluña, de Euskadi, debemos tener cuidado con las trampas constantemente puestas por las clases dominantes, y marcar en la medida de lo posible, pero en esa medida constantemente, el enfrentamiento radical con un sistema que debe ir siendo desmantelado dato tras dato. Sólo así habrá, me parece, una medida útil para, dada una pluralidad de concepciones revolucionarias, enfrentarse además de con el sistema con todos los intentos contrarrevolucionarios que plantee en su defensa.







# Crónica del país del caos

**1** Cualquier intento de comprensión de la realidad española, aunque sea partiendo de los modestos límites de una crónica periodística, requiere un previo ejercicio mental con ribetes de masoquismo. Todo encaramiento con la España actual implica el riesgo de que el observador en cuestión resulte aquejado de persistentes fenómenos alucinatorios. La primera tentación consiste en dejar caer sobre la situación hispánica el calificativo de **anormal**. Sin embargo, la anormalidad es, por esencia, un estado transitorio, provisional. La provisional anormalidad española se mantiene incólume desde 1936. Un mínimo prurito de honestidad intelectual nos aconseja que sería mejor no fijar fechas. Si la Historia de España es feraz en algo no es precisamente en sagas épicas o en Renacimientos socio-culturales; el país es rico en interminables situaciones anormales. Y si el pasado remoto está mediatizado por retrocesos y convulsiones seculares, el ayer y el hoy resultan todavía más difíciles aprehender. Tan falseadas y tan espúreas son la historia y la realidad que, incluso, el mismo lenguaje, el que ahora y aquí en estas páginas empleamos, es torpe, romo e incapaz, como instrumento, de servir para comunicar lo que sólo y tristemente son apreciaciones personales.

El hombre español que, en 1939, no era un vencedor total, ni se sentía heredero de un pasado abundante en oscurantismo, en sumisión al poder establecido, en un trágico « ¡Vivan las caenas! » que escalofría todo el ser y todo el porvenir de un pueblo, tuvo que acostumbrarse o le acostumbraron a otra vieja arte española: la hipocresía; en los casos más honestos, por individuales irrelevantes, al olvido. Lo que debía haber sido lucha por la vida se convirtió en falsa existencia vegetativa. Y la anormalidad se impuso como hábito y costumbre: el español supo distorsionar su realidad, supo mal fornicar, mal trabajar, mal pensar y acabó mal divirtiéndose para poder mal vivir.

Todo el anterior proceso conforma la actualidad española. La de un país cuya existencia es mediocre; hoy, menos que ayer, y mañana, posiblemente, menos que hoy; pero mediocre aún. Cualquier corresponsal extranjero que visita el país para alguna de sus grandes fiestas nacionales (exaltaciones de príncipes a solios cuarteleros o procesamientos militares de opositores políticos) comienza invariablemente sus envíos describiendo perplejamente la realidad del país que visita: Estado católico, martillo de herejes, perseguidor de demócratas (aunque sean burgueses), triturador de huelgas, celador cuidadosísimo de la salvación personal de cada uno de los súbditos, paisaje a un tiempo embalsamado y vivo, de las camisas pardas de otros tiempos, restaurador de monarquías olvidadas, hambre,



especulación, emigración, lucro, corrupción... Y al conjunto, se le ha llamado franquismo.

Pero, sin embargo, el esperpento que es la España de 1971, no es, no se parece casi en nada, al esperpento de 1940, ni al de 1950. Subterránea, mediocrementemente, a veces heroicamente, se han producido cambios. Alteraciones en las estructuras sociales que están haciendo distinta a la España de 1971. Desde 1939, treinta y dos eternos años, se ha pasado de un Estado semifeudal (que, por otra parte, había estado en las puertas de la revolución) a un Estado que, de alguna forma, pudieramos llamar moderno : con unas estructuras económicas dentro, o muy cerca, del neocapitalismo europeo, aunque sea como mercado de consumo para excedentes invendibles o como depósito de mano de obra barata y sumisa. Quizá los historiadores deberían empezar a reflexionar sobre el sentido final que tuvo la guerra civil española, en cuanto a realización tardía y enfermiza de la tantas veces frustrada revolución burguesa. Si despojamos al término de su entorno ambiental, de lo que en la Europa de los siglos XVIII y XIX supusieron las libertades formales para la burguesía ascendente y nos quedamos con la esencia de la lucha burguesa, la conquista del poder económico y del poder político, posiblemente la victoria fascista de 1939 pueda denominarse, con pocos matices, la revolución tardía de la burguesía española. Ahora bien, este proceso de consolidación de la burguesía, ha producido, evidentemente, unos resultados económicos y sociales. Entre ellos : el incremento del proletariado industrial a expensas de la extinción del campesinado, ayudado por la emigración exterior ; la proletarianización del funcionariado urbano ; el aumento masivo del sector servicios ; el asentamiento de las profesiones **liberales** burguesas ; el incremento demográfico, superada la postguerra, con el consiguiente rejuvenecimiento de la edad media de la población...

Es aquí, a partir de estas claves socioeconómicas, donde hay que enmarcar, para tratar de comprenderlo, el hecho actual. Que, a grandes trazos, presentaría el siguiente cuadro clínico : primero, distribución del poder real entre los vencedores político-militares de la guerra civil, aportadores de la ideología fascista, con los poseedores burgueses de los mandos económicos, acarreadores de la ideología neocapitalista tecnocrática ; todos ellos, ardientes defensores del orden establecido, por encima de anecdóticos escarceos. Segundo, reconstrucción de un movimiento obrero sobre bases eminentemente economicistas. Tercero, aparición de un movimiento universitario, trasunto del aparecido en otros medios europeos, pero con las notas características de la peculiaridad española. Cuarto, oportuna aparición de un clero joven contestario, junto a unas estructuras eclesiásticas autoritarias. Quinto, agudización del problema regional, pendiente de solución desde tiempo inmemorial y que, en algunas zonas, País vasco, adopta prácticas de enfrentamiento total con el sistema. Sexto, existencia de una sedicente oposición reformista, cuya mayor aspiración, en nombre de las traídas y llevadas libertades formales, reside



en garantizar la continuidad económica, de forma simultánea con una hipotética y versallesca transmisión de poderes.

En el interior de esta sintomatología, se han producido simultáneamente una serie de acontecimientos, que han venido a radicalizar el clima ambiguo e incompleto del país; al tiempo, que en hemisferios europeos, ha despertado, una vez más, la adormecida mala conciencia ante el caso español que no quita el sueño, pero puede dificultar la digestión.

## 2

¿Cuál es, entonces, la situación actual en España? A estas alturas, principios de abril, y con tales antecedentes, no es fácil, ni tampoco práctico, hacer un intento de análisis. Que, como siempre, pecaría de subjetivismo. Es preferible una aproximación descriptiva en torno a la cadena de acontecimientos que han movilizado los sucesos del último mes de diciembre, el del Consejo de guerra celebrado en la ciudad de Burgos. Y pese a nuestra confesada resistencia al intento analítico, casi siempre doctoral, existen unas interrogantes que comienzan a esclarecerse y que de alguna forma pueden ayudar a entender la etapa presente que atraviesa el sistema franquista. Estos puntos, esquemáticamente, serían los siguientes:

1. ¿Enfrentamiento abierto entre Opus Dei (burguesía emprendedora) y sectores falangistas y ultras (vencedores de la contienda civil)? Este choque que, en un principio, parecía tragedia a vida o muerte, está adquiriendo sus verdaderos caracteres de sainete grotesco: una nueva distribución de cargos y prebendas en los que se supone última etapa del franquismo, aunque no del sistema económico que se conoce bajo esta denominación.
2. ¿Triunfo, por el momento, del Opus Dei frente a los sectores supuestamente contradictorios? Parece más lógico pensar en una continuidad de la línea politicoeconómica iniciada en los años sesenta, que alterna una ridícula apertura con un más inteligente rigor represivo.

3. No interrogante, sino tajante afirmación: ausencia de la voluntad y de la opinión popular en todo tipo de decisión gubernativa.

Estos tres datos nos conducen a dos constataciones inmediatas. Una, los cambios que se produzcan sólo serán aparentes y no afectarán más que formalmente a la política del régimen. Dos, ausencia casi total de respuesta por parte de las fuerzas de «izquierda», de la teórica y de la real, en retroceso ante el incremento de la represión y por la coincidencia, también, con una de sus crisis. Pero veamos, uno tras otro, estos elementos.

**Falange contra Opus Dei.** En los primeros días del mes de enero, tras el recrudecimiento callejero de las algaradas fascistas de tiempos olvidados pero en modo alguno pasados, con la fuerza buscada en determinadas



personalidades militares, el teniente general Rodrigo, Capitán general de Granada, es destituido automáticamente y se ordena su pase a la reserva. El motivo de la destitución residía en el discurso pronunciado por el militar en cuestión, con ocasión de la Pascua Militar, y que, no se olvide, era conocido previamente por sus compañeros de armas y había obtenido la aprobación de todos. En el discurso, pronunciado en un acto de afirmación falangista ante alféreces provisionales, el general Rodrigo se había referido en términos inequívocamente condenatorios a « esa otra masonería blanca » (léase Opus Dei). La acción inmediata del gobierno supuso un respiro para no pocos ciudadanos: **la línea blanda** había triunfado. Los alentadores del reformismo hallaban nuevo motivo para sus ritos compenetrados. Pero es que, cabe preguntarse, ¿ ha existido realmente tal enfrentamiento mortal entre opusdeístas y falangistas? El Opus Dei, que no puede exhibir los laureles militares del triunfo en la guerra civil, se ha adueñado, en los últimos años, del poder económico y del político, patrocinando incluso la continuación dinástica al franquismo. La Falange, residuo fascista, en el que el sistema pretendió, en un primer momento, encontrar su necesaria reserva ideológica, no representa en modo alguno a la burguesía vencedora; su poder se ha reducido a la ocupación, cada vez más minoritaria y desideologizada, de confortables o simplemente modestos puestos burocráticos. Sin embargo, las manifestaciones del mes de diciembre, como intento ultra de desplazar a los gobernantes opusdeístas, aparte su capacidad incontrolada de violencia reaccionaria, estaban abocadas al fracaso. La España desarrollista necesita expertos asalariados, tecnócratas eficientes, economistas sin ideología, sociólogos conservadores, universidades-incubadores de profesionales..., en una palabra, todo lo que pueda conseguir un mayor índice de rentabilidad.

Sin embargo, los hombres opusdeístas tampoco están libres de mancha en el pecado original contraído por todo colaboracionista con el franquismo. En última instancia, además, tampoco pueden tanto los hombres de Falange, pero sí pueden ser mantenidos como fuerzas ejecutoras de sucias tareas represivas. Quizá la frase más expresiva, de las pronunciadas últimamente por un falangista y que denuncia el verdadero talante ideológico de este grupo, corresponda a las declaraciones hechas al diario **Arriba** por Raimundo Fernández Cuesta. A la pregunta que le hace el periodista acerca de su papel de portaestandarte de la revolución, responde el antiguo líder:

—Yo no sé quién es el protaestandarte de la revolución. Ni de qué clase de revolución me hablas.

La entrevista termina así:

**Periodista:** —¿ No piensa pasar factura, Raimundo?

**Raimundo:** —¿ Por qué? No me lancé a la vida pública para pasar facturas. Y, en todo caso, ¿ qué más podría cobrar de lo que he recibido?

La oposición entre Falange y Opus Dei, insistimos, es algo ya viejo en



estos treinta y dos años de historia española. La lucha por pequeños o grandes beneficios: Consejos de Administración, puestos burocráticos, retiros bien remunerados, apacibles y lujosas embajadas... La Falange, en realidad, no posee más que intereses burocráticos y violencia mal contenida; características que, por otra parte, han definido a todos los movimientos fascistas.

Si meditamos en lo que supuso la instrumentalización de la pseudoideología fascista en la Europa de los años treinta, por parte y en beneficio de la burguesía e incluso reflexionamos sobre la actual agresividad de las burguesías « ilustradas » europeas, podremos situar en su contexto real los brotes de violencia en la España del mes de diciembre de 1970. Este, creemos, es el sentido exacto que debe darse a las afirmaciones de los más representativos portaestandartes de los sectores ultras; como es el caso del teniente general Pérez Viñeta, hasta hace poco al frente de la Capitanía general de Cataluña y actualmente en situación de reserva por haber cumplido la edad reglamentaria, cuando en el acto homenaje que se le rindió en Cáceres, a finales del pasado mes de febrero, decía: « Hoy, como el 18 de julio, el Ejército y la Falange están unidos y seremos invencibles, porque de nuestro lado están la razón y la justicia; está asegurada la victoria, que no nos la podrá arrebatar jamás nada ni nadie porque, entre otras razones, para nosotros la muerte no es más que un acto de servicio. »

**3** En el interior de esta falsa antinomia es posible comenzar a medio entender la actual situación. Falsa antinomia, la existente entre un funcionario tecnócrata de la Comisaría del Plan de desarrollo y otro funcionario burócrata de los Sindicatos verticales. Falsa antinomia, la existente entre los militares fascistas que ganaron la guerra civil y los militares liberalizadores beneficiados del triunfo obtenido por sus mayores sobre el proletariado español. El antiguo apotegma « ultras contra evolucionistas », gastado por el desuso, toma un cariz más palpable en el hecho presente: « derecha contra ultraderecha »; y no es un simple juego de palabras para sustituir a otro pasado rápidamente de moda. En España no existe ningún enfrentamiento mortal entre las fuerzas en el poder que rememore remotamente a una hipotética lucha de clases; se trata de un combate por beneficios y prebendas que, en ocasiones, puede recordar a un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Y, en el acto final, predomina un sentido de la coyuntura y del oportunismo político, preconizado por los sectores economicistas del sistema y aceptado por los intransigentes.

Podemos acudir a un tema clave para comprender aproximativamente esta falsa antinomia: el tema « libertad ». Sánchez Bella, ministro de Informa-



ción y Turismo, acudió el pasado año a las Cortes para celebrar un debate (?) con los procuradores. Este debate monólogo registró frases de una tajante diafanidad; reproducimos de los periódicos: « Hay en España exceso de verbalismo, excesivas libertades políticas y exceso de pluralismo, a veces farisaico. Se tocan temas que no se deberían tocar. Tal ocurre con las invocaciones a ideologías vencidas, como liberalismo y marxismo. En la Europa de la postguerra, las ideologías que perdieron la guerra, están fuera de curso legal, no se puede hablar de ellas (se refiere al rexismo, al fascismo y al nazismo). En cuanto a las ideologías vencidas en la guerra española hay que establecer un principio de reciprocidad. El ministro proclamó con vehemencia: **Yo voy a hacer que estén fuera de la ley.** »

Sánchez Bella refleja la imagen que la libertad debe tener para el uso interno de los españoles. Mientras, los hombres que figuran en el mismo gobierno pero que representan la faceta diferenciadora y aperturista ofrecen a Europa la otra cara de esa libertad. Afirmaba López Rodó, ante las cámaras de la inglesa BBC, que España está dispuesta a incorporarse a Europa, a la Europa de los monopolios, siempre que sean respetadas las peculiaridades del régimen; « lo contrario —añadiría— me parece un objetivo imposible ».

Queda claro, pues, que España se incorporará a una Europa que está condicionada ideológicamente a aceptarla con sus peculiaridades. La Europa de los monopolios sabe que lo esencial en la lucha de clases no son las libertades formales de la burguesía, sino el sagrado principio de la propiedad y del mantenimiento del orden público contra cualquier atentado, proceda de donde proceda, frente al orden establecido. Justo es reconocer, por otra parte, que las llamadas peculiaridades del sistema español bien pueden ser un precedente en el evidente proceso de fascistización que está viviendo la Europa capitalista. En esta tesitura, poca diferencia tienen, en lo esencial, el concepto de libertad europeo y el concepto pragmático de libertad que tiene un funcionario opusdeísta. Libertad, para la tecnocracia, es sinónimo de indiferenciación, de asepsia, de neutralismo; en pocas palabras, ante la sedicente deteriorización de lo político y la muerte de las ideologías, privará el apoliticismo. Esta es la libertad que puede conducir al pueblo español a la libertad europea.

Bajo el liderazgo del Opus Dei, acompañados o no por reliquias históricas del museo falangista, no cabe esperar una reivindicación, abierta o solapada, de la perdida dignidad de España. Se continúa la represión en la Universidad, al tiempo que se privatiza la enseñanza siguiendo moldes norteamericanos; se aprueba una Ley sindical que reproduce las instituciones sindicales verticales, bajo una terminología despolitizada; se pretende reformar la Ley de Orden público para aproximarnos aún más a los modelos represivos vigentes en Grecia y en Portugal (reforma que, entre otros extremos, multiplica por cinco las cuantías de las multas



gubernativas, eleva hasta seis lo que antes se reducía a un mes de arresto por impago de estas sanciones económicas motivadas, lógicamente, por delitos políticos y, finalmente, se exigirá un certificado de buena « conducta » para poder acceder a los centros de enseñanza superior, etc.). Con palabras que no son nuestras este proyecto de reforma de la vigente Ley de Orden público « equivale a legalizar virtualmente, con carácter de permanencia, a los treinta y dos años del fin de nuestra contienda, situaciones que corresponderían a un Estado de excepción ». Así se expresan los señores Satrústegui, Ruiz Jiménez, Tierno Galván y Areilza. Los hombres que, por el momento, representan la oposición ilegal burguesa al gobierno de la burguesía española.

**4** En este tipo de crónicas, hechas a vuelta pluma y al hilo de los acontecimientos, pocas conclusiones cabe esbozar. Alguien puede decir, ante la descripción que hemos torpemente trazado, que nos hallamos ante una situación primaria que nada, o muy poco, tiene que ver con los modelos de sociedad normal de nuestro tiempo. Y nuevamente tropezaríamos con el concepto de normalidad y de provisionalidad. A ello, además, viene a sumarse la ignorancia absoluta de lo que pueda acontecer. La política de estos treinta y dos años si se distingue por algo es por su ausencia total de coherencia.

Estimamos, no obstante, que de nuestra pesimista descripción sí se desprende alguna constatación importante. La primera, es el innegable proceso de desarrollo económico acaecido en estas tres últimas décadas, gracias a las distorsiones económicas y sociales de por más sabidas, pero que han asentado a la históricamente tambaleante burguesía española, que le han dado base económica y política. En último trance, esta burguesía se inclinará por la solución que mejor defienda sus intereses de clase; en época de bonanza, es decir en situaciones no conflictivas entre clases, el Opus Dei, pese a sus corruptelas y a sus fraudes fiscales, presenta un aire de respetabilidad innegable para la Europa de las Comunidades; en tiempos de enfrentamiento y de agitación, la represión a cargo de sus ejecutores fascistas, también será un buen defensor de los intereses burgueses. Puede parecer tópico y también reiterativo, pero ante el confusionismo imperante, hay que repetir incansablemente que Opus Dei, Falange y Ejército, son los instrumentos ejecutores y represivos de la línea política que mantiene a la oligarquía y a la burguesía españolas en el poder.

Ahora bien, esta crónica quedaría incompleta y no sería tampoco honesta sin una referencia a la otra cara de la moneda: la oposición al poder franquista. A este respecto, es imprescindible señalar el silencio que ha secundado y viene secundando los actos represivos por parte del gobierno.



La izquierda española, sobre cuyo peso específico y valor real —es decir, de enfrentamiento a la política franquista— sería deseable se hicieran profundas revisiones, tanto en sus planteamientos generales teóricos como en su funcionamiento inmediato práctico, no ha respondido en la última crisis, ni en sus posteriores secuelas, como hubiera sido previsible tras treinta y dos años de dictadura si, consecuentemente, existiese una clara conciencia política. Las protestas y el clima de ansiedad, así como la pesadumbre subsiguiente, que acompañaron al proceso de Burgos, obedecieron más a razones aisladas y sentimientos de solidaridad e impotencia que a una política planificada y acorde con las circunstancias que estaba viviendo el país. Paralelamente a esta atonía, el gobierno ha proseguido, tras los acontecimientos de Burgos, con una dura política de represión que ha dado con centenares de españoles en las cárceles; represión dirigida principalísimamente contra el movimiento vasco, por una parte, y contra los sectores más en punta del proletariado y del estudiantado, por la otra. La izquierda parece que no ha sabido, no ya responder, sino tan siquiera detenerse a estudiar detenidamente la situación, para prepararse a futuros enfrentamientos con el poder establecido.

El párrafo anterior puede tener una forma aparential exclusivamente esquemática y monolítica. Conviene hacer algunas precisiones. Nos hemos referido a la izquierda española, como si se tratase de un bloque coherentemente unido, al menos a niveles tácticos. No es ésta la realidad. Lo que se ha dado en llamar izquierda española es una mescolanza variopinta, nacida de la represión y la frustración de la guerra civil, así como de la situación contradictoria por la que ha viajado el país desde 1939 hasta 1971, de aquel semifeudalismo que al comienzo de la crónica glosábamos hasta el presente desarrollismo tan incompleto. En esta izquierda instrumental se encuentra una amplísima democracia cristiana, con líderes de recambio para cualquier eventualidad, tanto la colaboración con el franquismo como la sucesión hereditaria a título de beneficiario universal. Una social democracia, de diferentes obediencias, tanto en el interior como en el exterior, con pocos vínculos, salvo los afectivos, con el histórico y viejo Partido Socialista Obrero; también sus hombres que, encarnizadamente, se disputan el liderazgo, se autocomplacen en presentarse como los hombres de la Europa del mañana, la Europa del neocapitalismo lógicamente. Junto a estas dos formaciones, algunos capitalistas liberales (?), ya de extracción monárquica o de procedencia franquista, que forman bloque con los anteriores; todos, por el momento, están consiguiendo, gracias a los buenos oficios de la social democracia alemana, la democracia cristiana italiana y los intereses norteamericanos, el estatuto privilegiado de « oposición a Su Majestad ». En otras posiciones, lastrado por el objetivo inmediato del « Pacto por la Libertad », se encuentra el Partido Comunista Español; víctima también de los tiempos y víctima de su propia miopía política que le hace suponer que de la actual



situación se saldrá gracias a un nuevo Pacto de San Sebastián, como el que puso fin a la monarquía de Alfonso XIII, pero junto a compañeros aún más reaccionarios que los de aquel entonces. Y a la izquierda de toda esta mastodóntica izquierda, aún hay más: partidos minoritarios, grupos de acción, rebeldes con justa causa, que, a veces o casi siempre, se extravían en disquisiciones acerca de quienes son los verdaderos revolucionarios, perdiendo de vista al enemigo inmediato: el poder de la oligarquía y de la burguesía, apoyadas en la represión franquista.

Tampoco en esto es original España. Este lastimoso cuadro no le es privativo; de él padecen otros muchos países europeos y las izquierdas que en su superficie vegetan. El resultado inmediato es que, de ambas coincidencias, burguesía franquista represiva y conjunción de izquierdas inoperantes, surge una víctima: el pueblo español. Objeto de persecuciones y de oportunismos. El ejemplo último, para concluir la crónica, lo proporcionan las anunciadas elecciones sindicales. Tras haber sido aprobada una Ley sindical, ratificadora de la burocracia fascista, después de una dura crítica panfletaria y una inexistente oposición en los tajos, el proletariado es llamado a designar sus representantes en esta nueva y vieja tragedia grotesca. Y, colmo de confusiones, la izquierda no sabe qué hacer: los grupos y partidos del « Pacto por la Libertad » aconsejan la participación electoral para aprovechar todos los resquicios del sistema; los sectores que se pretenden revolucionarios preconizan la abstención total y el sabotaje de las urnas. Mientras, el proletariado, abajo, padece y purga la derrota de la guerra civil y no participa en la elaboración de lo que se ha dado en llamar futuro democrático de España.

## **Novedad Ruedo ibérico**

# **Andrés Nin Los problemas de la revolución española**

### **Sumario**

Prefacio de Juan Andrade. La vida de un revolucionario expuesta en una declaración policiaca. Proclamación de la República y « primer bienio de colaboración republicano-socialista ». El llamado « bienio negro » de Lerroux-Gil Robles. La revolución de octubre de 1934. Las elecciones generales del 16 de febrero de 1936. El alzamiento militar-fascista del 19 de julio de 1936 y los problemas de la actual revolución.

252 páginas

21 F





---

#### **4 páginas de "Reivindicación del conde don Julián", de Juan Goytisolo**

---

Joaquín Mortiz, México, 1970, p. 186 a 189.

Véase la crítica de José Corrales Egea: Don Julián y la «destrucción» de España en la página 000 de este fascículo.

---

a la hora del aperitivo, cuando el tráfico urbano suele ser más intenso, un paradigmático ejemplar de capra hispánica hace su aparición en el cruce de Callao y Granvía, frente a la boca del metro: sucesivamente lo vemos en el stand de bonetería de Galerías Preciados, de visita en diferentes museos e iglesias, dar una charla sobre «Ortega y la Caza» en los salones del Ateneo, brindar con una copa

de vino español en Chicote, departir de oligarquía clasista en el Pelayo y de verso plurimembre en el Gijón: sin olvidar la obligada visita al palacio de las Cortes, en la tribuna de los invitados de honor, mientras vuestros egregios procuradores designados por el tercio familiar y la más alta y pródiga inspiración divina discuten interminablemente la enmienda quinta al anteproyecto de ley de alcantarillado de



Quintanar de la Orden con tropos y metáforas dignos de literarias justas, de competitiva, reñidísima Flor Natural no obstante la presencia de numerosos periodistas y fotógrafos y el amable concurso de los cameramen y populares reporteros de televisión sus idas y venidas chocan con la opaca indiferencia de la muy urbana, anónima, mass-media multitud: vestida de paño catalán, encuadrada en ante mallorquin, con elegantes mocasines de trovadoresca línea italiana: flamante, impecable, endomingada, agrupada bajo el común denominador de una radical y estrepitosa novedad: nuevos burgueses, nuevos aristócratas: nuevos horteras, nuevos empleados: nuevos funcionarios, nuevos curas, nuevos dueños, nuevos señores de la novísima, reluciente situación: desarrollo industrial, sociedad de consumo!: masajes, saunas, curas de adelgazamiento!: herrumbrosos cementerios de coches!: veladas electro-domésticas frente al recién adquirido televisor!: en la plena y solemne posesión de su nuevo status: amaestrando Seats, señoreando Dodges, domesticando Volkswagens, sometiendo al imperio de la rectilínea voluntad hispana el cuadro de mandos del Citroen último modelo: encrestados siempre de la voluble ola, resueltamente IN: Carnaby Street, corbatas Pierre Cardin, gorros y sombreros Bonnie and Clyde: pensando en self-made-men, sí, pero con el inconfundible acento de chuleta de Madrid

decididamente la situación no puede prolongarse: los técnicos mejorarán las estructuras: nuestra vocación es europea y la enciclica nos indica el camino: dialoguemos mezzo voce para instruir al pueblo: los ordenadores eliminarán con sus cálculos las aparentes contradicciones de clase

mientras la capra hispánica se aleja melancólicamente del centro comercial y zonas residenciales hacia el extrarradio común y más vasto: acatando edilicias disposiciones de tráfico por aceras y pasos de peatones, burladeros e insulas: en medio de las diligentes masas laboriosas maternalmente cobijadas por las alas de clueca de vuestro castizo sindicato vertical: sistema sabio y previsor, armonioso, flexible!: bálsamo de seculares injusticias históricas, defensor eficaz del obrero contra el obrero mismo: tan proclive, ay!, a la demagogia plebeya, al canto de sirena de las propagandas extremistas: trazando con ecuanimidad y mesura el ámbito de la hispana convivencia, de acuerdo con vuestras tradiciones centenarias y vuestra sólida nervadura espiritual: política de un filósofo y un sistema, cuyos resultados saltan a la vista: viviendas protegidas, automóviles a plazos!: excursiones domingueras a la sierra!: proezas europeas de Di Stefano, hazañas inmortales del Cordobés!: por los macizos bloques de cemento repetidos, exactos que inacabablemente se suceden sobre las ruinas de las antiguas chabolas de caña y latón: hasta el descampado desierto y calvo, orilla de un mar petrificado, ancho y ajeno como el mundo: Meseta, llanura horizontal, áspera y recia Castilla!: paisaje cenobítico de coloración austera: amplio, severo, grave, reposado: solemnes encinares henchidos de silencio, rocas enhiestas, desnudas: aliento de eternidad, sed del espíritu, ardor seco del alma ibera!: sustraída del febril panorama urbano, la capra hispánica respira de quietud y alivio: el límpido aire serrano ensancha sus oprimidos pulmones: conciencia agraria, descansada vida fuera del mundanal ruido!: apacible, mansueta busca las madroñeras agrestes, las jaras perfumadas y humildes: sus pasos la conducen, por senderos y trochas, a las primeras estribaciones del



monte : allí, encaramada en un pintoresco mogote, pace la fresca hierba menuda, bebe del agua purísima de un arroyo : en la ermita de Arenas de San Pedro, donde los monjes dan la sopa boba a los viandantes, se restaura en compañía de su complementario mentor el carpeto : y juntos emprenden, tras venturosa siesta, la

dura y difícil ascensión : de peña en peña, de berrueco en berrueco : cuesta arriba, por entrañables paisajes de aire teresiano, hasta las perentes alturas de silencio y libertad : romances en Gredos, entre los pastores y las maritornes ! : serena música de cascadas, quebradas fragosas, ansias atávicas de inmortalidad !





# Notas sobre la pornocrítica

I. La aparición, en 1970, del libro de Jesús Ynfante, *La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafía*<sup>1</sup> ha sido el pretexto, o la provocación necesaria, para la aparición de muy variadas posturas públicas, políticas, de oportunismo personal o de oportunidad de grupo, en torno a temas y situaciones bien candentes. Con el pretexto de una crítica, o de un comentario ocasional y al paso, han tenido lugar las desvergonzadas maniobras de quienes o atacándola o defendiéndola pretendían la utilización de la obra de Ynfante como arma, pedestal, elemento de juego, campo de maniobra o simple ejercicio de desnudamiento despacioso y rítmico ante un público entre desdenoso y ávido. Es difícil encontrar una crítica que tenga en cuenta, en primer lugar, las características esenciales de la cosa juzgada, en este caso un ensayo político-sociológico-económico-cultural, y algo pintoresco, sobre un fenómeno de cuya importancia en España no puede dudarse. La generalidad de los comentarios ha procedido de la manera dicha, utilizándole como pretexto. Y ello por una primera razón a avanzar: *La Santa Mafía* ha sido un libro « de izquierdas » con lectores « de derechas ».

II. Un libro de esas características originales tiene que ser situado por lo menos en un triple contexto: en el de la vida cultural y política del país al que se refiere y del que procede; en el del mundo personal y político del autor, en la medida en que ambos quedan reflejados en la obra analizada, y en el segundo caso a través de obras anteriores o posturas políticas públicas; en el contexto también del sujeto tratado tal y como el crítico lo conoce previamente, por otras fuentes, etc. Esto le situará ante la realidad o irrealidad del tema; ante el acierto o el error en el enfoque, el desarrollo, las conclusiones si las hubiera, y todo ello en el marco de la metodología empleada, aportación de datos,

corrección e incorrección de los análisis operados sobre ellos y presentación formal de esa unidad que es la obra definitiva. Esto supone una primera afirmación necesaria; ninguna crítica escrita en el interior podía, o puede, pretender la dimensión y la profundidad requerida para criticar a un libro que aporta la indudable actualidad del tema. La reacción del público le ha añadido la precisión del sector y clases aludidas. Su impacto como tal libro ha sido grande en ciertos círculos, muy determinados eso sí, pero de una manera o de otra importantes, aunque sea negativamente importantes. Y finalmente, tiene una notable característica a analizar: por qué se ha dado ese hecho de que sea un libro « de izquierdas » para, o acogido por, « lectores de derechas ». Y que la ambigüedad de ambos conceptos quede superada por la precisión que a pesar de todo les concede el lenguaje de diario.

III. Las críticas al libro de Ynfante han sido comentarios generales, referencias superficiales sobre la anécdota, exclamaciones asombradas o apresuradas declaraciones de lealtad, indignación, rechazo, duda o alegría disimulada; salvo alguna de ellas de distinta factura e importancia limitada por la exigencia, antes citada, de estar realizada en el interior. Las críticas así han sido siempre parciales; parciales cuantitativa o cualitativamente. O reseñas superficiales o análisis incompletos. La mayoría, la inmensa mayoría además, han sido simples defensas del sujeto tratado sin análisis críticos de su crítica, eludiendo aproximarse a los errores al no poder situarlos en el contexto real y total del tema abordado, y contando con el misterio que le rodea y que él mismo parece segregar. Ninguna de las críticas que conozco — y

1. Ediciones Ruedo ibérico, París, 1970.



conozco una parte importante aunque no el total— ha intentado situar el libro en el mundo del ensayo político español; el libro en el mundo político español, el libro en las referencias conocidas, las ignoradas pero deducidas, las supuestas o las imaginadas, del Opus Dei como sujeto real; el libro como intento de clarificación de algunos, o todos, de esos mundos; el libro en la bibliografía de la crítica al sistema; el libro dentro de la bibliografía revolucionaria utilizable en el enfrentamiento con el sistema; el libro situado en la óptica política del autor. Las referencias son vagas, moviéndose entre las coordenadas de la censura oficial, la censura personal, el poder real del Opus Dei y las relaciones personales del crítico, o sus necesidades, o sus oportunidades, o sus proyectos, o sus ambiciones. El libro ha quedado así como un meteorito de procedencia insospechada cruzando un espacio desconocido, cuya finalidad se ignora así como su punto exacto de caída. La crítica española, la que lo ha abordado, necesariamente llamados «críticos de derechas» como correlato a los «lectores de derechas» que *La Santa Mafía* ha tenido, evidencia así su método de trabajo, o más bien su ausencia de método; su vocación de detectadora de riesgos y denunciante de peligros; su función exacta como un elemento más de la sociedad a la que esos críticos pertenecen, les alimenta intelectual y materialmente, para la que trabajan y en razón de la cual existen. Su falta de rigor, su escasez de conocimientos técnico-críticos o bibliográficos, su necesaria ausencia de coordenadas históricas, su trivialidad crítica en definitiva, su uso del ejercicio crítico como un elemento más de clase —político siempre, policiaco en situaciones agudas, una de las líneas de defensa del sistema— es reveladora también, y por ello mismo, de sus propias contradicciones. Por esto, precisamente por esto, ha habido en este caso crítica. Porque por el Opus Dei entra la contradicción. Los ataques a parcelas (por importantes que las parcelas sean y aunque fueran las más importantes), de las proporciones integradoras del total, son criticadas porque en ello operan los enfrentamientos de las demás proporciones de ese total entradas en contradicción.

Pero aún así la crítica *real* era imposible. Y la abertura en cuanto a la variabilidad de los comentarios posibles, muy corta.

IV. Es necesario hacer ahora un paréntesis para tratar rápidamente de un aspecto de la obra en sí misma que, sin que suponga su crítica, que no me propongo en estas notas, permita aclarar el sentido y la proyección, las razones y la aproximación a una explicación del porqué de esas críticas, del porqué de esos lectores y del porqué de la desviación orbital del libro de Ynfante. *La Santa Mafía* contiene, me parece indudable, un elemento importante: información. Pero una información a dos niveles: la mera incitación a la curiosidad, y la puesta en evidencia de un mecanismo concreto con aportación de datos que archivar para ser utilizados por la «memoria política» en el momento en que se necesiten. Pero en la información sobre el mecanismo político-económico concreto falta la reflexión crítica y los análisis que permitan una posterior utilización de esas informaciones recibidas. Por ahí me parece que pueden buscarse algunas de las razones de esas características sociopolíticas de sus lectores mayoritarios. Porque del Opus como fuerza falta una explicación histórica que totalice la información y la utilice adecuadamente; una explicación religiosa, sociológica, económica, del Opus Dei como componente de las clases dominantes. El libro no es la minuciosa reelaboración de uno de los elementos integrantes de la oligarquía, sino su mera descripción noticiosa acompañada de una interpretación un tanto fantasiosa. Lo cual —la descripción noticiosa— puede bastar, pero entonces la obra precisa de una estructura distinta. Al montarse como una estructura racionalizadora y científica y desarrollarse después en el mero campo de la acumulación de informaciones, aleja a un determinado tipo de lector que o por formación, o por hábito, o por necesidad de sus planteamientos y la búsqueda de un armamento suficiente para su ejercicio político y cultural, necesita un elemento crítico o al menos un componente analítico y racionalizador. Puede que también lo eche de menos, simplemente, por una deformación que también se padece de



intoxicación de textos aceptados en bloque, sin elaboración ni digestión que los haga válidos, textos no coherentemente asumidos ni racionalmente asimilados<sup>1</sup>, pero se mantiene el hecho de que esa información noticiosa de hábitos opusdeistas, nombre o número de sus componentes y prácticas religioso-delictivas, interesan menos. Dos errores principales arrastra entonces, me parece, el libro de Jesús Ynfante. Uno de ellos el cambio indebido de género. Lo que hubiera sido un excelente reportaje sobre el Opus Dei manteniendo un gran interés para lectores de toda clasificación en el espectro político-ideológico español, se ha transformado en un discutible ensayo de cierta endeblez teórica y científica que retrae a los lectores para los que —si el libro se sitúa en el contexto de la lucha política revolucionaria— debería estar pensado. El otro defecto es la rápida, galopante más bien, denostación trivial de los partidos y grupos, personalidades y publicaciones teórica o realmente apodadas de revolucionarias. En unas páginas finales, apresuradas, y de un dogmatismo casi tan religioso como si estuviesen escritas por un socio de número del Opus Dei, Jesús Ynfante lo liquida todo, y lo liquida por derribo. Unos no llegan y otros se pasan. Estos *Cuadernos* también. La editorial que lo edita, no menos. La condena es general, suspenso colectivo y palmetazo al recalciante. Pero como siempre en estos casos, tal generalización y generalización tan apresurada ya no es condena, ni barrido de estorbos, es falta de serenidad o de reflexión. Pero que el libro posee información, y una descripción bastante puntual del comportamiento externo de un importante grupo de presión y dominio de la sociedad española me parece evidente. Otra cosa es la aclaración de qué sea ese autoritarismo católico que como definición general me parece válida para englobar una situación histórica determinada y prolongada, aunque cambiante, pero que como definición exacta de un movimiento preciso, operando en el interior de la lucha de clases con características propias, ya resulta algo más inaprensible. Quedándose en lo que el libro debiera haber sido realmente, el gran reportaje informativo,

denunciador, explicativo, aportando datos para el manejo de quienes utilicen a Adorno como algo más que como la simple y primera acepción castellana de su nombre, hubiera cumplido una misión específicamente más importante aún de la que ahora pueda cumplir. Yo no creo demasiado en los géneros. Sí creo en los autores. Y hay muchos libros que sin haber pretendido pasar del reportaje han cumplido y cumplen una función muy superior a la de otros que se pretendían resultado de elaboración doctrinal sin llegar a serlo. Cumplen una función superior y tienen una superior calidad, para remate.

V. Cerrado el paréntesis, regreso a las críticas enjuiciadas. La obra de Ynfante no les ha servido más que como pretexto. Ante la ciencia tienen, por necesidad, que detenerse. Pero pueden afrontar la información, cuando incide en sus contradicciones. Con sus críticas lo que han querido es adoptar postura ante ese constitutivo de proporcionalidad discutible de la oligarquía española, y por tanto del poder de clase en España. Las críticas pasan así a ser elementos juzgables en cuanto que se insertan en el contexto de las tensiones de clase como un elemento operativo por sí mismo, en relación con el sujeto tratado.

Entre esas críticas, la más característica, la más completa también a partir de las condiciones en que se ejerce y para las que se ejerce, es la de José María Ruiz Gallardón en *ABC* (29-10-1970). «Se puede —dice RG— juzgar un libro y valorarlo, y se estará de acuerdo

1. UNA JOVEN UNIVERSITARIA PERTENECIENTE A FAMILIA BIEN BURGUESA, Y CUYOS HABITOS FAMILIARES HABIA PRACTICADO HASTA LA VISPERA —DEJEMOSLO EN LA VISPERA— DESCUBRIO DE SUBITO, DE MANERA ABSOLUTAMENTE «PAULINA», EL MARXISMO, LA REVOLUCION, NOMBRES Y SIMBOLOS QUE LA ARREBATARON; DIAS DESPUES COMPRABA LAS OBRAS COMPLETAS DE LENIN QUE EMPEZO A LEER POR LA PRIMERA PAGINA DEL PRIMER CAPITULO DEL TOMO PRIMERO, Y QUINCE DIAS, REPITO, QUINCE DIAS MAS TARDE, ACAUDILLABA UN GRUPO EXTREMO DE MARXISTAS-LENINISTAS QUE DENOSTABA POR REVISIONISTA DE HECHO Y DOCTRINA A TODOS LOS DEMAS GRUPOS Y PARTIDOS QUE «EN EL MUNDO HAN SIDO». Párrafo que el autor de estas notas pide al director de esta revista que se publique en letras mayúsculas por su evidente ejemplaridad de leninismo milagroso, y para bochorno de descreídos.



o no con este juicio. Pero no se puede juzgar, críticamente, un insulto.» En el principio es el verbo. A las críticas no hechas, al silencio deliberado, y que se quiere mortal, con que durante más de treinta años la crítica de clase ha condenado todo aquello que incluso muy remotamente podía suponer no ya un ataque sino incluso una *diferencia* respecto al sistema, se une ahora esta opción crítica novísima: no se puede enjuiciar un insulto. ¿Y qué es un insulto? Según Casares, ofender a alguien con palabras y acciones. Definición que permite cerrar el paso a todo aquello con lo que el crítico no esté conforme, porque se ofende ética y estéticamente, porque ofende la falta de formación de un crítico y la falta de inteligencia de un creador, o pueden ofender; porque puede ofender, y ofende, la adulteración de la verdad en un periódico y la utilización del espacio dedicado a la crítica en un periódico para maniobrar personalmente quien ejerce esa supuesta función de crítico. Desde la inefable majadería del exministro Arias Salgado, uno de los hombres más ineptos que haya llegado jamás a cargo alguno incluso en este régimen, « toda la libertad para la verdad, ninguna libertad para el error », que viene a tener la enjundia filosófica de aquello de « de qué color es el caballo blanco de Santiago », no se había vuelto a escribir posiblemente en ese campo, y aunque la competencia es mucha, otra engolada banalidad tan grotesca. « No es un ataque —se refiere el crítico de ABC a *La Santa Matía*—, no es una discrepancia, es, pura y simplemente una injuria. » Curiosamente, no es una injuria generalizada la carrera de José María Escrivá, no es una injuria —aunque sólo sea al sentido común— la adopción de títulos nobiliarios como medio de santificación y en un alarde de impudicia que únicamente parece poder explicar una declinación de facultades, como ese aire de marquesonas frustradas que terminaban adquiriendo ciertos monseñores preconciarios fondones y algo dengosos; no es una injuria la utilización del cristianismo para manejos que abarcan desde el gansterismo puro y simple a la explotación de clase, empleando razones aparentemente marginales de los iniciales propósitos religio-

sos para procurarse imperios y subimperios económicos, políticos y paraculturales; no es una injuria el tráfico de negocios, divisas, títulos y otras armas pícaras, nacido y permitido al amparo de una manipulación religiosa. Nada de eso es injurioso, lo que sí es injurioso es decirlo públicamente. Como el vicio en las sociedades burguesas, como los prostíbulos en las ciudades honorables de esas sociedades burguesas, que existe, deben existir, es practicado y son frecuentados por los prototipos de esa sociedad rectora, pero no deben verse; tienen sus barrios propios, apartados. Son temas, se dice en estos casos, de « buen gusto » o de « mal gusto ». La corrupción puede ser un hecho, pero no debe hablarse de ella. Esto es lo injurioso, hablar de lo que si bien puede ser un elemento cada día operante, presente detrás de cada apariencia virtuosa, no debe perder esa característica de convención aceptada, cuya denuncia pública no es correcta. En este terreno la demagogia es fácil, pero el terreno no lo he escogido yo, sino Ruiz Gallardón y él sabrá por qué. En lo que el libro falsee la realidad, en cuanto que emita acusaciones que no pueden probarse, en cuanto que proporcione informaciones que no se ajusten a los hechos, su misión como crítico hubiera sido la de mostrarlo. Pero eso le llevaría a tener que meter las manos en el fangal que el mismo crítico sabe que existe. Para hacerlo tiene que volver al citado reinsertar la obra criticada en el contexto general de la vida política y económica del país. Y eso... Pero si los datos son ciertos —fundamentalmente ciertos aun cuando un nombre no figure y alguno que figurando no debiera hacerlo— no puede ser una injuria publicarlo. Tratar de desautorizarlo con el empleo de esos calificativos sin razonamiento, al que califica es al crítico precisamente, que no sólo no ha sido capaz de negar uno solo de los cargos concretos con los que se enfrenta el Opus Dei, sino que se ha limitado a un rasgamiento literario de vestiduras y a ciertas insinuaciones amistosas para que también a él le cuente el Opus sus secretos. Ruiz Gallardón pide una obra seria sobre el tema. Pero no cita, ni comenta, ni critica la de Artigues, que tiene un planteamiento bien diferente de la de Ynfante.



Es porque la de Artigues tiene que tomarla como un estudio histórico, mejor o peor logrado, de un tema en el que no quiere incidir Ruiz Gallardón en profundidad. Porque eso es crítica. Y crítica es lo que en torno al Opus Dei no puede hacer Ruiz Gallardón.

El libro de Ynfante no ha dado un armamento doctrinal a la oposición al régimen, pero ha tocado uno de los temas que más irritan la piel de sus mantenedores: los escándalos, las infidelidades teóricas, las técnicas de explotación, la usurpación de los bienes nacionales por una minoría. Insisto en que, en mi opinión, ése era el modelo a emplear, y en que pretender dar cientifismo a un libro cuya principal aportación era la de la información y denuncia no hacía más que debilitarlo en vez de darle una fuerza suplementaria.

Pero hasta aquí todo está dentro de la normalidad de la cultura oficial habitualmente manejada, si es que cultura oficial es expresión de algún significado. Lo que la sobrepasa son dos afirmaciones que, en un cierto sentido, se corresponden. Una de ellas es: «Un espécimen perfecto de un género que alcanza en él su más exacta definición: la pornocultura». La otra: «Ynfante, en política española no sabe de qué va. Un ejemplo para todos: un hombre que mete en el mismo saco, que incluye bajo la misma rúbrica de «clerical-autoritario» a personas como Joaquín Ruiz Jiménez, José María Areilza, Ismael Herraiz, Antonio Tovar, Maravall y hasta los que llama «oficialmente» ignorados como Aranguren, Truyol, Tierno Galván, etcétera... es que no tiene idea de que es no ya el gobierno, sino el sistema mismo.»

Bien, empecemos por la pornocultura. Es importante que sea en las páginas de ABC en las que se diga que el libro de Ynfante es un espécimen perfecto de la pornocultura. Es importante porque yo no me atreveré a asegurar que la pornocultura en España la haya creado ABC, pero sí que la ha utilizado de manera continua, deliberada y sistemática durante muchos años. Durante todos los años de su vida. Es posible que no la haya creado, entonces es su silencio vergonzante, cuando la han manejado otros, lo que puede

reprochársele, además de su utilización desaforada del género. Una antología —que haremos— de textos de Radio Nacional, editoriales de *Arriba*, «fondos» de ABC, etc., en los años inmediatos al fin de la guerra, con textos escritos incluso por ese pariente próximo del Opus que dicen que es Carrero Blanco, en los que se insultaba no a las ideas sino a las personas con nombres y apellidos —en sus vidas privadas muchas veces inventadas por pornógrafos como Joaquín Arrarás, Comín Colomer, Mauricio Carlavilla y otros sórdidos—, aclara perfectamente esta cuestión. La prensa y la radio victoriosas crearon un repertorio que dejaría abortar al más audaz libelista actual de cualquier tendencia ideológica. ABC no ha sido menos que Radio Nacional en la antología de pornopolítica y pornocultura, de pornodenuncia y pornocrítica; a actualmente publicaciones misteriosamente financiadas como *Fuerza Nueva* y *Qué Pasa* emplean un lenguaje que Ruiz Gallardón jamás ha denunciado, cosa curiosa en hombre tan sensible a estos temas, tan honesto y remilgado como dice ser. ¿Quién ha inventado en España la pornocultura? Por lo visto Ynfante, no los que hacían aquellos retratos de personajes enemigos, en el amplio abanico que iba desde Manuel Azaña a Dolores Ibarruri, retratos en los que toda la suciedad del mundo estaba acumulada. En los años sesenta, ahí al lado, pasada toda pasión de postguerra inmediata, un obispo, monseñor Gúrpide, escribía en una carta pastoral sobre el verano, después de hablar de la honestidad de las mujeres españolas: «Pues digan lo que digan, sepa bueno o malo, hay que pensar en que las mujeres sean como las quería Aparisi, como las quería Mella, como han sido las que más hijos han dado a la patria, como aquellas de la Cruzada que cuando recibían la mala racha se sorbían las lágrimas y bendecían a Dios... que para ser de las «otras» ya tenemos bastante en el campo enemigo.» ¿Quién ha inventado la pornocultura, y la injuria, y la zafiedad añadida y la suciedad en el enjuiciamiento al que disiente? Durante años ésa ha sido la tónica. Los textos están escritos y parece necesario que a un país físicamente renovado se le refresque la memoria cuando



los honestos críticos de la profesionalidad herida se escandalizan.

Pero además Ruiz Gallardón sí que no tiene idea de qué es no ya el gobierno sino el sistema mismo. Porque en cuanto al sistema mismo y por poco concreta que sea esa definición de lo «clerical-autoritario», de lo que sí estamos seguros tanto Ynfante como muchos otros es que si esos nombres citados representan disparidad respecto al gobierno contingente, también representan indentificación respecto al sistema perdurable. Y ahí entra la razón del comentario en *ABC* de Ruiz Gallardón, y la denuncia sobre la pornocultura. ¿Por qué si es únicamente una injuria, si no es criticable, si se han silenciado tantos textos, igual, más o menos importantes que el de Ynfante, éste no ha sido silenciado? Porque ha tocado un punto muy sensible, ha dado en el nervio de unas de las contradicciones internas del sistema y ha enfrentado —dentro del sistema y en el sistema, es decir, *en la clase*— a grupos de presión económica que se disputan parcelas importantes de poder, grupos con distinta visión del desarrollo de sus intereses de clase, que se inclinan por una gestión frente a otras propuestas enfrentadas a la suya. Y preocupado, Ruiz Gallardón advierte que el libro no apunta sólo contra el Opus, que sus contradictores —los del Opus— no lo acojan con alegría, que va contra todos, con más o menos capacidad ofensiva, con más o menos razonadamente, con mayor o menor utilidad para el enemigo global de sus intereses de clase, pero apunta a todos y se dirige a todos, y que por lo tanto todos deben hacer frente común como lo han formado en otras ocasiones y como lo formarán cuando haga nuevamente falta. Deben seguir silenciando las acometidas, deben instalar como siempre, y mientras sean útiles, las barreras defensivas de las grandes palabras cada día más deterioradas —por eso el Opus busca otras, además de todo lo demás—, las grandes palabras mentirosas con las que todos los ruices gallardones de plantilla van viviendo. Ruiz Gallardón ha hecho comentarios al libro de Ynfante, usando de la tan acreditada pornocrítica del régimen, porque este libro de

izquierdas ha tenido, por su construcción y por incidir entre dos coyunturas del ensamblaje del sistema, lectores de derechas. El lector de izquierdas, el serio lector de izquierdas, no el antes anecdóticamente citado, cuando existe, pretende globalizaciones de clase y no disquisiciones sobre peculiaridades de los integrantes parciales de esa clase. En este segundo caso lo que necesita, y le basta, es la información, pero no la elevación de la información, y en su detrimento, a niveles no alcanzados de crítica histórica o de instrumentalización doctrinal.

Cierto, puede acusarse —pero desde publicaciones revolucionarias— de confusión a ciertas mezclas de nombres y de tendencias, tanto de la clase en el poder como de las clases enfrentadas a ese poder. Pero no se puede afirmar que los citados no pertenezcan unánimemente al sistema. En la medida en que la denuncia sea total, profunda y definitiva, lo mismo alcanza al Opus que a Areilza, a Aranguren que a Tierno Galván. En un análisis revolucionario de las fuerzas de clase enfrentadas —al menos teóricamente enfrentadas— son matices de tiempo, grado, oportunidad, metodología, etc., lo que separan a unos de esos nombres de otros. En tanto el análisis lo sea de matiz, las diferencias deben ser tenidas en cuenta. En tanto la denuncia esté inserta en el rechazo de unas estructuras de clase, el análisis debe ser globalizador. Y el pornocrítico, si no lo sabe, debiera saberlo.

Al fin y al cabo, ya escribía Pío X en *Notre charge apostolique*, carta al episcopado francés del 25-8-1910, que «[nuestro predecesor] ha enseñado expresamente que la democracia cristiana debe mantener la diversidad de las clases, que es propia ciertamente de todo Estado bien constituido, y querer para la sociedad humana la forma y carácter que Dios, su autor, ha impreso en ella. Ha condenado una democracia que llega al grado de perversidad que consiste en atribuir en la sociedad la soberanía al pueblo y en procurar la supresión y nivelación de las clases»; perversidad en la que ninguno de los citados, cristianos o no pero demócratas, está dispuesto a caer.



VI. Definamos, pues, la pornocultura. Una antología de textos aclarará muchas cosas; entre otras, quienes participaron y quienes participan en ella, cómo se ejerce, con qué variantes y en qué dirección, etc.

Pero todavía más. Si los creadores y ejercitadores de la pornocultura y la pornocrítica durante más de treinta años de violencia victoriosa, consideran que el ataque a tales hábitos es también pornocultura sólo que de signo contrario al ejercido por ellos hasta ahora, la están justificando. Porque si ellos son el Bien y la Verdad, no caben matizaciones respecto a su absoluto, sino el desmonte realizado por otro Bien y otra Verdad;

en este caso unos bienes y otras verdades que puedan coexistir sin absolutizaciones. Si pornocultura es, en definitiva, una forma total de enfrentamiento, la pretensión final de todo revolucionario debe ser, ante la totalización clasista del sistema, la constante utilización de medios de total enfrentamiento a través de la más aguda, completa y también total provocación. Y ni siquiera así, y por las razones dadas, la obra de Ynfante ha ejercido como la necesaria pornocultura de signo contrario a la pornocultura ejercida por el sistema durante treinta años, aunque haya servido para justificar la gimnasia particular de ciertos pornocríticos.

Juan Martínez Alier

## Jesús Ynfante : La prodigiosa aventura del Opus Dei

Este libro \* está siendo, con todo merecimiento, la sensación del año en España, dirigido a un público, no precisamente proletario, que ya está un tanto aburrido de los treinta años de paz de camposanto y que piensa, un tanto alarmado, que la era de Franco está, por fin, acabando.

El autor pertenece a la vieja tradición hispánica del más rabioso anticlericalismo. Un verdadero quemahiglesias andaluz. Es un placer leer las páginas que dedica, de paso, a los católicos progresistas.

Su idea básica, para interpretar la secta llamada Opus Dei —católicos no progresistas: profesionales, funcionarios, financieros, industriales y ministros— es considerarla como una de las ramas del fascismo español, que no ha sido realmente como los fascismos europeos sino más bien un producto ibérico que debería llamarse «clerical-autoritarismo». La fórmula es un aporte importante. Las raíces de la personalidad autoritaria de los clerical-autoritarios españoles deben buscarse en la educación que recibieron de manos de la Iglesia, organización jerárquica. En las Constituciones del Opus Dei —por primera vez difundidas ampliamente, en forma de apéndice al libro que comentamos— hay verda-

deras perlas del pensamiento jerárquico (y por tanto misógino) que engarzan, o pretenden engarzar, con tradiciones anteriores no ya al liberalismo del siglo XIX español sino a Carlos III. Por ejemplo, el presidente del Opus Dei debe ser hijo legítimo y, mientras los socios del Opus Dei deben dirigirse a la Virgen María llamándola *sedes sapientiae*, las socias han de conformarse con *ancilla domini*. Y es evidente que aunque el Opus Dei intente ahora disociarse de la represión antipopular que bajo el mando de Franco realizaron la Falange, el Ejército y la Iglesia a partir de 1936 —una matanza notable—, el fundador del Opus Dei, Monseñor Escrivá de Balaguer, que pasó la guerra civil en Burgos, pertenece a la generación de concienzudos sacerdotes que asesinaron a cristazos a rojos y masones —figurativamente hablando, aunque no siempre.

Sin embargo, después de disfrutar leyendo el libro de Ynfante, quedan algunas dudas. De un lado, no

\* Jesús Ynfante: *La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafia*. Ruedo ibérico, París, 1970.



todos los fascistas españoles han sido clericales. De otro lado, más importante, no todos los afiliados del Opus Dei son clericales. Por supuesto que la lista de socios y simpatizantes que Ynfante incluye en su libro no es ni completa ni libre de errores. Dado que el Opus Dei es una sociedad secreta, es perfectamente razonable incluir esa lista que procede de informaciones fragmentarias, a veces de primera mano y a veces de segunda. Pero hay gente en esa lista, en la categoría de cooperadores por ejemplo, que aunque políticamente simpatizan con lo que la secta representa hoy en España, no son gente de misa. Ynfante hace constar, con razón, que para ser influyente dentro de la secta hay que ser de misa, pero que para ser considerado como simpatizante no hace falta. Pero no obstante, no todos los españoles que no son de misa podrían simpatizar con el Opus Dei, ni ser bien vistos por la secta. Por ejemplo, quienes sean socialistas. O quienes son falangistas de izquierda: es decir, fascistas anticlericales, nacionalistas castellanos, populistas y anticapitalistas, o por lo menos antimperialistas, en política económica. Para dar un ejemplo concreto: el señor Estapé, que hoy ocupa un alto cargo político en el Plan de Desarrollo y que por tanto puede servir como tema de discusión pública, figura en la lista de simpatizantes. Evidentemente lo es. Pero no es en absoluto un clerical-autoritario. Es un hombre que más de una vez debe haber pensado que tuvo mala suerte en nacer en Port Bou y no en Cerbère y que hoy da el insólito espectáculo de un ampurdanés franquista. Si pudiera, no le hubiera importado ser liberal. Pero seguramente, como el franquismo ha durado tanto, ha tenido interés en convencerse de que para que España llegue de una vez a parecerse a Europa hace falta llegar a los famosos mil dólares de ingreso *per capita* (a precios de 1957, hay que suponer), lo que felizmente debería coincidir, más o menos, con el fallecimiento del general Franco. Lo que hay que evitar es otra revolución de los pobres. Y mientras tanto el liberalismo queda en suspenso. Ynfante no parece haberse dado cuenta que hay una burguesía así en España y que por ahora participa cada vez más en el poder. El mundo occidental está ya lleno de liberales de este tipo —de ahí, lo que a mi juicio son exageraciones de Ynfante sobre la posible

influencia que el Opus Dei puede adquirir en Norteamérica, o en Alemania, o en la Argentina. En España, el espíritu capitalista, el culto a la expansión económica y el liberalismo muy prudente —subordinado o las necesidades del capitalismo y a la represión contra las fuerzas revolucionarias, claro está— se ha encarnado últimamente en el Opus Dei, porque sólo podía vivir, tras la guerra civil, bajo un disfraz clerical-autoritario. El disfraz fue accidental. Por ejemplo, tras lo que pasó en España, hoy Cambó sería, si no miembro del Opus Dei —la puntualidad, el trabajo, el ganar dinero, etc., son virtudes que en las regiones industriales se practican sin necesidad de que cuenten como méritos para la vida eterna—, por lo menos simpatizante. Ynfante parece creer que la pelea en España se desarrolla todavía entre Olavide y la Inquisición. En el libro de Ynfante yo echo de menos la consideración del Opus Dei, no sólo como una secta clerical-autoritaria, sino también como el representante político, desde 1957, de los capitalistas españoles y de los capitalistas extranjeros en España —a pesar de algunos conflictos que siempre pueden existir entre representados y representantes. Aunque que los datos que da Ynfante sobre los negocios del Opus Dei tienen gran interés, quizá le llevan a considerarlo como un grupo financiero. Su importancia, sin embargo, está sobre todo en la política económica que ha seguido en el gobierno, en pro de lo que suponen ser el bien de los españoles. Esa representación se adorna, por los interesados, con exagerados tintes de competente tecnocracia. Como Porfirio Díaz en 1910, Franco, también a los 78 años, está rodeado de «científicos». En realidad, una exageración notoria: tecnócratas que se dejan embaucar por el señor Vilá, de Matesa, y que se atribuyen el mérito del crecimiento de una economía que no podía menos que crecer, a base de la acumulación de capital realizada a expensas, evidentemente, de la clase obrera, y extraordinariamente favorecida por el turismo, las remesas de los emigrantes y el primer impacto de la inversión extranjera. La historia durará —como máximo— hasta que haya una crisis en el capitalismo mundial que, sin necesidad de ser muy grande, tendría gran repercusión en España.



Vázquez de Sola

# El general Franquísimo

o la muerte civil  
de un militar moribundo

112 páginas ilustradas

12 F



## Carta sin respuesta \*

Madrid, 30 de octubre de 1970. Señor Don José María Ruiz Gallardón. Mirador Literario. Serrano, 61. Madrid. Muy señor mío: He leído en la sección «Mirador Literario» de **ABC** la crítica que usted hace del libro de Jesús Ynfante. Permítame que le haga los comentarios siguientes:

1.º Inicia usted su trabajo hablando de las premisas necesarias para llevar a cabo una tarea crítica. Pero olvida usted lo más importante: Que la obra objeto de crítica sea de libre acceso al público. ¿Me puede indicar en qué librería de España puedo adquirir el libro de la Santa Mafía? Esto me recuerda lo que hace meses hizo el **ABC** con una pastoral de Monseñor Cirarda, que la criticaba violentamente, pero no la publicaba. Supongo que en esto consiste el llamado «contraste de pareceres».

2.º Afirma usted que el libro de Jesús Ynfante es un libelo. Yo no opino lo mismo, pues el autor ha tenido la suficiente ética para no caer en la crítica fácil. ¿Se da usted cuenta que a lo largo del libro, Ynfante no habla para nada del caso MATESA y las implicaciones de algunos miembros destacados de la Obra en este vergonzoso asunto que tantos miles de millones de pesetas ha costado a los ciudadanos españoles? No me negará usted que este **affaire** se presta a todo tipo de crítica.

Y en el caso de que se tratase de un libelo del

género pornocultural, usted se convertiría automáticamente en crítico de pornocultura y la correspondiente sección de **ABC** debería titularse «Mirador de la Pornocultura». Tal vez ocurra que usted considere que la publicación y difusión de los Estatutos, hasta ahora secretos, de la Obra de Dios, constituya un hecho intrínsecamente pornocultural.

3.º Dice usted que Ynfante ha destrozado un gran tema. Y que este tema necesita un tratamiento a la altura de la Obra misma.

Creo que Ynfante lo que ha hecho es abrir un debate sobre un tema que preocupa a muchos españoles y que, el día de mañana, este libro será pieza básica por su gran aportación al tema: la publicación de los Estatutos de la Obra del marqués de Peralta.

En lo que se refiere a la «altura de la Obra», quiero darle dos detalles: el jesuita alemán Von Balthazar hizo una crítica de los libros del señor

\* [NDR. La razón de esta carta y su autenticidad han de ser deducidas de su propio contenido y de la personalidad del destinatario. El hecho de no haber sido hecha pública por **ABC** justifica el que lo hagamos aquí, por ser también parte interesada. El silencio observado por el señor Ruiz Gallardón y por **ABC** nos dejan, de manera casi natural, en la ignorancia del nombre del autor de la carta.]



marqués de Peralta, desde un punto de vista teológico. Esta crítica no se publicó en España. La censura lo impidió. ¡Qué mala suerte!

Hace unos pocos meses fue secuestrado el libro del Reverendo Padre Dalmau que comentaba los versículos de **Camino**. Al Padre Dalmau no creo que se le pueda llamar ni anticlerical ni pornocultural. A no ser que los pensamientos de **Camino** estén equiparados a los Principios Fundamentales del Movimiento, en cuyo caso criticarlos sería caer en delito contra la Seguridad del Estado, en virtud de la Ley de Bandidaje y Terrorismo (decreto del 21-9-1960 y decreto-ley del 11-8-1968) hoy en vigor.

Esta es la verdadera altura de la Obra de Dios.

«Háganse en buena hora libros sobre el Opus Dei», dice usted; estoy de acuerdo, pero me pregunto: ¿Dónde? ¿Con qué documentación? ¿Acaso en la calle Vitrubio el señor Ayesta facilita alguna documentación?

4.º Usted considera suicida el que se difunda este libro. ¿Puede ser suicida el que se conozcan públicamente los Estatutos de la Obra del señor marqués? Empiezo a sospechar que sí. Analizando los Estatutos se ve claramente el sentido jerárquico que impera en el seno (perdóneme, no es pornocultura) de la Obra y el sometimiento absoluto de los militantes a los designios del Padre. Este es el punto clave: en contra de lo que pregona el señor Ayesta, los militantes deben total obediencia a sus superiores jerárquicos, en todos los aspectos de la vida, incluido el político.

De lo que se deduce que los López no se mueven por los intereses supremos de la patria sino que obedecen y ejecutan las consignas y órdenes del marqués de Peralta.

Quien se ha convertido en el verdadero jefe de gobierno ya que tiene mayoría en el mismo.

Si este libro es demoledor para la Obra, es como consecuencia de la publicación de los Estatutos. Es esto lo que más afecta a los intereses y extratipos de la Obra.

5.º Estoy de acuerdo en que el libro contiene errores e inexactitudes. Pero es lógico teniendo en cuenta el carácter secreto de la Obra. ¿Me puede usted citar algún libro perfecto referente a la Masonería? ¿O sobre la Mafia (la siciliana)? También existen en el libro errores por omisión, por ejemplo: Santiago Escrivá de Balaguer, de 48 años, hermano del marqués de Peralta, tiene su despacho en la 4ª planta del Banco Popular Español, junto al delegado del señor Termes. ¿Es curioso, verdad? Poca gente en el Banco conoce sus funciones. Tiene categoría de director, pero no aparece en la memoria anual del Banco.

6.º En lo que se refiere a «la aparición de este plumífero», quiero decirle lo siguiente:

Le conozco personalmente y puedo decirle que Jesús Ynfante ha estado cinco años recopilando material para este libro y que no es cierto que se haya apropiado de documentos de otras personas. Ha escrito varios trabajos sobre sociología, historia, política, etc., pero no ha podido publicar nada en España. Las razones usted las comprenderá.

7.º Lo de «estudiante sedicente» y «huido a Francia», le puedo ampliar con los siguientes datos: Ynfante era una persona popular en la Universidad donde destacó por su formación cultural y política. Fue elegido por sus compañeros consejero de curso y durante el estado de excepción fue detenido. Por si no lo sabe, Jesús estuvo más de un mes en la enfermería de la cárcel de Carabanchel, como resultas del trato cariñoso que le prodigaron en la DGS. Cuando al cabo de los meses consiguió la libertad provisional optó por marcharse a Francia. ¿Usted, en su caso, no hubiera hecho lo mismo?

Por último, sólo me queda, en nombre de esta insignificante minoría de personal ajeno a la Obra, darle las más expresivas gracias por la extraordinaria publicidad gratuita que le han dado a este libro.

Esperando que el marqués de Peralta le absuelva del pecado cometido por leer obras pornoculturales, se despide de usted atentamente. [La firma está cortada.]



# En la plaza Oriente

Fotos :

**Fotos-Pizzi**

Textos :

**Francisco Franco**

En España han vuelto a aparecer los viejos monstruos eutrapélicos. Los que fueron de verdad cuando la guerra, o en aquella primera postguerra de pistolerismo y un odio a la inteligencia que se les ha quedado para siempre plasmado en esas caras herrumbrosas como reflejo de un hígado que no funciona. Las camisas nuevas, las que usaban para poner la cara al sol, han vuelto a aparecer, pero un poco más viejas. Las ortopedias intelectuales de los lisiados políticos han vuelto a reunirse en akelarre, enseñando las fauces estos amados hijastros de Hieronymus Bosch que se resisten a regresar al marco. Lo que parecía imposible ha sucedido. La Plaza de Oriente, la del susurro romántico de tantas Mercedes como Alfonsos y tantos Borbones apócrifos que surgieron de las reales entrañas, ha visto tan extraña carnestolendas, entre goyesca y del Gran Barnum. Las bocas más torcidas de Occidente Cristiano han vuelto a escupir por el colmillo. El fascismo más puro ha regresado, si es que alguna vez se fue y no es que simplemente se ocultó un tanto avergonzado de su mugre. El fascismo está ahí, en esas caras, en esos gestos, en esas afirmaciones, en esa mentecatez amenazadora, histrónica y con miedo. España ha vuelto a hacer mal la digestión. España —¡tanto sol, tanto vinazo!— ha vuelto a padecer su ataque de delirium tremens. Era imposible opinar sobre cada una de esas fotografías, juzgar cada uno de esos gestos tan definitivamente congelado en el papel como en la Historia. Por eso he preferido que los enjuicie Franco. Al fin y al cabo, son los hijos de su triste parto. En realidad, otra vez la ironía de la Historia, tan sólo sus adoptados.

Rafael Lozano







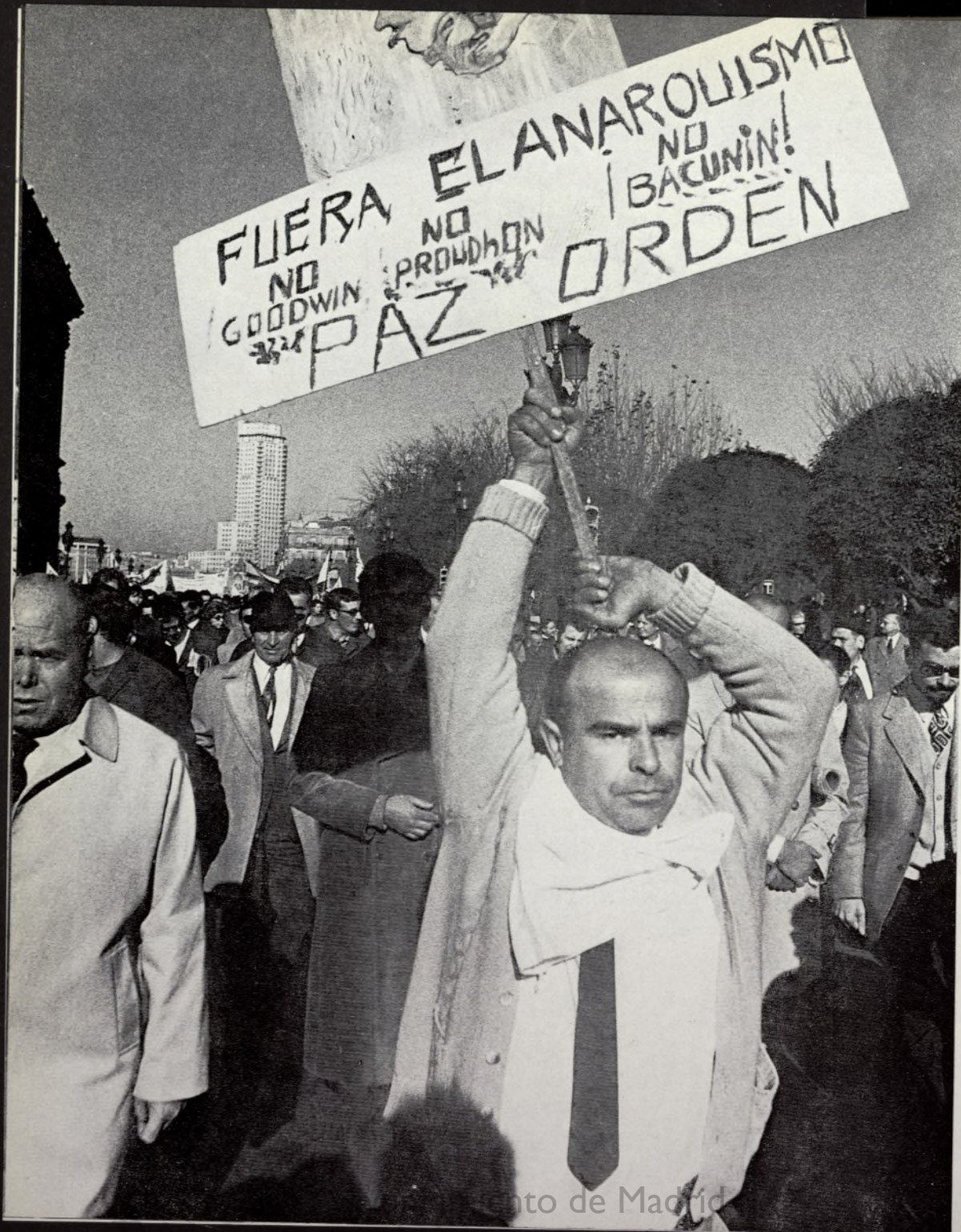
◀ Francisco Franco : « Mas la persecución del comunismo ateo no azota hoy ya nuestro solar, sino las tierras de Europa. Hoy no son las tristes doncellas de Mauregato la presa codiciada, sino otros millares de vírgenes cristianas [...] » (25 de abril de 1948.)

Francisco Franco : « Cuando haya concluido mi misión, me retiraré al campo para vivir tranquilamente la vida de familia. » (Declaraciones al periódico japonés Asahi, 1938.) ▶

Francisco Franco : « Aterra la falta absoluta de espiritualidad de los acontecimientos que vivimos. » (12 de octubre de 1946.) ▼









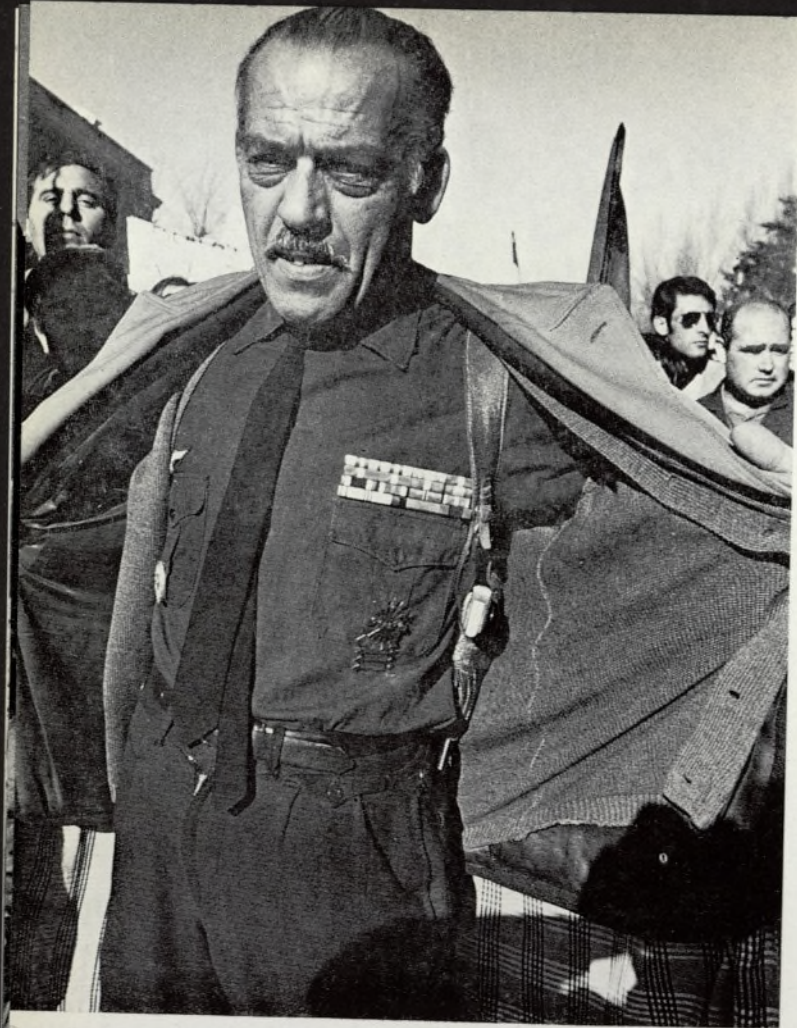
◀ Francisco Franco: « En ocasiones como ésta, siento de verdadero corazón no dominar el inglés. » (7 de mayo de 1950. Discurso ante los peregrinos norteamericanos a Santiago de Compostela.)

Francisco Franco: « Si miramos a la Historia encontraremos siempre a las armas abriéndole el camino a las letras [...] » (27 de mayo de 1946.) ▼



Plaza de España de Madrid





▲  
Francisco Franco : « El régimen  
permanece así fiel a su consigna  
de conciliación. » (31 de diciem-  
bre de 1949.)



Francisco Franco : « Lo que la nación alemana ha logrado ya con su lucha de liberación, constituye, por muchos conceptos, un modelo que tendremos presente para nuestro propio resurgir. » (Julio de 1937. Declaraciones a *Leipziger Illustrierte Zeitung*.) ▶

Francisco Franco : « En cuanto a la calificación de antidemócratas, mucho tendríamos que hablar. » (14 de mayo de 1946. Discurso ante las Cortes españolas.) ▼



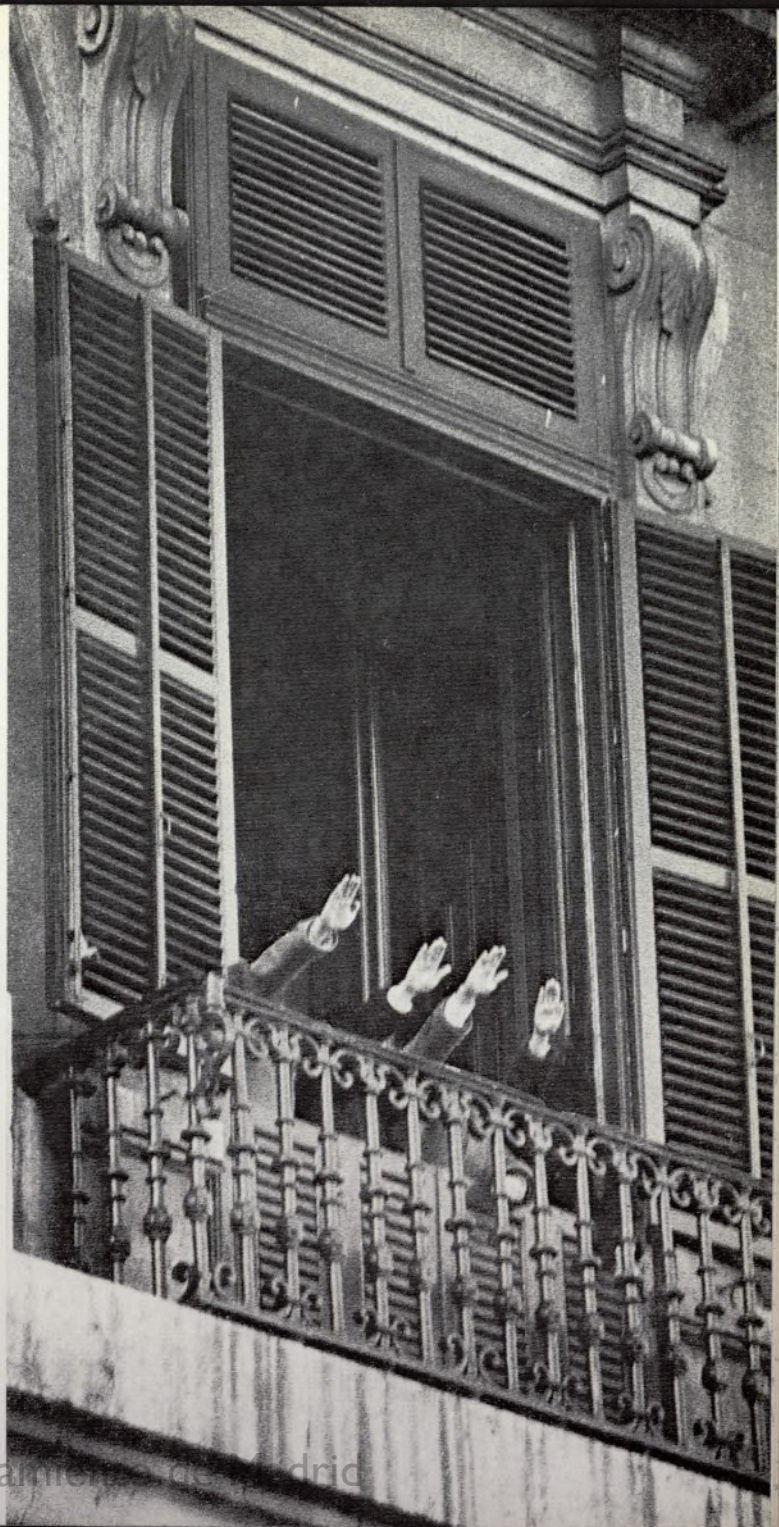


Francisco Franco: « Si hemos de formar una España mejor necesitamos de la aristocracia de las inteligencias [...] » (12 de abril de 1953.)





Francisco Franco : « Nos desazo-  
namos porque no vamos en  
vanguardia. » (De Diario de una  
bandera.) ▶



Ayuntamiento de Madrid



Francisco Franco: « Dos palabras para agradeceros vuestro entusiasmo y vuestra unidad. Hoy, a los siete años de nuestra victoria, ese entusiasmo y esa unidad dicen que la victoria es permanente. Y es permanente porque va en cabeza la juventud española. » (Palabras desde el balcón de la Plaza de Oriente, 1 de abril de 1946.)

▼







▲  
Francisco Franco: «Cada día será más útil seguir especulando con la ignorancia de las masas, pero el arma se volverá contra los que la esgrimen.» (18 de julio de 1948.)



## Loa a Franco y los Estados Unidos donde la realidad supera la ficción

El artículo que transcribimos a continuación fue publicado en el número del 20 de febrero de 1971 de la insigne revista española El Economista, que tiene por misión tratar asuntos referentes a «Bolsa, mercados, hacienda, contribuciones e impuestos, boletín de propietarios...», y todo cuanto afecta a los intereses y el bienestar general fuera de la política.» El autor, Angel B. Sanz —muy conocido de sus amigos—, debe estar especializado en estos últimos, que trata —como se podrá apreciar— con gran sutileza. El artículo no merece comentarios y dejamos al lector de Cuadernos de Ruedo ibérico, que suponemos no es habitual de El Economista, que compruebe por sí mismo «el apreciable impacto» de la «amistosa y eficaz» ayuda americana, cuyas «aportaciones para obras en general» aparecen agrupadas en dos epígrafes únicos: bases aéreas y oleoductos. También suponemos que podrá dormir tranquilo después de leer en el apartado denominado Porvenir que la «Paz de Franco» hasta donde en esta vida es posible, está asegurada en España por la continuidad política vinculada a las figuras de «nuestro Príncipe Juan Carlos y su esposa», cuya elección para tan pacífica tarea «es un regalo que viene a sumar los de la paz y el bienestar y el bienestar» que a nuestro Caudillo debemos ».

\* La insistencia sobre el bienestar aparece, como puede verse, en el original.

## « !! Bienvenido, Mister Marshall !!

Por Angel B. Sanz

### A manera de prólogo

Era ingeniero, joven, recién salido de la Escuela de Agrónomos y era bastante lógico y un mucho cartesiano.

Al llegar a cierta provincia aragonesa, tuvo que enfrentarse con el grave problema de la plaga del escarabajo de la patata.

Y gracias a su juventud y por su lógica técnica, lo enfocó bien. Publicó unos anuncios en la prensa, diciendo que el Servicio Agronómico Provincial pagaría a tanto el kilo por los escarabajos muertos que le llevarsen los labradores.

Recibió varios kilos de escarabajos el primer mes. Y estaba satisfecho del éxito de su idea. Recibió más kilos el mes siguiente y estaba sorprendido; recibió muchos más kilos el tercero, y como era inteligente, estaba escamado.

Averiguó lo que acontecía. Los ladinos agricultores se dedicaban, en lugar de combatir la plaga, a criar escarabajos. ¡Estos latinos !...

### Norteamérica

Los Estados Unidos también son técnicos, super-técnicos (maravillas de la NASA), jóvenes, alegres, generosos y bien intencionados, y han aplicado a la política económica del mundo las mismas ideas que el ingeniero agrónomo de mi cuento aplicó para combatir económicamente otra plaga: el comunismo. Hay plaga en el mundo, una terrible plaga: la del comunismo. La manera americana de combatirlo ha sido inundar de riqueza los países que sufren la plaga, fuera de Rusia, para que desaparezca el hambre y la miseria, causas que pudieran ser posibles razones del comunismo en los países subdesarrollados.

Y así América derramó espléndidamente millones de dólares de manera gentil y generosa, entre otras formas, en lo que se llamó «Plan Marshall».

Pero el ladino comunista, como el labrador del cuento, no aprovechó estos dólares para crear riqueza y bienestar colectivos, sino que cría comu-



nistas, sigue provocando huelgas políticas, es decir, quemó en estériles luchas sociales el posible bienestar que generosamente Norteamérica les ofrecía. ¡Qué pena y qué incompreensión!

## Impacto

Y al correr de los tiempos, un pueblo noble y pobre económicamente como España, preterido internacionalmente en cierta ocasión, porque Franco supo anteponer el « honor » al « comer », cual lo hiciese Don Quijote echándose unas migajas de pan aceitado en la barba, llamó al corazón de los norteamericanos. Nos oyeron y ya entonces nos encontramos amigos. Y no dejaremos de serlo, porque somos dos pueblos que nos hemos comprendido, como plenamente se ha demostrado en los viajes sucesivos de Nixon a España y de nuestros futuros reyes a Norteamérica.

En efecto, las inversiones americanas en España han sido amistosas y eficaces.

En nuestra pobre economía de entonces (me estoy refiriendo al periodo de 1953-1955) se produjo el « impacto », que, cifrado en dólares, fue muy apreciable.

## Aportaciones norteamericanas por obras en general

Bases aéreas :

23.782.391,41 dólares (1.022.642.819,88 pesetas)

Oleoductos :

6.667.135,00 dólares ( 286.666.805,00 pesetas)

Y en anualidades.

Periodo 1953-1954 : 86 millones de dólares

Periodo 1954-1955 : 106 millones de dólares

Este fue el primer impacto que Norteamérica produjo en la pobre economía española de la postguerra, sin el oro que nos robaron y en el país deshecho. No fue muy cuantioso en cifras, pero sí muy grande en lo que suponía como gesto de amistad y de ayuda. ¡Cuánto lo agradecemos los españoles! No por su cuantía, sino por su simbolismo.

Una nación tan grande como los Estados Unidos, nos comprendía y nos ayudaba. Y nos ayudaba señorialmente, sin darnos esa limosna cuantiosa que el español, por hidalgo, rechaza, sino que poco a poco, delicadamente, como se inician las relaciones que pretenden y deben ser permanentes.

Después las ayudas han sido en forma de créditos, que nos han permitido reconstruir nuestra economía, mejorar nuestra enseñanza y, sobre todo, como afirmaba en un artículo publicado en estas mismas columnas « Llamarnos de tu ».

## Porvenir

La « Paz de Franco » hasta donde en esta vida es posible, está asegurada en España por la continuidad política vinculada en las figuras de nuestro príncipe Juan Carlos y su esposa, que han producido otro impacto en su reciente visita a los Estados Unidos. Haber elegido para regir los destinos, tan acertadamente, a persona como el príncipe don Juan Carlos, a quien he tenido el honor de conocer y apreciar su valía, es otro gran servicio que Franco ha prestado a España y un regalo que viene a sumar los de la paz y el bienestar y el bienestar que a nuestro Caudillo debemos.

Y es ahora, más que nunca, cuando España necesita la colaboración económica técnica y fraternal de los Estados Unidos, que estamos convencidos habrá de concedernos.

Gracias a los bien estudiados y realizados « planes de desarrollo », nuestra economía está en el momento de expansión, y si son todavía enormes nuestras fuentes de riqueza inexplotadas y está asegurada nuestra paz interior por una continuidad política de plenas garantías, ¿ dónde podrán encontrar los Estados Unidos un lugar más idóneo y más seguro para hacer cuantiosas inversiones mejor que en nuestra patria ?

El reciente conocido Plan de Minería, el transvase de las aguas del Tajo al Segura, el desarrollo de nuestras industrias básicas, el incremento de las industrias de construcción naval y de transformación, las perspectivas turísticas, todo es campo abierto, amplio y seguro, para el inversionismo americano, sin olvidar el inmenso campo inmobiliario.

Para ello, nosotros, los españoles, debemos prestar nuestra decidida y entusiasta colaboración. Personal e individualmente, recibiendo a los americanos que vengan a trabajar con nosotros, en nuestro país, con lazos de hermandad. A las empresas que se creen, permitiendo, sin más límites que los que la prudencia dicten, que sus capitales disfruten de trato especial desde el punto de vista fiscal y que puedan disponer libremente de los beneficios que aquí se produzcan, siempre y cuando se atienda debidamente en el orden económico a nuestros técnicos y a nuestros obreros, anulando el estigma del peonaje e interesándoles en los beneficios que se obtengan. En una palabra, colaborar estrechamente. Que sean importantes las sumas que se invierten para la consecución de los nuevos planes de enseñanza y, sobre todo, para la « investigación », tanto la científica como la industrial.

El vínculo que más une a los pueblos es el económico. Tener en común intereses que defender, en común también, es tanto como defender lo propio, y ello establece vínculos que de lo económico pasan



a lo político y a lo militar. Fundir aspiraciones, crear un mismo espíritu de grandes empresas, es el mejor tratado diplomático que pueden firmar los Estados Unidos y España.

De las magníficas publicaciones que conozco de los Estados Unidos, ninguna me ha impresionado tanto como la titulada « Under all is the Land » (Debajo de todo está el campo), debido en el texto a Bruce Ramsey, con ilustraciones maravillosas de Ted Czolowski.

Todo el poderío económico e industrial de los Estados Unidos está recogido, deduciéndose cuántas son las posibilidades de esta gran nación para seguir creando riqueza y bienestar en otros lugares de la tierra.

Como reza el título de tan interesante obra, el campo es la base de la gran riqueza americana, y el hecho se repite en nuestro país. Inmensas son las posibilidades de creación de riqueza de nuestros campos,

transformando, como hicieron los norteamericanos, la agricultura de los tiempos bucólicos y de égloga en una industria moderna, con su anejo de ganadería, que sea el soporte de esa gran revolución industrial que estamos realizando, y que con la ayuda de Norteamérica será en breve una realidad interesante para ambas naciones.

Lo mismo que recibimos las primeras ayudas americanas con alegría y las supimos agradecer, esperamos ahora una íntima colaboración para crear un ambiente de paz mundial que sólo con riqueza y bienestar de los pueblos puede lograrse.

Esperamos confiados y dispuestos a trabajar codo con codo que Norteamérica nos ayude en este momento decisivo de nuestra historia y poder ahora, como entonces, decirle de manera simbólica al pueblo norteamericano ! ¡ Bienvenido, mister Marshall ! »

## **Novedad Ruedo ibérico**

**Xavier Domingo**

# **El dinero del opus es nuestro**

**Esperpento ibérico ejemplar. Con la especial advertancia de que cualquier parecido de los personajes con los de la realidad nacional sería puro producto de ópticas ilusiones.**

160 páginas

16,50 F



**José Martín-Artajo**

## **Censura con MAYUSCULA y censura con minúscula \***

**I**

Respetados y queridos amigos: Cuando me dijeron ustedes hace unas semanas que ya les era posible, por fin, publicar en su revista el artículo sobre la pena de muerte<sup>1</sup> que les envié a ustedes hace ahora casi cinco años y cuya aparición por entonces impidió perseverantemente la Censura de nuestro país, la idea no sólo me pareció muy bien sino que, además, me llenó de gratitud hacia ustedes, como evidente demostración que era de sólido interés y grandísima amabilidad de ustedes hacia mis escritos y persona.

Sin embargo, cuando recibí después los ejemplares que ustedes me mandaron del número de **Cuadernos** que contenía mi artículo, estas primeras impresiones tan positivas sufrieron algunas matizaciones, seguramente marginales y pasajeras, que no creo que hayan afectado en absoluto ni a mi mucha estima de su revista en total ni a la suma total de mi gratitud hacia ustedes pero que, por otra parte, me refrescan algunas viejas ideas sobre aspectos concretos poco debatidos del debatido tema problemas de censura en general, cuya exposición a lo mejor resulta algo útil.

La idea de publicarme ahora y por fin el artículo citado me pareció, en efecto, oportuna a pesar de la edad de su texto, puesto que las circunstancias «públicas» que me hicieron escribirlo no han variado en absoluto por lo que toca a España, por un lado, y, por otro, incluso la ocasión «periodística» que le daba actualidad cuando fue escrito (la abolición temporal de la pena de muerte en Gran Bretaña) resultaba renacer ahora, por afortunada chiripa, hasta en mayor oportunidad que entonces (al acercarse las fechas del reciente debate sobre el tema en el Parlamento británico y la consecuente abolición definitiva de la pena de muerte en el Reino Unido). Para actualizar totalmente mi artículo hasta en su factura formal bastaba pues, pensé al recibir las noticias de ustedes, con encabezarlo, en su revista, con una breve nota editorial en que se dijese la fecha en que fue escrito, por ejemplo, y se apuntase, tal vez, el hecho de dicha renovación de su actualidad «periodística». Y al no consultarme

ustedes de antemano en absoluto —como me han consultado otras veces con motivo de otras publicaciones (o proyectos de publicaciones) de otros escritos míos en su revista— sobre posibles «convenientes» modificaciones de su texto ni mandarme las galeradas para su corrección, supuse que eso sería lo que pensaban ustedes hacer (lo de insertar dicha nota editorial) y que publicarían mi artículo en su integridad según el texto que les envié hace casi cinco años.

Hermosa fue mi sorpresa, por tanto, al ver después la forma en que mi artículo había aparecido en **Cuadernos** (sin que se me hubiese advertido a mí al respecto de antemano, como digo), esto es, concienzudamente desfigurado con un total muy aproximado de **CINCUENTA Y CINCO modificaciones**.

Modificaciones de las cuales a mí me parecen más bien «graves» por lo menos unas treinta y cuyo total se podría distribuir por conceptos, procurando no incluir ninguna de ellas en más de uno de ellos, en la siguiente forma:

— supresiones de párrafos enteros o frases a mi juicio importantes	6
— otras supresiones (de palabras, conceptos, frases)	11
— sustituciones y morcillas	16
— otras modificaciones («menores»: de palabras aún, puntuación, numeraciones, etc.)	22
— Total, en efecto	55

(No incluyo en este cómputo lo que a mí me parecen simples erratas, que darían cifra aparte de unas ocho.)

**II**

Debo aclarar enseguida, subrayando<sup>2</sup>, que de todas estas mutilaciones y deformaciones, sólo de una docena o por ahí les supongo a ustedes «enteramente» responsables, reconociendo además, por

\* Esta carta fue enviada por el autor para su publicación, que no fue posible, a **Cuadernos para el Diálogo**, en diciembre de 1969.

1. «Siete proposiciones sobre la pena de muerte», **Cuadernos para el Diálogo**, noviembre de 1969.

2. Digresión formalista: esa erre doble es intencionada: no soy partidario de la invención de (lo que a mí me parecen) excepciones bizantinas, inútiles y sobre todo ilógicas a las reglas menos ilógicas del lenguaje (bastante irracional ya de por sí y como las academias suelen tratar de paralizarnos). No veo por qué, en pura fonética, la sílaba «bra» tenga que sonar en «subrayar» de modo diferente que en brazo o en cubra; ni por qué, si se escribe autorretrato, antirrábica o contrarreforma, haya de escribirse «subrayar»; etc.



supuesto, que de esas doce o por ahí apenas podría yo considerar « graves » una o dos, tal vez, en todo caso y a mucho tirar : cotejando, en efecto, el texto de mi artículo en **Cuadernos** con el de las galeradas que del mismo me mandó **Ya** hace casi cinco años (no para su corrección, sino como « recuerdo », después de impedir la Censura su publicación en dicho periódico por entonces y antes que a ustedes), me ha parecido más que razonable suponer que el texto de que han dispuesto ustedes para la publicación de mi artículo en su revista no ha sido el que yo les envié en su día —o su copia—, sino el resultante de la laboriosa desfiguración del que, en su día, había mandado yo al **Ya**, perpetrada en dicho periódico enteramente por cuenta y riesgo de sus cuadros de mando, es decir, sin previo consentimiento —ni conocimiento— mío en absoluto y sin haber mediado aún para nada en el asunto iniciativa alguna de la Censura estatal.

En consecuencia con las suposiciones del especialmente barroco párrafo que antecede, supongo objetivos correctos de posibles quejas mías respecto de ustedes :

—su posible suposición, a su vez, de que el texto mutilado por el **Ya** era « mi » texto original ;

—su posible negligencia en no comprobar a tiempo directamente conmigo la veracidad de semejante suposición ;

—las modificaciones ya aludidas que ustedes añadieron por su cuenta al texto facilitado por el **Ya** ; y

—el no haberme notificado siquiera de antemano su intención de llevar a cabo semejantes nuevas modificaciones.

Pero, con todo, pues no me quejo de ustedes. Expongo hechos, que exponer hechos no es quejarse, y no me quejo de ustedes.

Pero sí del **Ya**, y mucho, y con mucho rencor, y de cuantos otros periódicos nacionales (un montón, me temo) se parezcan al **Ya** en esta característica suya cuya denuncia constituye, como ya apunté antes, la intención verdadera y de fondo de esta carta : las actividades censoras « particulares » que se vienen ejerciendo ya inveteradamente en nuestro país con notable falta de escrúpulos, total independencia del funcionamiento y criterios de los controles estatales de la prensa y gravísima violación de todos los derechos que los propios violadores invocan frente al Estado con variable ímpetu de desgarramiento de vestiduras.

### III

Procuro salir al paso de algunas posibles malas interpretaciones.

No seré yo quien mueva un dedo nunca, creo, en favor de la Censura estatal u otros medios de control de la prensa por el Estado. Error grave o

indecente truco me parecería, por tanto, tomar como defensa siquiera indirecta o factual de dichos abusos « oficiales » mi denuncia de los abusos « particulares » en la materia. Pero la posibilidad de semejante interpretación tampoco me parece argumento para ahorrarme saña contra semejantes abusos particulares, que no veo yo por qué hayan de considerarse menos graves, en pura sustancia, que los oficiales.

Por otra parte, tampoco seré yo quien intente nunca justificar, por supuesto, la insensatez de negar o restringir a ninguna editorial el ejercicio de su « derecho de admisión » en cualquiera de sus formas. Pero lo que, al mismo tiempo, me parecerá siempre perfectamente exigible de las editoriales es que procedan en todo momento con las cartas bocarriba en la materia y no, como tan frecuentemente suelen, engañando constante y malamente al escritor con silencios, mediosilencios, falsedades o mediofalsedades hasta el momento de presentarle los hechos consumados y los correspondientes paños calientes en el mejor de los casos : que si ultimátums de la más o menos fantasmal Censura a última hora, que si nosotros creíamos o dejábamos de creer que, que si no le parece a usted mejor en fin de cuentas haberlo publicado así que no haberlo publicado en absoluto.

Aunque yo profeso, por mi parte, mis robustas reservas y distinguo respecto de la llamada intocabilidad de la obra de « arte » (en el sentido más amplio de la palabra) a partir del momento de la muerte del autor, el derecho de éste durante su vida a la integridad de su obra en todo aspecto me parece exclusivo, absoluto y sagrado. Pero en fin, tampoco se trata aquí, ciertamente, de repetir conceptos que, en materia de « derechos humanos », las propias editoriales conocen lo bastante bien como para invocarlos en provecho propio en cuanto, como digo, se les presenta la ocasión.

### IV

Como ilustración del tema que nos ocupa, puede que resulte de algún interés resumir aquí un par de datos concretos sobre mi experiencia personal, bastante limitada hasta ahora en cualquier caso.

Durante los últimos diez años se me han publicado dentro de España, firmados con diversos nombres y esparcidos en varios periódicos y revistas (entre ellos : **Ya**, **ABC**, **Cuadernos para el Diálogo**, **Cuadernos Hispanoamericanos**, **Tiempo Nuevo**, **Poesía Española**, **Índice**, etc.), unos treinta y cinco o cuarenta trabajos cortos en total (artículos, cuentos, poemas, etc.).

(Cabría mencionar aquí, quizá, algunos —que no todos— rechazos de, especialmente, algunas « Cartas al editor ». Pero tampoco es cosa de ponernos



a intentar ahora definiciones del uso correcto del fundamentalmente irreductible «derecho de admisión» que mencionábamos antes.)

De esos 35 ó 40 trabajos, 13, por lo menos, aparecieron desfigurados (entre ellos, dos poemas) por las «censuras particulares» de las publicaciones periódicas en cuestión (entre ellas: *Ya, ABC, Cuadernos para el Diálogo y Cuadernos Hispanoamericanos*). Y, de esas 13 colecciones de desafueros,

—las únicas modificaciones que se cometieron con mi consentimiento previo (no muy espontáneo, pero consentimiento y previo) fueron dos de las tres que realizó *Cuadernos para el Diálogo* sobre un artículo que me publicó en octubre de 1964;

—el total de alteraciones perpetradas (tijeretazos, morcillas, sustituciones, etc.) hace la bonita cifra aproximada (pero mínima) de 112 (ciento doce);

—las puntuaciones más altas en semejante campeonato corresponden:

—entre los verdugos, al *Ya*, con un total de unas 41 alteraciones (en un total de unos diez trabajos, de los cuales sólo tres, que yo recuerde, aparecieron sin modificaciones), entre las cuales **no** se cuentan, claro está, las del artículo de la pena de muerte, que no se llegó a publicar en dicho periódico;

—y entre las víctimas, al tan citado trabajo sobre la pena de muerte, cuyas desventuras ya hemos visto antes con detalle.

Y repito que todas estas intervenciones totalmente independientes de todo influjo concreto por parte de los controles estatales de la prensa (...de cuyo contacto más directo conmigo —dicho sea de paso, que ya se ha dicho que hoy no hace al caso— se me derivó también a mí en alguna ocasión alguna que otra «dificultad» literaria también de alivio, como es natural).

## V

A mí me parece verosímil que esto de las «censuras particulares» tenga una distinta, mayor y más seria importancia que la puramente anecdótica que se le pueda atribuir en unos u otros casos: la sintomática; y la enfermedad que esos síntomas acusarían podría ser no ya la bastante grave y evidente pero más o menos transitoria en principio de la falta de libertad, sino una mucho más grave, más oculta y seguramente menos curable y transitoria, la de la pérdida, a escala «social», del sentido de la libertad.

Quieran Dios y los tiempos demostrarme un día que esta conjetura más bien terrorífica es infundada.

El peligro, con todo, está ahí y no me parece descabellado señalarlo. Como estas anécdotas de las «censuras particulares» en el terreno de la libertad de expresión, a mí me parece muy posible vislumbrar otras tantas en los terrenos de todas las demás libertades y por todos los aspectos de la vida social de España. Si el día en que los de arriba dejen por fin de negar la libertad de los de abajo resulta que los de abajo ya no saben qué es libertad «del prójimo» (esto es, «libertad»), ¿qué espeluznante guerra de cuervos locos, de todos contra todos, va a ser de pronto nuestra vida nacional, y por cuánto tiempo, y a qué clase de nueva represión podría acabar dando lugar?

Bien, me dejaré de elucubraciones sobre más apocalipsis en potencia, que al fin y al cabo tampoco hemos andado tan mal servidos en acto al respecto, y procuraré ir acabando de una vez esta carta, ya tan desmesurada. Sugiriendo ya sólo en conclusión que es muy posible que a todos nos viniera bien hacer nuestros pequeños ejercicios espirituales más o menos periódicos de gimnasia y chequeo general de nuestro sentido de la libertad mediante los correspondientes exámenes de conciencia, dolor de corazón y propósito de la enmienda, por lo menos. Volviendo a nuestro tema principal: los publicadores, sin que ello significase que tuviesen que ceder ni en un pelo de sus justas reclamaciones frente al Estado, bien podrían por ejemplo predicar con el ídem respecto de las justas reclamaciones frente a ellos de los publicandos; y los publicandos a nuestra vez, y mejor así quizá, iríamos aprendiendo también, entre otras muchas cosas, a no reírnos cuando vemos a los publicadores recibir desde más arriba palos semejantes a los que ellos nos propinan a nosotros.

Que, como digo, me parece que a todos nos toca por igual revisar criterios al respecto constantemente y con escrúpulo y controlar reacciones afectivas con igual diligencia, si queremos realmente que en la nación se llegue a ejercer mayoritariamente un día la más o menos ya mayoritariamente olvidada virtud del respeto a las libertades y derechos del prójimo.

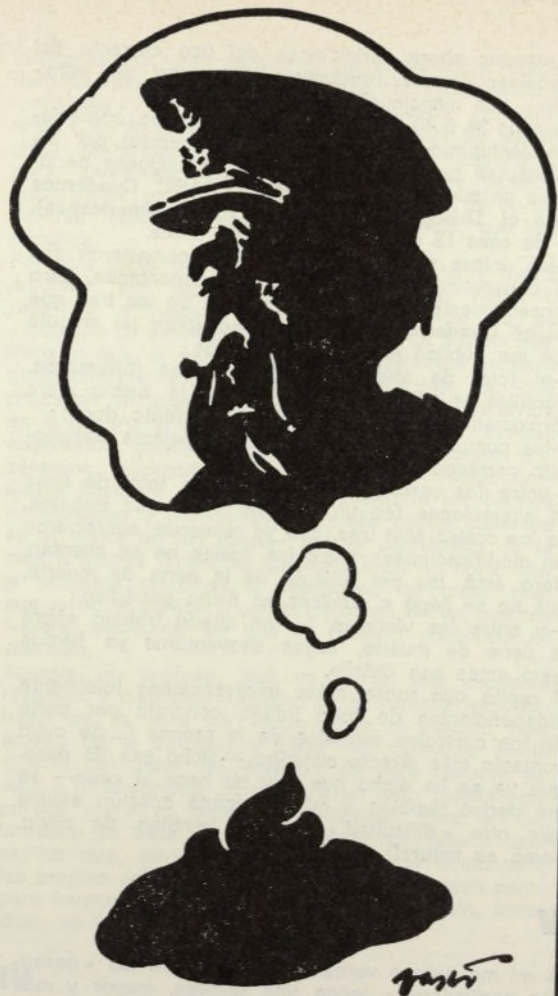
Conque acabo, efectivamente, por hoy. Puedan y quieran ustedes o no publicarme esta carta en su revista, un millón de gracias, en todo caso, por haber tenido la amabilidad y la paciencia de leerla entera.

Les saluda con el mucho respeto y afecto de siempre su amigo.

Londres, 30 de diciembre de 1969



**Para una antología  
de la "Pornocoba"**



« Corre entre los políticos una anécdota de Franco realmente jugosa. Dicen que hace quince días le habló un dirigente agrícola de la sequía, de los daños que había de causar si se prolongaba [...] y dicen que Franco respondió :

- » —No se preocupe usted ; la primavera lo arregla todo.
- » Cuando pocos días después llegaron las lluvias, generosas y oportunas, el dirigente agrícola entró en un pasmo del que aún no ha salido. »

De una crónica de León Larraz publicada en diversos diarios españoles.



\*\*\*

# El año X de las Comisiones obreras\*

**Historia y análisis de un proceso  
de degradación política**

---

## **0 integramos el sindicalismo o lo tenemos enfrente (Solís)**

---

### **Presentación**

El Sindicato Oficial está preparando, en la primavera de 1971, unas nuevas elecciones sindicales por medio de una propaganda masiva que intenta empujar a la clase obrera a utilizar los «cauces legales» bajo el *slogan* de «elegir al mejor», que ya había sido empleado por el sindicalismo de Solís en las anteriores elecciones de 1966.

En este caso, al igual que ocurrió en 1966, las llamadas Comisiones Obreras, influidas por la política del Partido Comunista, se declaran partidarias de acudir de nuevo a las elecciones y orientar su política hacia la utilización de los medios legales que el sindicalismo oficial les brinda, pasando por alto todas las consecuencias nefastas que para el movimiento obrero había tenido tal política.

Así, en un documento difundido a multicopista titulado «Las comisiones obreras de Madrid ante las 'elecciones sindicales'» y fechado en marzo de 1971, se señala que «casi cinco años han transcurrido desde las últimas elecciones sindicales» y que «aunque minoritarias, hubo corrientes de opinión en el seno del movimiento obrero que consideraban que nuestra postura de acudir masivamente a

ellas, ocupando todos los puestos posibles de enlaces, jurados y vocales de las secciones sociales, iba a servir para prestigiar al Sindicato Vertical y poner al movimiento obrero en sus manos. La realidad ha sido muy distinta; fue el Sindicato Vertical quien se desprestigió mientras que las Comisiones Obreras adquirían la base organizativa imprescindible para articular la lucha por las reivindicaciones de la clase obrera».

Y se dice que con las nuevas elecciones sindicales «lo que no era posible en otros momentos nos lo va a facilitar el hecho de hacer coincidir nuestras elecciones con las que el sindicato va a convocar si sabemos aprovechar todos los elementos formales que tienen que proporcionarnos: urnas \*\*, locales,

---

\* [NDR. CRI ha dedicado numerosos trabajos a los problemas sindicales y a la lucha obrera en España. Señalamos al lector el nº 8: *El sindicalismo obrero en España*; el nº 20/21: *Presente y futuro de las Comisiones Obreras*; el nº 25: *Sindicalismo e integración*, entre otros números de la serie en que también se pueden hallar trabajos sobre el tema.]

\*\* Sólo una obsesión irracional por las elecciones legales puede llevar a poner la cajita de recoger papeles denominada urna, en el primer lugar entre los elementos formales del Sindicato Vertical que se considera interesante aprovechar en favor de la clase obrera.



permiso para abandonar el trabajo, posibilidades de candidaturas, etc.». Así, se pretende que los miembros de las Comisiones Obreras se presenten a la campaña electoral «firmando los programas y las candidaturas por los trabajadores en las empresas, forzando a los representantes actuales a que encabezen las firmas, dando con todo esto un carácter legal a nuestra campaña».

A la vista de todo esto, y con el fin de mostrar de forma clara y contundente el carácter contrarrevolucionario de tal política,

ha parecido oportuno establecer un balance de las consecuencias nefastas que para el movimiento obrero ha tenido en el pasado. Para ello se ha realizado el siguiente trabajo, cuya elaboración se debe, en lo esencial, a algunos miembros de las Comisiones Obreras de Madrid, que desde un principio formaron parte activa de esta organización y pudieron seguir de cerca y analizar con precisión el proceso de degradación política en ella producido como consecuencia de los citados planteamientos legalistas.

## 1. Aparición y desarrollo de las Comisiones obreras

Las Comisiones Obreras aparecieron como reflejo de la conciencia obrera, a nivel de fábrica, ante la inoperancia del Sindicato Oficial para defender las reivindicaciones de los trabajadores. Así, a lo largo de varios años fueron surgiendo de la base obrera trabajadores que, en determinadas situaciones —producidas sobre todo en las fábricas siderometalúrgicas— formaban comisiones representativas para defender ciertas reivindicaciones que la ineficacia del Sindicato Oficial, al servicio del capital, era incapaz de afrontar. Estas comisiones surgían y desaparecían con cada reivindicación concreta, variando también sus miembros integrantes. Sus objetivos era alcanzar mejoras económicas y manifestar su disconformidad con el Sindicato Oficial, sus planteamientos fundamentalmente clasistas. Asimismo, sus miembros eran, en su mayoría, obreros jóvenes no fichados políticamente y cuyos planteamientos políticos surgían al margen de los que venían manteniendo los partidos de oposición tradicionales.

De este modo, por primera vez desde 1939 aparecía a un nivel mínimo, pero auténticamente obrero, una posición de lucha que surgida en las naves de trabajo y discutida en las mismas fábricas se presentaba como la amenaza más seria que la burocracia falangista del Sindicato Oficial había tenido. Todo ello acontecía en los primeros años de la década del 60, simultáneamente a la puesta a punto del llamado Primer Plan de Desarrollo Económico y Social y paralela-

mente al despertar universitario que conseguiría derribar al Sindicato Oficial universitario (SEU) de corte fascista y que se planteaba alternativamente reformas universitarias y sociales.

Al igual que otros grupos de oposición, el Partido Comunista intentó hacer de las Comisiones Obreras un fiel portavoz de su línea política y para ello introdujo a sus funcionarios en el seno de las mismas, amparados en su tradición obrerista y en el mito del Partido. Ni que decir tiene que su terminología y *slogans* lograron adeptos en el seno de las incipientes Comisiones y que su línea política de «reconciliación nacional» y «huelga general política» para llegar a conseguir libertades democráticas, empezaron a influir cada vez más en la línea política de las mismas. No obstante, parece oportuno establecer los siguientes contrastes iniciales: mientras los miembros originales de las Comisiones Obreras abogaban por la clandestinidad, los vinculados al Partido Comunista tendían a la legalidad; mientras que los obreros con conciencia partían de la lucha de clases y la planteaban al margen del Sindicato Oficial, los del Partido Comunista preconizaban la postura reformista de la llamada «reconciliación nacional» y la ocupación de cargos en el mismo; mientras los primeros basaban su trabajo político en las asambleas en los centros de trabajo, los funcionarios del Partido fomentaban las reuniones de líderes prefabricados.



La experiencia universitaria en la lucha contra el Sindicato Oficial (SEU) que podría haber sido ya en los años 1963 y 1964 tan rica y provechosa para el movimiento obrero, era totalmente desconocida por éste y además calificada por los miembros burocratizados del Partido Comunista como nefasta. En el transcurso de estos dos años el movimiento político de la izquierda universitaria derribaría al SEU a la vez que atacaba al mito del Partido y FUDE comenzaba a propagar una línea revolucionaria. Mientras en un acto cultural masivo se desenmascaraba, en la Universidad de Madrid, al « liberalizador » Fraga Iribarne, se criticaba, a escala internacional, el revisionismo soviético y se señalaba la profundidad revolucionaria de la experiencia vietnamita. Escisiones « proclinas » provocadas por la política revisionista y sectaria de la dirección del Partido Comunista se sucedieron una tras otra. Todo en la Universidad estaba en crisis, desde el SEU al Partido Comunista, como consecuencia de la intensa actividad política que en ella tenía lugar y a cuya crítica revolucionaria no escapaban las anquilosadas organizaciones de la izquierda tradicional. Por ello, el Partido Comunista, temeroso de que estas críticas pudieran extenderse entre el proletariado, trató de preservarlo de ellas evitando, en todo momento, cualquier contacto entre obreros y universitarios. Así, durante los años 1963, 1964 y 1965, las relaciones entre obreros y universitarios fueron siempre esporádicas y no gracias al contacto orgánico del Partido Comunista, sino a pesar de él. Esto ponía de manifiesto las contradicciones de una organización atrincherada en planteamientos y métodos estalinistas, que dificultaba la acción revolucionaria. Por ello los miembros de las Comisiones Obreras que desempeñaban una acción política con energía y entusiasmo en su medio de trabajo, permanecían al margen de la problemática universitaria, que de suscitarse era descartada por los funcionarios del Partido Comunista, que enfatizaban sobre el desviacionismo pequeño burgués de los estudiantes, unas veces de derechas y otras, las más, de izquierdas. Volviendo sobre el desarrollo de las Comisiones Obreras hay que señalar que pronto

superaron en fuerza y capacidad de acción a la manejada Oposición Sindical Obrera del Partido Comunista que durante años había venido compitiendo en la lucha de siglas con las organizaciones sindicales socialistas y anarquistas; su difusión en el sector metálgico de Madrid resultaba verdaderamente espectacular.

Los cuadros del Partido Comunista, ya en coordinación con la Democracia Cristiana \*,

\* [NDR. Suponemos que los autores del presente documento cuando utilizan los términos « Democracia Cristiana » se están refiriendo, concretamente, a ciertos núcleos obreros de base, cuyos orígenes militantes hay que encontrarlos en las filas de JOC, HOAC, Vanguardias Obreras (potenciadas por los jesuitas) e, incluso, algún sector que tomó cuerpo militante en el marco organizativo de las Organizaciones Frente; más recientemente, a los militantes de la Alianza Sindical de Trabajadores (AST), producto de la laicización de las Vanguardias Obreras, organización que en estos momentos corresponde a las siglas ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores), tras haber optado en su programa por el socialismo marxista.

Suponemos también que cuando hablan de tal coordinación quieren referirse a « pactos en torno a acciones concretas » y no, precisamente, a esa alianza voluntarista entre cristianos y marxistas (véase CRI, nº 20/21) propugnada por el PCE y que nunca tuvo lugar a escala global del país, a no ser en acciones concretas y muy limitadas o en algunos intercambios de opinión con el ala más progresiva (pero sin poder de decisión ni económico) de Cuadernos para el Diálogo, revista que en su aplastante mayoría hoy opta claramente por las posiciones tradicionales de la socialdemocracia, siendo irrelevante desde el punto de vista político su pequeño núcleo marxólogo (que, por esta irrelevancia precisamente, queda aún en su interior).

Puede ser clarificador apuntar que en las elecciones sindicales próximas la ORT (los « cristianos » según el PCE) ha lanzado consignas de abstención y boicot, contrariamente al « vota al mejor » del PCE y de Bandera Roja. Las mismas posiciones de la ORT respecto a la « farsa » que se avecina (¡ elecciones « libres » con el artículo 18 suspendido ! ) han sido tomadas por los grupos de izquierda comunista en general, por el PSOE, por las PLATAFORMAS OBRERAS de Cataluña, Valencia y Zaragoza (corriente constituida a partir de la escisión del FOC, llamada ¿ Qué Hacer ? y de los CIRCULOS) y por los militantes nacionalistas de Euskadi, al igual que por los núcleos anarquistas no colaboracionistas).

Creemos necesarias estas aclaraciones ya que la redacción de este texto podría haberse prestado a confusión: reconocer el tan anhelado « pacto » del PCE; asignarle a una incipiente Democracia Cristiana anticomunista una base obrera que, ¡ más quisieran sus « prohombres » como los señores Silva, Martín Artajo, Alzaga, Barros, Vilaseca, Cierco, Camuñas y compañía... ! Confusión que se incrementaría al no dejar claro la opción por la laicización y el marxismo en tales sectores obreros organizados, en donde las alternativas políticas de la izquierda comunista (fuera del PCE y, en el caso de la farsa de las elecciones, fuera de Bandera Roja) van penetrando y levantando un cierto entusiasmo revolucionario. (Horacio Nuño.))



resultaban insuficientes para hacer comulgar con su programa de partido a los miembros de las Comisiones Obreras que acudían a las asambleas de fábrica y menos aún para hacer que fueran aceptados en ellas, donde se discutían los objetivos y se perfilaba la línea política a seguir. Ante tal desbordamiento cuantitativo y cualitativo, el Partido Comunista se plegó más y más a la postura reformista de la «reconciliación nacional» y a la consigna de la «huelga general política» en la que esperaban la participación de los llamados católicos progresistas de la JOC, la HOAC y las Hermandades del Trabajo, encuadrados políticamente en la Democracia Cristiana.

En el transcurso de 1965, empezó a plantearse en el seno de las Comisiones Obreras la necesidad de decidir entre la alternativa de ir hacia una agrupación de la clase obrera netamente opuesta a la estructura del Sindicato Oficial, o la de tender a integrarse en ella, como indicábamos anteriormente, y la de dar la batalla legalista desde su interior.

La desgraciada eficacia organizativa de la burocracia partidista, que facilitaba centros de reunión más o menos «legales», hizo pasar el centro de decisión política de las Comisiones Obreras, de las asambleas de fábrica a los centros sindicales del tipo M. Mateo, donde los líderes improvisados del Partido Comunista, en unión con los de la Democracia Cristiana (alentados ya por los jesuitas), empezaron a sentar cátedra de doctrinarismo y ortodoxia. Gran parte de los miembros iniciales de las Comisiones Obreras se sintieron francamente convencidos de las enormes ventajas que ofrecían unos aparatos políticos que al menos de palabra se decían progresistas e incluso revolucionarios; la mayor parte de ellos, sin experiencia política previa, optaron por encuadrarse en organizaciones de tan «garantizada tradición» liberalizadora y revolucionaria. Pero lógicamente su confianza no podía ser nada más que temporal, la lucha política iba a plantear nuevas experiencias y de ellas sacarían sus conclusiones.

El Sindicato Oficial, regentado por burócratas al servicio del capital, no tardó mucho tiempo en tomar posiciones claras y en adoptar una

estrategia política con el fin de deshacerse de la grave amenaza obrera que se le venía encima. Las «jerarquías» sindicales, experimentadas ya en la lucha represiva contra la Oposición Sindical Obrera como consecuencia de las huelgas de Asturias de 1962, y conociendo los objetivos políticos del Partido Comunista, no tardaron en llegar a la conclusión de que su labor represiva podía verse simplificada con el triunfo, en las Comisiones Obreras, de los planteamientos legalistas de la citada organización. Así, el Sindicato Oficial cedió centros de reunión, del tipo del de M. Mateo, a los grupos de las Comisiones Obreras con objeto de alejarlos de sus bases de fábrica. Las reuniones, en el mencionado centro, se daban entre grupos ya organizados donde los «líderes» del Partido Comunista y de los grupos cristianos empezaban a descollar y, por supuesto, a insistir en la línea legalista de luchar desde dentro del Sindicato Oficial con objeto de ocuparlo y después transformarlo en un «poderoso grupo de presión» que forzara la discutida liberalización del régimen y la consecución de las libertades burguesas. A elaborar estos planteamientos colaboraron los «tecnócratas» de ambos grupos, que a través de sus publicaciones intentaban inculcar en la clase obrera de todo el país la conveniencia de una evolución «pacífica» hacia una sociedad de consumo con sindicatos domesticados y libertades políticas burguesas, de la que existen buenos ejemplos en otros países europeos como Italia y Francia.

La policía política inicialmente sabía poco de las Comisiones Obreras, de cómo estaban organizadas y de quiénes eran sus hombres clave, aparte de las conocidas injerencias de partidos. Pero la citada línea legalista permitió al Sindicato Oficial comenzar su doble juego de conocer y denunciar. Siguiendo esta línea, el centro M. Mateo, donde tanto se había discutido y donde tanto prohombre había destacado, fue clausurado y, por primera vez, fueron detenidos miembros de las Comisiones Obreras.

Esta coyuntura se manifestó crucial para el futuro de las Comisiones Obreras, pues se planteaban claramente dos alternativas: o



volver a las fábricas, a la clandestinidad, a la lucha política de clase mediante la organización de un frente obrero anticapitalista; o bien marchar de la mano del Partido Comunista y de los grupos cristianos hacia el juego político impuesto por el régimen en torno a la « liberalización » del entonces ministro Fraga Iribarne y a la postura « evolucionista » del Opus Dei.

En un momento tan decisivo, los grupos revolucionarios de la Universidad, que buscaban a toda costa establecer contactos con las Comisiones Obreras, no podrían hacerles llegar sus numerosas experiencias en la lucha política; los funcionarios del Partido Comunista impidieron todo contacto, presentando a la Universidad como un reducido pequeño burgués de oportunistas y demagogos que no merecía la pena ser oído. Muchos intelectuales de exhibidos ribetes

izquierdistas colaboraron en tan triste labor depuradora, ya que para ellos figurar como miembros consagrados de « tan sólidas » organizaciones les aportaba mayores posibilidades profesionales que enfrentarse con un conjunto de problemas y contradicciones. Una vez más, estos « intelectuales » sucumbirían víctimas de su descarado oportunismo, limitando su labor intelectual a la de fieles justificadores y divulgadores de una línea política preestablecida que tan nefastas consecuencias tendría para la clase obrera. Así, durante varios años, los grupos políticos de la izquierda universitaria correrían solos su camino, contando con la masa estudiantil como único motor de su esclarecedor movimiento. Las Comisiones Obreras, ya con una línea « mayoritaria » definida, se encaminaban por la vía de las « elecciones ».

## 2. Las elecciones sindicales de 1966

El Sindicato Oficial perfiló y profundizó su estrategia legalista orientada a encuadrar la inquietud obrera en el seno de su organización. Con este fin se anunció la reestructuración del Sindicato Oficial y la preparación de unas elecciones que se llevarían a cabo bajo la consigna de « votar al mejor ». Ni que decir tiene que tal proposición vino como anillo al dedo a los grupos del Partido Comunista y de la Democracia Cristiana que veían libre el camino para llevar a la práctica todas sus pretensiones políticas anunciadas a bombo y platillo en sus órganos de difusión escritos y radiados.

El objetivo del régimen resultaba claro; canalizar la fuerza de las Comisiones Obreras hacia la ciénaga sindical, en la que se movía como pez en el agua y donde le sería posible lograr lo que su otra rama represiva, la policía política, no había conseguido.

Por su parte, tanto el Partido Comunista como la Democracia Cristiana, que veían en las elecciones sindicales la oportunidad esperada para cumplir sus objetivos, lanzaron la consigna de presentarse abiertamente a ellas secundando, también, la consigna de « votar al mejor ».

De dichas elecciones, comunistas y cristianos

esperaban obtener una gran victoria política arrollando al Sindicato Oficial. Los resultados electorales no pudieron ser más esclarecedores en todo el ámbito laboral español: esta victoria se logró debido al gran entusiasmo y tesón de los trabajadores que siguieron las directivas de las Comisiones Obreras.

Pero en verdad, el Sindicalismo Oficial también había conseguido su victoria: por fin las Comisiones Obreras se abrían y se hacían cada vez más vulnerables al golpe represivo que minuciosamente se les estaba preparando.

Ante los mencionados éxitos de las urnas, las Comisiones Obreras, llevadas de la mano del Partido Comunista y de los grupos cristianos, desviaron la lucha política hacia las gestiones legalistas de enlaces y jurados de empresa, tratando de imponer así la legalidad como norma de oposición. Según los miembros responsables del Partido Comunista, la época de las « catacumbas » había pasado ya. Asimismo, se reforzó la táctica orientada a « copar » el Sindicato Oficial y desde su interior, como apuntábamos anteriormente, presionar a favor de la « liberalización » iniciada por ciertos sectores del régimen.



No obstante, en las fábricas continuaban arraigadas las ya ricas experiencias de los primeros años de las Comisiones Obreras. En empresas importantes como Perkins, Pegaso y Marconi, las asambleas continuaban realizándose y su influencia sobre la masa obrera era realmente importante. La penetración del Partido Comunista en las Comisiones Obreras se había producido por arriba y sólo a ese nivel se hacía fundamentalmente sentir: su influencia quedaba reducida a los aparatos de propaganda y « ejecutivos » de la organización, lo cual tiene mucho de significativo.

Sin embargo, su incidencia en la clase obrera no dejaba de ser relativa, digamos que se limitaba al nivel de *slogans* y consignas, pero que no existía una penetración política e ideológica seria, ya que su estructuración burocrática la hacía difícil. Su alejamiento de las asambleas aparecía como piedra angular de su actuación, favoreciendo, a su vez, la profesionalización política de hombres dóciles y adecuados a sus programas de partido, fieles ejecutores, en cualquier circunstancia, de consignas « discutidas » a nivel de líderes de « oposición » neocapitalista y revisionista.

### 3. La acción obrera del 27 de enero de 1967

A pesar del ahogo político de que venían siendo víctimas las Comisiones Obreras, su base crecía e indiscutiblemente se radicalizaba, hasta tal punto que en su seno se impuso una dinámica de lucha que difícilmente eran capaces de controlar los partidos que capitalizaban políticamente su movimiento. Las elecciones de 1966 se habían ganado y la mera victoria de las urnas no era suficiente para la clase obrera; había que, mediante la lucha política, poner al descubierto todas las maniobras del régimen en torno a su ficticia campaña de liberalización. Todo ello había que hacerlo patente en la calle, superando los cauces legales de enlaces y jurados y los textos decimonónicos redactados por los intelectuales y la propaganda del Partido Comunista en favor de la « reconciliación nacional ».

En estas circunstancias vino impuesto por la base de las Comisiones Obreras la acción del 27 de enero de 1967, a la que los « líderes » comunistas y cristianos trataron de quitar radicalidad diciendo que la jornada de protesta debería ser pacífica y que las fuerzas armadas, con un comportamiento adecuado por parte de los manifestantes, podían ver con simpatía la acción ya que al fin y al cabo eran modestos funcionarios.

La acción resultó ser uno de los éxitos más destacados de las Comisiones Obreras y superó con mucho las restricciones impuestas por la burocracia partidista. Los miembros y

simpatizantes de las Comisiones Obreras fueron secundados en la briosa jornada de manifestaciones por sectores más amplios de población que adquirieron conciencia clara de la profundidad, seriedad y radicalidad de la protesta. No vamos a extendernos aquí en narrar algo ya sabido: la acción fue un éxito indiscutible. Los obreros cobraron conciencia de su gran fuerza y el régimen y su aparato sindical vieron las orejas al lobo; las Comisiones Obreras eran algo serio cuyo desarrollo había que cortar.

El Partido Comunista y los grupos cristianos se encontraban con algo en sus manos que no sabían manejar y que los desbordaba. Del resultado de la acción a la que preconizaban estos grupos había tanta diferencia como de la acción revolucionaria del proletariado ruso de 1917 a los planteamientos conciliadores de la socialdemocracia europea del mismo año. En realidad era algo que los citados organismos burocráticos no llegaron a comprender y mucho menos a impulsar, hasta tal punto que en vez de ser ésta una acción base de partida para otras que la superaran, la convirtieron en una baza política a la cual el Partido Comunista y la Democracia Cristiana habían jugado con el mayor oportunismo y una vez ganada iban a explotar, aun a costa de separarse cada vez más de la base de las Comisiones que había hecho posible tan meritorio éxito. Así, la clase obrera y su vanguardia más significativa iba a ser aban-



donada y explotada políticamente, en vez de ser verdaderamente organizada e impulsada en su lucha revolucionaria.

En esta coyuntura las organizaciones de la izquierda universitaria, que habían logrado un desarrollo decisivo y una radicalización política importante entre los estudiantes, fueron apartadas con más celo que nunca de las Comisiones Obreras por la burocracia partidista invocando argumentaciones claramente contrarrevolucionarias contra las « desviacio-

nes » izquierdistas de la Universidad. Solamente a escala individual algunos miembros de las Comisiones Obreras adquirieron conciencia de la exigencia revolucionaria de relacionar ambos sectores; ello podía tener sus frutos a largo plazo, mas de forma inmediata en el movimiento obrero se inició un proceso de regresión política como consecuencia de la línea impuesta por el Partido Comunista y la Democracia Cristiana.

#### 4. Consecuencias de la acción del 27 de enero de 1967

La acción obrera del 27 de enero sirvió para clarificar el panorama político en el seno de las Comisiones Obreras. El Partido Comunista había conseguido, de momento, más de lo que esperaba y optó lamentablemente por hacer el juego a los llamados « evolucionistas » del régimen, ahora más o menos integrados en la fracción « progresista » del Opus Dei. En consecuencia se impuso a las Comisiones Obreras una táctica más oportunista que nunca basándose en los siguientes planteamientos:

A escala internacional, las Comisiones Obreras abogaban por una concepción estrecha de la coexistencia pacífica, desestimando la violencia como procedimiento adecuado para la liberación de los oprimidos del mundo. En una palabra, se estaba con la proclama de Kossigín y Pablo VI y en contra de la postura que cada vez más nítidamente iban tomando los movimientos de liberación de África, Asia y América latina y la lucha revolucionaria en los países desarrollados.

A nivel nacional, las Comisiones Obreras se declaraban por la « reconciliación nacional » (que situaba la contradicción capital-trabajo en un segundo plano para poner de relieve una supuesta contradicción entre la oligarquía franquista y el resto del país), íntimamente vinculada al revisionismo europeo y por sus más conocidas derivaciones: sindicatos democráticos en los que estarían presentes funcionarios públicos y profesionales; entendimiento y fraternidad con las fuerzas represivas, etc.

Desde el punto de vista organizativo, la burocracia partidista al verse desbordada por la acción del 27 de enero, optó por cerrar filas y encuadrar en sus planteamientos de forma más directa al movimiento de las Comisiones Obreras. Hasta esta fecha la burocratización en las Comisiones Obreras era manifiesta sólo a los niveles señalados anteriormente. A partir de dicha acción el aparato controlado por el Partido Comunista aprovechó « su éxito » penetrando hacia la base y exigiéndole un encuadramiento táctico-político, que consistentemente no habían mantenido los miembros o simpatizantes de las Comisiones Obreras. Dicho encuadramiento tenía un doble enfoque: desde un punto de vista formal, de comprometerse y forzar la militancia, era un paso adelante; pero desde un punto de vista revolucionario dicho encuadramiento político significaba una limitación, ya que encauzaba por la vía de los planteamientos reformistas antes señalados al movimiento obrero tratando de evitar que en el futuro fuesen desbordados por éste. Pero el aspecto más negativo del mismo fue la desaparición de las iniciativas que hasta ahora habían venido siendo, con mejor o peor fortuna, impuestas desde la base. A partir de este momento la línea política a corto y largo plazo iba a ser impuesta, cada vez más, a través de los cauces establecidos por los órganos burocratizados de las Comisiones Obreras en función, no de las exigencias revolucionarias de la clase obrera, sino de programas reformistas ajenos a éstas.



Así, se extendió e implantó el criterio propio del aparato fiel, que se asignó funciones de responsabilidad especial anulando prácticamente las asambleas de fábrica, para imponer los contactos personales entre militantes homogéneos en el plano político y marginando a los que mantenían criterios dispares bajo los inquisitoriales anatemas de «anarquistas», «prochinos», «pequeño burgueses», o simplemente miembros «sin conciencia y preparación política».

Como norma de conducta, la acción legal a través de los vocales sociales, jurados y enlaces, vino impuesta ahora más que nunca, así como la celebración de reuniones en centros religiosos, ya que *los curas progresistas habían pasado a ser la «punta de vanguardia»*. En numerosos centros controlados por la JOC, la HOAC, e incluso por grupos tradicionalistas, se desarrollaron las reuniones de los Comités de Zona, del provincial, y hasta del Inter de las Comisiones Obreras.

Las consecuencias de tan «revolucionarios» procedimientos no tardaron mucho en sentirse: todo ello resultó enormemente provechoso para la acción represiva conjunta del Sindicato Oficial y de la policía política, empleando los procedimientos más sutiles; aparecieron las listas negras, las anulaciones de cargos sindicales y la represión directa de la policía.

Numerosos miembros de las Comisiones Obreras, ajenos por completo a tan descarado oportunismo, se sintieron desconcertados; la policía conocía de antemano sus reuniones e incluso se permitía el lujo de

detener preventivamente. Mas todo ello, según los militantes responsables del Partido Comunista, era positivo ya que las Comisiones Obreras estaban saliendo a la calle después de un pasado de clandestinidad; mejor cabría decir que estaban saliendo de la clandestinidad para caer en las manos de la policía. Las reuniones en ciertas parroquias de barriada eran conocidas previamente por la policía, hasta el extremo de que en alguna de ellas apareció camuflado el micrófono policial que recogía las incidencias de la reunión, que si transcurrían por caminos no deseados traían consigo la presencia de la policía y el arresto y toma de carnets de los participantes: esto pudo comprobar en una reunión de la zona Méndez-Alvaro.

Como consecuencia de esto muchos miembros de las Comisiones Obreras se alejaron de éstas con la amargura de haber vivido una experiencia fracasada; lo que para ellos llegó a alentar todas sus esperanzas no era nada más que una traidora encerrona. Muchos de ellos dejaron de asistir a sus reuniones de Comité de zona e incluso provincial, lo que favoreció el proceso de burocratización de los comités que fueron quedando cada vez más en manos de políticos profesionales, que poco tenían que ver con las fábricas.

Paralelamente, las asambleas eran cada vez menos frecuentes en las fábricas pues, como ocurrió en el caso de Pegaso, los jurados se atribuyeron la representatividad de la asamblea, desplazando a ésta de sesiones prácticamente diarias a reuniones esporádicas cada vez más espaciadas.

## 5. Despolitización y tendencia a meras reivindicaciones económicas

Como consecuencia de todo lo anteriormente expuesto, las Comisiones Obreras sufrieron una serie de cambios que les llevaron, a nivel obrero, hacia la frustración y, a nivel de aparatos políticos, hacia el más descarado oportunismo. Paradójicamente, el planteamiento de las Comisiones Obreras, nacidas en el propio seno de la clase obrera, dejó de

ser anticapitalista para abogar por la «reconciliación nacional» y la defensa de los pequeños empresarios\*. Sus objetivos no

\* [NDR. Véase el artículo de Juan Naranco: «Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña explotación», CRI, nº 20/21.]



eran ya la lucha política, sino de meras reivindicaciones profesionales. Sus acciones a escala nacional dieron paso a moderadas protestas, a escala provincial y de empresa, perdieron su original garra revolucionaria y clasista, como muestra el ejemplo de la empresa Pegaso que referimos a continuación.

Esta empresa gozaba de merecido prestigio, no sólo en las Comisiones Obreras, sino en todo el ámbito laboral español como empresa de punta en la lucha obrera. Así, figurando la mencionada entidad como una de las más significativas del sector metalúrgico de Madrid, se esperaba con gran expectación la denuncia y discusión de su nuevo convenio colectivo que habría de servir de base a otras empresas.

En Pegaso, las asambleas habían gozado de singular relieve, el proceso de las Comisiones Obreras se había vivido de cerca y destacados miembros de éstas habían llegado, a través de las elecciones, a ser jurados y enlaces. Así, en dicha fábrica se podrían cotejar los resultados de la nueva línea de las Comisiones Obreras.

Iniciamente, la dirección de la empresa y los trabajadores, ahora debidamente representados por jurados y enlaces, estaban en desacuerdo sobre las bases del nuevo convenio. Los trabajadores, haciendo patente que las elecciones se habían ganado para algo, presionaron fuertemente sobre sus representantes, quienes no dejaron de manifestar —y no dudamos que de buena fe— que estaban dispuestos a llegar hasta el final. Así, los trabajadores y sus representantes optaron por hacer uso de su máxima fuerza de presión: la huelga. Esta fue aceptada y ratificada en asamblea de fábrica.

## 6. El proyecto de Ley sindical

El aparato sindicalista planteó su juego demagógico a muy diferentes planos; el de las elecciones sindicales y el de la denuncia de los trabajadores tenían unos objetivos ya expuestos, mas a las anteriores añadieron una nueva treta, el proyecto de Ley sindical, en virtud del cual el Sindicato Oficial cambiaría sus estructuras, y los trabajadores

La dirección de la empresa, de acuerdo con la policía, ordenó la detención de ciertos jurados, provocando más y más a los trabajadores que hicieron claras manifestaciones de ir hacia un paro indefinido hasta no conseguir sus reivindicaciones y la libertad de sus compañeros. A nivel de fábrica el grado de conciencia era claro, sin embargo a nivel de zona, provincial e Inter de Comisiones las cosas no parecían estar tan claras, ya que según sus puntos de vista, los compañeros represaliados eran jurados que habían actuado de forma « legal » y contra ellos se había procedido irregularmente, siendo ello denunciable ante los tribunales. Proceder, como presionaba la base, a ir hacia la huelga indefinida, no era lo más correcto para los « líderes » de Comisiones, sino discutir con la empresa la posibilidad de conseguir la libertad de los jurados detenidos y su incorporación al trabajo. Todos y cada uno de los trabajadores de Pegaso conocen cómo se resolvió su convenio colectivo: con la claudicación, con la vuelta de los detenidos al trabajo y con las condiciones impuestas por la dirección. A nivel de empresa y sector, no pudo ser mayor la amargura y decepción, numerosos miembros y simpatizantes de Comisiones se sintieron burlados, efectivamente habían sido víctimas, una vez más, del fraude político, pero ahora por una agrupación que en su pasado contaba con tradición revolucionaria.

La claudicación de Pegaso cayó como un jarro de agua fría, la esperanza que muchos trabajadores habían puesto en las Comisiones Obreras se estaba desvaneciendo, como consecuencia de un lastimoso proceso de desgaste y enfriamiento político.

podrían modelarlo. Con este proyecto el Sindicato Oficial no pretendió otra cosa que crear el confucionismo en el seno de la clase obrera, intentando demostrar que todo podría evolucionar siguiendo los cauces orgánicos del sindicato, es decir moviéndose en la legalidad.



La base de las Comisiones Obreras puso desde un principio en duda la posibilidad de que entrando en contacto y discutiendo con los jerarcas sindicales se pudiera llegar a la desaparición del Sindicato Oficial y a la creación de un auténtico sindicato obrero. El atenerse a dicha alternativa no era otra cosa que hacer el dócil papel de oposición controlada en el seno de la propia Organización Sindical.

La mencionada proposición sindicalista fue ampliamente discutida en el seno de las Comisiones Obreras, donde desde sus primeras polémicas empezaron a plantearse dos variantes: la de la base y la del aparato burocratizado en conexión directa con el Partido Comunista. La base veía con enorme escepticismo las posibilidades legales que el mencionado proyecto presentaba, sin embargo las Comisiones burocratizadas veían una nueva posibilidad de poner en práctica todos sus planteamientos, siendo entre ellos el más fundamental, el pasar a jugar a la oposición consentida con ciertos sectores del régimen que ya en las publicaciones del Partido Comunista empezaban a estar diferenciados en los llamados « ultras » y « evolucionistas ». Como cristalización de dicha postura, el aparato de las Comisiones Obreras dio publicidad a un anteproyecto de Ley sindical que cumplía todas las exigencias

contrarrevolucionarias de la política del Partido Comunista. La influencia de dicho anteproyecto se hizo sentir en los grupos burocráticos de Comisiones, pero no en la base obrera, que de forma cada vez más clara, estaba empezando a adquirir conciencia de la nueva situación.

Simultáneamente, en la reunión de Orcasitas, empezó a contrastarse la disparidad existente entre los programas de las Comisiones y la apatía que manifestaba la base obrera. Los cuadros burocratizados pasaron a enquistarse en el seno de las Comisiones Obreras llevando a término una provechosa utilización de sus siglas con las que firmaban toda clase de documentos acordes con su programa de partido y ajenos a la clase obrera, marginándose ya descaradamente de los núcleos de fábrica de los que buena parte, desengañados y desorientados, caían en la desorganización. Solamente algunos miembros aislados de las Comisiones Obreras empezaron a escala personal a intercambiar puntos de vista sobre la situación y a plantear otras alternativas; estos contactos fueron inicialmente ocasionales, esporádicos e incluso superficiales y buena parte de ellos no llegaron a cristalizar en nada, mas otros promovieron un renovado estado de inquietud, aglutinando un fermento político en la base de las Comisiones Obreras.

## 7. El Primero de Mayo de 1967

En este ambiente de oportunismo y desconcierto llegó el Primero de Mayo de 1967, que dejó patente en toda España, excepto en Tarrasa, la ambigüedad imperante en la clase obrera. Fue en dicha localidad catalana donde se llegó al enfrentamiento directo con la policía, la cual fue considerada como lo que es, *el aparato represivo del régimen*, y no modestos funcionarios, que de ser correctos con ellos, podrían ver con simpatía la jornada del Primero de Mayo.

En Madrid, donde después de varios años de obstinación por parte del Partido Comunista, se trasladó la acción de la Casa de Campo a la Gran Vía, donde todo quedó en una pacífica circulación por la citada avenida. Existió

espectación y público deseoso de contrastar cuál era el grado de combatividad de las Comisiones Obreras que habían hecho bastante propaganda, quemando en triste martirologio a valientes camaradas. La realidad era dura, la policía fue respetada y toda la jornada transcurrió en los cauces de « reconciliación nacional ». En las aglomeradas aceras podía observarse la presencia de jóvenes obreros y estudiantes, predispuestos a cambiar la pasividad de la jornada, mas pudieron comprobar que para llegar a tales actos había que estar mínimamente organizados y preparados en la táctica política que las condiciones del momento impusieran. Podemos constatar que ésta fue una clara



experiencia para las juventudes obreras y universitarias, ya que los primeros tomaron sobrados argumentos para desmistificar la política impuesta a las Comisiones Obreras en el terreno de la acción, y los segundos pudieron comprobar que aparte de su formación teórica, mucho había que hacer fuera de los recintos estrictamente universitarios. Ni que decir tiene que la mencionada jornada fue exaltada y multiplicada por el aparato del Partido Comunista y sus órganos de difusión.

## 8. La reunión de las Comisiones obreras de toda España en junio de 1967

Su mera preparación comenzó ya suscitando tensiones en el seno de las Comisiones; la base fue mantenida prácticamente al margen, sobre quiénes serían los asistentes y sobre cuáles serían los temas a tratar. En verdad, que incluso a nivel del Comité Provincial de las Comisiones de Madrid nada se supo al respecto. La representación del País vasco fue condicionada descaradamente por el aparato del Partido Comunista, bajo el pretexto de que los vascos insistían en planteamientos nacionalistas nocivos para el futuro de las Comisiones. Algo análogo ocurrió con los catalanes, quienes manifestaron su hondo descontento por tan arbitrarios procedimientos. La base de Madrid sólo conoció el rumor de que dicha reunión se iba a producir, pero ignoraba por completo cuáles eran los temas que en ella iban a discutir y cuál iba a ser la «posición» de sus representantes.

Por fin la Reunión a Escala Nacional se produjo y, aun a pesar de tal selección en su preparación, todas las precauciones para canalizar la marcha de la asamblea fueron insuficientes, pudiéndose comprobar la contradicción existente en el seno de las Comisiones Obreras. Mientras el grupo organizador quiso dejar patentes sus consignas contrarrevolucionarias de evolución pacífica y lucha en el seno del Sindicato Oficial, la representación de Andalucía arremetió violentamente contra estas consignas, moviéndose bajo el planteamiento revolucionario de «el poder para Comisiones». La discusión fue acalo-

mas la realidad estaba ahí: sólo hubo expectación y precisamente quedó manifiesta la ausencia de una organización capaz de canalizar y radicalizar el descontento existente en la clase obrera. Las Comisiones Obreras como tales, aparecían disminuidas e incapaces, su proceso de enquistamiento era ya una realidad. Ello iba a constatarse palpablemente en la Reunión de las Comisiones Obreras a Escala Nacional celebrada en Madrid (junio de 1967).

rada, violenta, máxime cuando la representación vasca, a la que se consideraba depurada, se unió a los argumentos de sus camaradas andaluces.

No obstante, la eficacia organizadora de los burócratas hizo que la reunión finalizara, formalmente, suscribiendo el orden del día presentado por sus organizadores, que recogía todos los puntos del llamado anteproyecto de Ley sindical, hecho público meses antes por los órganos burocráticos de las Comisiones de toda España.

La base, aun la de Madrid, pasó varias semanas sin tener conocimiento claro de lo que en la referida asamblea había ocurrido, solamente en una reunión provincial de Madrid se trató superficialmente dicho tema, manifestando la mesa directiva, que en lo sucesivo se informaría detalladamente, cosa que no llegó a ocurrir, ya que sólo se hizo público un amañado extracto de folio y medio, donde se hacía un burdo refrito del programa del Partido Comunista.

La Reunión a escala nacional de las Comisiones Obreras radicalizó el descontento existente en el País vasco y en Cataluña hasta tal punto que provocó sendas escisiones en Bilbao y Barcelona.

La crisis que hacía tres o cuatro años habían vivido las organizaciones universitarias de los partidos de oposición tradicionales, aparecía ahora y por razones análogas en el sector obrero. Entre ambos, se podían establecer toda una serie de elementos diferenciadores



muy interesantes de tener en cuenta, pero en ambos existía el mismo trasfondo político como causa promotora de dichas crisis. El aparato profesional y burocratizado aparecía aquí también como catalizador negativo, como una rémora contrarrevolucionaria, que llegado un grado de organización y desarrollo político, imposibilitaba la acción revolucionaria y el autocontrol de las organizaciones. El enfrentamiento era el mismo, la base contra el aparato, la ortodoxia dogmática contra la dialéctica revolucionaria.

Ahora comprendían ciertos grupos de las Comisiones Obreras el porqué no se quería tratar el tema de la Universidad, y las razones que tenían los funcionarios de base para desechar todo tipo de contacto con los estudiantes. Durante todo el verano de 1967, se agudizaron las polémicas y llegaron a ponerse en claro muchos puntos, en parte gracias a la aportación del secretario general del Partido Comunista en su trabajo titulado *Nuevos enfoques*, en el que todos pudimos leer que el Partido Comunista no quería hacer la revolución. Sus objetivos no podían ser satisfactorios para la clase obrera, por mucho maquiavelismo que se añadiera a sus planteamientos.

Los grupos disidentes del País vasco y Cataluña insistieron en su actitud, y formalmente, rompieron todo contacto con la burocracia partidista. Sus planteamientos iniciales, de ir hacia un frente de lucha obrero

netamente anticapitalista y antimperialista, suscitaron hondas simpatías en varios grupos de las Comisiones Obreras de toda España. Esto venía a poner de forma manifiesta la disconformidad existente con la táctica impuesta por el Partido Comunista y los grupos cristianos, ajena a las aspiraciones de la clase obrera.

Simultáneamente, el aparato represivo del régimen había conseguido buen porcentaje de sus objetivos. La mayor parte de vocales sociales, jurados y enlaces habían sido desposeídos de sus cargos e incluso expulsados de sus respectivos trabajos, y encarcelados. Los confidentes de la CNS habían penetrado en el seno de las Comisiones Obreras y la policía conocía de antemano buen número de reuniones y acuerdos. Numerosos centros de reunión de las Comisiones Obreras eran visitados por la policía y sus asistentes detenidos o fichados. Las conocidas iglesias «progresistas» se habían convertido en verdaderas ratoneras sobre las cuales caía la policía con mayor o menor dureza, según las exigencias del momento.

Muchos miembros de las Comisiones Obreras cundieron en el desánimo y optaron, con honda amargura, por retirarse de tan triste papel. Sin duda habían sido burlados prácticamente sin defensa alguna, ya que se encontraban al margen de la clandestinidad, estaban siendo víctimas fáciles del aparato represivo.

## 9. La acción del 27 de octubre de 1967

Toda esta situación quedó patente en la acción del 27 de octubre de 1967, en la que incluso su preparación dejó constancia clara de la maniobrabilidad de las Comisiones Obreras por parte del equipo profesionalizado de funcionarios del Partido Comunista.

Ya en el mes de agosto se conocía en ciertos centros «progresistas» vinculados al Partido Comunista, que en octubre habría una gran acción obrera. Teóricamente a primeros de octubre se celebró una asamblea provincial en la cual se iban a discutir desde

la conveniencia de la acción hasta sus pormenores más insignificantes. La reunión, en verdad, quedó reducida a un solitario monólogo de la mesa directiva, que dio lectura a un orden del día, donde todo estaba planeado ya. Varios miembros asistentes intentaron tomar la palabra y poner puntos en discusión; la mesa hizo caso omiso de sus objeciones y basándose en el argumento de la «mayoría» impuso sus criterios. Aquello se parecía formalmente más a las Cortes que a una asamblea obrera.



Ridículamente, se insistió en que la acción debía ser netamente pacífica, absteniéndose todo manifestante de enfrentarse con la « fuerza pública », pues en ella existía potencialmente un valioso aliado. En este sentido es significativo recordar la intervención de un representante de Marconi, en una reunión del Comité provincial, quien se avergonzaba de la exaltada conducta de los trabajadores de su fábrica, que en un plante en el comedor, habían roto algunos vasos, indicando que dicha conducta era incívica y desprestigiaba a las Comisiones Obreras. Nunca hasta la fecha la represión policiaca había sido tan dura para las Comisiones Obreras y nunca el aparato burocratizado había adoptado una conducta más claudicante y vejatoria para la clase obrera.

La jornada del 27 de octubre fue duramente represaliada por la policía, hasta el extremo de que cinco días antes habían sido ya detenidos la mayor parte de los vocales sociales, jurados y miembros de las Comisiones Obreras. Esta era la contestación del régimen al civismo oficial de las Comisiones. Los cuadros fueron barridos a todos sus niveles, ya de fábrica como provinciales. La policía dejaba prueba manifiesta de que estaba al tanto de todo.

Mas a pesar de la represión y el desacuerdo de la política de las Comisiones Obreras, la clase obrera hizo patente su disconformidad con las recientes alzas de transportes, artículos alimenticios y la política del régimen.

Del civismo aconsejado en la asamblea de primeros de octubre, se pasó a las pedradas contra la policía. En la Cruz de los Caídos los obreros de Pegaso y Perkins arremetieron revolucionariamente contra la policía, arrojándoles todo lo que encontraban al alcance de sus manos; igualmente podríamos decir de otros enfrentamientos en distintas zonas de Madrid. Ello venía a poner de manifiesto que la línea de las Comisiones Obreras estaba desbordada, nuevamente por la base, abriéndose nuevas perspectivas para el futuro revolucionario; los obreros habían adquirido conciencia de cuál era la conducta a seguir con la fuerza represiva; a la violencia reaccionaria la violencia revolucionaria.

A nivel de fábrica empezó a plantearse la

necesidad de volver a las asambleas y abandonar la política de « líderes », afincarse en el centro de trabajo y abandonar los lugares de reunión ofrecidos por el Sindicato Oficial y los católicos « progresistas », establecer contactos con los grupos revolucionarios de la Universidad y desentenderse de la ortodoxia dogmática del Partido Comunista.

Después de la acción del 27 de octubre, las Comisiones Obreras quedaron prácticamente desguarnecidas y a pesar de que numerosas veces se extendió el rumor de posteriores acciones, ninguna de ellas llegó a cuajar, en contraste con la ofensiva que durante todo el año venía manteniendo la Universidad.

La doble pregunta de por qué en el sector obrero no cuajaba nada y por qué en la Universidad el proceso era verdaderamente revolucionario se la plantearon muchos antiguos miembros de las Comisiones Obreras, llegando a la conclusión de que en las fábricas había que adoptar planteamientos políticos de base análogos a los de la Universidad; es decir a nivel internacional tomar una posición antimperialista, a nivel nacional fijarse como objetivo la toma del poder mediante un frente obrero y la creación de una conciencia de lucha política anticapitalista más que reivindicativa adoptando todas las medidas de clandestinidad posibles, que pusieran a los militantes a cubierto del aparato policiaco.

Por su parte los estudiantes, a lo largo de sus años de lucha, llegaban a ver claro que sus horizontes políticos estaban fuera de la Universidad y no sólo limitados a ésta. Que después de derribar a rectores y ministros, su objetivo era el régimen, la oligarquía capitalista dominante, para lo cual tenían la exigencia ineludible de extender su acción revolucionaria a las fábricas. Todo ello abría nuevas perspectivas una vez que los mitos habían quedado rotos y en parte superados. En este sentido iba a ser reveladora la acción del Primero de Mayo de 1968, donde ya se podría comprobar hasta qué punto la vieja organización de las Comisiones Obreras quedaba superada, y hasta qué punto, la acción en la calle hacía entrar en contacto a los dos grupos más capaces de llevar a cabo una acción revolucionaria: obreros y estudiantes.



## 10. El Primero de Mayo de 1968

Ante la jornada del Primero de Mayo el aparato burocrático de las Comisiones Obreras realizó verdaderos alardes en la distribución de propaganda, todas las zonas de Madrid fueron regadas por militantes de innegable valentía. Sin embargo, así como la distribución fue masiva, el mensaje era verdaderamente lamentable, pidiéndose manifestaciones pacíficas, boicot al diario *Pueblo*, libertades democráticas, etc. El aparato de partido, una vez más, insistía en sus planteamientos contrarrevolucionarios. El meritorio esfuerzo de esos camaradas de base, que distribuyeron la propaganda, iba a servir para poco. Las condiciones subjetivas eran claras para lanzarse a acciones agresivas, más radicales, donde por supuesto apareciese la violencia revolucionaria enfrentándose, con una táctica adecuada, a la violencia contrarrevolucionaria.

Los grupos disidentes de las antiguas Comisiones Obreras y amplios sectores de la vanguardia universitaria cobraron clara conciencia de ello, y en tal sentido prepararon, con suficiente antelación, una serie de acciones que iban a demostrar la justeza de su línea revolucionaria.

Así se pudo comprobar que, durante las jornadas del treinta de abril y Primero de Mayo, en los centros de manifestación propugnados por la burocracia partidista tales como: «Atocha, Cuatro Caminos, Cruz de los Caídos, etc.», la asistencia de manifestantes fue limitada y simplemente restringida a cumplir un papel de meros espectadores, contando en contrapartida con un gran despliegue policiaco en actitud desafiante. En Atocha pudo observarse cómo todos los intentos de manifestación fueron frustrados por la policía. En la Cruz de los Caídos, los obreros de Perkins y Pegaso no respondieron. En verdad, vino a ponerse de manifiesto la ineficacia de una línea política que no tenía nada de revolucionaria y de una táctica torpe y atropellada, elaborada por burócratas de partido, capaces de caer de nuevo en los errores cometidos durante los años precedentes con motivo del Primero de Mayo.

Asimismo fue lamentable la asamblea de las Comisiones Obreras celebrada en la plaza Mariano de Cavia, donde todo ocurrió con previo conocimiento de la policía, culminando en la detención y toma de carnets de casi todos sus asistentes; y más aún el viaje en autobús a las proximidades de El Escorial, para celebrar otra reunión, donde también la policía controló todo desde su fase preparatoria hasta el final, rematando su faena con la detención de todos los miembros de las Comisiones Obreras que participaron en la «excursión».

Por el contrario, las acciones propugnadas por los grupos disidentes de las Comisiones Obreras y la vanguardia universitaria, contaron con iniciativa política y táctica adecuada. Sin disponer de los medios del Partido Comunista y de los grupos cristianos, empezaron por moverse en una rigurosa clandestinidad, de tal forma que la policía nada pudo detectar, preparando sus acciones con táctica de guerrilla urbana, teniendo presente el tráfico como fundamental aliado que inmoviliza a la policía, y lanzando sus ataques en el lugar que menos se lo esperase la policía, para inmediatamente disgregarse y reaparecer atacando en otro lugar insospechado. Sus gritos de lucha resultaban claros, «España socialista» y «El poder para la clase obrera»; sus acciones agresivas, ataques directos contra sucursales bancarias y empresas imperialistas, etc.

Para la misma policía era algo desconcertante, así lo confirmaban sus partes de servicio, emitidos en onda corta\*. Los golpes sucedían en lugares insospechados y con un ímpetu desconocido, localizado el foco se veían imposibilitados de coparle por el tráfico previamente interceptado, reorganizado éste, todo había desaparecido menos las pedradas contra las sucursales bancarias y la propaganda profusamente distribuida. En este sentido, fueron dignos de destacar los golpes de María de Molina, Cea Bermúdez, Islas Filipinas, Estrecho, etc.

\* [NDR. Véase CRI, nº 26/27.]



Por fin, aún de forma embrionaria, había cuajado en la calle una acción revolucionaria consecuente en sus planteamientos y táctica de lucha.

Los miembros disidentes de las Comisiones Obreras y la vanguardia universitaria, vinculados en la lucha, dieron una palpable demostración del «qué hacer» en la presente coyuntura española.

Ante tales perspectivas surgen nuevos planteamientos en la realidad política española, quedando por enésima vez demostrada la inoperancia de los planteamientos del Partido Comunista y de los grupos cristianos influidos, más o menos directamente, por la Democracia Cristiana y la necesidad apremiante para la clase obrera de llegar, al margen de todo burocratismo, a una organización y conciencia política revolucionarias acordes con la realidad del país.

Mas todo esto que a finales de 1968 quedaba claro, tenía ante sí grandes dificultades para realizarse, tales como la creación de un «nuevo aparato», la exigencia de unos cuadros preparados y de los recursos necesarios para llevar a la práctica la línea política perfilada.

Ni que decir tiene que tanto el Partido Comunista como los católicos «progresistas» boicotearon, en lo sucesivo, las acciones políticas propugnadas por los sectores juveniles de las Comisiones Obreras, al margen del aparato oficial, y los grupos revolucionarios de la Universidad. Sin embargo, obreros y universitarios mantuvieron en lo sucesivo numerosos contactos.

Las escisiones producidas en Bilbao y Barcelona intentaron transmitir el fermento revolucionario a Madrid sin que, en verdad, nada llegara a consolidarse.

Simultáneamente, el aparato represivo del régimen desencadenó duras campañas de las cuales fueron víctimas numerosos camaradas. Y es que cuando la línea política impuesta a las Comisiones Obreras había quedado esclarecida, los desorganizados militantes estaban prácticamente gastados, mejor dicho, se habían quemado en un sinnúmero de discus-

siones que habían acompañado a las escisiones y contradicciones internas, que generaron situaciones de antagonismo a nivel de organización e incluso funestos desgastes a escala personal.

Los órganos burocráticos de las Comisiones Obreras continuaron a lo largo de 1969 distanciándose cada vez más de los planteamientos de una base que algún día les perteneció. Sin embargo, la alternativa estaba ahí, de tal modo que las agrupaciones que habían surgido al margen de la vía oficial de las Comisiones Obreras la intentaron poner en marcha, no sin tener que superar arduos problemas, que salen fuera de la finalidad de este trabajo.

El resultado es que la organización deseada, que sirviera de base a la puesta en práctica de la línea política acertada, no se ha consolidado todavía.

Así las cosas, el Estado franquista elaboró aceleradamente una nueva Ley sindical que en fechas próximas está dispuesto a poner en marcha, con nuevas elecciones, en las cuales la consigna vuelve a ser «votar al mejor». Ni que decir tiene, que lo que se pretende de nuevo es montar la doble represión sindical y política que mantenga al régimen a salvo de los embates de la clase obrera; para ello, y sólo para ello, con la nueva variante represiva montada por el Opus Dei, es para lo que en mayo de 1971 van a realizarse las citadas elecciones.

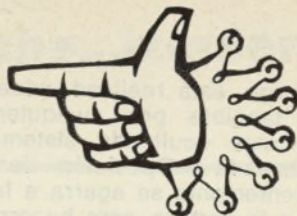
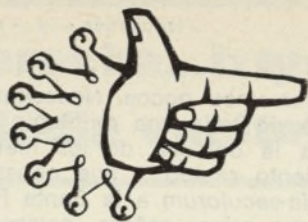
Ante esta maniobra, hay que tener muy presente la amarga experiencia que para las Comisiones Obreras se derivó de las elecciones de 1966, y aún más sus tristes resultados.

No obstante, y a pesar de la evidencia de los hechos, el Partido Comunista vuelve a plantear la «original salida» de presentarse a las elecciones y de «votar al mejor», a pesar de encontrarse, en este caso, privado del apoyo de los grupos cristianos que, al parecer, le han desbordado por la izquierda. Pero hoy las frustraciones vividas deben pesar ante el presunto elector.









## «Izquierdas» y «derechas»

**Horacio Nuño**

**Notas redactadas tras la lectura del número extraordinario del semanario Triunfo<sup>1</sup> titulado «Izquierdas y Derechas».**

El señor Laureano López Rodó, por lo visto, está definitivamente decidido a que el poder no se le escape de las manos. A que no se obstaculice, por veleidades ajenas a sus «grandes directrices», la marcha triunfal, la marcha real hacia el futuro. El señor López Rodó, paladín sin igual del franquismo, del realismo franquista, del opusdeísmo de la más pura estirpe, del desarrollismo, del europeísmo neofascista, está definitivamente decidido a que él, sus amigos en torno a él, numerarios, supernumerarios, cooperadores, aliados objetivos y subjetivos, estén junto al joven, cálido y tierno príncipe; junto al dinámico, operativo y cultivado Alto Estado Mayor, en ósmosis indisoluble con el democratisimo, americanizado, modernísimo ejército en trance de fusionarse al espectro popular; junto a ese ejemplar, respetuoso, abnegado, sufrido, inteligente, bondadoso, tímido cuerpo general de policía; junto, ¡cómo no!, a esos inefables, desprendidos, desinteresados, emprendedores, honestísimos, inmaculados, dinámicos industriales, banqueros, financieros, desvelados patronos que forman la alta burguesía en proletarización progresiva; junto también a una brillantísima *intelligentsia* inagotable, creadora, imaginativa, abiertísima, doctísima,

de técnicos serviciales, de economistas entusiastas, de sociólogos en pleno arrebató orgásmico, de políticos embrujadores y embrujados por el afrodisiaco del porvenir, de abogados naturalmente con despachos colectivos, de ingenieros, arquitectos, siquiátras insignes que recetan sin recatos moralistas drogas contra las inevitables neurosis; de escritores y artistas que comienzan a entusiasmarse con el auxiliar imprescindible de las calculadoras; de profesores de universidad que ya descifran, ¡oh manitú!, la gran piedra filosofal celtibérica; junto a, finalmente, todos aquellos que componen armónicamente el régimen desde dentro o el régimen desde fuera. El señor López Rodó, franquista de pura cepa, postfranquista convencido, monarcofranquista fiel, monarco-postfranquista militante, el señor López Rodó es el régimen y la vía a la inalterabilidad del régimen, con él en el poder o con él entregado definitivamente a la contemplación del Altísimo en la Casa-Madre de la Santa María en Roma.

1. No 468, 22 de mayo de 1971, Madrid.



Y, sin embargo, esta realidad evidente, a flor de tierra, tangible por cualquier hijo de vecino, se está ocultando sistemáticamente por una llamada « Oposición democrática » que conscientemente se agarra a la máscara, al disfraz, a la corteza para hacernos ver las « posibilidades » (palabra mágica) tácticas del momento. Del momento de la alianza, de la reconciliación, de la confidencial palmada en el hombro. (Y mientras todo esto ocurre, según rumores de Villa y Corte, confirmados, al otro mago, el señor López Bravo, se le estima aproximadamente una fortuna de dos mil millones de pesetas, trabajada cotidianamente durante su permanencia en el aparato del Estado. Alguien, no proletario precisamente, respondió una vez a la prensa extranjera al ser interrogado por el ágil, infatigable ministro de Fraudes Exteriores: « El señor López Bravo donde tenía que estar es en la cárcel ».) Y, claro está, todo va (para ellos) sobre ruedas. Y lo grave del asunto es que la llamada « oposición democrática » ha tomado conciencia de que es terriblemente injusta la actual manera del reparto de pastel. Y el régimen de los señores López Rodó-Franco cae en la cuenta que ya han ganado demasiado y que hay « posibilidades » (palabra mágica) de *com-partir* prebendas. Incluso antes de llegar a esos tan traídos y llevados 1 000 dólares *per capita*/año, ¡oh manitú! Porque, al fin de cuentas, los opositores a demócratas utilizan nuestros mismos platos, bancos, industrias, mecanismos financieros, lenguaje cabalístico, ropaje, intereses, patentes de importación-exportación, fiestas de sociedad, cenas pornopolíticas, etc. Ellos son defensores de la ley, el orden, la justicia, la economía, la inteligencia, el ejército del Estado burgués. Ellos no ponen en entredicho, como lo afirmó Gonzalo Martín en *Socialismo y Oposición Democrática*<sup>2</sup>, los actuales engranajes, la actual estructura del actual Estado, porque únicamente desean *gestionarlo* mejor para ganar más. Desean y necesitan de un aparato represivo (policía, ejército, leyes, reglamentos internos de fábricas, etc.) para no dejar de beneficiarse del apetitoso pastel. Necesitan de todo un tinglado « moral » para que el otro no se tambalee y para que la presa no sea codiciada nada

más que por unos pocos. Necesitan irremediabilmente de toda una mitología que gire en torno a la defensa de los métodos de enriquecimiento rápido y que consagre *per-omnia-secula-seculorum* a la Santa Propiedad Privada como reina, señora, patrona, vírgen y mártir del porvenir sagrado. Porvenir sagrado que hoy lentamente, minuciosamente, rigurosamente, nos preparan los ínclitos teóricos del asociacionismo (palabra mágica), del verticalismo renovado (adjetivación mágica), del III Plan de Subdesarrollo, de a la conquista de Europa, film de un suspense inigualable que nos hace recordar aquellos felices años 20 del Chicago con su ley seca.

Un trepador fascista, reivindicador del verdadero sésamo (cachondeo mágico otra vez) joseantoniano, catedrático de legislación laboral represiva, procurador en las Cortes de Franco, doctor en el racista y segregacionista colegio mayor de España en Bolonia, el tribuno señor Fernando Suárez, afirma nítidamente que hay que poner un freno al peligro rojo que se infiltra progresivamente en la Universidad, soterradamente, del brazo de profesores adjuntos, ayudantes, auxiliares. (Palabras que nos traen al presente las de su colega, camarada, hoy autodefinido de « centro », el señor Manuel Fraga Iribarne cuando estigmatizaba desde el ministerio a la literatura roja, a las acciones del movimiento estudiante, a la agitación obrera, etc.)

Naturalmente que sólo es un ejemplo entre muchos. Pero de sumo interés sobre el que volveremos más adelante.

Los ungüentos del opusdeísmo parece que han enloquecido hasta aquellos que se reclamaban de las viejas tradiciones demoliberales del pasado (ya que en este nivel estamos ahora colocados). Franco es un símbolo, un árbitro, un oráculo de los momentos álgidos, nos dicen. La guerra de 1936-1939 es un incidente sanificador que es preciso camuflar, olvidar, empolvar, maquillar con los afeites cuneiformes del Movimiento. El Movimiento es todo pero sólo nos movemos nosotros; sólo a nosotros nos permite él movernos

2. Cuadernos de Ruedo ibérico, nº 26/27, p. 83 y s.



**Derecha...izquierda...derecha...izquierda...  
¡Media vuelta! ¡marchen!**

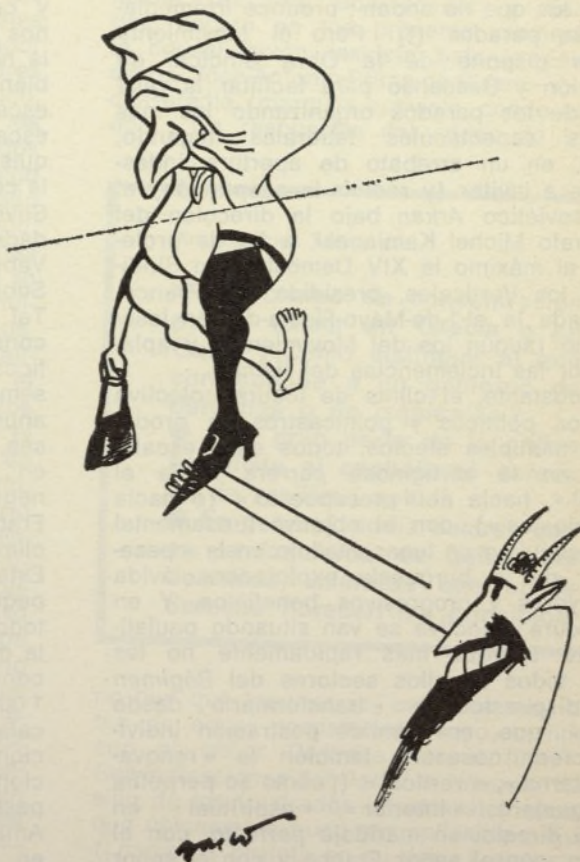
**JORNADA DEPORTIVA  
JEFE DEL ESTADO EN  
EL RIO EO**

Ribadeo (Lugo) 10. El Jefe del Estado pasó la mañana y la tarde de hoy dedicado a la pesca en los cotos del río Eo.

Avanzada la tarde regresó al albergue de carretera de Ribadeo.

A las once de la noche, la esposa del Jefe del Estado, doña Carmen Polo de Franco, asistió a la misa de Gloria, que, según tradicional costumbre, se celebró en la iglesia conventual de las Reverendas Madres Clarisas. Cifra.

Lugo 12. El Jefe del Estado continuó ayer sus jornadas de descanso en Galicia y pasó el día dedicado a la pesca en el Eo, donde capturó dos salmones. El Generalísimo, acompañado de su esposa, doña Carmen Polo de Franco, asistió, primeramente, en el albergue en que se aloja, a la misa oficiada por el párroco de Ribadeo. Europa-Press.





asociativamente. Somos los asociadores. Somos los futuros asociados. Somos los asociacionistas. Somos las asociaciones en el Movimiento. Somos el Movimiento asociador. Somos ya el desarrollo, el país industrial, la punta de lanza de los amigos yanquis cerrando el Mediterráneo. Porque el Movimiento es algo tan totalizador que, decimos, es totalitario por esencia. (¡Volvemos al año cuarenta!). El Movimiento dinamizador deja fuera a los que no andan; produce irremediablemente parados (!). Pero el Movimiento previsor dispone de la Obra Sindical de Educación y Descanso para facilitar la relación de los parados organizando los más variados espectáculos laborales. Llegando, incluso, en un arrebató de apertura indecible a invitar (y recibir la aceptación) al ballet soviético *Arkan* bajo la dirección del coreógrafo Michel Kamianeki, a fin de proletarizar al máximo la XIV Demostración Sindical de los Verticales, presidida por Franco, convocada la el-1-de-Mayo-Fiesta-de-San-José-Artesano (según los del Movimiento) y aplazada por las inclemencias del tiempo. Y, no obstante, el clima de locura colectiva entre los políticos y politicastros va produciendo múltiples efectos, todos ellos escalonados en la vertiginosa carrera hacia el « pastel », hacia el « presupuesto » (o hacia las « migajas »), con el objetivo fundamental de conseguirse un lugar vitalicio en la « pesebrera » de la burguesía explotadora, ávida de mayores y progresivos beneficios. Y en esta locura colectiva se van situando paulatinamente (porque más rápidamente no les dejan) todos aquellos sectores del *Régimen 1971* dispuestos a « transformarlo desde dentro », que, en humilde postración individual, creen necesaria también la « renovación interna », « vertical » (¡cómo se perpetúa el lenguaje!), « interior », « espiritual », en diálogo directo, en maridaje perfecto, con el Altísimo, con el señor Franco y con el señor príncipe, con el señor López Rodó y con el señor Menéndez y Pelayo, con las fuentes que vivifican, afianzan, estabilizan, motores inagotables de sapiencia y de gestión, de acumulación y poder, de buena situación y no menos buena reputación, sin olvidar las máximas y sentencias, jurisprudencia y praxis,

del *ius commercialis internationalis*, cuyas orientaciones y caminos se revelan riquísimos y cuyos dispositivos hoy constituyen la « garantía », ¡por fin!, de la España Democrática, Libre, Fraternal, Popular, cuyos « soviets » financieros, mientras reprimen cariñosamente a sus mineros asturianos, caprichosos y en huelga, pactan con los camaradas polacos para que nos abastezcan con el carbón comunista de alta combustión y con los camaradas moscovitas para que nos hagan llegar sus equipos técnicos, ya que la hora de la reconversión ha sonado y también (aunque todavía sin estrellar) la del gran escándalo Huninsa que supera con creces al escandalillo Matesa. El internacionalismo franquista culmina, de momento, con la firma de la constitución de la empresa hispanosoviética Sovispan, SA, con participación de dos sociedades ibéricas (Tabacos de Filipinas y Vapores Suardiá) y de la soviéticorrusa Sobribflot.

Tal clima de comprensión, entendimiento y consecución en común de fines varios y benéficos sin duda, constituye una especie de semáforo verde, chambelán inimitable que anuncia, con altibajos de voz según quien sea, las irrupciones puntuales de aquellos que en su día fueron las ovejas descarriadas, negras o rojas o amarillas, a las que el señor Franco tanto y tanto amó, a pesar de ellos. El clima de locura expresa la vuelta al redil. Esta llegada masiva constata que el redil es pequeño, que es preciso expansionarlo, que todos tendremos lugar (ellos, claro) cuando la magia de las palabras se materialice y se convierta con vida propia en magia colectiva: 1 000 \$ renta *per capita* anual. Pero es preciso calar corazones y sondear segundas intenciones, no sea que los recién llegados ambicionen poseer enseguida los atributos del pastor, del guía. Para ello se dispone de los Amandos de Miguel, oficiales o camuflados en la lcaria de la inteligencia (en las universidades autónomas). Disponiendo también de trabajos marginales, en profundidad, reveladores y exponentes de materia gris jamás oída, leída o vista, tales como el que hace algunas semanas nos presentaban nuestros colegas del semanario *Triunfo* de Madrid, bajo el gran titular, sorprendente en



su género, de « IZQUIERDAS Y DERECHAS ». El autor de estas reflexiones estaba convencido de que tales conceptos « demoliberales » habían sido superados, según le enseñó la literatura pornomilitante de la CNS, los discursos de los señores Franco, Solís, López Rodó, Silva, Fernández de la Mora, Fraga, Martín Artajo (don Alberto y don Javier), el conde de los Andes, El Cordobés, Lola Flores, Gavilanes, Sánchez Bella (don Florencio y los otros), el reverendo Escrivá, los coroneles Yagüe, Moscoso (y todos), el torturador Manzanas, los prohombres de letras señores Ruíz Gallardón, Julián Marías, Carrero Blanco, Blas Piñar y etcétera, por no citar a los « posibilistas » más neófitos y deslumbrados ante el brillo del « pastel ». [Hoy ocurre algo que parece descubrió Paulov experimentando con perros: eso del reflejo condicionado. Cuando se habla del « pastel », los eminentes del Régimen o del Régimen 1971 (que es lo mismo), dejan de hablar, se vuelven repentinamente TACTICOS (¡ oh manitú !), discretos, esotéricos, y espontáneamente segregan saliva. Y se inician en las piroetas de ocultar el trágico pasado y de presentarse corderitos en el apacible presente para ir preparando el trágico futuro. Esto lo podemos constatar en el citado número casi monográfico de *Triunfo*, ya citado.] Nuestros colegas del semanario madrileño quieren abordar a los « posibilistas » con toda sinceridad. Les fallan importantísimos nombres, preclaras firmas, despedidos cerebros tales como el señor Calvo Serer que, según nuestros noticias, andaba conspirando por el Departamento de Estado yanqui; el señor Silva Muñoz (el hombre que cedió las autopistas a los abnegados financieros, modestísimos administradores de los ahorrillos de los carpetos) ya que precisamente en ese momento había iniciado un trabajo fundamental —seguramente para los yanquis que lo mantienen en CAMPSA— (esperemos con ansiedad sus revolucionarios resultados); el señor Ruíz-Giménez y el señor Fuego Alvarez (antaño púgiles en las representativas Cortes) por agobio de tiempo y trabajo (señores letrados, ¡ el día que ustedes conozcan eso que Lafargue ha escrito sobre el « derecho a la pereza » !); falló también, cortante, arrojante, desenfadado, negativo,

agresivo, en trance de acometer, el jefe de la muy diseminada « litodinámica con alevosía », primer guerrillero de Cristo-Rey del Reino terrenal señor Piñar. Los colegas de *Triunfo* no obtuvieron respuesta de Manuel Sacristán porque sencillamente estaba enfermo. Sin embargo, hubo cita. Y nada menos que con el señor José María Areilza, conde de Motrico, exembajador del señor Franco, mente preclara, abastecedor y financiero desprendido en los primeros momentos de la consolidación fascista bajo la égida del señor José-Antonio-Primo-de-Rivera - y - Sáenz-de-Heredia (marqués activista, conde negociador); las respuestas del conde de Motrico,

Areilza, José María de

- Un campo de concentración puede existir en Grecia o en Cuba. ¿ Cómo distinguir al que corresponde a un gobierno de derechas o de izquierdas ?
- Una gran parte de la crítica socialista al capitalismo carece ya de realismo actual.
- En general, podía decirse que en la izquierda se hallan las doctrinas, mientras que en la derecha florecen los principios.

no hay que inquietarse, están ya muy distantes de aquel pensamiento suyo, compartido con el señor Castiella, en el libro clave *Reivindicaciones territoriales*, manual de bolsillo de los frustrados imperialistas españoles que únicamente pudo ser aplicable a Euskadi (¡ nadie es profeta en su tierra !, señor conde de Motrico), a Catalunya, a Andalucía, a Galicia, etc.

La cita continúa con el señor Cantarero del Castillo, jefe de la « escuadra » de los llamados antiguos miembros del Frente de Juventudes. Pionero del neofascismo neojoseantoniano (¡ camarada ayer !), que descubre en el maestro (¡ oh manitú !) la alternativa de



Cantarero del Castillo, Manuel

● Las características básicas que definirían a una persona como de derechas son justamente las contrarias a las que tratamos de fijar para una persona de izquierdas.

● [Se debe] Ser socialista si se vive en un país liberal.

● [Se debe] Ser liberal si se vive en un país socialista.

un socialismo genuino, carpetovetónico, a nuestra medida (¡a la de ellos!), con calzador o sin él, socialismo-nacional, le llaman, que bien podrá ser nacional-socialismo, digo. (¡Camarada hoy! ¡Camarada siempre!) Que organiza el desajuste entre los antirrojos. Solamente por decir con otras palabras (Régimen 1971) lo que el maestro dijo antaño. Socialismo dialéctico (puños, pistolas, etc.) o dialéctica del socialismo-nacional o del

Fanjul Sedeño, Juan Manuel

● Por encima de los conceptos de derecha e izquierda hay otros de ritmo y estilo.

● Hay grupos modernos que se plantean los problemas limpia y honestamente [...] los alegres, los optimistas, los que tienen fe, los que sonríen al sol.

● Veo, por otro lado, los atormentados [...] que sujetan las soluciones humanas a viejos conceptos teóricos; a los « cucos », a los que nadan y guardan la ropa, a los que no miran de frente [...]

nacional-socialismo. Es lo mismo. Es la esencia. Es el destino en lo universal. (Lo malo es que aún Rodolfo Llopis está vivo. Si no, quizás, el gato por liebre habría colado un poco más con la ayuda de los « posibilistas »).

El señor Fanjul Sedeño se sitúa en tercer lugar de esta individualizada rueda de prensa. Soporte también del Régimen, innovador, renovador, cansado él de que la vieja terminología aún arrastre una vida que, siempre según él, es anacrónica, está agonizante, mortecina. Hombre cuya fe ha sido realmente inquebrantable a la hora de contemplar

Fraga Iribarne, Manuel

● Personalmente (y creo que afortunadamente una gran parte del país) no me siento de derechas ni de izquierdas, sino de centro.

● El centro es lo otro.

● Ese centro tendrá en su día su propia derecha y su propia izquierda, no las viejas, las pasadas de la reacción y la revolución.

sosegamente la agilidad democrática de nuestro (de ellos) sistema. Candidato en todas las elecciones representativas. Deslumbrado ante esa « caja de resonancia », de « poder resonante » (utilizo terminología de los Amandos de Miguel), que son las sagradas Cortes (esos cortes que siempre, sin quererlo, involuntariamente producen inmensas efusiones de sangre).

Difícil es encontrar nuevos calificativos para definir rigurosamente, con precisión científica, el personaje que en cuarto lugar se apresura, tras un agotador esfuerzo, a responder profesoralmente. Es el señor Fraga Iribarne, catedrático del señor Franco, letrado de las Cortes del señor Franco, exministro de la



Manuel Fraga Iribarne

Es hora de asentarse de una vez en el mundo moderno, sin inseguridad, como una cosa natural, sin la nostalgia y sin la ansiedad propias de la derecha y sin la utopía e irresponsabilidad de la izquierda.

Caricatura de Cattolica dibujada hace cinco años ya y publicada en *Horizonte español* 1966.



Deformación y la Represión del señor Franco (cf *La crisis del Estado*, ediciones Aguilar, y hágase un estudio comparativo, exegético, con aquel otro inefable libelo del señor Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, que ambos en simbiosis hoy enloquecen al señor López Rodó *malgré* el señor Fraga). El señor Fraga Iribarne, hoy en la oposición al Régimen dentro del Régimen (Régimen 1971), opta por ser « centro ». Sus veleidades narcisistas se alimentan y nutren, en el Movimiento (continuo) del personaje (sin duda, el día que la Universidad laboral de Gijón se transforme en museo de la historia del fascismo en España, el señor Fraga tendrá allá su escaño, su ministerio, su cátedra, su presidencia de consejo de administración (no de cervezas El Aguila, sino bajo la rara familia de las bicéfalas). Llegamos en quinto lugar al señor José María Gil Robles. Bastaría con remitirme a la nota de Jean Becarud « La acción política de Gil Robles (1931-1936) » aparecida en *Cuadernos de Ruedo ibérico*, números 28/29. Pero, según parece, el abogado de Matesa y del señor Vila Reyes no suelta prenda (secreto del sumario según los cánones de la legalidad burguesa), y desea seguir en activo en el

espinoso camino político que, según él, lleva a la Democracia, a la Libertad, a la Fraternidad. [Seguro que no suelta prenda pues pretenderá « negociar » y no cometer errores altruistas y desinteresados que le desmonten el tinglado. Aunque, en realidad, lo único que pueden realizar tales personajes de museo (de Gijón, con toda seguridad, una vez

Gil Robles, José María

- Los calificativos de derecha y de izquierda me parecen cada días más imprecisos y más inexactos.
- Muchos de los que los utilizan lo hacen para mejor enmascarar sus conductas.

esclarecido el proceso de formación de su poder carismático, de su jefatura, ante los muchachos de la CEDA y su comunión con el canciller Dollfuss) es prestarse a « jugar a las prendas », perdiendo y soltándolas. Otra alternativa sería el franquismo, el



Régimen, el Régimen 1971 que, según fuentes bien informadas, es a lo que se aferra en jugar.] ¡Una pena, una ocasión perdida ante esas juventudes que alborotan porque no encuentran maestro, jefe, director espiritual, gufa, padre! ¿No es cierto, señor Gil Robles, que la historia es partera cruel? El profesor Jiménez de Parga (don Manuel), siguiendo el orden alfabético impuesto por la

Jiménez de Parga, Manuel

● Los españoles izquierdistas se caracterizan, a mi juicio, de la siguiente forma:

- a) Creen que las tesis sobre el fin de las ideologías encubren posiciones ideológicas.
  - b) Son demócratas, en primer término, y luego nacionalistas.
  - c) Confían en el sufragio universal.
  - d) Consideran que debe invertirse más dinero en educación.
  - e) Ven la guerra española de 1936-1939 como una guerra civil.
  - f) Gritan « ¡Viva la inteligencia! »
  - g) Desconfían de la jerarquía de la Iglesia católica.
  - h) No tienen periódico propio.
  - i) Defienden el derecho de huelga.
  - j) Admiran al chileno Salvador Allende.
- Los fieles de la derecha cumplen un decálogo que arroja el siguiente resultado:
- a) Creen que la alternativa entre derechas e izquierdas está superada.
  - b) Son nacionalistas antes que demócratas.
  - c) Temen al sufragio universal.
  - d) Consideran que se invierte demasiado dinero en educación.
  - e) Sostienen que Calvo Sotelo fue el protomártir de la Cruzada.
  - f) Respetan más a los cuarteles que a la Universidad.
  - g) Lamentan que Juan XXIII convocase el Concilio Vaticano II.
  - h) Están convencidos de que ABC, de Madrid, es un buen periódico.
  - i) Son partidarios de que los obreros puedan ser despedidos libremente por los empresarios.
  - j) Admiran a Oliveira Salazar.

redacción de *Triunfo*, contesta esquemáticamente, de manera realista, sociológica, a la encuesta en cuestión. No hay duda que la dinamicidad de su « taller de trabajo » de la Universidad de Barcelona ha determinado, en gran manera, un manojo de respuestas ordenadas, mucho más directas y menos sofisticadas que las de los hasta ahora aludidos. Propongo al « cambio reformador », el profesor Jiménez de Parga toma posiciones entre los socialdemócratas radicales, anti-franquistas, precursores de una fórmula « centro-sinistra ». En sus declaraciones se cuida mucho de no adelantar acontecimientos y por ello nos quedamos sin saber quiénes están el « centro » y quiénes en la « izquierda ». La encuesta continúa con las declaraciones del señor José María Ruiz Gallardón, pornófilo del Reino, cuyo opusdeísmo de ocasión

Ruiz Gallardón, José María

- Evidentemente, para un comunista el socialismo democrático es derecha, y para el maoísta lo será el propio comunismo.
- El problema de la distinción entre derechas e izquierdas es más una cuestión de método que de fin.
- Lo que caracteriza a una persona de derecha [hoy] es que crea en la sociedad por encima y más allá del Estado.
- Quien sea de izquierda sólo creará en la sociedad en la medida en que la misma sea Estado.
- ¡ Ah !: En España apenas si hay gentes de izquierda.

y cuyo verbalismo nacionalo-socialista nos descubren a un híbrido de los más extraños, ejemplar raro, en la fauna politicastrada de la península. Orientador de la alta burguesía y aliados a partir de sus citas periódicas con



**Para una anto-  
logía de la  
"Pornocoba"**



« Me he metido en esto simplemente como historiador, sin inciensos, pero el personaje es tan fascinante y los descubrimientos que estamos haciendo tan fuera de serie, que ahora estoy obsesionado con el asunto. Mire usted, en 1923 Franco recibe el mando de la Legión y se pasa los meses de junio, julio y primera quincena de agosto inspeccionando las Banderas y tomando el mando directo de cada una de ellas para ver cómo operan. Luego se encierra en Ceuta y redacta unas instrucciones para la Legión que acabamos de exhumar y que comienzan con estas reveladoras palabras: « La forma de mandar influye esencialmente en la forma de obedecer. » Es toda una teoría del mando. »

Ricardo de la Cierva. Declaraciones a **Pueblo** (17-4-1971), a propósito de una biografía de Franco que prepara.



la « crítica de libelos » en las páginas del monarcófascista ABC, entusiasmado con su nuevo papel de cazador de brujas y desvelador de « pornocultura »<sup>3</sup>, irritado ante los peligros que se ciernen contra el « pastel », anhelante de ver realizados sus sueños con el ingreso en el aparato del Estado, abogado político, calibrador de la evolución de la casta policastrada en España a tenor de los latidos de los grupos financieros, que fácilmente se deja convencer (corromper, podríamos decir) por las amistosas orientaciones, por las cristianas orientaciones, por las demócratas orientaciones, por las castrenses orientaciones de un Luca de Tena, de una Obra, de un Silva Muñoz o de un Alto Estado Mayor... el señor Ruiz Gallardón aspira en las páginas de *Triunfo* a despejar la incógnita, y, con una « imparcialidad » que da miedo, aborda, asumiendo los atributos de aprendiz de sociólogo (del Régimen franquista, claro), haciéndose con un sorprendente y concluyente dispositivo academicista, la gran problemática, el gran jeroglífico, el « falso » planteamiento de « izquierdas y derechas », supersuperadísimo por nuestra (de ellos) genuina forma de administrar la España, la España que despertó con su fórmula mágica, novísima, específica que terminará convenciendo más allá de nuestras fronteras, en las zonas, hoy otra vez, en triunfal marcha neofascista, a pesar de que el fascismo totalitario se sepa no regresará jamás. Las pornorrespuestas del señor Ruiz Gallardón no son más que una de tantas provocaciones a que quieren acostumbrarnos.

Corresponde seguidamente a Simón Sánchez Montero su turno voluntario. La exposición de Sánchez Montero se extiende, se cimienta sobre un análisis más objetivo, más real de lo que, a primera vista, podría permitir el cerrado cuestionario de *Triunfo*. Sus respuestas, bastante claras, compensan (en el marco concreto de la totalidad de la encuesta de *Triunfo*) el intento de nuestros colegas madrileños, aunque sin que esto quiera significar que no hayan sido « recuperadas » por la masa anónima de lectores que han tenido (¡ hemos tenido ! ) la paciencia de leer este juego « recuperador ». En un país donde no existe ninguna libertad para los explotados

Sánchez Montero, Simón

● Es curioso. Casi nadie se autodefine en política como de derechas. Lo más corriente en los hombres de derechas es presentarse como lo contrario de lo que en realidad son.

● El que, dentro de un amplio abanico político, ideológico, táctico y también social, trata, de verdad, con la palabra y con la acción, de cambiar o de reformar profundamente el mundo actual será para mí un hombre de izquierdas.

● Dentro de ese abanico habrá, por su misma amplitud, grandes diferencias: desde el burgués que aspira sinceramente a mejorar el sistema capitalista sin acabar con él, hasta el revolucionario para el cual la única solución está en la desaparición total del sistema.

● Será un hombre de derechas, en mi concepto, el que pese a las plumas con que se adorne, a la fraseología izquierdista, socialista o revolucionaria que utilice trabaja, de hecho, por el mantenimiento y reforzamiento de lo actual, aunque trate de blanquearlo para que « cuele » mejor.

y oprimidos, en donde no existe lo que podíamos llamar « normal » libertad de expresión, afirmar: « Las diferencias son, pues, muy profundas. Pero en situaciones excepcionales será necesario y posible un entendimiento circunstancial, sobre objetivos concretos,

3. Véase en este mismo número, p. 3.



entre izquierdas y derechas. España, hoy, vive una de esas situaciones», afirmar tales cosas, repito, solamente es incrementar el caos que nos impone la clase dirigente. ¿Por qué no comenzar de una vez por un entendimiento entre las organizaciones obreras, entre los sectores de la clase obrera organizada, para después, circunstancialmente, entenderse con « algunos » (no todos, por supuesto) sectores de la derecha, en lucha irreconciliable por el poder?

Cierra la encuesta Enrique Tierno Galván quien, de entrada, se autodefine en la izquierda. El profesor Tierno Galván se esfuerza en sistematizar y sintetizar lo que, en su opinión, define la « condición del izquierdista », insistiendo en las « cualidades morales » de los ejemplares de la izquierda. En sus respuestas no encontramos (ya que habla un socialista) ningún punto válido de referencia para digerir, discutir, criticar su pensamiento y sus opiniones. Tierno, profesor de profesión, político en activo, maneja espléndidamente los términos hasta llegar a una ambigüedad prácticamente indescifrable. Tierno parece que reduce la lucha por el socialismo a las maniobras maquiavélicas de un manojo de socialistas que, individualizados, deben caracterizarse por los elementos y condiciones que él dice expresamente en *Triunfo*. Político en activo, antifranquista, socialista, prescinde en su análisis de la dimensión organizativa de la lucha, de sus aparatos, instrumentos operativos (en los que personalmente buscaría las cualidades que Tierno apunta; mucho mejor, indiscutiblemente mejor, si también las podemos hallar en todos y cada uno de los militantes); Tierno no dice una palabra sobre las organizaciones, a no ser que cuando utiliza la « izquierda » hayamos de leer la organización (lo que en este caso no es así). De sus declaraciones podría deducir que la izquierda es un todo armónico, unido, con órganos unitarios, ejemplares, y que lo que sólo nos resta para tomar el poder es que los « izquierdistas » (según dice) se doten individualmente del mosaico celestial de las cualidades que especifica.

Y, frente a la izquierda, detecta « conservadores » al lado de un reducidísimo grupo de

Tierno Galván, Enrique

● El derechista es una persona que contradice la moral.

● A mi juicio, hay pocos derechistas: lo que realmente abunda y lo que se debe contraponer a izquierdista es conservador.

● Las cualidades que pediría al conservador serían:

a) Que no sólo sea tolerante con las opiniones, sino también con los actos, aunque los actos perjudiquen sus intereses de clase.

b) Que en cuanto pertenezca al proletariado político porque « las derechas » no le dejen participar en las decisiones del poder, se solidarice con los demás proletarios políticos, aunque pertenezcan al « proletariado de la miseria ».

c) Que comprenda que moralmente sólo puede entenderse con las izquierdas. Que con las derechas sólo puede entenderse desde los intereses, pero que en el orden moral siempre les separa un abismo.

d) Que mantenga sus prejuicios como prejuicios de grupo, pero que no pretenda convertirlos en prejuicios universales. Esto sería pasarse a las derechas, sus enemigos naturales.

● En resumen, que los conservadores españoles admitan que son compatibles con la democracia.

« derechistas ». Tal grupito « derechista », según se deduce, parece es quien hoy está en el poder.



Montaje que, en su desarrollo « lógico », se deduce, lleva a afirmar que los « derechistas » (los que están en el poder) son, como dice Tierno, los « enemigos naturales » de los « conservadores ».

¿ Apunta Tierno a una alianza de socialistas (!) y conservadores, base de una « nueva democracia » basada sobre una fórmula centro-derecha ? ¿ Terminarán todos dándose la mano : los señores Fraga, Ruiz Gallardón, Silva, Calvo Serer, príncipe, con estos « izquierdistas » ?

Posiblemente no he tenido la capacidad de « saber » leer las declaraciones de Tierno, el sentido subyacente de las mismas, el momento en que las hizo, la « alta política » a que responden... Seguramente he deformado, con mi interpretación, la esencia de su pensamiento. Seguramente mi anterior definición del *Régimen 1971* es una pura y simple provocación ; una pura y simple « porno-provocación », como diría el señor Ruiz Gallardón. A no ser que los colegas de *Triunfo* hayan alterado el texto, cosa que no creo ya que es sumamente difícil y arduo llegar a una perfección tan cabalística y mixtificadora de una problemática que nos parece no tan complicada.

La encuesta viene inaugurada por una « lección magistral » de Raúl Morodo, de interés académico, de poco interés para aquellos que, día a día, luchan por el tránsito al socialismo en las nacionalidades peninsulares. Sibilinamente termina Morodo con una frase oída en uno de esos banquetes de moda que, con cierta frecuencia, se vienen sucediendo en Madrid a iniciativa del joven señor Gavilanes : « Yo siempre he sido de derecha, y ahora, sin moverme, ya no estoy en el mismo sitio. » Morodo, en lugar de dejar en el aire tan difícil crucigrama podía, desde sus cuarteles universitarios, haber dado fe que en la historia de la lucha de clases, las pequeñas discrepancias de los grupos explotadores y sectores burgueses que forman la clase dominante cierran fuertemente las filas en defensa de sus intereses de clase en los momentos amenazadores de los grandes combates de la clase obrera y sus aliados.

¿ Por qué no definir las « izquierdas » y las

« derechas » a partir de un análisis de clase ? Porque de una u otra manera este método de aproximación al estudio de la actual realidad política en las nacionalidades ibéricas no interesa, en forma alguna, a los que objetivamente van definiéndose como cómplices de la perpetuación franquista, del *Régimen 1971*. Son todos esos que, desligados completamente de las masas, se han deslumbrado tras observar el « pastel » y calcular (« posibilidades ») lo que pueda dar de sí el « presupuesto » (extraído tras una sistemática explotación de la clase obrera y de una sistemática explotación de las nacionalidades peninsulares). Evidentemente, en tales circunstancias sólo es rentable la intoxicación y la mixtificación más flagrante. La clase obrera y sus aliados, sin duda alguna, llegarán a descubrir claramente quiénes son sus verdaderos enemigos, actuales y potenciales. Llegará a ver con toda claridad que un antiguo explotador, aun disfrazado con máscaras muy rojas, lo único que pretende es seguir siendo explotador, aunque sea de segundo orden. La clase obrera organizada y sus aliados objetivos desenmascararán, un día, a todos aquellos que solamente apostaron a las « posibilidades » que permite el señor Franco, el señor López Rodó, el almirante Carrero Blanco y el ejército al servicio de la clase explotadora.

¿ Por qué los entrevistados de *Triunfo* no han hecho referencia (y aquí sí que se justifica el cabilismo) al franquismo, al capitalismo, al imperialismo, a la opresión nacional ? ¿ Por qué no han abordado críticamente la realidad socioeconómica de la península ? ¿ Por qué no han intentado definir « izquierdas » y « derechas » partiendo de tales puntos de referencia ?

Que izquierda y derecha sean conceptos cambiantes, cierto. De la misma manera que es cambiante la estructura social de un país y su estructura económica, sociocultural, etc. Pero mientras existan clases sociales, mientras haya lucha de clases, habrá izquierdas y derechas. (Cuando comento, no es preciso decirlo, me refiero concretamente al marco en el que se desarrollan las encuestas de *Triunfo*, a la España de hoy, actual).

¿ A qué sonará todo este verbalismo si



alguna vez es leído por esa clase obrera organizada que hace huelga, se manifiesta, lucha en fábricas, lucha con un programa reivindicativo difícilmente despolitizable en la España franquista, en el *Régimen 1971*, durante el postfranquismo; mucho más difícil quizás durante la realización de un *objetivo intermedio* democrático; mucho más en el tránsito al socialismo? ¿A qué sonará todo este verbalismo al ser leído por el movimiento estudiantil que lucha; al ser ojeado por los que reivindican la totalidad de todos los derechos inherentes a sus etnias nacionales, a los que combaten por la consecución e implantación de un nacionalismo popular en el marco de un Estado español socialista? ¿Será posible que tales palabreras no irriten a las organizaciones de izquierda? ¿Será posible que este descaro en unos, *tacticismo* (estrategia diría) en otros, hagan dudar a nuestros más conscientes luchadores? ¿Terminará su vida Rodolfo Llopis reencarnando el «caballerismo» ante la carrera al socialismo (*sic*) que observamos en el ruedo ibérico? Porque el «culto a la personalidad» ya ha comenzado entre los neosocialistas de cancillerías. En *Cuadernos para el diálogo* n.º 91, Carlos Zayas da riendas sueltas a su entusiasmo ante el líder de la IIª, W. Brandt, tras lamentar (*sic*) el abandono que de aquélla hizo Salvador Allende, y afirma rotundamente (imaginando tiempos mejores... ¿para quién?...): «Es la ambición de Brandt y de la Segunda Internacional hacer con todas estas líneas de acción política un «modelo europeo» de sociedad, que pueda ofrecerse al mundo en competencia pacífica con el «modelo americano» y los «modelos soviético» o «chino». Para ello es importante que su partido, el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), gane también las próximas elecciones generales alemanas de 1973. Sólo así dispondrá del margen de unos años para alinear la República Federal Alemana con las realizaciones de los países europeos donde la socialdemocracia ha dejado ya para siempre una huella imborrable.»

Magnífico, perfecto, extraordinario jardín de rosas, de «huellas imborrables». ¿Y el proletariado alemán, belga, holandés, italiano,

etc.? ¿Y la OTAN? ¿Y las traiciones sistémicas de los dirigentes socialdemócratas contra sus bases obreras? ¿Y las alianzas con el imperialismo? ¿La participación en la sangría colonial e imperialista?, etc.

Hoy día ante los explotados se presentan cuatro frentes de lucha, inseparables: antifranquismo, anticapitalismo, antimperialismo y combate contra la opresión nacional. ¿Por qué no definir izquierdas y derechas en relación a estos frentes fuertemente conexos y relacionados?

Objetivos fundamentales a la hora de abordar la acción conjunta, también nos definirán «automáticamente» las derechas y las izquierdas; tras el análisis de la naturaleza del Estado burgués las conclusiones inmediatas: ir debilitándolo sistemáticamente hasta *liquidarlo* totalmente, lo que no dejará en pie el engranaje de su sistema represivo: policía, ejército al servicio del poder monopolista, legislación burguesa, etc. (¿Verdad que es sumamente revelador que sea precisamente una «milicia popular» la guardia personal del actual presidente de Chile, cuya disolución ya es pedida a gritos por los democristianos? La transición al socialismo en Chile se dota de instrumentos populares, afortunadamente, que, esperamos, paulatinamente surgirán por todo el país. Lo que nos hace sospechar que se va hacia los *objetivos finales* sin vacilación pero también sin apresuramiento suicida.)

Otro objetivo fundamental que también ayuda, facilita, sitúa a derechas e izquierdas es el económico. ¿Se está o no dispuesto a nacionalizar, a devolver a la clase trabajadora todos los bienes de producción, hoy en apropiación indebida? Claro está que es imposible que los que se apropiaron indebidamente de tales bienes, crearon un cuerpo legal para «legalizar» tal apropiación indebida (robo), crearon un Estado que se identifica con sus intereses, lo dotaron de unos instrumentos represivos, alimentaron presupuestariamente a un ejército de clase, vendieron al país al imperialismo, fundamentalmente norteamericano, succionaron y aplastaron a las etnias nacionales (conde de Motrico-Cheese Manhattan, etc.), torturaron, explotaron, encarcelaron, asesinaron, saquearon al pueblo traba-



jador, es imposible, claro está, que acepten situarse en la « derecha » porque ello traería inmediatamente a la « izquierda ». Claro está que no devolverán ellos nada, pero, tarde o temprano, la clase obrera organizada lo arrebatará en el salto final. (Este último y entusiasta « pensamiento » es de izquierda. No sé. Después de leer *Triunfo* sufro de la dolorosa duda...)

Ser de izquierda es, para el marxista, ser *marxista*. Porque si el marxista no es marxista, se corre el riesgo (cf *Triunfo*, n° citado) de no saber cuál es, incluso, la mano izquierda y la mano derecha (por favor, no se me interprete « evangélicamente »). Ser de izquierda es luchar con la clase proletaria para evitar que los que se autocalifican de socialistas, marxistas, etc., no caigan en la trampa (estoy convencido que caen conscientemente, intoxicando claro) de hacer brillantísimos análisis « pornoburgueses » de la historia y de la sociedad, para finalizar obteniendo el premio de prestidigitador en cualquier aldehuela perdida de la recia Castilla.

Ser de izquierda en la península significa también potenciar nuevas formas de lucha sindical que, a nivel organizativo, seguramente nos definirán un sindicalismo más político (y no estoy defendiendo el viejo sindicalismo revolucionario), en donde la combinación de todas las formas de lucha posible concreticen organizativamente el nivel superior del combate, sin agotar, por ello, las tareas propias del, también, partido (o partidos) revolucionario. Cosa que parece ser adecuada a nuestras condiciones objetivas, y facilitada con la riqueza histórica de las luchas obreras en los países industriales. (Pero algunos que se califican de socialistas apuestan por el modelo clásico, integrado, dócil a los equipos socialdemócratas hoy en el poder...)

Ser de izquierda, a mi entender, también expresa, para algunos, en España trabajar en la construcción de un partido (o partidos) revolucionario, funcionando con los mecanismos del centralismo democrático, instrumento indispensable para que la clase obrera y sus aliados logren asaltar con éxito el actual poder burgués. (Punto éste muy lejano de las mentes de los encuestados por

*Triunfo*, aunque seguramente habría alguna excepción.) Y en tal perspectiva, establecer *prioritariamente* alianzas en el interior de la clase trabajadora en base a la *unidad*, y no dar prioridad a alianzas con elementos antagónicos e irreconciliables (sobre todo con aquellos, la mayoría, que juegan a la izquierda desde sus cuarteles de la derecha...)

Ser de izquierda es hacer la revolución. Construir la en el tiempo por venir que deberá ser *tiempo de resistencia activa*. Movilizar a las masas, ofensivamente. Hacerlas descubrir nítidamente el *objetivo final* y el *enemigo*, mediato e inmediato. Hacerlas luchar organizadamente hasta la lucha final. Proceso en el que las masas proletarizadas observarán cómo las aguas vuelven a sus cauces; cómo los intereses de clase agruparán desesperadamente a sus intereses; cómo la complicada estructuración social de una sociedad moderna, realizadas las necesarias alianzas, se desenmarañará por fin.

Los imanes de la integración pesan en las sociedades de consumo. El « posibilismo », la táctica, han minado considerablemente el campo de la izquierda. (No olvidemos que la derecha está en el poder.) La atomización y proliferación de grupúsculos es un fenómeno estrechamente ligado al izquierdismo (según Lenin y no según Tierno) de orígenes fundamentalmente estudiantiles (personalmente no acepto la crítica de los Partidos Comunistas ante el fenómeno). El desarrollismo ha atraído, cual pulpo implacable, a una serie de elementos que hace pocos años, incluso meses, eran militantes revolucionarios de primera línea. Los ha absorbido. (Ellos dicen para actuar desde dentro.) Se busca por algunos ex, de manera desesperada, las 50, 70 u 80 000 pesetas al mes; ingresan en el gremio de los « infiltrados » (dicen); asisten a los seminarios (ya sin obreros) en donde se discute todo el arsenal de textos marxistas, se elige un mesías de turno, y entre whisky y jerez, la tertulia se va radicalizando hasta el punto (representación) de que va a explotar. Se calzan los atributos neoproletarios y « provos » (pelo largo, quevedos, botas; se arroja el sostén porque es



un símbolo de opresión de la mujer), se da paso a la sesión de comunicación sexual; se llega casi al éxtasis colectivo: se grita revolución mientras suenan los cantos tupa-  
maros; se critica a todas las organizaciones obreras y estudiantiles habidas y por haber; se pasa a galope por todas las luchas (actuales) en fábricas, universidades... etc. Se termina hablando (siempre) del verano en Nepal o de la escapada a Ibiza. Y emborrachados (de lo que sea), casi llorosos, se jura solemnemente ser obrerista al tiempo que se insiste (reprimidamente) en la función de un orgasmo idealizado. Y a final de mes (en la administración pública, en la industria privada, en los servicios técnicos o de « estudio », en la ventanilla de pago de no sé qué editoriales) religiosamente se asiste a retirar el sobre con las 50, 60, 70 u 80 000 pesetas o, incluso, las 25 000.

Para no perder el « contacto » (con la realidad) se analiza la realidad (sobre todo, las « condiciones objetivas »). Y aquí surge lo imaginado: se convierten en « teóricos ». Pero la aceptación de la integración (utilización, dicen) en el sistema impone sus condiciones a los « exmilitantes revolucionarios » en cuestión: posibilismo, lenguaje cabalístico que no entiende ni dios (únicamente el gremio propio), tacticismo a ultranza, tecnicismo irritante, academicismo pestilente. En suma: caen presas de la vil censura, de la exigentísima autocensura. ¿Qué ocurre? La vida transcurre (no sin fuertes contradicciones personales, pues son incapaces de aceptar jugar un papel que no sea de « gran teórico », de « gran dirigente », de « gran profeta », de Lenin-Trotsky-Stalin-Mao-Che-Fidel-Allende-Patricio Lumumba-Cleaver y sus derivaciones de cátedra). La vida transcurre cubierta bajo el engañoso velo de la ineficaz conspiración de playa. Se deforma el lenguaje, se deforma el pensamiento, se deforma la existencia en una necesaria (innecesaria, podría ser) justificación cotidiana y en una malísima conciencia que les hace vigilantes cuando el viento sopla la nostalgia de sus tiempos pasados

(universidad, cárcel posiblemente, seminarios con ¡obreros! educandos, instrucciones y órdenes, dirección, tiempos, sin duda, mejores).

Se deforma la vida. (Las grandes contradicciones y torturas personales no se alejan nunca.) Porque la vida, sin acción, de tales ex, acaba siendo la abstracción del debate etéreo, de la adoración al *II Manifiesto*, por ejemplo, sin conocer a Marx, Engels, Pestaña, Iglesias, Lenin, etc.; termina siendo la abstracción de la acalorada discusión sobre el rítmico coito a cuatro extremidades; en el baño tonificador, promiscuo, desnudos (símbolo liberador) en cualquier cala desierta de Baleares; termina siendo la abstracción de la polémica que gira en torno a la educación de los hijos (porque de vez en cuando caen en tal error pequeño burgués): si el colegio piloto X, si la escuela vanguardista Z, si el centro de experimentación U..., al fin y al cabo todos son dirigidos por la vanguardia (¡oh manitú!) revolucionaria (generalmente son dirigidos por las mujeres de ex, accesibles sólo a presupuestos familiares (!) « pilotos »).

El caos sigue fielmente su curso.

La derecha en el poder y sus aliados objetivos, mientras tanto, preparan el futuro. Ponen a pleno rendimiento todo su dispositivo. Para evitar fisuras. Para integrar lo más y más posible. Para seguir succionando sin cesar a la clase trabajadora de las nacionalidades peninsulares. La clase que combate. La clase que necesita una *unidad* en su interior para forcejear, atacar, debilitar, destruir el actual sistema capitalista y el actual aparato represivo del Estado. La clase, en suma, que parece no existir para la mayoría de los prohombres del Régimen encuestados por *Triunfo*. La clase que liquidará políticamente a todos sus enemigos y explotadores, camuflados o descubiertos. La clase que zanjará definitivamente el caos.

Junio de 1971



## Coplas del almirante

Tímonel morrocotudo  
Entre trancas y barrancos,  
Un marino muy tozudo  
Será un sucesor de Franco.

Le llaman carnero blanco  
Por otro nombre, el cejudo ;  
Despacha desde su estanco  
Patriotismo corajudo.

Su programa es pistonudo  
Y digno de un pueblo blanco :  
Una estaca con cien nudos  
Y una galera con bancos.

Quiere un pueblo sordo y mudo  
Ciego, cojo, bobo y manco.  
Que se trague sapos crudos  
Y vea lo negro, blanco.

Almirante fiero y rudo  
« Sin navegar no embarranco »  
Es el lema del escudo  
De don Luis Carrero Blanco.

Anónimo  
Diciembre de 1970



## Para una antología de la "Pornorreligion"

« A Monseñor habría que colgarlo por los cojones. »

Palabras del canónigo vitoriano don Luis Miner referentes a monseñor Mateo Múgica, no firmante de la carta colectiva del episcopado español sobre la Cruzada, dirigiéndose a un grupo de fieles.



## Ultimo capítulo especialmente escrito para la edición española de este libro \*

Felipe Trigo, uno de los escritores más considerables a mi juicio de las letras españolas modernas, denunció ya, a lo largo de una obra hoy ignorada del público porque durante largos años prohibida, una grave situación de **miseria** en la vida sexual española.

Algo, en las costumbres eróticas y sexuales de la sociedad española, irritaba profundamente al doctor Trigo, médico, socialista y utopista de gran interés en un libro como **Socialismo individualista**, y ensayista y polemista profundo en otro como **El amor en la vida y en los libros**.

Primero que nadie en España y **al mismo tiempo** que otros como Wilhelm Reich en otros puntos de Europa, Trigo vio la íntima ligazón entre la miseria sexual, la miseria filosófica y la miseria social. En los tiempos de Trigo esa triple miseria podía aún ser o no ser objeto de estudio, especulación, denuncia y por lo tanto, motor de una acción destinada a eliminarla.

En tiempos de Trigo **había libertad** o, por lo menos, había bastante libertad.

Trigo vio, y denunció en su obra, que la miseria sexual del país (ese aspecto era el que le interesaba más particularmente a él) era el resultado, agobiante para todos, de la ideología y de las costumbres de la clase dominante. En Trigo, en la novelística de Trigo —al revés de lo que sucede en otros escritores con los que se le emparejó, los Zamacois o los Hoyos y Vincent— esa clase dominante no es la aristocracia sino la burguesía.

La burguesía y la clase media son el objeto del interés de Trigo (como de Pío Baroja) que piensa que la miseria y torpeza productoras de neurosis en serie que carac-

terizan la vida y costumbres sexuales de esa clase, envenenan a todo el país. La crítica estetizante acusó a Trigo de estar mirando a la sociedad no con ojos de poeta sino con « ojo clínico » y hubo quien asumió reproches sobre el estilo de Trigo estimándolo más « científico » que literario.

Hoy vemos esas cosas de la literatura de otro modo y precisamente en el « estilo » o, mejor, en la « ausencia de estilo » de Felipe Trigo, consideramos el modelo de una prosa profundamente eficaz. En su obra las palabras no se acumulan y suceden para hacer bonito. Tampoco están al servicio directo de determinada propaganda profiláctica o política, a las órdenes de un comité central o al servicio de normas escleróticas de literatura social. La obra de Trigo parte de la soledad lúcida del escritor en la urbe dirigiendo a una masa anónima, para la cual el libro es un objeto más de consumo, la expresión de un saber que en su caso y en las condiciones españolas de ayer y de hoy tiene características subversivas.

Desde el punto de vista que en este libro se enfoca, el triunfo de Franco en la guerra civil española significó la imposición por la fuerza, en forma de MORAL OFICIAL, de las taras y miserias que en tiempos de Trigo podían aún ser objeto de discusión y denuncia.

\* Xavier Domingo : **Erótica española**. Introducción. La culpa. El castigo. Moros y cristianos. El mejor cliente de la Celestina. Varón de dolores. **Carajicomedia**. **La Celestina**. Un renacentista español. Don Juan. ¡ Oh ! Toque delicado. Diablos enamorados. El caballo raptor. Ultimo capítulo especialmente escrito para la edición española de este libro. Apéndices. Este libro de 450 páginas, ilustradas con documentos del arte y del folklore erótico español de todos los tiempos, será publicado en breve por Ediciones Ruedo ibérico, París.



Cuando, por ejemplo, Trigo denunciaba la alienación completa de la mujer española y preconizaba su derecho a la libertad sexual añadiendo que esa liberación sexual pasaba por su liberación social y que a partir de ese punto se podría pensar en una revolución social en España, escandalizaba e incurría en las histéricas iras conjuntas del clero y del pobre Unamuno. Pero ejercía un derecho en aquella época reconocido al ciudadano español: el de la libertad de expresar su pensamiento.CRETINOS redomados o virtuosos de la pluma podían desprestigiarle reduciéndolo a la categoría infamante de autor de « novelas verdes », de « literato populachero », pero los cancerberos de la burguesía — como Unamuno — aún no podían privar de pan y de libertad, con ayuda de la policía, a un Felipe Trigo.

La victoria de Franco y el aplastamiento de la revolución española les dio esa posibilidad. De hecho, se levantaron detrás de Franco para tener esa posibilidad. Mataron a mucha gente para poder ejercerla y aún mataron a más cuando la pudieron ejercer.

Ciertamente, « las cosas han cambiado » en España. Pero los treinta años de tiránica imposición de una MORAL OFICIAL hecha de opresión y explotación capitalistas y de neurosis represivas producto de la miseria sexual de la clase dominante no se borrarán así como así y mucho menos porque un ministro más o menos habilidoso convenga en una muy relativa tolerancia.

En la memoria de todos está aún fresco lo que hemos soportado en materia de MISERIA SEXUAL en España. No ignoramos que aquellos preceptos de indumentaria playera que nos ridiculizaron ante el mundo durante años, y que los dineros del turismo borraron, iban unidos a una extensión de la prostitución en todas las ciudades de España que alcanzó proporciones desco-

nocidas hasta entonces. Los mismos moralistas — policías y curas estrechamente unidos — que perseguían no ya con sermones o advertencias sino llevando real y físicamente a la comisaría a las parejas de novios que se daban el brazo, toleraban y fomentaban el más desgarrado lenocinio a escala de barrios enteros en todas las ciudades de España. Había materia prima. Mucha hambre y poco trabajo. Mucho hombre muerto o en la cárcel.

Muchas de esas cosas han desaparecido pero esa comprobación no puede ser en ningún modo satisfactoria.

No nos engañemos o, mejor, no nos dejemos engañar. NADA ha cambiado en realidad. Bajo la leve capa de erotismo de consumo que se nos sirve la sociedad española sigue incrustada en su secular ostracismo y persevera fervorosamente en sus fantasmas, en sus terrores y en su repugnante miseria sexual.

Comprendamos que si un escritor como Felipe Trigo sigue siendo vigente, si seguimos viendo retratada a la sociedad española en sus libros, no sólo es debido a sus méritos de observador sino a que seguimos siendo víctimas de las mismas enfermedades que hace 50 años.

Ese no es el caso en otros países. En todas partes cuencen habas seguramente, pero en algunos sitios les ponen morcilla. Además, ese refrán reaccionario tiene su vuelta de hoja. Si en todas partes cuencen habas, ¿ por qué en España no cocemos nada ? Quiero decir por ahí, en ese último capítulo del libro, que no existe un « erotismo español » con características metafísicas y una dimensión eterna. Si hay — y la hay — una manera de ser erótica específica en España, ella está hecha de circunstancias ajenas a su voluntad o de circunstancias atenuantes. En ningún caso puede ser motivo de un especial orgullo y menos que nunca hoy.



Circunstancias, o sea, cosas concretas. Por ejemplo, somos uno de los escasos países del mundo —quizás el único en Europa— en donde el divorcio no existe.

Peor aún, somos un país en el que ni siquiera en los medios de la oposición, bastante considerables en su curiosa condición de « mayoría silenciosa », se plantea esa cuestión del divorcio porque se la considera quizás no como algo básico sino como una especie de lujo sibarítico para gentes ultrarrefinadas de países que situamos mentalmente casi en otros planetas. Es muy posible que la cosa sea aún más grave. Es muy posible que muchas personas que se dicen partidarias de una España si no revolucionaria por lo menos democrática o republicana no sean en realidad partidarias del divorcio y sigan aferradas a la vieja, reaccionaria y ferozmente capitalista idea de la indisolubilidad de la familia « cristiana ».

Citamos el caso del divorcio porque nos parece que es el más vergonzosamente evidente y uno de los más traumatizantes en la realidad social.

Se trata, en realidad, del derecho inalienable de la mujer a disponer de su cuerpo cuándo quiera y con quién quiera sin que ninguna consideración de tipo social, moral o familiar venga a suponer un obstáculo o la ocasión de un trauma síquico. En realidad, ninguna consideración de tipo **político**. La España del siglo XX es, entre otras cosas, una demostración palpable de cómo la clase dominante impone al país la totalidad de su propia « miseria ». La palabra « miseria » es empleada aquí en el sentido marxista de « miseria de la filosofía ».

El ideario imperante en España sobre el matrimonio, el amor, la familia, el sexo, etc., es parte integrante del ideario político general de esa clase dominante, que en sus contradicciones internas va desde la extrema derecha más cerril a un libera-

lismo republicano de buen tono o hasta un criptocomunismo de tipo estaliniano que permite la confluencia de una pequeña parte del marxismo con aspectos relativamente liberales de la burguesía, católica o no.

Todas esas tendencias se manifiestan hoy en múltiples publicaciones de libros o periódicos a veces clandestinas pero a menudo permitidas. Nunca vi que ninguna de ellas asumiera reivindicaciones que tocaran ni de cerca ni de lejos el problema de la supresión de la miseria sexual, ni siquiera en sus aspectos más inmediatamente necesarios como la cuestión del divorcio, la cuestión del aborto o la de la venta libre de todo tipo de anticonceptivos, la cuestión también de la minoría de edad sexual en las mujeres (¡ el viejo tabú de la virginidad !).

Por una curiosa mecánica de autodefensa, los partidarios del **statu quo** en ese sentido, esgrimen el Amor (de repente con mayúscula), su pureza y sus misterios, en cuanto se expone ese derecho de la mujer a cambiar de hombre cuándo y cómo quiera. Libertad y amor parecen ser para ellos términos radicalmente opuestos.

En caso de que lo fueran, diríamos « tanto peor para el amor y viva la libertad ». Y es cierto que el amor en tanto que hecho de **cultura**, es decir, en tanto que sentimiento que ha dado lugar a toda una literatura de la que hemos expuesto en este libro abundantes muestras, está también hecho de alienación y de represión. Sigmund Freud lo señaló con lucidez implacable. Pero, precisamente, ¿ y si simplemente con una serie de disposiciones jurídicas y de convenciones sociales nuevas el amor se liberara de su contexto represivo ? ¿ Qué tendríamos que lamentar ? ¿ La desaparición de la poesía amorosa ? ¿ La desaparición del cine erótico ? ¿ El arrinconamiento en el armario de los trastos viejos del



mito de la Mujer? ¡Y qué! Admirable de sensatez, Felipe Trigo estimaba ya que valía mejor que el amor estuviera más en la vida y menos en los libros.

Pero el amor, en tanto que hecho de cultura, el amor en los libros como decía Trigo, el amor como fenómeno de sublimación como estimaba Freud, constituye para la clase dominante creadora de esa cultura y fautora de esa sublimación, **un factor de estabilidad**. Que repercute no sólo en la economía de las ideas de la clase dominante sino en la economía sin más. Véase a Engels en este sentido. No conviene que el amor deje de ser un problema social. No conviene a la clase que domina políticamente, aunque muchos de los individuos de esa misma clase sean víctimas y hasta las primeras víctimas en el terreno de la salud síquica y hasta física —sicosomática en realidad— de su propio terror a perder una preeminencia represiva. Gente liberal y hasta gente comunista puede ser y ha sido de hecho, en este sentido, tremendamente reaccionaria.

No hay oposición entre Marx y entre Freud, pero el encuentro de ambos se efectúa en los más radicales límites de su análisis respectivo.

Pero parece evidente que la plena explotación por el hombre de las enormes posibilidades de felicidad cotidiana que podrían procurarle todos los recursos sexuales descubiertos por Freud en él y que aparecen en cuanto nace, sólo podría ser hecha en un contexto social industrializado y en el que hubieran desaparecido las actuales condiciones de explotación del hombre en provecho del capital.

Y es que el amor en tanto que cultura y la cultura en tanto que fenómeno de sublimación también forman parte de esa « inmensa acumulación de mercancías » que para Marx es, « a primera vista », « la riqueza burguesa ».

Hay que reconocer que en este sentido la « riqueza burguesa » española es admirablemente miserable. Razón de más para despreciarla a fondo.

No contenta con ejercer una represión feroz contra el propio amor —que es lo propio de toda clase dominante— la burguesía española ha aplastado la propia sublimación en cultura, de esas sus propias frustraciones amorosas, de esa su « miseria ».

Y el franquismo, haciendo eso, ha dado origen a un fenómeno curioso y lamentable de amputación: **una cultura afásica**. Una especie de anticultura. Aquel gamberro que gritó « ¡Muera la cultura! » sabía lo que decía. Hay que volver rápidamente a Freud si se quiere reconocer y curar lo que en España viene siendo ya una cuestión de « urgencia nacional ». Por lo menos en el terreno de la cultura. Por lo menos para esa afasia. Pronto, ¡libertad de expresión y que cada uno se libere de sus fantasmas! ¡Que haya literatura y cine eróticos, que haya venta libre de pornografía!

He aquí otro aspecto de la « delincuencia » en España hoy. La pornografía. La clase dominante atenta ahí contra su propia libertad de comercio reprimiendo la libertad de expresión en uno de esos dominios que los burgueses inteligentes de otros países prefieren explotar sabiendo que en el fondo se trata de formas populares de cultura, o sea, de meras sublimaciones, de frustraciones debidas a lo que hay que mantener a toda costa: el nudo familiar sobre el que se asienta el Estado.

Naturalmente, admitir que la sacrosanta familia española pueda ser segregadora de sueños y pesadillas de inmunda pornografía resulta duro. De la sacrosanta familia española sólo pueden salir ciudadanos castos y partidarios del orden. De ahí no sale pornografía. De ahí sale Opus Dei. Y



si sale pornografía, ¡a la cárcel! El Opus también es una cárcel, claro. Pero con dinero. Con televisión. Y con poder. El Opus es la cárcel en el poder y el poder en la cárcel. Y quien dice cárcel dice masturbación y toda clase de prostituciones y perversiones homosexuales. Familia. Y a propósito de homosexuales. Según observadores del país, España es su paraíso. Sería incluso uno de los dos medios mejores —el otro es ser del Opus— para progresar en la escala social española, a decir de ciertos enterados.

Pero si hay una cierta tolerancia social y aún quizás oficial considerable para el homosexualismo masculino —a pesar de que éste sea completamente vergonzante y no haya producido ningún autoapologista a lo Gide o a lo Genet en España—, la intolerancia más radical se impone así que se trata de homosexualismo femenino o safismo.

Es otro problema: el de las llamadas «minorías eróticas», el de aquellos por quienes «el escándalo llega». Fueron víctima privilegiada de la Santa Inquisición aprobada en eso por los más viles sentimientos del populacho y por el aplauso de los poderosos. Siguen siendo objeto de persecución y de cárcel, sin que sus casos merezcan algo más que sonrisas irónicas de parte de los que gritan —justamente por cierto— contra otras represiones, políticas en especial.

El caso es que ninguno de esos problemas, ninguno de estos hechos ha sido tratado desde el año 1936 para acá, por ninguna pluma española, de una forma no ya «positiva» sino ni tan siquiera objetiva. No es que el sexo haya estado ausente de las letras españolas en los últimos treinta años, sino que su aparición, incluso relativamente abundante, ha surgido siempre de las formas más sórdidas e inhóspitas, gro-

tescas y esperpénticas como si, en medio de lo sórdido y mísero de la vida, los actos y contactos sexuales no fueran lo único bueno y agradable que se puede producir. No, en las letras españolas de la era franquista el sexo habrá sido un elemento más, y aun quizás el más distintivo y eficazmente utilizable, de lo ingrato, de lo irrisorio o de lo mórbido. Lejano triunfo de lo quevedesco.

Salvo en raras excepciones, que por cierto se han producido en la literatura catalana, el amor en los libros es en España desde el año 1936 algo sucio y vil, puesto en práctica por seres infrahumanos en inmundas cloacas. Hacer el amor, en la novela española de los últimos años, no ensalza ni mejora a los protagonistas. Al contrario, los encanalla y los mancha. A menudo, el hecho mismo de que lo hagan viene a ser la prueba de su dudosa condición intelectual o social. Esa especie de realismo-falangista o de realismo-socialista que habrá sido durante largos años el dogma estético inquebrantable de las letras españolas ha sido en su contenido erótico y en su visión sexual del mundo profundamente REACCIONARIO. Claro que no podía ser de otra manera. Si hubiera sido de otra manera no habría podido ser editado. Y no sólo a causa de la censura sino porque no habría encontrado editores.

Pongamos por caso uno de los problemas más graves que se plantean en España en la vida corriente y de cada día: el del aborto. Millares de abortos se producen cada día en España en las condiciones más peligrosas para la salud de las personas que necesitan cortar una gestación no deseada.

Ese problema —que la prensa y las autoridades ignoran totalmente como no sea para actuar de forma policiaca— ha interesado a algunos escritores y existen incluso



algunas novelas en las que el aborto constituye el nudo de la acción.

Se trata de novelas que se pretenden ser de izquierdas, aportadoras de un mensaje dirigido a las conciencias y de una denuncia social.

Y sin embargo, narrando las fenomenales desgracias que ocurren en esas novelas a las chicas que abortan, legitiman toda represión contra el aborto.

Esas novelas se llaman realistas, pero la realidad es que solamente uno de cada diez mil abortos sale mal. La realidad es que el problema del aborto consiste en su ilegalidad y en todo lo que esa ilegalidad encierra de contenido ideológico feudal. La realidad es la historia de una muchacha preñada que aborta y que sale la mar de bien del caso y vuelve a acostarse con su amigo o con otro, pero esa vez utilizando métodos anticoncepcionales racionales. La mejora de esa realidad consistiría en que el aborto lo realizara un médico en una clínica y que fuera gratuito.

Quiere esto decir que cuando se quiere dar a la realidad valor de ejemplo es poco honesto elegir lo que ocurre pocas veces con preferencia a lo que ocurre siempre o casi siempre.

Precisamente, si la « oposición » debe en España inscribir entre las primeras reivindicaciones de su programa, la cuestión del divorcio y la cuestión de la legalidad del aborto es porque es posible hacerlo y realizarlo muy rápidamente ya que legislaciones liberales en estos puntos significarían únicamente el reconocimiento de una

realidad existente y cotidiana aunque viciada por su carácter oculto y clandestino, sometida a un aparato legal tan añejo como reaccionario.

Que la primera víctima de ese aparato represivo leguleyo y policial sea la mujer, debería ser motivo de vergüenza intolerable en nuestro « país de caballeros ».

Que una mujer, así que quiere vivir un poco por su cuenta, se convierta en España en un delincuente ajusticiable nos parece al contrario perfectamente normal. Me parece absurdo albergar el menor optimismo sobre el porvenir de nuestro país si esa mentalidad, abundantemente representada en todos los sectores y tendencias y clases sociales, no cambia rápidamente.

Gritar por los derechos integrales de la mujer española a disponer de su vida y de su cuerpo como mejor le parezca a ella y cuando mejor le parezca me parece ser algo urgentemente necesario.

No ver que la eventualidad de una « vida mejor » para todos, pasa por esa liberación de la mujer, auténtico negro de la sociedad española, es ceguera culpable de colaboración con el enemigo, conservadurismo carca y carpetovetónico cavernicolismo de tarado mental y eso, sea cual sea la etiqueta que a su pecho se cuelgue el energúmeno en cuestión.

Si esa liberación no es exigida y obtenida pronto, España seguirá siendo un país miserable, atrasado y gobernado por curas y por militares de aquí a cien años.



**Daniel Artigues**

# **el opus dei en españa**

**Visión de conjunto de una  
asombrosa aventura : cómo el  
modesto grupo religioso de  
1928 se ha convertido en una  
poderosa organización que ha  
marcado profundamente la  
evolución ideológica y política  
de España después de 1939.**

**Nueva edición corregida y aumentada**

## **Sumario**

**I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra :** 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta de Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. **V. El Opus Dei de 1957 a 1962. La Universidad de Navarra y la ascensión de los tecnócratas :** 1. Reorganización administrativa y marcha hacia una nueva política económica (febrero de 1957-junio de 1959) ; 2. El « nuevo curso económico » y la conquista de la autonomía universitaria (julio de 1959-abril de 1962) ; 3. La crisis de la primavera y el cambio ministerial de 1962. **Conclusión. Apéndices. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.**

256 páginas

30 F



**Editions Ruedo ibérico**

Ayuntamiento de Madrid



**Editions Ruedo ibérico**

**Jesús Ynfante**

**La prodigiosa aventura del**

# **Opus Dei**

**Génesis y desarrollo de la**

## **Santa Mafia**

1. El fundador del Opus Dei. 2. Las bases de reclutamiento. 3. El Opus Dei y la Iglesia católica. 4. El aparato y los efectivos. 5. La mafia tecnocrática. 6. El Opus Dei y la clase dominante española. 7. El fascismo español: la ideología clerical-autoritaria. 8. El imperialismo del Opus Dei. 9. Apéndice 1. El Opus Dei y la izquierda política española. 10. Apéndice 2. Notas sobre **Camino**, el manual del perfecto clerical-autoritario. 11. Apéndice 3. Las obras corporativas de apostolado. 12. Apéndice 4. Las Constituciones del Opus Dei. 13. Anexo. Los socios militantes y simpatizantes del Opus Dei.

546 páginas

48 F



**Manuel Durán**

# **Cuatro poemas**

## **Los disfraces**

Carnaval en agosto salgamos a la calle  
un muchacho inocente disfrazado de espía  
dos espías absurdos vestidos de muchacho  
la vecina de enfrente se ha cambiado el peinado  
hoy es Marilyn o Greta mañana Mrs Burton  
te cambio dos pelucas por esa bella máscara  
Tom Mix rejuvenece vestido de pastora  
una hora ante el espejo recrea a Garibaldi  
a Einstein llegan pocos ser Hitler es más fácil  
lejana y entre sombras pasea Cleopatra  
con las barbas al viento llegan diez Valleinclanes  
ayer sobraban Lincolns el viento se los lleva  
se han ido a San Francisco el Jefferson Airplane  
nos los traerá de vuelta convertidos en Beatles

## **El Burlador**

Là ci darem la mano  
al principio se resistía  
al principio como todas  
bueno casi todas  
se resistía  
después los tres gin and tonic  
empezaron a surtir efecto  
no es más que gaseosa le dijiste



## El eterno retorno

Ayuntamiento de Madrid



### Miss Occasion

y ya frente a frente los tres  
la muchacha semidesnuda cerrará los ojos  
quizá por pudor  
convertida ya en la Cantante Calva  
o bien las pupilas del Día despiden  
una luz demasiado fuerte  
todos acabaráis por calmaros  
y podrá empezar el baile  
mientras lejos se escucha esa música  
el dulce lamentar de dos pastores

### El ángel

Cuatro invisibles hilos  
lo amarran a esa nube  
su sonrisa es más suave  
cuando llega el domingo  
en su bolsa de plumas  
cual canguro divino  
trae mensajes regalos  
dulces para los niños  
por las tardes se duerme  
otra nube lo tapa



# España contemporánea

HUGH THOMAS

## **La guerra civil española**

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

## **El laberinto español.**

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

27 F

MIJAIL KOLTSOV

## **Diario de la guerra de España**

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

## **Falange. Historia del fascismo español**

276 páginas

27 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

## **De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo**

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

## **La estabilidad del latifundismo**

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

## **Los militares y la política en la España contemporánea**

498 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

## **El Opus Dei** (Nueva edición corregida y aumentada.)

256 páginas

30 F

ROBERT G. COLODNY

## **El asedio de Madrid**

304 páginas

83 documentos fotográficos

30 F

FRANZ BORKENAU

## **El reñidero español**

256 páginas

24 F

# Ruedo ibérico



# Don Julián y la «destrucción» de España

1. La última novela de Juan Goytisolo, aunque publicada hace casi un año en México (febrero de 1970), no ha empezado a conocerse en Europa hasta hace relativamente poco. Por su contenido complejo, su técnica poco común, su carácter frecuentemente alusivo y metafórico, por su exigente lectura y hasta por el título, resulta a primera vista una obra desconcertante y de aproximación difícil. *Reivindicación del conde don Julián* es un título extraño y desorientador para los conocedores de la leyenda —o de la historia— a que se alude; y acaso no sea para los otros (el público en general) especialmente publicitario... Todo ello hace temer que esta novela encuentre algunas dificultades para su difusión y conocimiento, y que por unos u otros motivos corra el riesgo de pasar de largo, o de no pasar ante ciertos sectores del público y cierta clase de crítica. Por ello me ha parecido oportuno, necesario, señalar la importancia que esta novela encierra bajo varios aspectos.

A pesar de los reproches que puedan hacerse, a pesar de los reparos que se le puedan poner, hay que convenir en que se trata de uno de los esfuerzos más vigorosos y logrados realizados en nuestra narrativa en busca de su propia renovación; pues no se trata ahora, como en otros casos, de una simple alteración de formas, o de signos, sino por el contrario de la búsqueda de un significado y un sentido interiores nuevos. Lo que prueba que el novelista no se ha encastillado.

Si el libro que le precede inmediatamente (*Señas de identidad*, aparecido cuatro años antes) anunciaba ya, aunque parcialmente, un despegue en relación con la obra novelística anterior, predominantemente neorrealista, ahora con la *Reivindicación* asistimos a un despegue completo, al mismo tiempo que

toda la creación —de antes y de ahora— se funde en un crisol de donde ha salido una obra distinta, trasfigurada, aunque no opuesta —como podría hacerlo creer una estimación superficial y rápida. No creo que sea buen criterio oponer entre sí, como rivales, las diversas obras de un autor. Cuanto más fuerte sea la personalidad de éste, mayor suele resultar su continuidad; de tal modo que las obras más logradas y definitivas son casi siempre *summas*, es decir *totalidades* resultantes de un crecimiento que, en sí mismo, puede ser rápido o lento, brusco o continuado, pero cuyas diversas fases no se anulan entre sí, sino que se superponen. De lo contrario ya no hablaríamos de crecimiento, ni de evolución, sino de mutaciones, de saltos aislados que reflejarían una total inseguridad, una vacilante personalidad en el artista.

A uno de estos estadios de evolución pertenece, a mi juicio, el *Conde don Julián*. Obra de elaboración lenta, durante mucho tiempo soterrada; fruto de cuatro años de trabajo casi exclusivo, con el que se remata toda una fase creadora anterior; resultado de numerosas lecturas, de largos viajes, de acumuladas reflexiones; obra de «uno de cultura» por encima del novelista y del narrador. Si quisiéramos encontrarle un antecedente en nuestra narrativa actual, podríamos aventurar acaso el nombre de Martín Santos. Pero la novela de éste —resultado igualmente de una elaboración lenta, larga y dolorida— constituye un fruto señero y único, sin más antecedentes ni consecuentes que el silencio —palabra clave que aparece en el título. De ahí quizá los defectos técnicos de esa novela única; su desorden y patente inexperiencia. Y esto sin tener en cuenta que la novela de Martín Santos, con su localismo



madrileño y sus problemas anclados en los años cincuenta, resulta más circunscrita a lugar y tiempo que la última novela de Goytisolo, muy rigurosa técnicamente, y de una extensión interna que abarca los problemas generales de la llamada « España eterna », o mejor dicho de una de las « Españas eternas ». En vez de movernos al nivel de la realidad histórica cotidiana, entramos en el terreno de los mitos y leyendas, o sea de las suprarrealidades. Contra los clichés literarios e históricos; contra los convencionalismos celosamente cultivados y transmitidos de generación en generación, el autor opone una tarea obstinada de demistificación, o sea de demolición. Pero esta demolición es a la vez destructora y creadora, pues destruir lo que falsea, lo que aliena o lo que oprime es un acto de liberación, es decir de creación. Esto es visible sobre todo en lo que atañe el lenguaje, pues el mismo instrumento lingüístico de que se valen los mitos, las convenciones, el condicionamiento mental, le ha de servir al autor para destruirlos, pues sobre no disponer de otro, tampoco puede, por sí solo, ni modificarlo ni crear otro distinto. El no haberlo creído siempre así — o el no haberlo tenido suficientemente en cuenta — constituye el principal reproche que, a mi juicio, podría hacerse al libro, como veremos más adelante.

2. Goytisolo retrotrae la acción de su novela hasta los tiempos de origen, tomando pie en la leyenda que preside, como signo astrológico, nuestro nacimiento, forjando durante siglos la « Reconquista ». Es decir, de *recuperación* de una entidad perdida, lo cual ya falseaba la cuestión, puesto que no se puede recobrar algo que prácticamente no existía... Veamos los hechos: Allá por los principios de la octava centuria de nuestra era, la monarquía visigoda que gobernaba a España, sucumbía en una sola batalla ante el asalto de unos pocos cuerpos de ejército de árabes o « moros » desembarcados en Gibraltar. Derrota fulminante, seguramente facilitada por la traición o venganza de algunos enemigos personales del rey visigodo. Este, humillado, desapareció según unos en la misma batalla; según otros, pasó a Lusi-

tania, en donde mantendría una efímera ficción de reino. Ahora bien, alrededor de estos hechos históricamente probables y verosímiles, se fue desarrollando una leyenda de *justificación*: una serie de hechos de carácter inverosímil, novelesco, maravilloso incluso, con los que se tendió a explicar lo que ante los ojos de los reconquistadores resultaba inexplicable, al mismo tiempo que bochornoso: el desplome de la monarquía visigoda (con la que los reconquistadores pretendían entroncar) en una sola batalla contra el moro, convertido en el enemigo infiel que había que expulsar de la península, o sea de las Españas.

Cuando se piensa en la resistencia popular contra el invasor romano, en la defensa a ultranza de Numancia, y se las contrapone a la floja o nula reacción contra los primeros « moros » desembarcados, salta a la vista que el gobierno y corte visigóticos no debían de gozar precisamente del fervor popular, y que la población hispanorromana debía mirarlos más como usurpadores extraños que como gente suya. Pero como las consecuencias a que llevaban tales reflexiones no convenían ni desde el punto de vista religioso, ni histórico, asistimos a un proceso de mitificación de los hechos para hacerlos explicables y aceptables. La derrota se convierte en castigo divino; la traición se explica con una leyenda en la que la lascivia del último rey godo desempeña papel determinante, justificando hasta cierto punto la felonía del conde don Julián o don Ullán (pues hasta sobre su origen se deja planear la duda), gobernador de Ceuta, más justiciero que traidor. De este modo, nuestra historia empezaba con un engaño — o autoengaño — de principio. Los reconquistadores ignoraban, necesariamente, cómo ellos mismos iban siendo cada vez menos visigodos y más árabes, y la contradicción realidad-mito, se instalaría en la mente desarrollándose hasta límites trágicos. Durante siglos, el español no cesará de plantearse el problema de su entidad. El « ¿Qué somos? » agitará nuestra conciencia frente a una seguridad voceada y afirmada oficialmente, pero que nuestra historia desmiente a cada paso.



A partir de la legendaria historia de la pérdida y destrucción de España, Goytisolo va desvelando los principales mitos, fábulas, quimeras de que el español se sirve para soslayar la propia meditación, evitando así ponerse en tela de juicio, irresponsabilizándose ante sus propios males.

3. Un personaje innominado, mientras contempla desde Tánger la lejana costa española, medita sobre la legendaria figura de don Julián y el papel decisivo que desempeñó en la destrucción de España —concepto ya de por sí *falsificante*, pues en él se confunde monarquía goda con España, tomando el desastre acedido a la primera como desastre general de la segunda— cuando en algunos casos se trataba más bien de una «liberación». Poco a poco, el personaje innominado se va identificando con el antiguo conde de origen misterioso hasta llegar a la evidente necesidad de una segunda y nueva *destrucción*, justificándose así la *Reivindicación del conde don Julián*, al mismo tiempo que aclara el título, a primera vista extraño, dado por el autor a su novela.

Más que ira o aborrecimiento, lo que mueve al nuevo don Julián es el *asco*. Creo que es el sentimiento que predomina a lo largo de la obra y el que le lleva a pasar en revista, implacable y reiteradamente a todos los valores tácitamente admitidos, algunos negativos; otros, fabulosos e irreales; pocos auténticos. Y aquí, en esta parte de la obra es donde se revela el enorme acopio de material, el infatigable acarreo de textos, citas, autores, que al mismo tiempo que da amplia resonancia a la novela de Goytisolo, exige del lector una memoria alerta y un conocimiento extenso de toda la historia hispana en todos sus aspectos: literaria, política, social, cultural... Todo pasa ante el lector a través de la crítica del redivivo don Julián, en ráfagas. Toda una cultura que conoció culminaciones y hundimientos para, a la postre, acartonarse en sus propios mitos, viviendo a destiempo y a contratiempo. De ahí que «colaboren» en la novela de Goytisolo desde el juglar desconocido del *Cid* hasta los hombres del 98, y sin que falten las referencias a ciertos valores hispano-

americanos considerados como simples trasplantes...

De toda esta revisión desgarradora; de la gran almoneda de tradiciones, ideales, ensueños, embustes y quimeras, sólo le quedan al autor unas briznas de desengaño, sin otro vínculo de unión con su patria que el lenguaje. Un lenguaje que, por sí mismo, se halla sujeto a prevención, puesto que fue, ha sido y continúa siendo principal trasmisor del engaño. Este lenguaje, por lo que tiene de atadura, de vínculo, representa un lastre, es una rémora que impide lanzarse totalmente a la alta mar creadora. Por sus tópicos, sus clichés, sus giros hechos, el camino trillado de su elocución, los surcos previstos para el pensamiento, sus raíles, el lenguaje se convierte en instrumento de dominio, en dictadura mental; condiciona el discurso robándole su libertad y acomoda el raciocinio a una falsilla establecida de antemano. Este es el problema principal que se le plantea al escritor que no se resigna a someterse a las convenciones creadas por el lenguaje, y que se niega a aceptarlas. La destrucción, pues, debería empezar lógicamente por el propio lenguaje, y aquí tocamos el fondo de la paradoja: Sólo es posible destruir el lenguaje por el lenguaje, lo cual no nos salva de caer en un uso y, por consiguiente, en una retórica. En efecto, todo cuanto se usa está condenado por su propio uso (o sea por su repetición) a pasar de elemento espontáneo y creador a elemento de repetición, retórico. Ello es inevitable dado que cualquier lenguaje es un fenómeno social, colectivo, que el escritor no puede por sí mismo modificar ni crear, y del que es más que *inventor*, usuario...

Como dejé apuntado más arriba, el principal reproche que a mi entender pudiera hacerse a la *Reivindicación del conde don Julián*, es el haber prestado demasiado oído a ciertas especulaciones de orden lingüístico cuya boga actual no las exime de ser muy discutibles. Si es cierto que se comete un error cuando sólo se toma en consideración la lengua escrita y se desdeña la oral; no menos erróneo resulta pretender que sólo existe una categoría de lengua auténtica y creadora: la hablada. En colectividad de fuerte desarrollo cultural hay que tener en cuenta ambas



lenguas. Pero en cualquier caso, toda comunicación presupone una convención, un pacto previo —y no hay que confundir la creación lingüística con la *desarticulación* de una lengua dada, o su reducción a un cúmulo de sonidos mecánicos exentos de valor fonológico, como pretendieron hacer los abusivamente llamados « creacionistas ».

Pero estas concesiones que el autor hace a ciertas ideas sobre la destrucción del lenguaje y a ciertos procedimientos *retóricos* (puesto que en el fondo no son otra cosa) de que se vale, fechan en parte su libro y lo sitúan dentro de una perspectiva literaria. La utilización de un *tú* interpelante, pongamos por caso, en la *Reivindicación*, podríamos empalmarla con análogos recursos técnicos explotados por la escuela del *nouveau roman*, introducidos en nuestra novela, más o menos servilmente, a doce o quince años de distancia por algunos autores *miméticos* que a menudo tomaron la corteza por el fruto. O sea que considerado desde este punto de vista « formal », el *Don Julián* no es una obra aislada, ni al margen del contexto literario español, sino que se inserta, por el contrario, dentro de la corriente antirrealista que impera tras la época neorrealista de la promoción del medio siglo. El estilo monologante, subjetivo, discursivo de algunas novelas de Claude Simon, o de Butor, lo vemos reaparecer, apenas españolizado, en Juan Benet o en el último Alfonso Grosso. Estilo que podríamos remontar, desde luego, hasta las sesenta o setenta páginas últimas, monologantes y discursivas del *Ulises* —verdadero arsenal en el que se pueden encontrar casi todos los precedentes literarios contemporáneos, incluyendo el de la destrucción del lenguaje convencional y común.

Sin embargo, y a pesar de estas posibles conexiones que he indicado, hay algo que distingue la *Reivindicación del conde don Julián* de las otras novelas españolas recientes. A mi parecer, este *algo* se debe principalmente a tres hechos. El recurso del *tú* interpelante, para dar un ejemplo, proviene más bien del « tuteo » utilizado por Luis Cernuda en parte de su obra poética que de los procedimientos retóricos del *nouveau roman*, en el que se trata de un recurso

estilístico rebuscado, no natural: un recurso, digámoslo así, *razonado*. El propio autor declaró esta deuda cernudiana en una entrevista reciente. Ello puede corroborarse recorriendo los poemas de *Las placeres prohibidos* o los *Cuatro poemas a una sombra*. O sea que desde 1930 por lo menos (a un cuarto de siglo de distancia del *nouveau roman*) existía ya un precedente directo en nuestra literatura. Además de esto, el *tú* interpelante de la *Reivindicación* no se dirige tampoco al autor, a su ente individual, sino que deja se ser un juego reflexivo que parte del personaje y vuelve a él de rebote. En *Don Julián* se trata de una interpelación colectiva, lanzada a la conciencia de una colectividad, a la pluralidad de seres que han forjado espiritual y materialmente a España.

Aparte de esto, el *Conde don Julián* se distingue por su composición. La novela está concebida como un poema sinfónico. Los temas y subtemas aparecen, desaparecen, retornan, se repiten unas veces en una tonalidad y otras en otra. La composición total es lírico-musical, ordenada alrededor de un motivo eje o *leit-motiv* que se anuncia con decisión desde la primera página para volver reiteradamente a lo largo de las páginas que siguen.

Esta concepción musical da a la prosa un ritmo acusado, pudiendo medirse a veces las frases no sólo silábicamente, sino cuantitativamente —como la melodía musical en la que alternan notas breves y largas. Esto podría haber degenerado en un desbordamiento lírico de tipo romántico: piénsese, por ejemplo, en el género híbrido de los poemas en prosa. Hay que subrayar que no ha ocurrido así, gracias sin duda a una sobriedad de principio.

En fin, esta novela es tan compleja, posee tantas resonancias que admitiría varias lecturas. A la interpretación que he dado podrían añadirse otras. La omnipresencia del Ubicuo, junto con la fecha mensual de la batalla del Guadalete (julio de 710) se prestaría a meditación cuando sabemos el papel que desempeñan en la obra los elementos alusivos.

Obras de este volumen y contenido no se escriben a vuelapluma, ni al azar. Ante la página en blanco, disponible, ¡qué extra-



ordinario esfuerzo realizado!... Por otra parte —y conviene insistir en ello antes de concluir— la *Reivindicación del conde don Julián* es un libro *rabiosamente español*, a causa precisamente de lo antiespañol que a primera vista pudiera semejar, debido a la confusión de dos nociones que, a mi modo de ver, son incompatibles: lo español (que es lo serio y lo difícil) y lo *españolista* (que es lo ligero y fácil). Lo que pudieran tildar algunos de «antiespañol» no es sino la reacción inmediata del autor a un «dolor de España» que, evidentemente, no ha sido el primero en descubrir. Detrás de don Julián se trasparenta la figura de Larra, y ronda el Caín ibérico de que habló Machado. El *Conde don Julián* es el resultado de una grave preocupación. Salvando distancias, época, géneros, técnica y circunstancias, contaría entre los antecedentes de orden general y espiritual de

la *Reivindicación* la novela-drama de *La Celestina*, obra que fue también, a su modo, enterradora de mitos, fruto amargo del desengaño y de la decepción en medio de un país que empezaba a hacerse invisible, que se estaba haciendo cada día más invisible e incoexistente. Nuestro autor ha llegado a la encrucijada de los desengaños y las decepciones. Tendrá que asumirlos y superarlos.

Nota: Ya estaba redactado este artículo, cuando llega a mis manos la reseña de la novela de J. Goytisolo que, firmada por Manuel Durán, publica la revista *Insula* en su número correspondiente a enero. He visto en ella varias coincidencias respecto a algunas de mis apreciaciones. Elló me satisface, y me confirma en lo que digo.

## Novedad Ruedo ibérico

Ian Gibson

# La represión nationalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca

### Sumario

Prólogo. Introducción. Granada. Federico y la República. Granada antes del holocausto. La guerra civil y la caída de Granada. La detención de García Lorca. Muerte al amanecer; Fuente Grande. La motivación. Propaganda. Conclusión. Bibliografía sobre la muerte del poeta. Notas. Apéndices e índices.

170 páginas

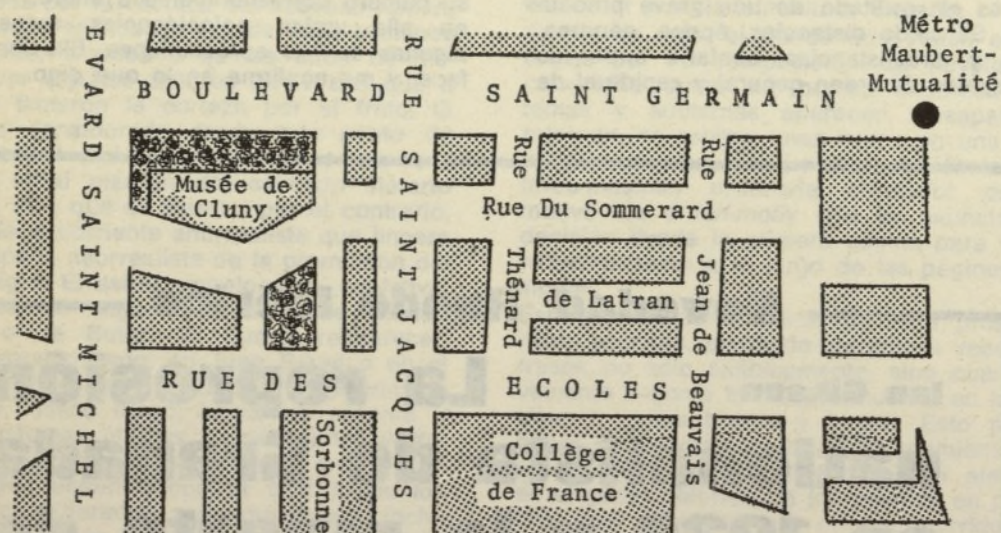
16 planchas de ilustraciones

24 F



# **ruedo ibérico** **Librería**

**Colección España contemporánea • Biblioteca de cultura socialista • Colección el viejo topo • Cuadernos de Ruedo ibérico • Suplementos de Cuadernos de Ruedo ibérico • Serie menor •**



**Libros de las Editoriales Grijalbo • Era • Siglo XXI • Cajica • Cuadernos Americanos • Joaquín Mortiz • Palestra • Siglo Ilustrado • Moncloa • Distribuidora y Editora Argentina • Universidad Central de Venezuela • Instituto del Libro de Cuba Oveja negra • Oasis • Siglo XX y otras •**

6 rue de Latran  
 Paris 5

Téléphone : 325 56-49  
 Métro : Maubert-Mutualité

Ayuntamiento de Madrid



## **Sobre la generación del 98 y otros mitos**

(Notas acerca de un libro de Carlos Blanco Aguinaga.)

Américo Castro ha podido ser calificado de *mitoclasta nacional*. Su ardua tarea de desmontar crítica y emocionadamente los mitos del casticismo hispano del Siglo de Oro —todavía religiosamente aceptados como intocables por muchos españoles—, y su propósito de clarificar y poner en su punto tantas cosas oscuras y oscurecidas de nuestro pasado histórico, justifican plenamente aquel calificativo. Su tarea generosa y bien intencionada es paralela a la de ciertos críticos de generaciones más recientes —desde diferentes perspectivas—, insatisfechos con los tópicos establecidos acerca de la vida y la cultura española más próximas a nosotros. Así sucede con Carlos Blanco Aguinaga y su último libro: *Juventud del 98* (Madrid, 1970). Es el de la generación del 98 asunto urgentemente necesitado de revisión, por la nebulosa construcción de mitos y tópicos en torno a ella cuidadosamente tejidos a lo largo de muchos años. Pues como ha dicho Juan Goytisolo,

«la adoración indiscriminada que rodea hoy a las figuras del Modernismo y el Noventa y ocho resulta, en efecto, no sólo anómala sino también estéril y paralizadora en la medida en que embota el análisis crítico que necesariamente acompaña el nacimiento y afirmación de una nueva generación de escritores con problemas, afanes e inquietudes distintos de las precedentes. Alrededor de aquellas figuras, y como reacción excusable a los ataques que, a lo menos alguna de ellas, fuera objeto de parte de la prehistórica (y aún lozana) derecha española, se ha ido creando un culto cuyo carácter netamente religioso no podemos pasar por alto: una extraña pléyade de dioses, semidioses y santos domina nuestro exiguo y mezquino panorama cultural»<sup>1</sup>.

El revisionismo acerca de la generación del 98 no es, en verdad, nuevo. Podrían citarse,

entre otros, los trabajos de Eduardo Nicol y Ramón Iglesia, respectivamente «Conciencia de España» y «El reaccionarismo de la generación del 98»<sup>2</sup>, o el del autor de estas líneas, «La generación del 98 frente a la juventud española de hoy»<sup>3</sup>. Este último, si bien esquemático y sin duda superficial, coincide básicamente, en sus líneas generales, con el libro de Carlos Blanco Aguinaga aquí comentado. La tesis es la siguiente, en términos escuetos:

«que en su juventud, durante los años claves que van de 1890 a 1905, en momentos no del todo coincidentes, los escritores que luego llamaríamos de la generación del 98 se enfrentaron con «el problema de España» desde perspectivas sociopolíticas radicales que van desde el federalismo intransigente hasta el marxismo» (p. XII).

Una segunda cuestión —y fundamental— sería ver cómo y por qué este radicalismo juvenil de los del 98 se transformó en bloque, con la noble excepción de Antonio Machado, en unas actitudes políticas que irán desde la aceptación de los postulados pequeño bur-

1. Juan Goytisolo: *El furgón de cola* (Ruedo ibérico, París, 1967), p. 78.

2. Resumidos así por Segundo Serrano Poncela («Auto-crítica y crítica de la generación del 98», en *El secreto de Melibea y otros ensayos*, Madrid, 1959, p. 183-184): Nicol «concierta a la generación en torno a un fracaso por no haber sabido dar respuesta a su preocupación por España, o cuando menos una respuesta satisfactoria para la generación siguiente»; para Iglesia, «no es válida la ideología de los hombres del 98 para una posible reconquista de España, ya que ninguno de ellos supo crear un mito nuevo, vigoroso y fecundo para su pueblo, debido a que todos presentaron una coherencia perfecta y sostenida en el reaccionarismo de su ideario.»

3. Publicado en *Spanish Thought and Letters in the 20th Century Spain* (Vanderbilt University Press, 1966), p. 429-438.



gueses y oligárquicos hasta el facismo puro y desnudo, pasando por el indiferentismo y el pesimismo nihilista y paralizador<sup>4</sup>. Esta última etapa del 98 —y de sus epígonos—, dramáticamente puesta de relieve a la hora de la gran verdad, la de la guerra civil de 1936, es harto conocida; no lo es, en cambio, la de esa *juventud del 98*. El libro de Carlos Blanco Aguinaga viene así a clarificar esa «prehistoria» noventayochista<sup>5</sup>. El método utilizado por Carlos Blanco Aguinaga es rigurosamente histórico, el único válido, sin duda, para estudiar una generación definida por el propio *Azorín* como *historicista*. Por ello, el primer capítulo se titula, precisamente, «La realidad histórica»; en él se trata del llamado «problema de España», tan traído y llevado por unos y otros —recordemos: de *España como problema a España sin problema*. Se embarca Carlos Blanco Aguinaga en un recorrido de la historia de España desde el siglo XVI, desde el tópico y utópico Siglo de Oro, con razón llamado por Américo Castro *la edad conflictiva*. Se trata de un momento en que la cultura española —y España toda— «es inconcebible sin Europa, [pero] puede decirse que es una labor —una grandeza— llevada a cabo *contra* Europa» (p. 9), una tarea que Ortega calificó de *tibetanización*, y que aparece perfectamente ejemplificada en el libro de Francisco Santos, contemporáneo de Carlos II, titulado rotunda y definitivamente *El no importa de España*. Debido sin duda al esquematismo de este primer capítulo, no aparece de forma clara la transición de la edad conflictiva al siglo XVIII, así como no parece totalmente acertada la elección de un Cadalso (p. 11) para comentar la problemática hispánica de la ilustración, sin duda vivida y reflejada más seria e intensamente por Jovellanos. Otra cosa es el estudio dedicado al aparentemente confuso y caótico siglo XIX español y a trazar las grandes líneas de la ideología idealista que lo enmarca y cualifica: Menéndez Pelayo por una parte; los krausistas e institucionalistas por otra; el primero,

«ensalza impunemente la anticiencia que llama ciencia, impone la división cultural entre «ortodoxos» y «heterodoxos». Frente a tan conveniente confusión de planos, la vanguardia intelectual de los

más avanzados sectores de la burguesía de la segunda mitad del XIX se ve obligada a mantener difíciles y brillantes equilibrios polémicos que no pasan de ser un juego al nivel de la superestructura» (p. 12-13).

Y todos ellos, unos y otros, al margen de los conflictos y luchas sociales del momento, al margen —un margen cuidadosa y limpiamente trazado— del *proletariado militante*. Las excepciones son bien conocidas: Pi y Margall, Fernando Garrido, el doctor Jaime Vera, infatigable socialista...<sup>7</sup> Más allá de posibles confusionismos reaccionarios o liberales, hay algo evidente en el siglo XIX español: la creación y afianzamiento de una burguesía oligárquica, el

«progresivo acercamiento a la realidad europea que culmina durante la Restauración. Sólo que no debemos olvidar nunca que la Europa estable y cuya Pax imperial entra entonces en España es precisamente la Europa contrarrevolucionaria» (p. 34).

Pues el verdadero sentido de la famosa *europización* deseada por los liberales de fin de siglo no era otro que la participación de una España burguesa «como potencia independiente —no colonizada— en la vida del capitalismo europeo» (p. 36). Algunos intelectuales comprenden, según Carlos Blanco Aguinaga, cuál es el juego y sus reglas: y lo rechazan, intentando pasarse, de una u otra forma, más o menos breve o intensamente, a las filas de la tercera

4. CBA sugiere, muy esquemáticamente, ciertas explicaciones, quizá no muy satisfactorias por poco desarrolladas.

5. Estudios parciales habían, en cierto modo, preparado el terreno para ello; serán mencionados al tratar de cada una de las figuras del 98 analizadas por CBA.

6. Véase el siguiente texto de Pi y Margall, revelador de su ideario: «La economía política es la perpetua servidumbre de las clases jornaleras; el socialismo, la emancipación lenta y gradual del proletario. La economía política, la guerra entre clase y clase, la lucha perenne, la anarquía de los intereses individuales; el socialismo, la justicia en el orden de las relaciones de trabajo» (apud J.L.L. Aranguren: *Moral y sociedad*, Madrid, 1965, p. 141).

7. Se trata de una actualización y ampliación de otros trabajos del propio CBA: una conferencia en el II Congreso Internacional de Hispanistas (Nimega, 1965), y dos artículos, uno en *Revista de Occidente*, 41, agosto de 1966, p. 166-184 (reproducido en *Le socialiste de Toulouse*), y otro en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, XVIII (1968), p. 5-48.



España, la proletaria: socialista, anarquista. Esta es la juventud del 98. Su madurez será otra cosa, más conocida y lamentable.

Tras esta presentación de base, aparecen en el libro de Carlos Blanco Aguinaga cinco estudios acerca de Unamuno, *Azorín*, Maeztu, Blasco Ibáñez y Baroja. El primero de ellos es «El socialismo de Unamuno (1894-1897)»<sup>8</sup>, asunto tratado también por Rafael Pérez de la Dehesa en su libro *Política y sociedad en el primer Unamuno* (Madrid, 1966). Como siempre, la cronología es fundamental, y Carlos Blanco Aguinaga se preocupa, en primer lugar, de delimitar claramente las fechas clave de este primer Unamuno —y del segundo—, cosa olvidada por los críticos que alegremente generalizan y teorizan sobre el autor de *En torno al casticismo*. Tras una puesta en claro de los antecedentes racionalistas de Unamuno, estudia Carlos Blanco Aguinaga el epistolario del mismo, quien se carteaba con Pablo Iglesias, Valentín Hernández, Verdes Montenegro y Federico Urales, entre otros luchadores obreros menos conocidos. Mas es la correspondencia con el bilbaino Pedro Múgica, filólogo residente en Alemania, mejor conservada, la que proporciona fundamentales datos. Carlos Blanco Aguinaga lleva a cabo un minucioso cotejo de tales cartas, buscando cuidadosamente todo detalle relacionado con el tema del socialismo y del obrerismo. Baste mencionar aquí un par de párrafos unamunianos:

«Yo hago propaganda francamente socialista desde un periódico de aquí; embisto a la burguesía y sobre todo a los republicanos. Envié números a Iglesias y Perezagua [...] Este nuevo y santo movimiento, [...] esta redención que acabará con los soldaditos, los emperadores locos, los eruditos ociosos [...]» (20-III-1892; *apud* CBA, p. 55).

La respuesta de Múgica a esta carta origina, a su vez, otra de Unamuno, en que puede leerse:

«Me extraña que llame V. rebajarse al preocuparse del socialismo. El sentimiento oscuro, semi-inconsciente, acaso brutal, que empuja y mueve a esas masas vale infinitamente más y significa infinitamente más en la cultura que la inteligencia del más excelso Tobler y del mismo Boppo Grimm [...] ¿Cree V. que el cuerpo y el alma de los pueblos viven de fonética románica?» (5-IV-1892; *apud* CBA, p. 59).

Estamos, sin duda, ante un caso perfecto de intelectual consciente. Pero el gran paso lo dará Unamuno en 1894, ingresando en el Partido Socialista Obrero Español. El 21 de octubre de dicho año, *La lucha de clases*, el periódico socialista de Bilbao, publicaba una carta del profesor de Salamanca en la que éste se declaraba marxista. A ella pertenece el siguiente párrafo, ya famoso:

«Me puse a estudiar la economía política del capitalismo y el socialismo científico a la vez, y ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de trabajadores, y al cual vienen a refluir corrientes de otras partes, es el único ideal hoy vivo de veras, es la religión de la humanidad» (*apud* CBA, p. 77).

A partir de aquí, Unamuno colaborará de forma regular en *La lucha de clases* y ocasionalmente en *El socialista* de Madrid; fuera de España aparecieron artículos suyos en *Der Sozialistische Akademiker* y en *Sozialistische Monatshefte*. La etapa estrictamente marxista de Unamuno no dura demasiado: un artículo del 31-X-1896, también en *La lucha de clases*, señala su apartamiento de la ortodoxia; como dice Carlos Blanco Aguinaga, «se había lanzado ya por la vía de un irracionalismo de corte religioso [...]» (p. 105). Como representante máximo de ese irracionalismo ha pasado Miguel de Unamuno a la historia de la cultura española<sup>9</sup>.

«Los primeros libros de *Azorín*» es el título del capítulo dedicado al escritor alicantino. Estudiar Carlos Blanco Aguinaga los libros de *Azorín*, menospreciados y olvidados por su propio autor<sup>10</sup> como «alegres pecadillos de juventud» (p. 116); entre ellos figuran, sin duda, sus traducciones y comentarios de

8. Posteriormente a esa fecha de octubre de 1896, publicó todavía Unamuno artículos socializantes y anarquizantes; cf. Pérez de la Dehesa: *op. cit.*, y Elías Díaz: *Unamuno. Pensamiento político* (Madrid, 1966).

9. Cf. la «Advertencia» que figura al frente de su edición de *Obras Completas* (Madrid, 1947; Aguilar).

10. Cf. E. Inman Fox: «José Martínez Ruiz. Sobre el anarquismo del futuro *Azorín*», *Revista de Occidente*, 35, febrero de 1966, p. 157-174, y antes «Two Anarchists Newspapers of 1898», *Bulletin of Hispanic Studies*, XLI (1964), p. 160-168.



Hamon y Kropotkin, lo que enlaza a Martínez Ruiz con el anarquismo<sup>11</sup>. Por otra parte, parece que en 1897 *Azorín* se había afiliado al Partido Federal intransigente, el de Pi y Margall (p. 133, nota). Su politización, pues, era evidente, y los textos ahora acuciosamente examinados por Carlos Blanco Aguinaga lo comprueban una vez más, así como la serie de artículos publicados por el futuro *Azorín* en *El pueblo*, el periódico valenciano de Blasco Ibáñez, y en otros lugares<sup>12</sup>. Entre los «librillos» del joven Martínez Ruiz destaca por su importancia *Anarquistas literarios*, de 1895, y al cual pertenecen los siguientes, significativos párrafos:

«Sepan sus derechos y sus deberes el labriego y el trabajador de las ciudades, y sepamos todos el verdadero alcance de la obra revolucionaria» (apud CBA, p. 131).

«Antes, en Europa, cuando los viejos habitantes de una hermosa comarca sentíanse debilitados, caían sobre ellos, desde el Norte, bárbaros gigantescos, que vigorizaban la raza. Ahora que ya no hay salvajes en Europa, son los obreros quienes realizarán esta obra en una cincuentena de años. Llamárase a esto la Revolución Social» (ibid., p. 135).

No cincuenta, pero sí catorce años más tarde, Alejandro Lerroux, en su manifiesto de *Los jóvenes bárbaros*, dirá algo muy semejante, incluso de forma literal. Harto conocido es el camino seguido posteriormente por el jefe del Partido Radical, no tan apartado, a fin de cuentas, del recorrido por *Azorín*.

En *Notas sociales*, también de 1895, comentado agudamente por Carlos Blanco Aguinaga, el anarquismo de Martínez Ruiz aparece de nuevo de forma evidente, con importantes observaciones acerca de la alienación y una esperanza ardiente en «esa escuela que se complace en destruir la ley, la autoridad, la propiedad: la *Anarquía*» (ibid., p. 145). No menos fundamental es que Martínez Ruiz siente, como se dice hoy en la jerga periodístico-política española, «vocación europea», pero, de acuerdo con Carlos Blanco Aguinaga, con una radical diferencia con respecto a los «educadores de la España contemporánea», que

«buscan y encuentran la Europa burguesa: mundo del krausismo, de los neokantianos, del pedagogismo

y el constitucionalismo inglés, etc. En cambio, el joven Martínez Ruiz ha ido a dar —necesariamente— a la Europa rebelde antiburguesa politizada» (p. 138).

Y otra nota básica en este primer *Azorín*: su optimismo revolucionario, tan alejado del habitual tópico del escepticismo noventayochista a que la crítica tradicional y confusionalista nos tiene acostumbrados. *Azorín*, sin duda, será abúlico, desesperanzado, melancólico y pesimista, pero más adelante, y ello marcará, precisamente, su pérdida de fe revolucionaria. *Diario de un enfermo* (1901) y *La voluntad* (1902) señalan el comienzo de una etapa que será definitiva, y que podría servir para ejemplificar de forma perfecta lo que León Trotski calificó de «colapso espiritual»<sup>13</sup>. El punto final de ese colapso espiritual lo representa, sin duda, su novela *El escritor* (dedicada a Dionisio Ridruejo muy poco después de la guerra civil). En el Madrid de los años cuarenta, *Azorín* comienza así su libro:

«Nada en suma. Absolutamente nada. Nada que se salga del carril cotidiano. La vida fluye incesable y uniforme: duermo, trabajo, discurro por Madrid, hojeo al azar un libro nuevo, torno a casa, leo de pensado, escribo bien o mal [...] De rato en rato me tumbo en un diván y contemplo el cielo, añil o ceniza.»<sup>14</sup>

El capítulo XXXI cierra, sin duda definitivamente, el ciclo del colapso azoriniano.

El tercer estudio del libro de Carlos Blanco Aguinaga está dedicado a «La otra España de Maeztu». La prehistoria del futuro autor

11. Cf. Fox: «Una bibliografía anotada del periodismo de José Martínez Ruiz (*Azorín*): 1894-1904», *Revista de Literatura*, LV-LVI (1965), p. 231-244, bibliografía que debe complementarse ahora con «Seven Unknown Articles by the Future *Azorín*», de Paul Smith: *Modern Language Notes*, LXXXV, 2 (1970), p. 250-261. A los libros de *Azorín* estudiados por CBA debe añadirse el inédito y prácticamente perdido, del mismo *Azorín*, *Pasión* (Cuentos y crónicas), de 1897: cf. Pérez de la Dehesa: «Un desconocido libro de *Azorín*», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIII (1967), p. 280-284.

12. *Literature and Revolution* (Nueva York, 1957), p. 15.

13. Utilizo la edición de Austral (Buenos Aires, 1945), p. 13.

14. Debe notarse, sin embargo, que el libro de Gascó Contell, publicado originalmente en 1925, ha sido reeditado en 1957 y 1967.



de la fascitzante *Defensa de la Hispanidad* es por demás interesante, y no recordada con mucho agrado después de su posterior conversión y subsecuente integración en la mitología española contemporánea. Mas los hechos —y los dichos— hablan por sí solos. De 1894 a 1897 Ramiro de Maeztu, como ya señalaba Pérez de la Dehesa en su citado libro (p. 44-45) se movía en los círculos socialistas de Bilbao, colaborando posteriormente en *El socialista*, *Germinal*, *Vida nueva* y otras publicaciones radicales; Juan José Morato llega a incluirlo en su historia del Partido Socialista. Reconoce Carlos Blanco Aguinaga la dificultad de estudiar coherentemente esta etapa de Maeztu por no existir todavía una colección asequible de los muchos artículos por él escritos en que expresaba sus opiniones revolucionarias. Se limita así Carlos Blanco Aguinaga a tratar del único libro joven de Maeztu, *Hacia otra España* (1899), dedicado a José Verdes Montenegro, destacado militante del PSOE. Véase el siguiente párrafo, que puede resumir el contenido de tan importante libro, y perdónesele la extensión de la cita en gracia al extraordinario interés de la misma, reveladora del pensamiento de este primer Maeztu. Aparece en ella una descripción de la España del momento, siniestramente parecida a otra de todos conocida:

«Este país de obispos gordos, de generales tontos, de políticos usureros, enredadores y analfabetos, no quiere verse en esas yermas llanuras sin árboles, de suelo arenoso, en el que apenas si destacan cabañas de barro, donde viven vida animal doce millones de gusanos, que doblan el cuerpo, al surcar la tierra con aquel arado que importaron los árabes al conquistar Iberia; no se ve en esas provincias anchurosas, tan despobladas como estepas rusas; no se ve en esas fábricas catalanas, edificadas en el aire, sin materia prima, sin máquinas inventadas por nosotros, sostenidas merced al artificio de protectores aranceles; no se ve en esas minas de Vizcaya [...] no se ve en esas ciudades agonizantes [...], en esas universidades de profesores interinos; en este Madrid hambriento; en esa prensa de palabras huecas; mirase siempre en la leyenda, donde se encuentra grande y aprieta los párpados para no verse tan pequeña. Si ella se viera tal como es, el posible desastre no le sorprendería tanto» (apud CBA, p. 173).

A otro nivel, manifiesta Maeztu novedosas ideas, como la de la necesidad de la colonización de la meseta castellana por el litoral, por la periferia vascocatalana (p. 185-186). Y todo ello entremezclado con pensamientos de corte nietzscheano, sin duda sospechosos. Sin embargo, todavía hacia 1908 Maeztu, en carta a Ortega, se declara paladinamente socialista (p. 186). Mas como dice Carlos Blanco Aguinaga,

«cambiaron los tiempos y cambió Maeztu. Puede que todo empezara, según explica en un artículo titulado «La reconciliación» [1922], el día que leyó en «Ireneo que el espíritu es la unidad del alma y del cuerpo», a partir de cuya idea encontró «la posibilidad de reconciliar el ideal mundano de mis abuelos liberales con el ideal ultramundano de mis abuelos carlistas» (p. 186-187).

Desde este momento abandona Maeztu «la posición crítica tanto frente a las clases tradicionales como frente a la nueva sociedad burguesa» (p. 187). Ramiro de Maeztu comenzaba así, con paso firme, a entrar en un mundo mítico.

«Blasco Ibáñez: una historia de la revolución española y la novela de una revuelta andaluza», es el capítulo V del libro de Carlos Blanco Aguinaga. Se trata de una revalorización de Blasco Ibáñez, novelista siempre popular, *stricto sensu*, y al cual habitualmente se le despacha en escasas líneas repletas de manidos tópicos regionalistas y costumbristas, y se le niega el pan y la sal al comparársele con la generación del 98, *su generación*. Carlos Blanco Aguinaga recuerda, en primer lugar, la cronología: Blasco nació en 1867, siendo tres años más joven que Unamuno y cinco más viejo que Baroja. Incluso la bibliografía reciente sobre el valenciano es harto magra<sup>15</sup>. Quienes tratan de Blasco, aunque reconozcan su coetaneidad rigurosa con el 98, se apresuran a diferenciar-

15. Como señala CBA, solamente Luis S. Granjel en *La generación literaria del noventa y ocho* (Madrid, 1966) incluye a Blasco dentro del marco generacional; a nivel de manual, cf. Ángel del Río: *Historia de la literatura española*, II (Nueva York, 1963), p. 218, o el *Diccionario de literatura de la Revista de Occidente*.



lo de la misma<sup>16</sup>. Lo que habitualmente se elogia de Blasco es su tarea como escritor regionalista, que comienza de forma coherente en 1894 con *Arroz y tartana*. Se le considera así como continuador del regionalismo estático y reaccionario de Pereda y del «naturalismo» de la Pardo Bazán, olvidando que Blasco «había tratado a fin de siglo su realidad local desde una perspectiva histórica y social» (p. 192), y que en esas novelas valencianas aparecen de forma muy consciente «un análisis realista crítico de los conflictos sociales en la ciudad de provincias [...] y en el campo, y [...] una interpretación progresista de esos conflictos» (*ibid.*). Mas aparte de su regionalismo, que bien puede calificarse de social, Blasco es también autor de cuatro novelas marginadas en las cuales trata polémica y justamente —y también ingenuamente, ¿por qué no decirlo?— de la acuciante realidad sociopolítica del momento: *La catedral* (1903), *El intruso* (1904), *La bodega* (1904-1905) y *La horda* (1905). Para estudiar esta segunda época de Blasco, Carlos Blanco Aguinaga parte de una premisa fundamental: el conocimiento de su monumental *Historia de la revolución española* (Barcelona, 1890-1892). Se trata de una minuciosa historia del siglo XIX español, y una muestra de admiración por el federalista Pi y Margall, historia de cuya importancia y seriedad da la medida el hecho de que podría llevar como subtítulo y sin esfuerzo ninguno algo como esto: «Historia de la concienciación politicosocial del pueblo español a lo largo del siglo XIX.» Su resumen y lección última podrían ser las siguientes palabras, que, como dice Carlos Blanco Aguinaga (p. 205), un anarquista de la época aceptaría fácilmente:

«La República, para tener solidez y estar asentada sobre firmes bases, es preciso que surja entre el estruendo popular [...]

»Una República que nada cuesta al pueblo y que éste recibe ya formada, es una República muerta; y todas cuantas formas de gobierno se den a los españoles como producto de una casualidad parlamentaria o de una debilidad de las instituciones tradicionales, caerán como cayó la República del 73.

»Sólo la que se forje sobre el yunque de la barricada; la que tenga por verdadero padre al pueblo; la que nazca entre entusiasmo heroico y supremas

convulsiones que remuevan hasta las últimas capas del país, será la que vivirá, pues tendrá siempre quiene la defienda en los momentos difíciles y la haga resucitar como Fénix de la libertad cuando la reacción la empuje a la muerte (*apud* CBA, p. 206).

No es de extrañar que quien esto escribía pudiese reflejar apasionada y acuciosamente la «cuestión social» de la España a caballo entre los siglos XIX y XX en las cuatro novelas ya mencionadas. Y no se olvide, por otra parte, que el propio Blasco habló en alguna ocasión de su deseo —no realizado— de llevar a otra narración los problemas y luchas del proletariado barcelonés<sup>17</sup>. Otro detalle que conviene ya tener en cuenta: Blasco no era en modo alguno escéptico, creía en el triunfo final de la causa popular. Como afirma Carlos Blanco Aguinaga (p. 210),

«la realidad histórica que comparten las cuatro novelas [...] es, pues, la de la lucha de clases a diversos niveles de conciencia y de posibilidades prácticas contra el orden establecido de la Restauración y de la Regencia».

En *La catedral* y en *El intruso*, la Iglesia española —la de Toledo, cerril e intransigente, ahistórica; la de Bilbao, jesuitica, ágil y moderna— lo domina todo. En *La bodega*, de forma clarísima, es la lucha proletaria y campesina andaluza; en *La horda*, el *lumpen-proletariat* madrileño, anarcoide y violento... En esta última, las semejanzas con *La lucha por la vida* de Baroja son obvias, pero también sus diferencias. Carlos Blanco Aguinaga fija su atención, de manera muy especial, en *La bodega*, la novela social del gaditano y báquico Jerez de la Frontera. Se trata de la lucha de clases en su forma más desnuda, en cuyo esquema la figura del anarquista Fernando Salvatierra —nótese el contenido mesiánico del apellidado—, es decir, Fermín Salvoechea,

16. Según Luis Morote en su reseña de *La catedral* (*El pueblo*, 19-XI-1903); la novela de Blasco se titularía *La fábrica*, y sería un «estudio de las tremendas luchas entre el capital y el trabajo en la industrial Barcelona». Debo este dato a mi amigo y colega Paul Smith.

17. *La busca*, *Obras Completas*, I (Madrid, 1946), p. 299.



«no es sino uno de los elementos: producto de la realidad de esa lucha, no solitario importador utópico de una propaganda que sólo quienes miran las cosas al revés pueden creer crea el conflicto —donde no lo hay— desde el torreón de la ideología» (p. 214-215).

El fracaso episódico de la revuelta popular, el aplastamiento brutal de la misma, el aparente retorno al orden impuesto, no significa la aniquilación de las aspiraciones ni de la lucha del pueblo. Salvatierra, apocalípticamente, mesiánicamente, cierra así —de forma provisional— la novela y lo ocurrido en Jerez:

«Comenzaba a caer la tarde; llegaba la noche, como precursora de un nuevo día. También el crepúsculo de las aspiraciones humanas era momentáneo. La justicia y la libertad dormitaban en la conciencia del hombre [...] Ellas despertarían. » Más allá de los campos estaban las ciudades, las grandes aglomeraciones de la civilización moderna, y en ellas otros rebaños de desesperados, de tristes; pero que repelían el falso consuelo del vino, que bañaban sus almas nacientes en la aurora de un nuevo día [...] ¡Rebeldía social! (apud CBA, p. 225).

Aquí radica, por una parte, la diferencia básica con la trilogía barojiana de *La lucha por la vida*, y por otra, el profundo sentido revolucionario de *La bodega* y de este Blasco Ibáñez joven. Como en los poemas de Antonio Machado, como en las novelas y escritos políticos del último Galdós, la esperanza en un futuro mejor mantiene viva, más allá de situaciones percederas, la llama de la libertad. Mas también Blasco cambiará —como Unamuno, como *Azorin*, como Maeztu—, si bien, aparentemente, por motivos diferentes: «el acceso a la fortuna por la aplicación de lo más superficial de su talento» (p. 226). Y su republicanismo irá diluyéndose, haciéndose cada vez más «histórico». El Blasco de *Sangre y arena*, es ya, definitivamente, otra cosa, y el propagandista revolucionario de *El pueblo* ha desaparecido tras las huellas de los caballos del Apocalipsis. El capítulo dedicado por Carlos Blanco Aguinaga a Baroja se titula «Realismo y deformación escéptica: la lucha por la vida según don Pío Baroja.» El caso de «el

hombre malo de Itzea» es muy diferente. Baroja no coincide con el revolucionarismo inicial de los jóvenes del 98, aunque conozca muy bien la realidad social de su España:

«Tal vez pueda decirse de este primer Baroja —como de Balzac ha dicho Lukacs— que a pesar de su mentalidad antisocial y antiprogresista, a pesar de sus tantas veces declarado egoísmo, el novelista vence al ideólogo» (p. 230).

Baroja se manifiesta antidemócrata y anti-socialista, irracionalista puro, desde por lo menos 1899, en que comenta públicamente el libro de Ramiro de Maeztu *Hacia otra España*. De todo ello es buena prueba la ya mencionada trilogía: *La busca*, *Mala hierba*, *Aurora roja* (1903-1905). De forma novedosa y atractiva estudia Carlos Blanco Aguinaga en primer lugar *La busca* desde un punto de vista «topográfico»: Madrid como ciudadela que ha de ser penetrada y conquistada —como en *La horda*, de Blasco Ibáñez— por los personajes de la novela, es decir, por el proletariado ínfimo y los deshechos sociales que se agrupan en los miserables barrios, más allá de la ciudad misma. La dialéctica topográfico-social gira en torno al contraste entre el centro y el sur de Madrid, en un juego de «dentro-fuera» y «arriba-abajo» (p. 239). Recuerdese el final de *La busca*: una representación del *lumpenproletariat* vivaquea en plena Puerta del Sol en torno a hogueras encendidas para calentarse:

«termina, pues, *La busca*, en el centro mismo de la ciudad en una extraordinaria secuencia en que pícaros, mendigos y golfos parecen posesionarse simbólica y momentáneamente de lo anhelado —la ciudad—» (p. 253).

Para el protagonista, la invasión no es tan provisional: *Mala hierba* y *Aurora roja* transcurren básicamente en el interior de la ciudadela. Al lado del juego dialéctico dentro-fuera y arriba-abajo, hay, sin duda, algo más: el perspectivismo del paisaje urbano y en torno a la ciudad visto desde ésta y desde fuera de ella... Baroja, pues, parece ver claro. Y sin embargo... Manuel, el protagonista, continuará vagabundeando por Madrid, buscando —muchas veces sin proponérselo— una finalidad en su vida. Oscilará entre las



corrupciones proporcionadas por la urbe —casas de juego, prostitutas— y los contactos positivos con el proletariado militante. Mas sin voluntad. Será Roberto Hastings, su amigo y protector, quien, en realidad, dirigirá su vida. Mencionemos, de paso, que este personaje Hastings y su problemática recuerdan de inmediato otra importante y marginada novela de Baroja, *César o nada* (1910). Si aquél dice cosas como éstas:

« Si quieres hacer algo en la vida no creas en la palabra imposible. Nada hay imposible para una voluntad enérgica. »<sup>18</sup>

« Yo lucho por el dominio [...] En el fondo no hay más que un remedio, y un remedio individual: la acción [...] La acción es todo, la vida, el placer. Convertir la vida estática en vida dinámica; este es el problema. La lucha siempre, hasta el último momento. ¿ Por qué? Por cualquier cosa »<sup>19</sup>,

César Moncada afirma:

« La democracia, la República, el socialismo, en el fondo no tienen raíz en nuestra tierra. Familias, pueblos, clases, se pueden reunir con un pacto; hombres aislados, como somos nosotros, no se reúnen más que por la disciplina [...] Hechos, hechos siempre, y una filosofía fría, realista, basada en los hechos, y una moral basada en la acción. »<sup>20</sup>

Nietzsche en ambos casos, sin duda, como ha visto Gonzalo Sobejano<sup>21</sup>. Pero en Baroja es algo peligroso. Giménez Caballero pudo decir de *César o nada* que se trataba de

« el primero de los textos fascistas, la primera profecía fascista lanzada en la Europa de hace veinticinco años [...] Baroja expresa en literatura hacia 1910 lo que Mussolini comienza a realizar en la acción diez años más tarde »<sup>22</sup>.

Es lástima que Carlos Blanco Aguinaga no haya llegado más allá de 1905 en su análisis del 98 y de Baroja. La inclusión de *César o nada* en su estudio hubiera podido servir de perfecto coronamiento lógico de todo lo tratado por él en torno a *La lucha por la vida*. Ese nietzscheanismo prefascista es lo que queda en pie en *Mala hierba*, por encima y más allá de toda disquisición e imaginación anarcoide, calificadas cruel y destructivamente por Baroja como « sueño dulce y piadoso, noble y pueril » (apud CBA, p. 267). Como dice Carlos Blanco Aguinaga,

« el adjetivo [pueril] se ha deslizado ahí sin que casi lo notemos, pero no lo pasaremos por alto: nos advierte acerca de la actitud personal de Baroja frente a la aurora roja que en el Madrid —en la España— de fin de siglo parece acercarse » (p. 267-268).

*Aurora roja* es, según Carlos Blanco Aguinaga, una de las primeras novelas políticas importantes de la literatura española. Si las dos primeras partes de la trilogía ofrecían un « planteamiento objetivo y realista » —si nos olvidamos, desde luego, de esa *puerilidad* anarquista recién señalada—, *Aurora roja* está « dirigida a falsear las conclusiones que lógicamente deberían derivarse » de las novelas previas del ciclo. Se trata de

« una novela para la difusión de los mitos entre-vistos desde una mentalidad elitista que en su aferrarse al concepto de la *struggle for life* propugna ya, si no la tesis del ocaso de las ideologías, sí la del absurdo de toda ideología » (p. 271).

Así, si los socialistas son para Baroja « de un egoísmo repugnante », los anarquistas creen « muchas veces que con cambiar el nombre de las cosas cambiaban también su esencia » (apud CBA, p. 286); todos ellos, en fin, medidos por el mismo rasero, son unos « papanatas » (ibid.). CBA resume así el siniestramente interesante proceso histórico-novelesco de *La lucha por la vida*:

« Baroja cae en pleno delirio de sus muy personales mitomanías [...] habiéndose planteado con inusitado rigor un problema histórico, pretende resolverlo borrando toda historia, convencido, al parecer, de que uno de sus momentos es toda ella » (p. 289).

El capítulo final del libro de Carlos Blanco Aguinaga está dedicado al « Paisajismo del 98, la tendencia central y la excepción. » Se

18. *Aurora roja*, ibid., p. 576 y 645.

19. *César o nada*, ibid., II, p. 662.

20. *Nietzsche en España* (Madrid, 1967), p. 363-364, 371-377.

21. Prólogo a *Comunistas, judíos y demás ralea*, compilación de textos de Pío Baroja (Valladolid, 1938), p. 10 y 12.

22. Inútil sería continuar trazando la trayectoria, conocida, de Antonio Machado como hombre y como escritor; véase, como ejemplo, el libro de Tuñón de Lara: *Antonio Machado, poeta del pueblo*. ¿ Podría pensarse en un libro de título semejante acerca de cualquier otro noventayochista ?



trata de un estudio fundamental y que habrá de ser muy tenido en cuenta —más allá de posibles retoques y rectificaciones de detalle— a la hora de enjuiciar, en conjunto, la generación del 98 y de repensar los tópicos establecidos. Para Carlos Blanco Aguinaga las cosas están claras: los jóvenes del 98 no se hallan interesados —como sí lo estarán más tarde, y de qué manera— en el paisaje, alejándose así de la tradición decimonónica y estática de la literatura anterior; pensemos, de manera muy especial, en Fernán Caballero y en Pereda. Y por otro lado, tampoco inicialmente coinciden los del 98 con la actitud institucionista y liberal ante ese mismo paisaje. Pues, en efecto, los primeros

«veían en el campo y las relaciones sociales que en él todavía dominaban en su tiempo, un modo de realidad permanente que ejemplificaba la validez de pasadas estructuras sociales; los institucionistas veían en la armonía de la Naturaleza el modelo simbólico de una posible vida social futura» (p. 295).

Son dos actitudes de signo contrario, pero ambas, sin duda, idealistas. Frente a la creencia común —véase Laín Entralgo—,

«la generación del 98 entra en la realidad española por la historia y el análisis de los conflictos de la sociedad de su tiempo; el paisajismo, en cambio, es en ellos posterior, y aunque aparezca teñido de nostalgia histórica, es precisamente una de las vías de salida que encuentra la generación del 98 tras el abandono de la actitud crítica» (p. 296).

En este contexto, Ganivet parece ser el iniciador del escapismo paisajístico —quizá sería mejor decir el continuador del tradicionalismo decimonónico ya mencionado. Unamuno seguirá en cuanto al paisajismo evolución paralela a la de su pensamiento político: sus escritos anteriores a 1890 son, en realidad, «y sin grandes pretensiones, escenas vizcainas» (p. 299). Tanto en su inmediata etapa «lingüística» como en la subsiguiente marxista, no hay en Unamuno preocupación paisajística, excepto, desde luego, en su fundamental ensayo *En torno al casticismo* (1895). Aclarar la función de la naturaleza en este libro de Unamuno es de importancia

radical, pues habitualmente esta es una de las fuentes de la conocida idea del *invento* del paisaje por parte del 98. Halla Carlos Blanco Aguinaga dos tipos *contrarios* —*dialécticos*— de paisaje: uno simbólico, otro metafórico. El de Castilla es el primero,

«duro, carente de 'nimbo', en que los colores y las formas se enfrentan unos a otros violentamente, al igual que la tierra lisa se enfrenta con el cielo intenso. Como el paisaje, la casta que lo ha habitado: casta dogmática, incapaz de matizar y empeñada siempre en la destrucción del contrario. Se trata, pues, de un paisaje simbólico para entrar en la comprensión de la Historia de España» (p. 302).

El segundo, el metafórico, lo resume Unamuno «en aquello de que carece Castilla: el agua [...] como ella —y no necesariamente en ella— viven olvidados de la Historia los intrahistóricos» (p. 302). Nos hallamos, pues, ante todo, con una oposición *dialéctica* de dos paisajes; el escapismo, por el simple hecho de este planteamiento, además de por la inserción en él de la idea de intrahistoria, brilla por su ausencia. En sentido estricto, el escapismo de Unamuno por medio del paisaje, si bien está presente ya en sus obras desde 1897, fecha de su gran crisis personal, es obvio desde 1900 en adelante: «la Naturaleza será siempre para él la paz a la que huye de la Historia» (p. 304; cf del propio CBA, *El Unamuno contemplativo*, México, 1959).

Pero cuando se habla del habitual binomio paisaje—98, es a Azorín a quien realmente se suele tener presente y traer a colación inmediata. Mas, sin duda,

«Es Azorín el mejor y más constante paisajista de la generación. Es también [...] el más hábil escamoteador de la realidad histórica de su tiempo» (p. 307).

Siguiendo a Carlos Blanco Aguinaga, *La voluntad* (1902) es el libro básico para comprender «la crisis colectiva de los del 98», (p. 308), partiendo del radical escepticismo que estructura la narración azoriniana. Pues sucede que Azorín «jamás ha pintado ni cosas ni personas concretas porque a partir de su alejamiento de la problemática



española de su tiempo, huye definitivamente de toda Historia » (p. 310). Y lo que es más : conocida es la debilidad evocadora que *Azorín* siente por los clásicos de la literatura española, por sus personajes famosos y sus épocas gloriosas. Mas todo consiste, en realidad, en algo verdaderamente grave :

« en una negación sistemática y radical de la Historia, de la del tiempo de *Azorín* y de la del tiempo de cada uno de los autores o libros que con inusitado desenfado pone nuestro autor al servicio de su escapismo. Desde este rechazo de la Historia, *Azorín* ha falseado sistemáticamente a los clásicos durante cincuenta años » (p. 312).

Antonio Machado había comprendido correctamente el problema, ya en 1913, como antes el despreciado Pérez Galdós. El final del poema *Desde mi rincón*, dedicado a *Azorín*, es toda una requisitoria contra el autor de *La voluntad*, quien, sin duda, no creía en « los gallos de la aurora », en la nueva España del hacha y del fuego. Pues el camino seguido por Machado es el contrario al recorrido por los demás componentes de su generación. De una etapa subjetiva y muy próxima al modernismo —*Soledades, Galeñas*— pasa a *Campos de Castilla* (1907-1912) ; de una naturaleza artificiosa, al paisaje castellano histórico, pero —y aquí está la fundamental diferencia—,

« con signo contrario al de *Azorín* y del Unamuno tardío : Historia que se reconoce como realidad pretérita que debe rechazarse y superarse ; no Historia para soñar inmerso en sus leyendas o falsificando el sentido de sus obras. Paisajismo que es vía de entrada crítica en la Historia y no evasión esteticista » (p. 319-320).

El poema *A orillas del Duero* bastaría, señero, noble, dolorido, para demostrar lo dicho por Carlos Blanco Aguinaga<sup>23</sup>.

De la lectura del denso, apretado, renovador y refrescante libro de Carlos Blanco Aguinaga se derivan unas consecuencias importantes. La primera, que es preciso repensar y replantearse *toda* lo dicho por la crítica tradicional acerca del 98. Pues ni esta generación fue siempre lo que hoy se nos dice que fue —en efecto, tuvo *juventud*—, ni sus enseñanzas son aceptables en bloque en nuestros

días, ni formaron un todo homogéneo en cuanto a las conocidas vulgaridades de abulia, paisajismo, historicismo, castellanismo. Como siempre, Antonio Machado es la excepción que confirma la proverbial regla. El olvido en que se tiene a la prehistoria del 98, como el olvido del Blasco Ibáñez social, como el olvido del último Galdós<sup>24</sup>, es la premisa común para la conveniente mitificación montada en torno a la generación, premisa y mitificación curiosamente compartidas tanto por la crítica « liberal » como por la cavernícola. A partir de ahora, no será ni tan fácil ni tan cómodo utilizarlas.

Universidad de California,  
Los Angeles

24. Véase, por ejemplo, mi estudio de próxima publicación en *Anales Galdosianos*, « Galdós y *El caballero encantado* ». El libro de Tuñón de Lara : *Medio siglo de cultura española (1885-1936)* (Madrid, 1970), ofrece también una reivindicación del autor de *Fortuna y Jacinta*.

23. Cf en *Obras, Poesía y prosa* de Antonio Machado (Buenos Aires, 1964 ; Losada), p. 126-128.



# Dos inéditos de Valle-Inclán

Los dos textos que a continuación publicamos, los hemos exhumado de las colecciones incompletas del periódico madrileño **El Sol** que poseen la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (el primero) y la Bibliothèque de Documentation Etrangère de la Assemblée Nacional (el segundo).

El primero salió en el número correspondiente al 20 de noviembre de 1931; se trata de una entrevista tomada al autor del **Ruedo ibérico** por Francisco Lucientes, colaborador del periódico. Hemos conservado sólo la parte del artículo en que se establece el diálogo, suprimiendo un párrafo de introducción escrito en prosa cursi y que carece de interés.

Las palabras de Valle-Inclán demuestran aquí una visión muy clara de la situación en España pocos meses después de la proclamación de la segunda República. Sus terminantes afirmaciones sobre el porvenir del país demuestran su conocimiento de la política de entonces, y así cae por tierra la leyenda del Valle-Inclán carlista y reaccionario.

Todavía sea más interesante la carta que, desde Madrid, dirigió don Ramón el 21 de octubre de 1934 a sus amigos Ignacio y Conil Hidalgo de Cisneros que se encontraban, a la sazón, en Roma. Dicha carta ha sido publicada por primera y única vez en **El Sol** del 23 de junio de 1937 por María Teresa León. Forma parte de un artículo de la serie titulada « Los que estarían con nosotros », que la escritora, esposa de Rafael Alberti, escribió en aquella época.

Sirvan estos dos textos, no sólo a acrecentar la bibliografía de Valle-Inclán, sino a demostrar que ciertas reivindicaciones póstumas del escritor por algunas personas opuestas a las ideas del maestro, no resisten a la verdad de las palabras pronunciadas o escritas por don Ramón del Valle-Inclán.

Robert Marrast

---

En un artículo de la serie titulada **Los que estarían con nosotros**, firmado por María Teresa León, se encuentra uno dedicado a Valle-Inclán en **El Sol** del 23 de junio de 1937; en él se cita la carta siguiente dirigida por don Ramón el 21 de octubre de 1934 a sus amigos Ignacio y Conil Hidalgo de Cisneros, que se encontraban en Roma.

« [...] Anteayer, con la comida ofrecida a Pio del Rio Hortega y al doctor Lafora, hemos celebrado el primer acto revolucionario. Era la comida una protesta por la repulsa de la Academia de Medicina a Del Rio y la actitud de Lafora devolviendo su medalla de académico. Desde el primer momento se percibía una aura revolucionaria. Yo no pude excusarme de decir algunas palabras y me levanté para solicitar unas pesetas para « nuestros amigos encarcelados ». Tomé pretexto de la señalada y levantada

actitud quijotesca del doctor Lafora, para señalar que los quijotes son los que dejan la paz de sus casas para perder la libertad y la vida por un ideal. Hubo mucha emoción y se recogió bastante dinero. Ayer se lo llevamos a los presos, que están con el mejor ánimo. Al gobierno le ha sentado muy mal el hecho de convertir una comida de personalidades « decentes y burguesas » (estaban los médicos y los profesores más calificados) en un mitin de simpatía a los que encarcela, y que hasta ahora nadie se había atrevido



a defender públicamente. Hablan de mi osadía y de que no están dispuestos a tolerarme lo que me toleró Primo de Rivera. Yo me río, porque esto se lo llevan los mengues en cuanto haya quien se decida a hablar. Pasado el primer estupor, la gente reacciona en tal forma que, esta mañana, en plena calle de Alcalá, me dieron la hojilla que les adjunto. Verán ustedes que el caso de Asturias sobrepasa cuanto puede suponerse. Solamente la más vil, infecta y

mogigata gentuza asturiana osa disculpar los crímenes del gobierno, porque el cinismo de negarlos, a la hora presente, ya no lo tiene ningún canalla burgués. Mañana, si puedo hacerme con una fotografía de los espantos de Asturias, se la enviaré.

Sursum corda. Un abrazo, Valle-Inclán.

Madrid, 21-X-1934.

## ¿ Cómo será España bajo la futura constitución ?

**Don Ramón del Valle-Inclán daría todos los derechos por una sola ley : supresión de la herencia**

**En el porvenir de España presiente una dictadura con el sello de Lenin**

(Fragmentos.)

## Futuro político

Don Ramón se monda el pecho de una tos de noviembre, y dogmatiza sobre la piel de toro :

—Se dibuja en el horizonte nacional la visión inherente al momento en que funcione la Constitución.

(Hasta aquí su palabra es suave. Y de pronto, don Ramón, apocalíptico, retumba) :

—Y es absurdo, ridículamente absurdo, que alguien haya pensado en una solución socialista. Pero « ezo », ¿ qué « ez » ? Y en ese círculo vicioso del absurdo, es más absurdo aún que se piense en un gobierno Largo Caballero. ¡ Sería el colmo ! Aparte las virtudes que adornen a Largo Caballero, no es posible olvidar que Largo Caballero actúa y actuará —ello es indivisible en su persona— como secretario de la UGT. Se da a los Sindicatos Unicos una política de excepción, cuando lo oportuno al bien de la República, fuera todo lo contrario.

Como se decía en los tiempos de Carlos V, « interin » no se logra esto, en España no habrá sosiego.

¡ Los socialistas !... Conviene advertir que el partido socialista se llama Partido Socialista Obrero. ¡ No hay que olvidarlo ! Y no hay que olvidarlo porque el tal partido representa una casta ; una casta lo mismo de odiosa que la casta eclesiástica o la militar.

No me explico, no me explico, la verdad, cómo El Sol ha publicado una información donde, si no se defendía, se señalaba sin repulsa un gabinete Largo Caballero.

¡ Están ustedes locos ! Si « ezo », « ezo es » lo que hay que evitar precisamente... ¡ Sería una afrenta !

Don Ramón se recrea en la pausa, y sigue :

—Lo que más me indigna es esa pobre gente que se vanagloria del título de obrero intelectual. No comprendo... ¿ Qué es eso ? Ahora ruedan por ahí tres tópicos horribles : el feminismo, el obrerismo y el americanismo. A mí me subleva la sangre cuando oigo lo de « obrero intelectual ».

¡ Qué cosas ! El intelectual no puede ser obrero. A no ser que sea un faquín a sueldo de un periódico o de una editora. El intelectual crea. El obrero sirve a la creación del otro. Son tan dispares los conceptos de creación y de ejecución, que no hay modo de unirlos. ¡ Pero si la Santísima Trinidad explica esto claramente !

Dios, el Padre Eterno, no es un obrero. Hace el mundo en seis días sin atenerse a la jornada legal de ocho horas. Es decir, crea. Y crea una obra como el mundo, que, aunque le parezca mal a Largo Caballero, no es del todo una birria. Dios es, por tanto, un patrono, no un obrero. Y si a lo sumo se puede decir que a los seis días se va del trabajo, se convierte en un rentista. Del Hijo tampoco se se puede decir que fuera obrero, ya que abandonó el trabajo manual a tiempo, la garlopa de José. Y en cuanto a lo que es Supremo en el concepto de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, ¿ qué le voy a decir ? La paloma extática, para mantener su sello mítico, no ha volado nunca.



—Y este momento, don Ramón, ¿lo ve turbio o claro?

—Hay, indudablemente, una crisis del régimen parlamentario. Reconozco que quien ve a las Cortes no siente ante el espectáculo un gran efecto; pero, ¿se puede decir que las anteriores superaban a las actuales? No. Difícilmente, ni ayer, ni hoy, ni mañana, se reunirá una Cámara con menos vicios y menos dones del Espíritu Santo que la de ahora. ¡Ya sé yo que no es un delicado paisaje! De la crisis del régimen parlamentario, yo puedo hablar mucho, porque tal como veo el Parlamento, si que entra en la afición de toda mi vida: en la literatura. Hay varios géneros literarios en ruina: la epopeya y la elocuencia. La política española fue siempre elocuente o no fue nada. ¡Claro que no fue nada! Y yo digo: Sin Homero no puede existir Demóstenes; sin Virgilio, tampoco Cicerón.

Con el régimen parlamentario ha ocurrido siempre en España una cosa divertida. Mientras unos lo superaban, otros no habían llegado. En España, indiscutiblemente, este régimen es un postizo. Y de esto de los postizos sí que podría hablarse. Recuerdo ahora, dice don Ramón nostálgicamente, algo que ocurrió en los días postreros de los Reyes Católicos, o en los iniciales de Carlos V. Se tradujeron al español dos obras de excelente adoctrinamiento espiritual, cuyas lecturas en muchos países hicieron santos, y donde no santos, varones sumamente perfectos: La Divina Caligo, de Taulero, y Los Ejercicios espirituales del Maestro, de Ekar. Y bien... Estas obras en España engendraron degeneraciones, pecados oscuros del sexo. De ellas surgió un nuevo contagio: el de los «alumbados». La Inquisición se alarmó mucho; pero como los tales libros llevaban el imprimatur de Roma y la licencia de arzobispos y obispos numerosos, no se podían prohibir. Y la Inquisición, por suprimir su lectura, recogió uno a uno los ejemplares y los quemó, simplemente, por la consecuencia de la doctrina, como dicen los autos del Santo Oficio.

Algo de esto pasa hoy con los amasadores de la Constitución en sus afanes de copiar leyes extrañas.

—Entonces, don Ramón, ¿cómo cree usted que se arreglará el país?

—Hombre, con una Dictadura. Sí, Dictadura... En España hay que hacer la Revolución con la Dictadura. Se impone. Y no como la del pobre Primo, sino como la de Lenin. Cuando Carlos III quería adecentar Madrid, que era una letrina, justificaba los alborotos de la plebe con una frase: «Los pueblos lloran como los niños cuando se les quiere lavar el rostro.» La dignidad no se adquiere; se impone. Los pueblos esclavos la aceptan a latigazos. Quienes se hallan acostumbrados a estar de rodillas se les hace muy difícil ponerse en pie. Recuerdo que Borodine, cuando estuvo en Madrid, me confesaba: «Allí, en

Rusia, somos un millón de esclavos y de blancos para cien millones de asiáticos. Y sólo a fuerza de latigazos podemos imponerles la dignidad a esa gente.» En España, no hay otro recurso para imponer la dignidad a esa tropa confusa que unas veces se llama cavernícolas y otras agrarios. ¡Qué se puede decir de una pobre gente que aun siente amor al trono de Don Alfonso!

—¿Ve usted inmediata la dictadura?, pregunto al profeta.

Y el profeta responde, majestuoso:

—Fatalmente ha de venir.

—¿Y existe el dictador o los dictadores en potencia?

—En las dictaduras, dice don Ramón, los hombres no son necesarios, lo que manda es el concepto y no el hombre. Ahí está Roma. Primero, fue el Senado. Más tarde, el Imperio. Augusto fue un hombre cabal; pero Tiberio no lo fue tanto... Y después viene la teoría de los monstruos: Calígula, Nerón... En España, es inevitable. Las derechas impondrían la dictadura de las izquierdas para hacer la revolución. Lo que es ingenuo es que un país se abra de capa y les dé Constitución y derechos iguales a todos.

—¿Y qué porvenir les asigna, don Ramón, a las mujeres en la nueva España?

—¡Pero hombre! ¡Qué cosas! ¡Las mujeres! A las pobres se les puede hacer únicamente la justicia de la conocida frase de Schopenhauer. ¡Y ahora ni siquiera tienen los cabellos largos! En la presente civilización, sentencia, dogmático, Valle-Inclán, no tienen nada que hacer las mujeres.

—¿Y el pleito de los Estatutos?

—«Ezo» no tiene importancia. Hay que conceder los Estatutos que se pidan. ¡Si es un ensayo! ¡Qué más da!... Ocurre ahora que vemos politiquitos que se creen legisladores de la eternidad, y no saben los pobres que dentro de muy poco a su obra política se le aplicará esos versos que ruedan ahí sobre el Estatuto:

Aquí yace el Estatuto:

nació y murió en un minuto.

—Entonces, ¿cómo ve el problema del regionalismo?

—Con mi teoría de siempre: Hay que integrar el espíritu peninsular como fue concebido por los romanos. Es lo acertado. Dividir la Península en cuatro departamentos: Cantabria, Bética, Tarracense y Lusitania. Esto, queramos o no, es así. En la Península sólo hay cuatro grandes ciudades: Bilbao, que es Cantabria; Barcelona, que es la Tarracense; Sevilla, que es la Bética; y Lisboa, que es la Lusitania. Cada gran ciudad a un mar: el Cantábrico, el Atlántico, el Mediterráneo.

Don Ramón se queda un minuto silencioso; sin duda porque no halla el mar de Sevilla, y porque el Guadalquivir no le parece todo lo importante que pide el gran lienzo. Se recobra pronto, y con esa



gran facilidad que tiene para urdir fantasías, repite la anterior enunciación:

—... el Cantábrico, el Atlántico, el Mediterráneo y... el mar Africano. ¡«Ezo», el mar Africano! Dividida la Península en cuatro departamentos, podría hacerse una altísima confederación de mares, y por el Pacífico y Acapulco reanudar el gran comercio con el Extremo Oriente, a base de Filipinas. ¡Pero «zi» es lo eterno! Lo eterno es el pensamiento, la ética y la estética peninsulares. No entro en el debate de dialectos y lenguas aunque sé que lo único que mantiene entre los hombres la unidad es el verbo de comunicación.

—¿Y qué le ha parecido la solución del problema religioso?

—La natural, la que tenía que ser. ¡Si aquí todo es farsa! La religión, incluso. Ficción era lo de la Monarquía constitucional; ficción el Ejército, al que también se decía consustancial, y ficción el llamado problema religioso. Fue resuelto sin protestas considerables. Y las que ahora surgen son del todo grotescas. A mí me «pazma» que tanto hablar de religión, y después, lo único que se defendía era el permiso para algunas procesiones; ¡pero sin gran pasión! Con la misma que se pone al defender las capeas. El divorcio tampoco tiene importancia. Es un hecho en todos los países, y natural que, separándose la Iglesia del Estado, sea éste quien regule las relaciones de vida entre hombre y mujer.

Anda ahora por ahí el bulo de una posible Iglesia nacional. No creo que cuaje. Ha pasado el tiempo de las herejías como ha pasado el tiempo de los santos.

—¿Cómo será la Dictadura que profetiza usted, don Ramón?

—Ha de tener todo o casi todo el ejemplo de Lenin, y nada de Mussolini. En el mundo han existido únicamente tres grandes revoluciones. Nada más que tres. Fueron a la par que grandes revolucionarios, tres grandes semitas: San Pablo, Mahoma y Lenin. ¡Aquí no faltan judíos! Yo espero que surja el semita prometido.

—¿Y cómo será el dictador?

Don Ramón se estremece la barba con un dedo y escoge el concepto:

—Ha de tener todas las virtudes inherentes a un político universal, sobre todo autoridad, energía, sentido histórico y la virtud del silencio. ¡Tiene que ser un taciturno!

—¡Hombre!, Lerroux, le digo.

—El mudo no es el taciturno, contesta don Ramón. Lerroux fue taciturno en el Congreso, y habló mucho en las provincias. La Dictadura la traerá o la creará un solo partido: el de la Dictadura. La Dictadura sólo puede tener un partido, que es como no tener ninguno.

—¿Y qué le parece la actuación de los intelectuales en la política?

—Excelente. Toda la política ha de ser intelectual y realizada por intelectuales. El mal de nuestro país ha consistido en que su política no fue nunca intelectual. Ahí tiene el caso de Cánovas. Cánovas era un gran tipo de político inteligente. Si frente a Cánovas los liberales hubieran tenido un intelectual, otros serían los destinos de España. Pero los capitaneaba ese hombre nefasto que se llamó Sagasta, todo sonrisas, simpatías, promesas, ambigüedades y horro de lecturas. La inteligencia es necesaria, es imprescindible en todas las faenas políticas. Lo mismo que el carácter, aunque no tanto el carácter. A un político le va muy bien dotes de cultura histórica y política, y, digámoslo con amargura: necesita también su poco de cultura literaria.

Ahora a don Ramón le tiembla la barba de ira, y es como un modelo irritado de Miguel Ángel:

—Se avergüenza el ánimo, dice, al toparse con ese bodrio que han escrito los hombres que redactan la Constitución. ¡Y en un país que desde el rey Sabio posee el más noble lenguaje para las leyes que se ha conocido en el mundo! ¡Sonroja esta manera de escribir las leyes!

—¿Le interesa la política, don Ramón?

Ya sé que después de todo lo que va dicho la pregunta no es muy lógica, pero sí conveniente.

—No me ha interesado nunca, responde Valle-Inclán desdeñoso. Cuando asisto a la Cámara, siento no ser diputado para decir las cosas oportunas en cada hora.

—¿Y cómo cree usted que anda de hombres la República, don Ramón?

—La revolución no tuvo nunca hombres. Es un absurdo decir que en España no hay hombres para la revolución. La revolución es vida, y, por tanto, crea lo que le hace falta. Aquí tenemos el ejemplo bien palmario de Azaña. Hace seis meses sólo le conocían los amigos. En un gobierno heterogéneo, colmado en conflictos interiores, supo afirmarse y erguirse con la máxima autoridad. Azaña tenía una preparación y muchas condiciones de genialidad. Yo no digo que en seis meses se crean los hombres que se necesitan; pero en un año o dos no hay duda de que España los contará por legiones. Lo que no se puede hacer es seguir pensando a lo Lerroux: en reincorporarse a esos muertos putrefactos de Alba y de don Melquiades. Pero, ¿se ha creído Lerroux que en España se han agotado las matrices que suelen producir tal clase de esperpentos?

Ya ve usted. En estos días ha salido una pareja que me parece perfecta: Ortega y Maura. No hay duda que la pareja es maravillosa, porque a la densidad del pensamiento de Ortega se le unen la indudable energía y resolución de Maura. Si se consigue fundirlos tan íntimamente como a los siameses que hace



años recorrían las ferias y que se hicieron tan insolubles que al querer separarlos por el bisturí murieron los dos, sería de un efecto prodigioso. ¡Ahí es nada: un Jano con dos cabezas!

Yo sé que don Ramón tiene soluciones para todo. En esta lonja de los cafés le he oído los más encontrados proyectos sobre las cuestiones más diversas, y como estoy seguro de que tiene soluciones para todo, le pregunto:

—¿Le preocupa la cuestión económica?

—¡Ya lo creo! Aunque eso de la peseta no tiene ninguna importancia. El mejor ministro de Hacienda será, a mi juicio, el que la hunda definitivamente. ¡Pero si aquí hasta la economía es también una farsa! Los que hilan algodón, seda o lino, antes el lino venía de Riga, ahora no sé de dónde lo traen, lo importan. ¡El hierro, de Bilbao!... Para producir hierro, naturalmente, es imprescindible el carbón en unas proporciones de dos toneladas de hierro por una de carbón. ¡Y también lo traen del extranjero! Los que laboran papel, se suerten de pasta del Norte. Aquí si se produce algo es azúcar, un azúcar que sabe a trapos. Y esto es lo único que nos importa, porque resultaría más barata traerla de Cuba. Como toda la economía nacional es una farsa, hay que hundirla. ¡Yo ya se le dije a Prieto!... Pero él se empeña a salvarla, y así le va... Cuando la Hacienda española se haya hundido, entonces haremos una economía nacional racional.

Claro, sigue Valle-Inclán, que en España la revolución más urgente es convertir a los ricos en pobres. Los ricos en España no tuvieron nunca dignidad de

ricos. Merecen ser mendigos. A casi todos los accionistas del Banco, el único derecho que yo les reconozco es el de una plaza en un asilo. Yo soy en este punto tan radical, que daría todos los derechos pueriles que nos reconoce la Constitución por una ley que dijera simplemente: Artículo único: Queda anulada la ley de herencia.

—Y en la presidencia de la República, ¿ha pensado usted?

—Todo cuanto se ha hecho me parece mal. Lo digo sin ironías. Noto la falta de un vicepresidente primero, otro segundo y otro tercero. ¡Igual que en las Juntas de los Casinos! Esta teoría de sustitutos es necesaria por tres razones: la muerte, conviene pensar siempre en la muerte; después, por la renuncia de las vanidades. ¡Pensemos también en Wamba, que se marchó a un convento!

—¿Y eso de los jesuitas, don Ramón?

—¡Otro punto sin importancia! Los jesuitas cumplieron su destino. Es como la Orden del Temple, que acabó en la Edad Media. ¡Anda el mundo tan pobre de dinero!

Y ahora quien pregunta es don Ramón.

—¿Cree usted que hay bastantes profecías?

Yo le respondo, muy conmovido:

—Sí, don Ramón, creo que sí...

Francisco Lucientes

(El Sol, Madrid, número 4 453, 20 de noviembre de 1931, p. 1 y 8.)

## Editions Ruedo ibérico

Juan Goytisolo

# El furgón de cola

**Índice:** El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

21 F



## **Editions Ruedo ibérico**

**Wilhelm Reich**

# **La revolución sexual**

**Para una estructura de carácter autónoma del hombre**

Prólogo de la cuarta edición (1949). Prólogo de la tercera edición (1945). Prólogo de la segunda edición (1936). I. **El fiasco del moralismo sexual.** 1. Fundamentos clínicos de la crítica según la economía sexual. 2. El fracaso de la reforma sexual. 3. La institución del matrimonio autoritario como fuente de contradicciones en la vida sexual. 4. La influencia de la moral sexual conservadora. 5. La familia autoritaria como aparato de educación. 6. El problema de la pubertad. 7. El matrimonio coercitivo y las relaciones sexuales duraderas. II. **La lucha por la «nueva forma de vida».** **Reacción sexual en la Unión Soviética.** 1. La «abolición de la familia». 2. La revolución sexual. 3. Amortiguamiento de la revolución sexual. 4. Liberación y amortiguamiento en el control de la natalidad y la homosexualidad. 5. El amortiguamiento en las comunas juveniles. 6. Algunos problemas de sexualidad infantil. 7. Las lecciones de la lucha por la «nueva forma de vida» en la Unión Soviética.

308 páginas

21 F

## **Editions Ruedo ibérico**

**Karl Kautsky**

# **La cuestión agraria**

**Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia**

Prólogo de la edición alemana de 1966 (Ernst Schraepler). Prólogo a la edición de 1898 (Karl Kautsky). I. **La evolución de la agricultura en la sociedad capitalista.** 1. Introducción. 2. El campesino y la industria. 3. La agricultura feudal. 4. La agricultura moderna. 5. Carácter capitalista de la agricultura moderna. 6. Grande y pequeña explotación agrícola. 7. Límites de la agricultura capitalista. 8. La proletarianización de los campesinos. 9. Dificultades crecientes de la agricultura productora de mercancías. 10. La competencia de productos alimenticios de ultramar y la industrialización de la agricultura. 11. Perspectiva futura. II. **Política agraria de la socialdemocracia.** 1. ¿Tiene la socialdemocracia necesidad de un programa agrario? 2. La defensa del proletariado agrícola. 3. La protección de la agricultura. 4. La protección de la población rural. 5. La revolución social y la expropiación de los terratenientes. Vocabulario.

544 páginas

39 F



# El compromiso en la poesía española del siglo XX\*

Hace bastantes años que el hispanista holandés Juan Lechner venía trabajando sobre el tema que encabeza este artículo —y que es el mismo que ha servido de título a su tesis doctoral. Durante una breve visita a Amsterdam, allá por la primavera de 1963, lo recuerdo ya sumergido en la lectura y meditación de nuestra poesía contemporánea; preocupado por las dificultades para hallar o consultar algunas obras y publicaciones de los años azarosos de nuestra guerra; impaciente ante la tardanza en obtener respuesta a algunas de las muchas cartas dirigidas a poetas y escritores españoles dispersos —tras la diáspora de 1939— por los cuatro puntos cardinales. Sin embargo, sus adquisiciones y descubrimientos eran ya importantes, el material consultado imponía por su abundancia. Resultado de tan largo estudio era, indudablemente, la holgura con que se movía por entre la intrincada exuberancia de nuestra poesía, su enfoque desde perspectivas originales...

El primer fruto público de esta tenaz labor ha granado, recientemente, en un par de volúmenes que forman la primera parte del estudio general de nuestra poesía comprometida en el siglo XX. Esta primera parte comprende desde la generación de 1898 hasta 1939; el período, sin duda, más difícil, complicado y laborioso por comprender los años de la guerra, la cual, al mismo tiempo que gran inspiradora para los poetas, fue también la gran aventadora de sus obras y, en algunos casos, su gran sepulcra.

El primer volumen de los dos de que consta dicha primera parte, contiene el estudio de la poesía **comprometida** hecha en España durante el ámbito temporal arriba indicado. El segundo volumen es una antología que a la vez que ilustra las principales referencias, recoge composiciones y obras casi desconocidas hoy, o prácticamente olvidadas. Así, al mismo tiempo que sirve de ejemplificación, cumple esta antología —junto con el estudio que la precede— una misión descubridora, determinando por ello mismo una reordenación de varios supuestos poéticos.

Esta obra marca, indudablemente, un jalón en el camino del conocimiento de nuestra poesía de carácter comprometido, especialmente de la compuesta durante los años de la guerra. Con respecto a este período viene a llenar, si no absolutamente todos los vacíos, sí una parte considerable de ellos. La dificultad de hacerse con las publicaciones de aquellos tiempos de lucha y trasiego; su complicada consulta en bibliotecas públicas (cuando no faltan

en éstas), o en colecciones privadas, explica que el estudio del profesor Juan Lechner no haya podido ser exhaustivo —y quizá no pueda serlo nunca por la pérdida irremediable de algunos documentos literarios.

En la introducción, el autor pone de relieve la importancia que ha tenido nuestra poesía en los últimos treinta o cuarenta años, sin par en Europa. De esta importancia, calidad y fertilidad no han participado, sin embargo, en la misma escala, ni el teatro ni la novela del mismo período, lo que nos impide hablar de una nueva **edad de oro** de nuestra literatura, pues el concepto supondría una floración unánime de los diversos géneros literarios.

En el capítulo I se intenta definir el término «compromiso», empleado a veces sin discernimiento, y se bosqueja su historia. El compromiso —al igual que el **engagement** francés— suele evocar una actitud crítica, de inconformismo, que tiende a confundirse con un ideario político determinado, de carácter izquierdista. Pero esto no responde a la escueta acepción del término. Como observa Lechner, el compromiso puede darse también desde una postura conservadora, tradicionalista o conformista, pues el vocablo no lleva implícita una obligada filiación ideológica. El compromiso no es una doctrina, sino una actitud. Teniendo en cuenta esto, Lechner recoge en su estudio los dos compromisos existentes en nuestra poesía contemporánea: el de signo crítico e inconformista, y el de signo conservador. Al mismo tiempo que sale al paso de la idea, propalada por ciertos críticos y escritores, de que el compromiso es incompatible con la calidad artística —**parti pris** que es un error evidente. Hay poesía sin compromiso que es, a la vez, sin calidad; como hay poesía comprometida que encierra, al mismo tiempo, gran calidad artística— y sin esta calidad dejaría de ser eficaz.

En el segundo capítulo el autor traza un panorama de Europa y España entre 1900 y 1936, décadas durante las que se crea un clima favorable a la aparición de actitudes comprometidas: la gran guerra y la tensión política subsiguiente; la ascensión de los fascismos; la inseguridad engendrada por la perspectiva de una nueva conflagración, todo ello forja un ambiente que lleva a muchos escritores a tomar posición, a definir su actitud, asumiendo la situación, o rechazándola.

\* Tesis doctoral de Johannes Lechner, parte primera: **De la generación de 1898 a 1939**. Dos volúmenes. Universidad de Leiden, 1969.



El capítulo III trata de las diferencias entre Modernismo y 98, señaladas ya por otros autores, pero que Lechner estudia especialmente en lo que concierne al **compromiso**, y desde este punto de vista se ve obligado a separar netamente el Modernismo español del hispanoamericano. Mientras en éste se da el poema comprometido, que se solidariza con todo el continente y asume sus luchas; el poema de denuncia incluso (como en **Cantos de vida y esperanza**), no ocurre otro tal en el modernismo español, formal y esteticista —si exceptuamos, a lo sumo, algunos poemas de Valle Inclán. La segunda parte de este capítulo está consagrada a la aparición de las primeras composiciones comprometidas: Antonio Machado por parte de su obra y por su propia poética; Mauricio Bacarisse, León Felipe, así como varios autores de la promoción de 1927: Alberti, Emilio Prados, el Lorca de **Poeta en Nueva York**, etc. A estos nombres añade los de otros poetas que militan en un compromiso de signo opuesto, tradicionalistas más que puramente inconfirmistas: Ramón de Basterra y José María Pemán. Este capítulo es el más largo del estudio de Lechner, y al mismo tiempo el más importante y pormenorizado. Al estudio de los poetas y libros de poesía se junta el de las revistas de carácter comprometido: **Octubre**, por ejemplo, o hasta cierto punto **Nueva Cultura**, ambas de 1933; o bien aquellas revistas que sin estar **comprometidas** en principio, dieron cabida a obras que sí lo estaban: por ejemplo **Caballo verde para la poesía**, fundada por Pablo Neruda en octubre de 1935. A través de unas u otras nos salen al encuentro nombres prestigiosos: Cernuda, Serrano Plaza, Emilio Prados, Alberti, Miguel Hernández, etc. Al lado de otros menos conocidos, o mal conocidos —a pesar del importante papel que desempeñaron dentro de aquel movimiento poético, y de su indudable valor, como José María Morón y Juan Gil Albert.

Se estudian en el capítulo IV las características de la poesía comprometida durante el lustro republicano, con la filiación política de los diferentes autores y su procedencia social, para abordar en los dos capítulos últimos la poesía de la guerra civil hecha en una y otra zona. Así, al lado de los romanceros, antologías, colecciones aparecidos en la zona republicana (**Romancero general de la guerra de España**, **Poesía en las trincheras**, **El mono azul**, etc.) y al lado de revistas como **Hora de España** (de la que se nos da un detallado resumen), se estudia igualmente la labor poética desarrollada en la otra zona, representada por la **Antología poética del Alzamiento**, la **Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera**, el **Testimonio de Dionisio Ridruejo** y el **Poema de la Bestia** y del

**Angel**, de Pemán. Este último aparece, por otra parte, ejerciendo cierto magisterio sobre el grupo de la **Antología del Alzamiento** (Martínez del Cerro, Duyos, Sassone, etc.), o al menos sobre los más jóvenes, toda vez que la Antología apareció con la dedicatoria: «A José María Pemán, poeta alférez, que siente, canta y vive la nueva Epopeya Nacional».

No se puede, en el espacio limitado de una reseña, exponer toda la riqueza documental que encierra esta obra, tan llena —por otra parte— de sugerencias, ideas, reflexiones... En la imposibilidad de enunciar siquiera todos los aspectos abordados, me circunscribiré a destacar algunos **descubrimientos** (llamémoslos así) y revelaciones que se imponen a propósito de ciertos poetas que habían caído en injusto olvido, o a los que se les venía conociendo mal enjuiciados o incorrectamente definidos. La repetición de juicios establecidos; la pereza mental de admitir opiniones sin comprobarlas crearon imágenes falsas en el caso de poetas como Mauricio Bacarisse, autor de una obra importante de tipo comprometido, incluso **denunciador** —como luego se diría— de una sociedad inaceptable. La ausencia sistemática de tales poemas en las antologías, su silenciamiento en citas y artículos, acabó por darnos una imagen parcial y manca de aquel autor, hoy día —como algunos otros —sin estudiar. Algo de redescubrimiento tiene la fértil actividad de Emilio Prados en revistas, romanceros, periódicos, que nos llega a través de las páginas que le dedica el hispanista holandés.

En la sección dedicada a **documentos**, así como en el volumen consagrado a la **Antología**, se exhuman poemas, discursos, artículos, controversias sobre poesía y literatura que tienen capital interés, ya que nos pone en las manos —por decirlo así— textos de consulta difícil, desconocidos en su mayoría, al menos por el **gran público**.

**El compromiso en la poesía española del siglo XX** es un estudio en profundidad, objetivo, riguroso y metódico. Gracias a él se aclara todo un aspecto de nuestra poesía que hasta ahora, y por diversas razones, había permanecido en la penumbra. En cierto modo es como una gran vitrina en la que se nos ofrece la labor poética —con sus resultados— de varias promociones de poetas a las que los avatares históricos, el propio carácter y personal ideología, llevaron a un **compromiso** de signos diversos. Ahora, a más de treinta años de distancia, la tesis de Juan Lechner nos permite establecer una primera comparación de conjunto, así como una primera valoración desapasionada —lo que no implica el que resulte menos trágica.



## Editions Ruedo ibérico

Claude Lefort

### ¿Qué es la burocracia? y otros ensayos

I. I. La contradicción de Trotski. II. El marxismo y Sartre. III. Sobre una respuesta. IV. Proletariado y dirección revolucionaria. V. El testimonio de Antón Ciliga. VI. El totalitarismo sin Stalin. VII. La insurrección húngara. VIII. El método de los intelectuales llamados « progresistas ». IX. ¿Qué es la burocracia? III. X. Sobre la democracia. XI. Los intelectuales en la sociedad moderna. XII. El desorden nuevo.

316 páginas

21 F

## Libros

Juan Martínez Alier

### Charles W. Anderson : The Political Economy of Modern Spain

Este libro \* tiene un título tan prometedor que conviene advertir al público que parece tratarse del producto de una excursión de verano durante la cual se recogió información que fue redactada durante las vacaciones de Navidad. O al revés. El librito trata del periodo 1957-1967. La tesis central es que existe una paradoja en la naturaleza autoritaria del régimen político español y la elaboración de la política económica durante ese periodo (sustancialmente, el plan de estabilización y el primer plan de desarrollo). La paradoja reside en que la serie de opciones reales de política económica y el debate sobre ellas fue tan vigoroso en España —o tan poco vigoroso— como en el resto de Europa occidental; así, en Francia, cuyo ejemplo de estabilización en 1958 y cuya planificación indicativa fueron seguidos a la letra en España. La serie de opciones reales es, para el profesor Anderson, la siguiente, a partir de 1957: 1) las defendidas por lo que él llama **Establishment Falangism** representado por Paris Eguilaz; 2) las defendidas por los que él llama « estructuralistas », que podría llamarse **disestablished Falangists**, y que son Fuentes Quintana, Velarde Fuertes, Sampedro, Tamames; 3) y por fin, las de los « neoliberales » del Opus Dei,

amparados tal vez por Carrero Blanco, **one of the more persistently liberal members of the cabinet** (sic, p. 112: el primer liberal antijudio y antimasón que produce el país). Como sabemos, ganaron los neoliberales tras vigoroso debate. Los estructuralistas han propuesto políticas económicas bien distintas: la nacionalización de la banca, la destrucción de los monopolios, la reforma agraria, etc. El profesor Anderson tiene toda la razón al decir que eso era muy distinto. Pero se equivoca al considerar las opciones reales: ¿quién ganó la guerra, al fin y al cabo? Por ejemplo, la nacionalización de la banca da toda la impresión de que por ahora está fuera del **problem context** real. Pero, sin paradoja, el libro se acababa en seguida, a pesar de los esfuerzos por alargarlo mediante el uso, en muchos trozos, de una jerga pretenciosa; en la p. 89, por ejemplo, nos dice que **one should recognize this ongoingness of the policy process**.

Charles W. Anderson: *The Political Economy of Modern Spain. Policy-Making in an Authoritarian Regime*. The University of Wisconsin Press, 1970.



El profesor Anderson renuncia explícitamente a hacer la historia económica de este periodo. Lo que le interesa es estudiar cómo se decide e implementa la política económica. Con razón excluye de entre las opciones relevantes en la elaboración del plan de estabilización y del plan de desarrollo lo que podrían haber sido las tesis del movimiento obrero, que no aparece por ningún lado. Pero, significativo paralelo, tampoco la CGT participa en Francia en la elaboración del plan. Con menos razón incluye las loables ideas de Tamames y colegas como opciones relevantes. Y sin ninguna razón excluye, de entre la serie de opciones reales, las presentadas por los organismos internacionales y por los Estados Unidos. Sin embargo, como él mismo hace notar, aunque en otro contexto, ya el Pacto de Madrid de 1953 exhortaba al gobierno español a una política económica de liberalización y lo mismo hicieron los embajadores norteamericanos en Madrid en años sucesivos (p. 91). Lo mismo estaba ocurriendo en otros lugares del mundo puesto que Estados Unidos necesitaba otra vez en la década de 1950 exportar capital. Por tanto uno tropieza con los **money doctors** recetando planes de estabilización en, por ejemplo, Chile (1956), Bolivia (1956) y Argentina (1958) (p. 119). Tres rotundos fracasos: los problemas monetarios fueron resueltos en algunos casos (en Bolivia, por ejemplo), pero la economía fue para abajo, aunque Anderson no lo diga. Pocos turistas, por allá. En la Argentina, el fuerte movimiento sindical no se mostró dispuesto a sufrir en silencio, ni cabía tampoco la solución española de exportar obreros. Por tanto, parece que el hecho que el régimen español sea «autoritario» —es decir, que prohíba el sindicalismo obrero independiente— tuvo algo que ver con el éxito de la estabilización. Había menos opciones reales, en el sentido de Anderson, en España que en la Argentina; la paradoja no lo es tanto. Es absurdo, dicho sea de paso, comparar a la Argentina bajo Perón con el periodo nacional-sindicalista en España (p. 58). Perón dejó un sindicalismo obrero fuerte.

Como el profesor Anderson no hace historia económica, uno se queda sin saber cuáles cree él que sean las causas del crecimiento económico de la

década de 1960. Del turismo —que sorprendió a los planificadores— habla poco, de los emigrantes menos (sus cifras terminan en 1962), y no habla apenas de la acumulación de capital de la época anterior. Cree que la inflación —con el ahorro forzado a costa de la clase obrera que representó— se produjo sin querer, por la utilización abusiva del crédito público y porque el Estado no podía equilibrar su presupuesto debido a la «renuencia española a pagar impuestos» (p. 97): impuestos directos, claro. Ahí seguramente el profesor Anderson deja de lado una verdadera opción real y conscientemente elegida. Dice que no hay cifras sobre los salarios reales de las décadas de 1940 y de 1950. No da tampoco cifras sobre inversión extranjera durante el periodo 1957-1967. Su explicación del crecimiento económico parece ser que, a partir de 1957, los nuevos economistas políticos neoliberales lo «generaron» (p. 6). Esos neoliberales del Opus Dei llenaron un vacío que los sindicatos no podían llenar (p. 96); pero falta un análisis de si los empresarios habían conseguido o no dominar los sindicatos, o si preferían y podían actuar a través de las Cámaras de Industria, etc. (no hay mención de ellas). Si las «secciones económicas» de los sindicatos corporativos eran ya en 1957 una estructura muerta que se mantenía en pie porque nadie la empujaba, y si los contactos entre el mundo empresarial y el gobierno se mantenían ya por otros canales, los triunfos de los neoliberales no parecen tan notables tampoco en este campo.

El libro, por fin, está lleno de pequeños errores. Que el profesor Anderson no sepa cómo escribir Cortes, pase; pero que le ponga siempre mal los acentos a López Rodó, es más grave. Uno debería cuidar la ortografía de las instituciones importantes. En la p. 213 hay una confusión entre el Nordeste, el Noroeste y Galicia que parece producir finalmente la adjudicación de dos polos de desarrollo a Galicia; dos páginas más tarde, se asegura que el polo de desarrollo de Burgos beneficiará a Extremadura. Ojalá.

La descripción de cómo trabajan las comisiones del plan de desarrollo (en el capítulo 6) es aprovechable.



# Dos estudios sobre el desarrollo de la política de la segunda República española

Manuel Ramírez Jiménez : Los grupos de presión en la segunda República española, 360 páginas (Editorial Tecnos, Madrid, 1969).

El título mismo de este ensayo es ya un embaucamiento, un equívoco. En el lenguaje de la economía política, o simplemente político, y no sólo español sino internacional, la expresión « grupo de presión » tiene una significación específica. Eran en Francia las « 200 familias » y el Comité de Forjas, en Alemania los grandes trusts siderúrgicos Krupp y Thyssen, es en Inglaterra la City de Londres y Wall Street en Nueva York. Eran en España las sociedades extranjeras ancladas en el país y con grandes intereses: la Compañía Nacional Telefónica (International Telephone and Telegraph Corporation), Minas de Río Tinto, Compañía Minera de Puerto Llano, la Chade, la Canadiense y otras más, e incluso el contrabandista financiero Juan March. Es decir, por « grupos de presión » se entiende los grandes trusts o monopolios que disponen de grandes intereses industriales o financieros y ejercen una fuerte influencia sobre los gobiernos, tratan de manipularlos en sus decisiones, mediante la coacción de sus represalias económicas y a través de una prensa subvencionada y venal, para lograr ventajas económicas y decisiones favorables a sus asociados. Estos verdaderos « grupos de presión » fueron los que ejercieron una acción conspirativa desde el comienzo mismo de la proclamación de la segunda República española en 1931, realizando inmediatamente la evasión de capitales y desencadenando una baja catastrófica de la peseta, desarrollando una campaña desmoralizadora en el extranjero sobre la economía del país y subvencionando a todas las agrupaciones reaccionarias nativas que luchaban contra el régimen republicano. Ramírez Jiménez no lo comprende así, y para él los « grupos de presión » de la segunda República fueron principalmente los partidos republicanos, el Partido Socialista, el Partido Comunista, las dos centrales sindicales UGT y CNT, las grandes federaciones sindicales obreras y hasta la Masonería, de la que el autor niega que tuviera la fuerza determinante que dicen militares y falangistas, pero en la que cree ver un gran poder de influencia durante el periodo republicano 1931-1936. Es decir, clasifica como tales « grupos de presión » a todos los movi-

mientos de opinión y a todos los grupos socio-profesionales que intervenían en la vida pública y que trataban de orientarla a la luz del día, con más o menos acierto, pero de acuerdo con sus respectivas ideologías o con los intereses de las masas de ciudadanos que representaban. Para el autor, en su obra, todo lo que los ideólogos de la burguesía liberal llaman « el libre juego de la democracia » era la expresión de las pugnas entre estos « grupos de presión », a cuya coacción estaban sometidos los gobiernos de la segunda República. Y naturalmente, en primer lugar sitúa a todos los partidos y organizaciones de izquierda que constituían la base de apoyo, más o menos táctica, de la política gubernamental.

Claro está, el autor también se refiere a los partidos y movimientos antirrepublicanos y a las organizaciones patronales, representantes de los intereses de la minoría de la nación, pero lo hace para contraponer su política y su actuación a las que representaban en conjunto a la gran mayoría del país. Y al tratar de esta oposición a la República es cuando se acerca verdaderamente a los grupos de presión nacionales.

Por ejemplo, se cita el caso del Consorcio de las Fábricas Militares establecido por el gobierno republicano-socialista del primer bienio. Esta determinación tenía por objeto una nacionalización de las industrias de guerra que trabajaban para el ejército. Esta concentración estatal de una producción nacional importante, perjudicaba severamente los privilegios e intereses de los capitalistas metalúrgicos y siderúrgicos, que desencadenaron una campaña violentísima contra la medida, sobre todo a través de los periódicos financieros y de la prensa diaria más reaccionaria, que estimaban que la determinación era « el culto al obrerismo, y lo que es peor, al obrerismo sindical ». Los patronos y los accionistas hallaron satisfacción en el « bienio negro », que adoptó como una de sus primeras medidas la disolución del Consorcio de las Fábricas Militares. Esta sí que puede considerarse como una terminante manifestación de presión de un grupo de intereses económicos en contra de la economía general



del país y de su necesidad por lo menos de reorganización.

Las observaciones que hacemos sobre este libro, no quieren decir, ni mucho menos, que este ensayo carezca de interés, sobre todo informativo, para conocer bastante detalladamente las principales luchas políticas y los debates parlamentarios de aquel periodo y la posición y actuación de cada corriente política o sindical a lo que hace constantemente referencia. Las historias o ensayos escritos hasta ahora son casi todos bastante generales o muy parciales, y no aportan siempre los elementos documentales precisos. Ramírez Jiménez ha realizado un serio trabajo de búsqueda, lo que no es muy fácil en España actualmente —por lo que se ha visto obligado también a acudir a la Butler Library de la University of Columbia y a la New York Public Library— y nos facilita materiales de conocimiento que hasta ahora no se encontraban generalmente en las obras sobre dicho periodo histórico.

Naturalmente, la interpretación de los hechos obliga a reservas y discrepancias esenciales, aunque el autor pretende cubrirse siempre bajo el manto de la objetividad histórica, y a pesar de que alega que en ciertos aspectos ha tratado también de informarse cerca de personas que participaron en los hechos. El libro sufre, igualmente, del falso tono doctoral y distante que el autor ha deseado darle. Pretende mantenerse en un plano estrictamente objetivo de historiador, cuando lo que verdaderamente hace es glosar todo, dando una de cal y otra de arena a las grandes pugnas en presencia, pero siempre favoreciendo, en el fondo o abiertamente, a las tendencias más conservadoras. Una muestra es el siguiente párrafo de una de sus conclusiones: «El problema religioso se plantea en términos que derivan de la no confesionalidad que los hombres de las Constituyentes quieren dar a la República. En las medidas de separación de Iglesia y Estado, disolución de la Compañía de Jesús, establecimiento de enseñanza laica y la ley de Congregaciones religiosas juegan un importante papel los grupos culturales y docentes, así como los de inspiración anarquista. La masonería y la CNT, por ejemplo, presionaron con ahínco hasta abolir los privilegios que la Iglesia Católica tenía en España en materia de enseñanza. Los bienes de los religiosos fue uno de los grandes slogans que las izquierdas gustaban de airear, sobre todo entre la masa, no muy culta, que integraba el sindicalismo anarquista y a la que no podía ofrecerse otro motivo mejor para que se manifestara contra el clero [...] Y también encontraron un fantasma que usar con frecuencia, la masonería y su privilegiada situación en Gobiernos y Cortes.»

Este es el tono general que emplea Ramírez Jiménez en la interpretación y comentarios que da sobre los

acontecimientos más importantes que se desarrollaron durante los pocos años que se mantuvo en pie la segunda República española. Que durante todo el proceso de esa época se manifestaran e influyeran las fuerzas políticas o sociales que representaban a la gran mayoría de la nación, era un juego muy limpio y natural, y no la acción de «grupos de presión». Estos se manifestaron más tarde, pública y radicalmente, en la sublevación militar-fascista. La Falange, que en las elecciones generales de 1936 sólo había logrado un total de 25 000 votos en toda España y en Madrid ni siquiera llegó al 1 % del electorado, que por lo tanto suponía un peso mínimo de opinión, se amparó en el ejército, que disponía, a manera de papeleta electoral, del lenguaje de las armas y de la fuerza ajena que eran los soldados, hijos de la mayoría de la población, para implantar la sangrienta dictadura que conocemos, en favor de las castas más reaccionarias y de los grupos económicos más conservadores.

Los capítulos principales sont los referentes a la Reforma agraria, la Política religiosa, la Reforma del Ejército, las Autonomías regionales y las Reformas socioeconómicas. Primeramente da un cuadro, bastante completo, de los partidos políticos de todos los matices y de las organizaciones sindicales, con referencias a sus más significados dirigentes, lo que le permite situar a éstos ante los problemas más fundamentales debatidos en el Parlamento, sobre todo, pero en los comunicados, en los manifiestos y en la prensa de aquel tiempo. Esto es lo que constituye el verdadero interés informativo de la obra, aunque la parte que se elige de los textos de referencia sea frecuentemente parcial; evidentemente, ha sido precisa una laboriosa tarea de rebusca en los periódicos de 1931-1936 y sobre todo en el *Diario de Sesiones de las Cortes*. Este resumen que hace, a vuelo de pájaro podríamos decir, es bastante útil para recordar y sacar conclusiones, no precisamente siempre las del autor, sobre la relación de fuerzas y la actitud que adquirió el combate ya poco después de instaurada la República y cuando se le pasó el pánico de primera hora a la burguesía más reaccionaria, esencialmente a los terratenientes.

A la lectura actual de los hechos que se sucedieron y del conocimiento de la intervención en la obstrucción ejercida por los verdaderos «grupos de presión», se deduce, en la perspectiva, cómo éstos estuvieron en ofensiva violenta desde los primeros momentos y llegaron a minar la autoridad de la República y derribarla después. Pero también se prueba la inconsciencia triunfalista y pequeño burguesa de los gobiernos republicano-socialistas, que tenían más el desarrollo revolucionario de las masas trabajadoras que las campañas y las conspiraciones de los terratenientes, industriales, militares y curas.



Y así se despertaron el 18 de julio de 1936, dándose cuenta de que España ardía. La obra va acompañada de abundantes referencias a pie de página, que se completan al final con una

bibliografía general. Pero como en casi todas las obras editadas en España de este carácter, se echa de menos un índice de los nombres citados en el texto, que facilitaría mucho la consulta.

---

**Javier Tusell Gómez: La segunda República en Madrid: Elecciones y partidos políticos, 220 páginas (Editorial Tecnos, Madrid, 1970).**

---

Esta obra de Tusell Gómez tiene un carácter algo semejante a la anterior, no sólo por tratar del mismo periodo, sino también porque para ofrecer un panorama de la lucha de los partidos e intereses a través principalmente de los resultados electorales, informa al mismo tiempo acerca de los diferentes problemas y de las posiciones y combates respectivos. Pero sobre todo es un ensayo de sociología política electoral.

Por las dificultades que presentaba el establecer una estimación de la evolución de la opinión política a base de la expresión electoral en el área nacional, Tusell ha preferido realizar su encuesta limitándose a los resultados de Madrid. Si bien es cierto que se prescinde, de hecho, de conocer esta evolución política en las otras ciudades y en los medios rurales, lo es también que para hacer algo lo más exacto posible, basado en datos oficiales, éste era el mejor medio, que ya de por sí ha ofrecido dificultades.

Madrid era un reflejo en grande de las fluctuaciones en sus preferencias de la opinión de la totalidad del país, y donde los combates políticos adquirían mayor acuidad y un carácter más politizado. Claro está, se podía haber tomado como base de estimación el otro gran centro político de la península, Barcelona; pero creo también que falsearía bastante los datos para una valoración del conjunto, dado que los mayores partidos eran allí de carácter regional, aunque en términos generales correspondían políticamente a uno u otro de los partidos peninsulares.

El análisis de la obra se concentra, como es lógico, en las tres elecciones generales de la República: junio de 1931, noviembre de 1933 y febrero de 1934. Es lástima que el autor no comience su examen dando las cifras correspondientes a las elecciones municipales de la monarquía de febrero de 1931, que hubiera dado una medida comparativa con las primeras generales de la República.

Inicialmente Tusell Gómez establece lo que él llama un «esbozo de sociología urbana», es decir la importancia de las distintas clases sociales en los diez distritos municipales madrileños de entonces, que, naturalmente, no corresponde a la composición

social actual, y que tampoco responde seguramente a una completa exactitud por falta de estadísticas precisas.

Pero este mapa urbano tiene gran interés en las consideraciones a hacer sobre el resultado de las elecciones. Por ejemplo, en 1931 los distritos de Madrid de mayor población obrera (por orden de importancia): Universidad, Inclusa, Chamberí, Hospital y Palacio, este último con población principalmente integrada por obreros de la edificación. Pero ya advierte el autor que si los tres primeros distritos eran tan numerosos se debía simplemente a que su extensión era mayor; si los distritos de Buenavista y Palacio tenían una población proletaria importante era gracias a los núcleos suburbanos. Sin embargo, las profesiones más caracterizadamente proletarias correspondían a la Inclusa, Latina y Hospital, al sur de la capital.

La consideración de estos elementos socioprofesionales, que sólo son muy relativos documentalmente, le sirven al autor para deducciones sobre las variaciones de la opinión pública de elección general a elección general durante la época de la República. La interpretación habría podido hacerse sobre una base más segura de haber tenido acceso a las actas de elección. Y éstas, dice el autor, «aunque en el Archivo de la Villa de Madrid figuran en los Inventarios, sin embargo resultan inlocalizables». Es muy posible, agrega Tusell Gómez, «que estas actas fueran incautadas con posterioridad a la guerra civil y se encuentren archivadas, con los restantes materiales procedentes de la misma. Esto es por lo menos lo que sucede con las actas de las elecciones de tiempos de la República correspondientes a Barcelona». Este celo oscurantista es suficiente para caracterizar al régimen que siente pánico de la verdad que pueden aportar los números.

Por lo tanto, ha utilizado como materiales de trabajo principalmente los ejemplares del *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid* y los diarios madrileños de la época, sobre todo *El Sol*, *El Debate* y *Luz*, que eran considerados como los «más serios» en informaciones de este género.

Las elecciones generales de junio de 1931 se realizaron en medio de una gran euforia popular y no



menos confusión política. Fue una especie de floración de partidos improvisados y de grupos sin masas, formados meramente de ambiciones personales, lo que se manifestó en el terreno electoral. Sólo el Partido Socialista se presentó unido, coherente, y su candidatura era consecuencia de una antevotación democrática, de la que es interesante recordar su resultado: Cordero (612 votos), Largo Caballero (607), Besteiro (596), Saborit (564), Ovejero (468), Sanchis Banús (459) y Trifón Gómez (377).

Los comunistas, por su parte, se presentaron divididos en dos candidaturas, que reflejaban las dos fracciones que se manifestaron en el seno del partido desde los últimos tiempos de la monarquía. La « oficial » estaba encabezada por los líderes de entonces: Bullejos, Adame, León Trilla. La de la oposición comunista, patrocinada por la Agrupación Comunista Autónoma de Madrid, y que se titulaba candidatura del Bloque Obrero y Campesino, lo estaba por Joaquín Maurín, Luis Portela y García Palacios. La otra oposición comunista, la trotskista, no presentó candidatos y se limitó a propugnar que se votase a los candidatos del partido oficial. El resultado fue que la candidatura comunista oficial obtuvo alrededor de 2 000 votos y la del Bloque Obrero y Campesino alrededor de 800 votos.

Por otra parte, se presentaron varias candidaturas más o menos diversionistas: el Bloque Revolucionario integrado por Ramón Franco y por otros de los que después fueron conocidos con el nombre de « jabalíes »; la candidatura « presidencialista comunista », la republicana-democrática federal, la radical-socialista y la « candidatura del pueblo ».

Las dos principales candidaturas que se presentaron fueron la de la conjunción republicana-socialista y la llamada de « Apoyo a la República », ésta integrada por moderados y que comprendía un amplio muestrario: desde republicanos muy de derecha hasta antiguos monárquicos adheridos al nuevo régimen como Ossorio Gallardo o los que se llamaban sólo « constitucionalistas » como Sánchez Guerra y Melquiades Álvarez.

Aparte de todas las diversas candidaturas, el hecho más significativo de las elecciones de 1931, es que aparece la derecha más reaccionaria con el nombre de Acción Nacional, pero no se declaraba como definitivamente monárquica. Y hecho más significativo aún: por primera vez en las elecciones de Madrid, aparece una candidatura « jaimista » (antiguos carlistas), en la cual figuraba sólo su conocido jefe de entonces, Larramendi.

El resultado del escrutinio fue un triunfo completo para la candidatura republicano-socialista; pero expresaba también un cierto cambio en la opinión electoral. Los republicanos obtuvieron individualmente más votos que los socialistas, a pesar de figurar juntos. Lerroux, que fue el que alcanzó mayor

votación, totalizó 133 000 votos y le siguieron por orden los otros republicanos; Largo Caballero, el primero de los socialistas por la votación, logró 118 000 votos, y le siguieron, en disminución escalonada, los otros socialistas; Besteiro figuró en segundo lugar de los socialistas y Trifón Gómez en el último. Tusell destaca justamente, que en las otras elecciones generales se iba a producir el fenómeno contrario: Besteiro ganaría votos sobre Largo Caballero, seguramente porque para los republicanos de derecha eran de más confianza las posiciones moderadas de Besteiro.

Figuraba, por el total de votos, después de la conjunción republicano-socialista, la candidatura de « Apoyo a la República », con una diferencia en menos de 60 000 votos con respecto al último de los socialistas. La Acción Nacional sufrió una gran derrota, obtuvo sólo 27 000 votos el candidato más favorecido, o sea el 12 % de los votos emitidos.

Se celebró después la elección parcial del 4 de octubre de 1931, en la que se presentaron sólo tres candidaturas: la de la conjunción republicano-socialista o gubernamental (Cossío), la del Partido Comunista (Bullejos) y la de José Antonio Primo de Rivera; pero este último afirmaba entonces meramente que para él ser diputado « no tiene otro objeto que ser un testigo, en las Cortes, del juicio de mi padre ». El gobierno obtuvo 56 000 votos, Primo de Rivera 28 000 (se acumularon en él todos los votos de los monárquicos y demás reaccionarios) y los comunistas 6 000.

Vienen a continuación las elecciones del 19 de noviembre de 1933. Las Cortes han establecido la Constitución y algunas medidas bastante tímidas de renovación. Las masas obreras y campesinas han planteado sus reivindicaciones y las defienden resueltamente. La burguesía « liberal » está ya atacada de pánico ante la « ola roja ». Tusell dice sobre estas elecciones, que fueron « un movimiento pendular, indudablemente exagerado por la ley electoral, que se vuelve en contra de los que la habían engendrado, mientras que es muy posible que el electorado estuviera en unas posiciones políticas mucho más próximas a las de la elección anterior que lo que las propias estadísticas electorales indican ». Es cierto que el cambio de la peseta había disminuido un poco y también la producción industrial, el comercio exterior y la renta por habitante, por el boicot llevado a cabo, tanto nacional como internacionalmente por los verdaderos « grupos de presión ». Pero el número de huelgas había pasado de 681 en 1932 a 1 127 en 1933.

En 1933, las candidaturas, en su denominación y programas, varían bastante. La derecha presenta dos candidaturas: una a base de los radicales lerrouxistas y de los conservadores de Miguel Maura, y otra de Acción Popular, con los monárqui-



cos de derecha que no han aceptado totalmente la forma republicana. Por la izquierda se presentan tres: una republicana, cuyos miembros proceden fundamentalmente de Acción Republicana (Azaña) y del partido radical-socialista, otra socialista, y finalmente la de los comunistas. El tono de la propaganda va a adquirir una aguda violencia. Es curioso copiar lo que el órgano comunista **Mundo Obrero** decía de Indalecio Prieto: «Arcabucero mayor del socialfascismo», y al mismo tiempo calificaba a los Jurados Mixtos de «instrumentos de opresión».

El resultado global de estas elecciones de 1933, fue el siguiente: centro derecha (Lerroux), 81 000; derecha (Royo Vilanova), 139 000; centro izquierda (Azaña), 46 000; socialistas (Besteiro), 151 000; comunistas (José Díaz), 12 000.

Sobre los resultados de esta elección, tal y como se manifestaron en los distritos madrileños, el autor del libro hace las siguientes consideraciones: «Si observamos la participación del electorado en la contienda distrito por distrito, podremos apreciar que, aunque exceptuando el caso especial del distrito de Chamberí, el aumento de participación se ha producido en todos los distritos, pero que en los distritos eminentemente burgueses es donde ha sido más considerable. En los dos distritos en los que la votación es más marcadamente derechista, Centro y Hospicio, es donde la votación ha aumentado más (en el distrito de Centro la votación ha aumentado en un 15%). En cambio, el distrito proletario de Inclusa tiene un aumento de participación de solamente un 4% [...] Los «resultados generales» señalan una victoria, aunque no muy marcada, del Partido Socialista, que obtiene el 28,6% del electorado y el 39% de los votantes. A continuación figura la candidatura de las derechas, que obtiene exactamente un 2% menos de sufragios que la socialista. En último lugar figuran las candidaturas republicanas: primero la de centro derecha encabezada por Lerroux, el 15% de los electores y el 21% de los votantes, y la del centro izquierda encabezada por Azaña (8,6% de los electores y 12% de los votantes). Los comunistas obtuvieron sólo el 2,3%.»

El aparente deslizamiento que se observaba hacia la derecha se explicó entonces por muchos como una consecuencia del voto femenino. Analizando en detalle los resultados, Tusell llega a la conclusión de que no fue determinante. «Aunque el voto femenino favoreció a los partidos extremos, no fue excesivamente. Si el sistema republicano se fue polarizando hacia los extremos no fue, desde luego, por el voto de la mujer, sino que las causas, fundamentalmente de orden social, eran de carácter previo.»

La característica principal de estas elecciones fue

la derrota del centro izquierda, dirigido por Azaña. Sólo el 8% de los electores votaron por esta candidatura. Sin embargo, la votación máxima la logró en el distrito eminentemente obrero de Hospital, único en que logró el 10%. El 9% se supera en los distritos de Latina, Palacio, Universidad y Congreso. En cambio, el porcentaje más bajo lo obtuvo en el distrito aristocrático de Buenavista.

El 3 de diciembre se celebró una segunda vuelta por no haber alcanzado ninguno de los candidatos el porcentaje preciso (40%) de los votos emitidos. Aumentó el número de electores en un 5%. En esta segunda vuelta los socialistas lograron el 34% de los electores y el 50% de los sufragios emitidos. La candidatura derechista el 33% de los electores y el 48% de los sufragios expresados. Los hechos más destacados de esta elección fueron el que los candidatos derechistas más conocidos como monárquicos y reaccionarios obtuvieron la suma menor de votos de su candidatura y que Largo Caballero figuró en último lugar, por los votos, de los candidatos socialistas.

Y llegamos a las últimas elecciones generales de la República del 16 de febrero de 1936. Un hecho expresivo inicial: en la antevotación realizada por la Agrupación Socialista Madrileña, para designar a los candidatos del partido que debían figurar en el Bloque Popular, Besteiro y sus partidarios más conocidos fueron derrotados; esto demostró que la opinión sobre los hombres y su opción política no era la misma entre los militantes del partido que en el electorado socialista. Largo Caballero obtuvo la mayor votación (2 886 votos) y Besteiro sólo 1 269. Hubo que ir a la segunda vuelta en la que ya resultó elegido Besteiro, pero sólo por 1 557 votos.

La candidatura de las derechas fue de muy difícil elaboración, pero por fin quedó constituida por elementos muy heterogéneos, todos de carácter reaccionario muy conocido: cinco de la CEDA (encabezados por Gil Robles), tres de Renovación Española (Calvo Sotelo al frente), dos radicales lerrouxistas y dos «independientes» (Royo Vilanova y Giménez Caballero). Se presenta también una candidatura, ya francamente falangista, dirigida por Primo de Rivera.

Los resultados totales, teniendo sólo en cuenta el candidato de mayor votación en cada grupo, fueron los siguientes: Bloque Popular, 224 929 votos; Derechas, 187 433 y Falange, 5 072. Del Bloque Popular obtuvieron el máximo de votos, por los socialistas Besteiro y por la izquierda republicana Azaña; el comunista José Díaz fue el de menor votación. Hay que hacer constar que en la obra que comentamos se dan los resultados totales según fueron publicados en el **Boletín Oficial de la**



**Provincia** y en **El Sol**, **El Debate** o **Luz**, y que de uno a otro hay diferencias sensibles, pero que no varía el resultado final.

En lo que se refiere a la expresión por barrios de esta elección, Tusell hace observar que el éxito del Bloque Popular se debió a que votaron en masa por él electores que se habían abstenido en la de 1933. Los aumentos de votación izquierdista corresponden a los distritos eminentemente proletarios: aumenta la votación del Bloque Popular, en más de un 10 %, en Hospicio, Inclusa, Latina y Chamberí, y en un 7 % en los de Congreso y Universidad.

Con respecto a la candidatura reaccionaria, la mayor victoria fue, naturalmente, en los distritos de Centro, Hospicio, Buenavista y Palacio, en donde su votación superó el 40 % del electorado. En cambio, en los distritos eminentemente proletarios de Latina e Inclusa, los porcentajes fueron exactamente los mismos: se había llegado a lo máximo posible en la anterior elección.

La candidatura falangista no alcanzó siquiera el 1 % del total del electorado, obteniendo los porcentajes más altos en los distritos de Centro, Hospital, Buenavista y Palacio. Tusell destaca el hecho que la votación obtenida en el distrito más conservador y aristocrático, el de Buenavista, fue superior a la

conseguida en el distrito más proletario, el de la Inclusa, en casi diez veces.

Pocos meses pasaron después de esta derrota de Primo de Rivera, cuando los elementos falangistas desencadenaron la sublevación. La voluntad popular expresada libremente en las urnas, quedó anulada por la fuerza del pretorianismo, es decir por la sangre y por el fuego.

El libro de Javier Tusell es de gran interés como ensayo de sociología electoral en la capital durante la segunda República, y como explicación del desarrollo de los partidos y de las ideas políticas. El autor ha hecho un buen trabajo de investigación y las lagunas que puedan señalarse no son por falta de celo del historiador en su labor, sino a causa de la no muy abundante documentación disponible. Porque el autor no se ha limitado a dar las estadísticas de las elecciones y analizar sus resultados; da también las posiciones que defendían cada grupo de candidatos y las campañas de prensa sobre ellos y su política.

Como en la obra a que nos hemos referido primero, ésta contiene también un índice bibliográfico, pero falta igualmente un índice de nombres, lo que en libros de esta naturaleza es siempre de interés útil para el lector.

## **Novedad Ruedo ibérico**

**Franz Borkenau**

# **El reñidero español**

**Relato de un testigo de los conflictos sociales  
y políticos de la guerra civil española**

### **Sumario**

Prólogo (Gerald Brenan). 1. Trasfondo histórico; la vieja monarquía; la restauración; la dictadura de Primo de Rivera; la segunda República. 2. Un diario de la revolución: 1936. Los frentes del oeste y del sur. 3. El segundo viaje: de nuevo en Barcelona; Valencia; el gobierno central; Málaga; Combate aéreo; Crisis; En la cárcel. La policía del régimen; Partida de España. 4. La batalla de Guadalajara. 5. Conclusiones. Apéndices.

256 páginas

24 F



# \*\*\* «Los anarquistas» de James Joll o la historia como crítica «ad hominem»

Ediciones Grijalbo han publicado la traducción al castellano del libro de Joll, cuya versión original inglesa data de 1964. Se trata de un trabajo sintético —doctrina y hechos— formalmente bien estructurado; poco más de positivo puede añadirse.

Comenzaremos nuestro comentario centrándonos principalmente en los ataques que Joll, unas veces abierta y otras —y esto es más grave— solapadamente, va dirigiendo a la personalidad humana de todos los anarquistas que desfilan por su libro.

En el primer capítulo la principal figura es, naturalmente, el «puritano y asceta» (p. 25) Godwin, «uno de los más notorios y desvergonzados sablistas de su época» (p. 31) y cuyo ideario «rezuma inconformismo de capilla» (p. 25).

En el segundo destaca el «oscuro y reposado» Fourier, «viajante de comercio de mediocre talento profesional» (p. 44). Estas frases son, en parte, aceptables, pero como no hay ninguna referencia a dotes positivas lo que se queda grabado en la mente del lector es la oscuridad y mediocridad del personaje. Esta versión es absolutamente incorrecta por unilateral, ya que Fourier tenía una personalidad mucho más rica y compleja. El mismo Charles Gide —en el único libro que según la bibliografía ha consultado Joll sobre el tema— dice de él: «No creo que ningún hombre de este siglo haya tenido una potencia de imaginación más grande que este empleado de almacén.» Realmente es sorprendente que se hable de Fourier sin aludir a su imaginación. En cuanto a su obra, aparte del reconocimiento de que «era en algunos aspectos sumamente singular» no parece haberse enterado de nada: calificar de «autodisciplinada rutina» (p. 45) la vida de los miembros de la sociedad Armonía es por lo menos disparatado. Las concepciones de Fourier sobre la vida erótica y sobre la necesidad de variar de trabajo cada hora y media o dos horas están precisamente reactualizándose como contraposición a la rutina de la vida en la sociedad capitalista<sup>1</sup>.

A Proudhon —capítulo III— no le niega conocimientos singulares ni el calificativo de intelectual, pero es difícil que el lector se reponga de la violenta andanada inicial: su «sensibilidad moral y política [fue] la de un joven puritano de provincias, sorprendido y horrorizado a un mismo tiempo por el lujo, la prodigalidad, la decadencia y la corrupción de la gran ciudad» (p. 53)<sup>2</sup>.

El capítulo IV está dedicado a Bakunin, figura

central del anarquismo; en este caso Joll no disimula su interés en presentar al personaje y a su obra con la máxima peyoratividad. Para empezar, señala su carácter complejo y turbulento y deja caer, entre paréntesis, que «no faltan los que han visto en su proceder una especie de compensación de la impotencia sexual que al parecer sufría» (p. 76). Obsérvese la vaguedad de «no faltan los que», «una especie de» y «al parecer». Ante esta triple incertidumbre, ¿no sería más lógico no haber dicho nada sobre esta opinión, que tantos visos de golpe bajo ofrece? ¿No parece, además, que la relación impotencia-turbulencia pertenece más al campo de la mitología popular que al del moderno saber científico?

Más adelante viene el análisis de las pasiones de Bakunin: «El apasionado entusiasmo de Bakunin en favor del movimiento de liberación eslavo, tal y como lo expresó en el congreso de Praga, entrañaba un fuerte sentimiento antigermánico, incrementado más tarde por sus desavenencias con Marx.» «En el congreso de Praga, Bakunin exhibió otra pasión muy propia de él: la de fundar vastas sociedades secretas» (p. 78). En relación con la primera cita, cabe señalar que Bakunin, como Joll debe saber, realizó un extenso estudio de la historia alemana<sup>3</sup>, donde a la vez que se critica el pasado —su tradición militar, autoritaria— se expresan efectivamente unas fuertes prevenciones sobre el futuro de la nación alemana; al margen de la calidad de este estudio histórico (escasa, en especial comparado con los de Marx sobre el mismo tema), su existencia indica que no había tales pasiones y sentimientos, sino reflexiones —y en este caso certeras— sobre datos reales<sup>4</sup>. En cuanto a la pasión por las sociedades secretas, los historiadores serios —a la inversa que los autores de folletines— están obliga-

1. Marcuse alude expresamente a este tema en *El final de la utopía* (Ariel, 1968), al señalar la convergencia trabajo-juego en Fourier.

2. Con todo, consideramos que el calificativo de provinciano aplicado a Proudhon es uno de los menos injustos entre los muchos que el autor propina a los anarquistas estudiados.

3. En *Estatismo y anarquía y L'Empire Knouto-germanique et la révolution sociale*. (Este último está citado por Joll.)

4. A no ser que aceptamos a priori la total deshonestidad humana, en cuyo caso los estudios se hacen simplemente para justificar pasiones.



dos a intentar encontrar razones que expliquen el proceder de los personajes con cierta independencia de sus pasiones. En el caso de Bakunin, esta explicación es evidente: por una parte, se trata de una insuficiencia doctrinal, de que no supo ver la necesidad de una organización revolucionaria de nuevo tipo y se aferró a los modelos societarios ya existentes; por otra, Bakunin previó los riesgos de una organización revolucionaria muy centralizada, riesgos que la historia ha demostrado que estaban, por desgracia, muy bien fundados.

En el mismo párrafo relativo a la pasión de Bakunin por las sociedades secretas, Joll dice «que él mismo [las] controlaba y estructuraba y que se apoyaban, en teoría, sobre la base de una **estricta jerarquía e incondicional obediencia**». La frase en negritas está entrecomillada por Joll, pero a diferencia de casi todas las demás citas del libro, no lleva referencia. Esto es sorprendente si se tiene en cuenta que se trata de una cita que contradice la teoría bakuninista y, en consecuencia, era necesario dejar bien sentada su autenticidad. Naturalmente es imposible demostrar su inexistencia<sup>5</sup>, pero aun aceptando la cita, ¿qué sentido tiene reproducirla, aislada de su contexto, cuando podrían encontrarse otras muchas que contradijeran ésta?

A continuación, Joll se ensaña a propósito de una anécdota sobre la concesión de una tarjeta n.º 2771 de una supuesta organización secreta. Lo que constituye una ingenua maquinación en algún grado inevitable en una larga vida de lucha clandestina se convierte así en un motivo de ridiculización.

Ahora bien, la verdad es que, aparte de la turbulencia-impotencia, Joll no parece capaz de encontrar graves taras a Bakunin: «Raras eran las veces en que sus defectos —el total menosprecio por el dinero, su vehemencia y una ingenua petulancia— aflúan al exterior» (p. 80). Considerar que el menosprecio por el dinero es un defecto, debe ser muy frecuente en la City, pero a nivel no ya de revolucionarios, sino de investigadores e intelectuales, se suele, como mínimo, disimular. En cuanto a la vehemencia, no ignoramos que se considera un defecto entre las clases altas británicas —y sin duda entre los profesores de Oxford—, pero elevar este criterio a norma universal no deja de ser un palurdisimo por el otro extremo.

«El pensamiento de Bakunin nunca pecó por exceso de sutileza u originalidad» (p. 77), dice Joll. Tal afirmación nos plantea una duda: ¿Habría leído este autor la crítica de Bakunin a la teoría del contrato social, los pasajes relativos a la indivisibilidad de la libertad, sus pronósticos sobre la opresión que habrían de sufrir los campesinos si triunfaba la dictadura del proletariado y sobre la conversión de los dirigentes en burócratas, su teoría sobre el origen de la creencia en Dios...?

El afán de degradar a Bakunin conduce a Joll al absurdo: «Bakunin no cejaba un solo instante de idear comités centrales que nunca contaron con más miembros que el propio Bakunin. No obstante, eran tales el encanto y el poder de convicción que emanaban de él, que grupos de jóvenes exaltados le seguían fervientemente en este imaginario recorrido por distintas células de conspiración» (p. 78).

En resumen, que Bakunin, cuyo pensamiento no era ni original ni sutil, que ideaba comités constituidos por él solo —pero que «hacia el final de su vida, la policía de varios países se [los] tomó tan en serio como su propio inventor» (p. 79)— basados en una estricta jerarquía e incondicional obediencia, consiguió —sin duda solo con su encanto y poder de persuasión— fundar el movimiento anarquista (ningún autor niega a Bakunin este papel) que como se puede apreciar en los siguientes capítulos del libro, sacudió durante medio siglo a media Europa y cuya estructuración se caracterizó por la escasez de jerarquías y de obediencias.

El capítulo V se titula «Terrorismo y propaganda por la acción» y baste señalar la fruición con que Joll señala la condición de hijos ilegítimos, o similares, de varios de los personajes a los que se refiere (en el capítulo final del libro se muestra más benevolente y se limita a decir que algunos terroristas eran neuróticos que se complacían en la auto-tortura).

A Kropotkin —príncipe y científico de primera fila—, sólo se atreve —capítulo VI— a calificarle de «cándido» (p. 143), pero Stirner «no es un pensador de talla, ni siquiera un pensador que pudiéramos calificar de muy interesante» (p. 159).

Estamos ya en la mitad del libro y no vale la pena seguir con un análisis detallado de lo que Joll dice de los anarquistas. Mucho cabría escribir de lo que este autor no dice, pero nos vamos a limitar prácticamente a un tema de suma importancia: la preocupación y la actividad anarquista en el campo de la educación, de la difusión de la cultura y de la ciencia. En la parte relativa al anarquismo en general (es decir, no al español) no hay más referencia al esfuerzo por educar a las masas que algunas líneas incidentales sobre los «Courses de travail» de Pelloutier. Sin embargo, Joll cita reiteradamente el Congreso Internacional Anarquista de Amsterdam, de 1907. ¿No merece ninguna atención el hecho de que el quinto punto del orden del día de este congreso fuese «Educación integral de la infancia»,

5. Aparte de las *Œuvres* en seis volúmenes que parece haber visto Joll (al menos ha entresacado citas), existen títulos en diversos idiomas y numerosos manuscritos en ruso —sobre todo correspondencia— de cuya publicación se está ocupado el IHS de Amsterdam.



y que asimismo el noveno y el décimo (de un total de doce) versasen sobre temas culturales?<sup>6</sup> El profesor de Oxford se limita a hablar de la influencia anarquista entre los artistas y —curioso— su única alusión a la educación de las masas es precisamente para insinuar lo contrario: «No debemos ilustrar al pueblo sino conducirlo a la revuelta» (p. 83). Esta cita —que se le atribuye a Bakunin— remite a otra cita de un libro italiano<sup>7</sup> que por desgracia no hemos podido consultar. Ahora bien, puesto que tanto siendo incierta como cierta solo puede calificarse su uso por Joll como de falsificación deshonestas, vale la pena justificar tan grave acusación. Bakunin aborda este tema en «L'éducation intégrale», un largo artículo publicado en *Egalité* (21-8-1969) y recogido en el tomo V de las *Œuvres*<sup>8</sup>, en cuyas páginas finales dice textualmente: «J'aime beaucoup ces bons socialistes bourgeois qui nous crient toujours: 'Instruisons d'abord le peuple, et puis émancipons-le'. Nous disons, au contraire: qu'il s'émancipe d'abord et il s'instruira de lui-même.» En el contexto de este párrafo —que puede tener algo que ver con la cita de Joll, si se tiene en cuenta que este texto original ha debido sufrir antes de llegar al castellano tres traducciones— Bakunin se refiere a la dificultad que supone para los obreros dedicar tiempo a educarse cuando su jornada laboral oscila entre trece y dieciséis horas y «adapta plenamente» la resolución aprobada en el congreso de Bruselas de 1867: «Reconociendo que es por el momento imposible organizar una enseñanza racional, el congreso invita a las diferentes secciones a establecer cursos públicos con un programa de enseñanza científica, profesional y productiva, es decir, integral, para remediar lo antes posible la insuficiencia de la instrucción que los obreros reciben actualmente.» En cuanto al capítulo dedicado al anarquismo español, Joll escribe, naturalmente, sobre Ferrer y la Escuela Moderna. Ahora bien, resalta su «limitada importancia, pues al iniciar sus actividades tenía 33 alumnos, sin llegar a rebasar el número de 50» (p. 220). Esto es cierto, pero no se alude a las docenas de escuelas que se fundaron en todo el ámbito nacional a semejanza de la de Ferrer<sup>9</sup>, ni

6. Amaro del Rosal: *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*, Grijalbo, México, 1963.

7. Venturi: *Il populismo russo*, Milán, 1952.

8. Stock, París, 1911.

9. Véase *La Escuela moderna* de Ferrer, Maucci, Barcelona. A propósito de Ferrer y la Semana trágica, Joll afirma que como consecuencia de la «falta de habilidad del gobierno», éste cayó y «el nuevo gobierno, que encabezaba el conservador Maura [...]» (p. 222). El que cayó fue precisamente el gobierno de Maura, justamente ocho días después de la ejecución de Ferrer.

## Biblioteca de cultura socialista

Karol Modzelewski y Jacek Kuron

### ¿Socialismo o burocracia?

128 páginas

12 F

N. Bujarin

### La economía mundial y el imperialismo

168 páginas

12 F

Fernando Claudín

### La crisis del Movimiento Comunista 1. De la Komintern al Kominform

704 páginas

45 F

León Trotski

### Literatura y revolución. Otros escritos sobre la literatura y el arte

2 volúmenes

416 páginas

30 F

Karl Kautsky

### La cuestión agraria

544 páginas

39 F

León Trotski

### 1905. Resultados y perspectivas

2 volúmenes

470 páginas

33 F

De pronta aparición

León Trotski

### Escritos sobre España

### La revolución desfigurada

### El gran organizador de derrotas

Ruedo ibérico



se refiere a las ponencias relativas a la educación obrera (tema obligado de los congresos ácratas). Sin embargo, Joll, según la bibliografía, conoce la **Historia de las agitaciones campesinas andaluzas**, de Díaz del Moral, y en el apéndice documental hay testimonios en este sentido. ¿No es importante, por ejemplo, que en el Congreso Obrero Nacional de Barcelona, en 1910, en el que se constituye la CNT, el tema 10 de la segunda ponencia sea: «Necesidad de establecer escuelas dentro de los sindicatos obreros. Manera práctica de llevarlo a efecto»?

Tampoco existen referencias a los intentos de divulgación científica de las numerosas editoriales anarquistas, a los esfuerzos de autoeducación proletaria, a esa conmovedora estampa del campesino que iba montado en su burro leyendo un folleto que muy bien podía no ser terrorista, sino referirse a geografía, a normas de higiene, o a los inconvenientes del alcoholismo<sup>10</sup>.

Abordemos ahora el tratamiento que Joll hace del importante tema de las relaciones entre el anarquismo y el marxismo. En relación con la polémica miseriafilosofía de Marx-Proudhon: «Lo que en realidad ocurría —cosa muy corriente en Marx— fue que las divergencias doctrinales no eran más que una máscara para ocultar las profundas diferencias personales que les dividían» (p. 57). En cuanto a Marx y Bakunin, ya hemos dado una cita según la cual el primero provocó en el segundo un incremento de

su sentimiento antigermano. Pero mucho más expresivo es este texto: «Sin embargo, el temperamento de los dos hombres era demasiado opuesto para que pudiesen trabajar en armonía. El choque de tan opuestas naturalezas desembocaría en un conflicto doctrinal, y las diferencias en cuanto a las tácticas revolucionarias que se deberían seguir redundarían en la división del movimiento internacional de la clase obrera, división que ya nunca pudo corregirse» (p. 90).

Con estos choques de temperamentos y estas antipatías, repetimos, se escriben los folletines, no la historia.

Finalmente, cabe señalar que bastantes alusiones que Joll hace de Marx y de los marxistas son también, en general, en forma un tanto sibilina, malintencionadas. Demostrar esto sería una tarea fácil pero prolija y al fin y al cabo un folletín antirrevolucionario —por muy barnizado que esté de esa supuesta asepsia de algunos anglosajones— no merece que se le dedique tanto espacio.

Es muy de lamentar que Editorial Grijalbo no haya considerado que con la publicación de este libro tiraba piedras sobre todos los tejados revolucionarios.

10. Sólo se roza el tema al hablar de Sánchez Rosa, al que Joll denomina Sánchez Román.

## Cuba : una revolución en marcha

**Suplemento 1967 de Cuadernos de Ruedo ibérico**

**Los orígenes. La guerra revolucionaria. El castroismo : teoría y praxis de la revolución cubana. Un socialismo en construcción. El nuevo pensamiento cubano. El arte y la literatura. Testimonios sobre la revolución cubana.**

528 páginas 12 páginas ilustradas fuera de texto 106 ilustraciones 48 F

**Editions Ruedo ibérico**



## Para una antología de la "Pornohistoria"

«El último ataque que conozco la ha denunciado **Fuerza Nueva**, y se refiere a la vil parodia de que ha sido objeto el Alcázar de Toledo en las páginas de «Cuadernos de Ruedo ibérico» (números 28-29, marzo, 1971). La lectura del libelo produce una serena indignación. Sólo el odio o la demencia pueden dictar unas páginas tan tristes, tan crueles, tan estúpidas. El nombre del Alcázar de Toledo —con independencia de las legítimas motivaciones que

hicieron posible la gesta— está unido, para siempre, a la historia del mundo, a la epopeya del hombre. Figura en la cima del heroísmo. Esa cumbre a la que se suman la defensa de Baler o los nombres de Vaux y del Douaumont o de Lieja... El Alcázar de Toledo y el general Moscardó constituyen una lección de honor para gentes bien nacidas. No importan los colores ni las ideologías. Es la dignidad del hombre —del hombre sin otros atributos que los del espíritu— lo que allí se concita. La parodia escrita por José Martín-Artajo conforma, simplemente, una felonía.»

(Antonio Izquierdo, en Arriba.)

## Xavier Domingo De «Cuadernos de Ruedo ibérico» a «Nada»

Los *Cuadernos de Ruedo ibérico* han llegado a un momento de su historial en el que lo único que les falta es cojones para auto-boicotearse, autosabotearse y desaparecer. Y ello porque las circunstancias españolas han hecho que la función para la cual esos *Cuadernos* fueran creados, periclitó y perdió razón de ser. Y poco a poco, rutinariamente, a cada número un poco más, se incrustaron en el sistema de las revistas y publicaciones sesudas, pesadas, ilegibles, dogmáticas, doctrinarias, universitarias y en suma CULTURALES, hechas por gentes de un mismo círculo para el mismo círculo, tribuna de doctos, guarida de preciosistas de la cifra y de malabaristas de la estadística, escabeche de glosistas y mentidero de exégetas; no ya revista, sino ORGANO, revista OFICIAL DE INTELLECTUALES DE OPOSICION OFICIALES. Con sus relentes a engendro de cualquier Consejo Cultural Superior de Cosas Superiormente Culturales. Una revista que hiede a dialoguismo, que apesta a contubernio y que como cualquier vulgar y ramplona revista de occidente, se ha convertido en una INSTITUCION. Es hora pues de que la entierren puesto que está muerta. De vez en cuando, el aristocrático consejo de redacción o lo que sea, de los *Cuadernos de Ruedo ibérico* se permite algún pinito más radical. Pero aparte eso, los *Cuadernos* podrían ya casi salir en España y si no, podrán hacerlo dentro de muy poco.

Por su «peso», por su carácter «oficial» y, sobre todo, por estar perfectamente integrados en el sistema de la *intelligentsia* «revolucionaria» española, por ser el exponente más típico y más perfecto —desde el formato hasta el contenido, modernidad y neomarxismo— de la CULTURA POLITICA española de nuestros días, los *Cuadernos* son en realidad, políticamente hablando, el órgano de ese estamento que se droga con la cultura política, o sea, un órgano de centro izquierda. Profesor, engreído, hermético, ensayista, productor reverente y pacato de mierda cultural para uso de coprófagos delicados. De las publicaciones españolas de centro-izquierda (*Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo* o las publicaciones del Partido Comunista) los *Cuadernos de Ruedo ibérico* son, quizás, por la fuerza de las circunstancias, la que se sitúa más a la izquierda, lo que en ese caso quiere simplemente decir la más liberal. Pero el avanzado proceso de institucionalización de esa revista, la mayor parte de cuyas páginas se abren exclusivamente al análisis de la situación de la derecha española, hecho por la oposición casta, pacata, timorata y, mañana mismo ya, oposición oficial de su majestad, su incapacidad para salir de la tenaza marxista o neomarxista y deleitándose insulsamente en los vómitos economicistas, hacen que no quede ya ninguna esperanza de verla salir de su actual atolladero.



Muchos de los antiguos e importantes colaboradores de los *Cuadernos*, miembros eminentes de esa mafia politicocultural, lo son hoy al mismo tiempo del régimen y de López Rodó. No se trata de una perversión repentina de individuos que se han vendido. Se trata de la evolución natural de intelectuales de izquierdas para los cuales los *Cuadernos de Ruedo Ibérico* fueron simplemente la mejor plataforma para oficializarse como tecnócratas abiertos y al día, en las cuestiones marxistas y neomarxistas a la moda.

La cuestión de la putrefacción lenta de los *Cuadernos*, de su evolución segura hacia su actual carácter de vocero del centroizquierda vagamente heterodoxo, su incapacidad de ruptura y de verdadera transgresión de las reglas de un juego cultural establecidas por «los otros» y no por el propio Ruedo ibérico, sólo tenía una solución, a base de cojones, que consistía en poner fin a la vida de ese ladrillo seudorrevolucionario, de *pathos* neomarxista, de sopa reformista o de izquierdismo autoritario y ramplonamente planificacionista.

Sin embargo, los *Cuadernos* van a seguir agonizando. Es una cuestión de lenguaje. La redacción de los *Cuadernos* sólo sabe hablar

la lengua cultural de la oposición oficial española: una jerga que se encuentra en centenares de publicaciones del mismo tipo, sobre todo en Francia y en Italia. Aparte eso, es afásica a todo un montón de posibilidades de la lengua y hasta de la propia lengua española.

Habrà pues que dejarles el uso y el abuso de su jerga y las páginas cuadradas y rollíferas en las que alargan sus plúmbeos sermonarios.

Y vamos a hacer otra revista, en vista de que no hemos logrado liquidar los *Cuadernos de Ruedo ibérico* y emplear el dinero que cuesta su fabricación en una empresa menos indigesta.

Es pronto aún para avanzar cosas muy precisas sobre esa nueva publicación que estamos planeando Carlos Semprún, Antonio López Campillo (el propio Pepe Martínez) y yo mismo. Pero la crítica que estoy haciendo de los decrepitos *Cuadernos* indica que la nueva revista será todo lo contrario.

En el próximo número de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, daremos a conocer el primer sumario de la nueva revista cuyo título será *NADA*. \*

---

\* [Nota larga a un texto corto. La publicación en *Cuadernos de Ruedo ibérico* del texto que precede puede parecer insólita a ciertos lectores, independientemente de cualquier otra reacción que en ellos provoquen las afirmaciones de nuestro amigo Xavier Domingo. Expongo pues a continuación las razones que me han aconsejado su publicación.

1. La primera y principal es que considero ese texto de interés general. Es decir que no sólo concierne a *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Me atrevo a decir que en poco nos concierne especialmente. El violento ataque de X.D. a *Cuadernos de Ruedo ibérico* me parece que pierde mucho de su eficacia, puesto que no aísla a la revista de una realidad más amplia: «la *intelligentzia* «revolucionaria» española». Por ello renuncio a ejercer el derecho de respuesta, excepto a los ataques que conciernen estrictamente a la revista.

2. Razón menor al lado de la anterior es que, como afirma X.D., *Cuadernos de Ruedo ibérico* son «quizá, por la fuerza de las circunstancias, la [publicación] que se sitúa más a la izquierda [entre

las de centro izquierda], lo que en este caso quiere decir simplemente la más liberal». Admitimos y publicamos las críticas que se nos hacen. Si son escritas.

3. Otra razón es la satisfacción personal que me produce ese «irreverente» ataque, y la seguridad que su contenido y su forma van a alegrar a los «aristocráticos» (y dispersos) miembros del consejo de redacción de la revista. Desde el primer número de *Cuadernos de Ruedo ibérico* estábamos esperando un ataque semejante. En ese número invitábamos a «un libre y riguroso contraste de opiniones». En ese número expresábamos la esperanza de que «nuestro trabajo dé lugar a reacciones polémicas». Nada mejor para una revista del tipo de la nuestra que suscitar polémicas. Asumíamos la tradición que quiere que el celtibero aguce mejor sus armas para destruir lo que fuera de él existe, o sin él se hace. Basta recorrer las 3000 páginas de la ya larga serie de CRI, para constatar el total fracaso nuestro en este sentido, y es lástima que X.D. no haya subrayado este hecho cuando nos



crítica las consecuencias del mismo. Si en CRI nos hemos bañado en la poco procelosa piscina de nuestro ombligo, no fue por narcisismo ni por miedo a la alta mar. Más de un esfuerzo hicimos para que las arrolladoras aguas de la crítica exterior irrumpieran en nuestra « guarida de preciosistas », en nuestra revista de « un mismo círculo para el mismo círculo ». Quizá esas arrolladoras aguas no existieran entonces y si existan ahora. Así pues, gracias sean dadas a X.D.

4. La crítica de X.D. me parece lo suficientemente sazónada para el consumo si no de masas, supuesto que somos una « revista hermética », sí para « los coprófagos delicados » que nos leen. Hasta ahora nadie había dicho que CRI son una « revista sesuda, pesada, ilegible, dogmática, doctrinaria, universitaria,

y en suma cultural ». Quizá tan envolvente ataque despierte defensores que se crean obligados a defenderse ellos mismos defendiéndose, o suscite nuevos atacantes que pongan punto final al hedor a dialoguismo y contubernio que despiden las páginas de CRI, al convencernos de que ellos son capaces de harcelo mejor. Si así sucede —la experiencia nos hace ser muy prudentes en este terreno— la producción de unos y de otros engrosará, para empezar, el número 33 de la revista, concebido exclusivamente a base de Tribunales libres.

5. El texto de X.D. me parece contener un discurso constructivo y desemboca en un fin constructivo : **Nada**!

No me corresponde refutar, limitar, asentir o ampliar el alcance general de la crítica de X.D. en esta

**Crítica filológica del  
« Boletín de Orientación  
Bibliográfica » del Ministe-  
rio de Información y Turis-  
mo sobre « Nuestros  
primeros veinti-  
cinco años » de  
Luis Ramírez**

« No deja, sin embargo, de extrañar la redacción y estilo francés, así como galicismos y giros que a un conocedor suspicaz del idioma del país vecino harían sospechar que el libro está escrito por alguien que, mejor conocedor del francés que del castellano y con más años de residencia allí que aquí, hubiera escogido el francés para la primera redacción del libro. Pero naturalmente, reconocer esto sería dar al lector la impresión de que si no se conoce la lengua, difícilmente se puede conocer la realidad española, testimoniada desde dentro. »

nota. A algunos de los problemas que plantea esa crítica se ha tratado de dar respuesta en los trabajos publicados en este mismo número. Véase el sumario. Como he dicho, me limitaré a responder a lo que exclusivamente concierne a CRI. El resto vendrá a su tiempo.

Dice X.D. que CRI son una revista muerta y que debiéramos enterrarla. Por ahora no la enterramos. Esto debe quedar claro.

Afirma que yo estoy de acuerdo con el proyecto **Nada**. Es verdad. Lo que implica automáticamente que estoy de acuerdo también con parte al menos de su crítica. Pero desde mi posición de redactor de CRI.

Disiento de la afirmación de que los CRI puedan ser, ya o pronto, publicados dentro de las fronteras franquistas (sigo llamándolas así). Ni CRI ni cualquier revista de centro izquierda, de modelo italiano, por ejemplo. Pruebas de esto las doy, por otras razones, en los recuadros que cortan esta nota.

Tampoco me ha logrado convencer de que el hoy sancionado **Triunfo** o los ayer sancionados **Cuadernos para el Diálogo**, o las inexpugnables publicaciones del Partido Comunista, merezcan ser consideradas de centro izquierda, sin que esto quiera decir que

el centro izquierda a que alude X.D. me merezca más respeto que a él. Y resistiré con toda energía al intento de que metan a CRI en el mismo saco con una o con otra, o con varias, o con todas a la vez, de las revistas aludidas. A ellas también les debe molestar el parangón que establece X.D.

Muchas de las páginas de CRI puede que sirvan para fundamentar la tesis de X.D. Es posible que hayamos caído hartas veces en la trampa que el enemigo nos tiende con el lenguaje. Pero hemos querido evitarlo siempre y a veces lo hemos conseguido, seguro que porque sabíamos que cuando el vencido, el explotado, el débil, adopta el estilo, el lenguaje, del vencedor, del explotador, del fuerte se condena a sí mismo irremisiblemente a seguir siendo vencido, explotado y débil. Sin que ello implique que aun sintiéndose vencido, explotado y débil se sea necesariamente capaz de crear otro estilo.

En su crítica X.D. simplifica, pues, en exceso. No sólo hay que tener en cuenta la personal incapacidad de cada uno de nosotros para usar un lenguaje

1. Sin intención de juego de palabras por mi parte.



## Luis Ramírez

París, 21 de junio de 1971. Excelentísimo Señor Ministro de Justicia, Madrid.

Luciano Rincón, escritor y periodista español, está encarcelado desde hace tres semanas en la prisión de Bilbao.

La policía lo arrestó en esa ciudad y lo interrogó durante tres días, acusándolo de ser el autor de artículos aparecidos en « Cuadernos de Ruedo ibérico » con la firma de Luis Ramírez, así como de una biografía del general Franco publicada por las mismas ediciones bajo la misma firma. Los abajo firmantes, escritores españoles, redactores y colaboradores de la revista « Cuadernos de Ruedo ibérico », declaran que el seudónimo de Luis Ramírez oculta los nombres, ora de uno, ora de otro y a veces, colectivamente, de varios de entre ellos.

En suma, señor, Luis Ramírez es « Fuente Ovejuna y todos a una ».

Además, afirman que Luciano Rincón, por residir en España, jamás participó en los trabajos redaccionales aparecidos con el seudónimo de Luis Ramírez y que por lo tanto su detención y encarcelamiento constituyen una flagrante injusticia y violación de los Derechos del Hombre, cuya convención firmó España.

Juran por su honor que lo aquí declarado es la verdad entera y piden que en consecuencia tome las medidas y disposiciones convenientes para que Luciano Rincón recupere inmediatamente la libertad.

Xavier Domingo. Francisco Fernández-Santos. Juan Goytisolo. José Martínez. Carlos Semprún. Jorge Semprún. José Miguel Ullán.

menos o nada integrado; no sólo hay que tener en cuenta que nuestro original liberalismo imponía la acogida de colaboradores destinados, como dice X.D., a ser « miembros eminentes de la mafia político cultural ». Hay que tener también presente el hecho de que si hubiéramos sido capaces de otra cosa (de lo contrario, diría X.D.) que del uso y del abuso de la jerga cultural de la oposición oficial española, quizá pocos nos hubieran entendido y por ende poco tiempo nos hubieran leído y mucho menos « los pinitos » que avaramente nos acredita X.D. Hecho aplastante éste, al que no escapará Nada. Ya veremos.

Sobre la ambigüedad de tal jerga, sobre la desvalorización progresiva del vocabulario político español, sobre la necesidad de emplear una lengua adecuada para luchar eficazmente contra el franquismo en todas sus manifestaciones (y « la intelligencia « revolucionaria » española » o la oposición oficial, que tan gordas le caen a X.D., nunca dejaron de ser consideradas por muchos de nosotros como manifestaciones derivadas del franquismo), se pueden encontrar alusiones —más que alusiones— en los trabajos de Angel Arenal, de Hilario Eslava, de Luis Ramírez, de Horacio Nuño, de Rafael Lozano. (De éstos deben ser los pinitos acreditados.) Pero una lengua es instrumento de un grupo o no es lengua, e instrumento tanto más eficaz cuanto más amplio es el grupo que la emplea, que la comprende. Instrumento que no se inventa ni se construye de golpe. Pero se puede contribuir a ello. Y estoy convencido de que nuestro fracaso en el dominio del lenguaje político no ha sido tan rotundo como afirma Domingo. En algo hemos contribuido a romper el cerco del lenguaje oficial común a la derecha y a la izquierda.

Yo quiero sinceramente que la lengua, el estilo, de Nada la abra a un gran público, o mejor, a un público eficaz, más eficaz de lo que parece ser el de CRI, que no haga de ella un órgano de un Consejo Anticultural Inferior de Cosas Inferiormente Anticulturales. A lo que se puede llegar por quererse Nada, desde el origen, lo contrario de CRI.

X.D. afirma que Nada será todo lo contrario de CRI. Es decir que habremos alcanzado fuera de nosotros uno de los fines que nos proponíamos lograr en nuestras páginas. En sus actuales líneas todavía teóricas, Nada me parece necesaria. Mucho más necesaria que como simple cauterio aplicado sobre la epidermis evidentemente poco sensible de los CRI, como a muchos hará pensar el leer la crítica de X.D. Mucho más necesaria que como una mera experiencia. Pero hacer una revista es difícil. La resistencia de la materia modifica casi siempre sobre la marcha el primitivo plan (lo que llama X.D., la « putrefacción lenta », cuando de CRI se trata).

Espero que en el número 33 de CRI sea publicado el manifiesto fundacional de Nada y el sumario de su primer número. Espero que tal manifiesto y tal sumario levanten una oleada de indignación y de entusiasmo. Espero que el cerco del silencio hipócritamente respetuoso o hipócritamente indignado no la ahoge. Y después que tenga larga vida. O por la menos que el engendro no se quede sin ver la luz o que vaya a engrosar rápidamente el índice de mortalidad infantil de las revistas. J.M.]



**Fernando Claudín**

# **La crisis del movimiento comunista**

**I**

## **De la Komintern al Kominform**

La crisis de la Internacional Comunista ● La disolución ● La crisis teórica ● ¿Capitalismo agonizante? ● Stalin revisionista, o el socialismo integral en un solo país ● El monolitismo ● Transplantación del modelo soviético ● Ultracentrismo y rusificación ● La crisis política ● La experiencia alemana ● Insurrecciones prematuras y expulsiones premonitórias ● Socialdemocracia = socialfascismo = enemigo principal ● La experiencia frentista ● « Hay que saber terminar una huelga » (el 36 francés) ● La revolución inoportuna (España 1936-1939) ● La experiencia colonial ● Revolución china ● El apogeo del estalinismo ● Revolución y esferas de influencia ● La revolución frustrada (Francia) ● La revolución frustrada (Italia) ● La revolución lograda (Yugoslavia) y la revolución estrangulada (Grecia) ● De la « gran alianza » a los « dos campos » ● El reparto de las « esferas de influencia » ● El naufragio del oportunismo estaliniano ● El Kominform ● Las revoluciones del glacis ● Retroceso general del movimiento comunista en Occidente ● La brecha yugoslava ● Instauración de la dictadura burocrática y policiaca en el glacis ● Los procesos ● El relevo oriental ● Revolución china y « gran alianza » ● Guerra revolucionaria o « unión nacional » ● El espectro de un « titismo chino » ● Nuevo equilibrio mundial ● Los « combatientes de la paz » ● Empate en la guerra fría

704 páginas

45 F

**Ruedo ibérico**

6 rue de Latran Paris 5

Ayuntamiento de Madrid



**En el sumario de este fascículo :**

**De un libro inédito : Epílogo para itinerantes, revolucionarios de salón y otros paseantes en Corte • • Hilario Eslava : Crónica del país del caos • • Rafael Lozano : Notas sobre la pornocrítica • • En la Plaza de Oriente : Fotos Fotos-Pizzi y textos de Francisco Franco • • • \* \* \* El año X de las Comisiones obreras. Historia y análisis de un proceso de degradación política • Horacio Nuño : «Izquierdas» y «derechas» • • • Xavier Domingo : Erótica hispánica • • • • Manuel Durán : Cuatro poemas • • José Corrales Egea : Don Julián y la «destrucción» de España • • Julio Rodríguez-Puértolas : Sobre la generación del 98 y otros mitos**

**Prix : 14 F**